DE LA AUTORA DE LA «SAGA VANIR», «AMOS Y MAZMORRAS» Y «EL DIVÁN DE BECCA»
LENA VALENTI
UN NUEVO UNIVERSO ROMÁNTICO Y SENSUAL. UNA SAGA SIN IGUAL
ELLA NO QUERÍA SU MARCA. ÉL NO QUERÍA SU HECHIZO.
HORA DE BRUJAS
LA ORDEN DE CAÍN, 5

Tamsin es una bruja original, hija de Lillith. Junto a sus hermanas, ha tenido que hacer muchos sacrificios para cumplir el plan de la Primera, como encerrarse en un foso durante siglos para proteger y cuidar del clan de un hombre que nunca la consideró y que le jugó una mala pasada que hizo que su eternidad cautiva fuese una tortura.

Ahora, en el exterior, tiene oportunidad de seguir adelante con su misión y de, por fin, poder vivir en libertad, pero no es tan fácil cumplir con su objetivo cuando tiene a un lobo rabioso esperando reclamar lo que una vez marcó.

Duncan es el Beta del clan vaélico. Después de siglos recorriendo la tierra en forma lobuna por culpa del hechizo de una bruja, ahora se ve en la obligación de seguir a la mujer que lo cambió todo y asegurarse de que, de nuevo, los suyos no salgan perjudicados por sus decisiones. Duncan no olvida, y su lobo tampoco.

Tarde o temprano Tamsin tendrá que hacerle frente y, entonces, ajustarán cuentas. Con la bruja del tiempo moviendo las manivelas del reloj y un vampiro rebelde siguiendo los pasos de Tamsin en su cruzada personal, la Orden está a punto de descubrir que las brujas lo cambian todo.

Lena Valenti

Hora de brujas

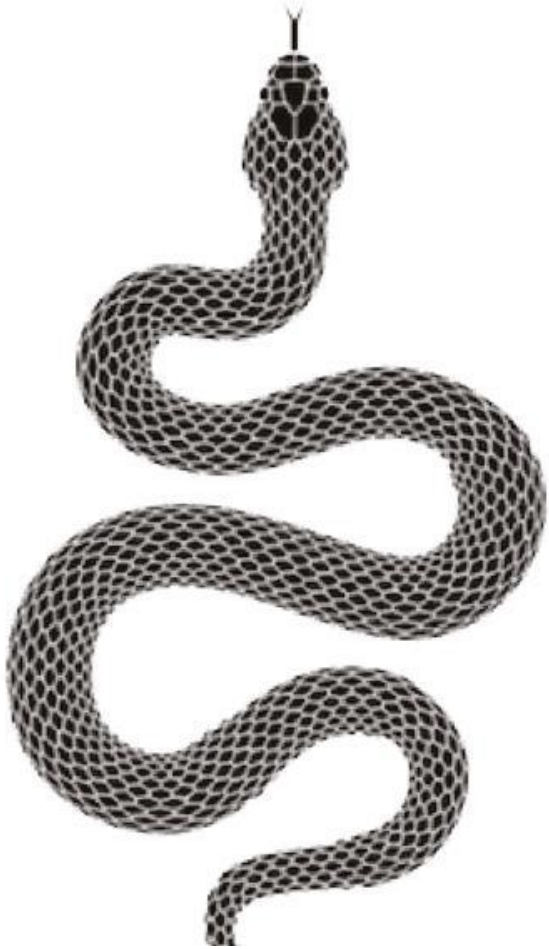
La Orden de Caín - 5

ePub r1.0
Titivillus 09-01-2023

Título original: *Hora de brujas*
Lena Valenti, 2022

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

LA ORDEN DE CAÍN V



Hora de
Brujas
LENA VALENTI

Y Lillith dijo:
«Alguna vez, en alguna vida, os quemaron en una hoguera. Que hoy, ese mismo fuego del que todas renacimos, haga arder al ignorante».

Prólogo

En los albores del tiempo, cuando se originó todo, el Creador inventó al hombre mediante el barro y la arcilla de ese mundo hermoso y sin igual que había ideado. Un mundo increíble, con mares, con vergeles naturales, desiertos, todo tipo de fauna y naturaleza, estrellas, galaxias y universos insondables. Era, sin atisbo de duda, el cónclave perfecto en el que iniciar un proyecto de vida. A ese mundo le dio vida y creó el Tiempo para que todo tuviera un ritmo evolutivo.

A su protagonista, a ese primer hombre que seguiría ese ritmo, lo llamó Adán. Pero Adán por sí solo no podía evolucionar, y decidió crear también, de la misma arcilla, a un ser femenino, llamado Lillith, para que entretuviera a Adán y siguiera sus premisas. Porque Adán era el hombre y era a él a quien se debía obedecer.

Pero la esencia de Lillith era distinta a la del primer hombre. El mundo que el Creador ofrecía a Lillith era una realidad de obediencia en la que Adán debía ser su amo. Lillith se negó a yacer bajo el yugo y el sexo de Adán, porque ella odiaba someterse pero, lo que más detestaba era ser consciente de que era libre y no serlo. Así que, aburrida del hombre y del mundo que el Creador le ofrecía, se opuso y se rebeló a ello, rechazando su vil juego y luchando por su propia liberación.

Pero al Creador todo aquello que lo desprestigiara y que osara a enfrentarse a él, le parecía una ofensa. Como castigo, la desterró a otra dimensión. Sin embargo, Lillith era inteligente y, sobre todo,

estaba despierta y era la única que conocía el verdadero nombre del dios. Conocer su nombre la hacía inalcanzable para el Creador, porque si uno conocía el nombre de aquel dios, podía encontrar la manera de quitarle todo el poder. Ella podía viajar entre mundos y dimensiones, y decidió que, aunque podía encontrar la llave y escapar de esa cárcel en la que el Creador la había atrapado, se quedaría en ella para liberar y persuadir a otros y otras a que despertaran.

Lillith fue perseguida por el Creador, pero este nunca podía dar con ella, dado que la esencia de esa primera mujer conocía un lenguaje mucho más antiguo y de un lugar más lejano que aquel que el Creador había construido, y siempre se escapaba de su acecho. Gracias a su conocimiento de los entresijos de aquella dimensión, Lillith urdió un plan para ayudar a la segunda mujer del Creador a que despertara como ella. Porque, obviamente, llegó una segunda mujer para Adán. Eva. Eva era una mujer sumisa y hecha a medida de Adán y de los designios del Creador. A Lillith le iba a costar acceder a Eva si ella no tenía un poco de curiosidad antes sobre ese mundo en el que se encontraba encerrada. Por eso tomó la determinación de transformarse en serpiente y aparecer en las ramas del árbol del conocimiento cuyos frutos, manzanas rojas y suculentas, serían prohibidos y considerados pecados, dado que ofrecían respuestas y secretos sobre quiénes eran ellos y quién era el dios de aquel universo. La serpiente tentó a Eva, y esta mordió la manzana y se la ofreció también a Adán, temeroso al saber que Eva había violado las leyes de su Amo. Cuando el Creador descubrió la afrenta hacia él y su proyecto, decidió castigar impunemente a sus dos creaciones. Los expulsó del supuesto Paraíso y los abocó a una vida de tiempo, trabajo, sufrimiento y muerte hasta que fueran dignos de nuevo de su aprecio.

Y en aquel mundo con un espléndido sol y una mágica luna, pero lleno de trabajo, mortalidad y sacrificios, Eva y Adán procrearon como esperaba el Creador. Dos nuevos humanos ocupados por nuevas almas y esencias de otras dimensiones nacieron de su unión. Se llamaron Caín y Abel.

De todos es conocido que Abel era el bueno y Caín el malo. Abel era el bueno porque obedecía al Creador y hacía todo lo que tenía que hacer para complacerle. Mataba a animales para ofrecérselos,

dado que al Creador le encantaban los sacrificios. En contrapartida, Caín no quería matar animales, él los amaba, así que le ofrecía al Creador flores y frutos de la tierra.

Abel no era malo, solo era obediente y hacía lo que se le decía porque amaba al Creador.

Caín, en cambio, respetaba y amaba aquel mundo pero no entendía por qué se debía sacrificar a seres vivos para complacer al dios. Pensar sobre ello le hizo despertar y darse cuenta de que vivía en un engaño. Un dios que exigía muerte para satisfacerle no podía ser un buen dios. Eva, Adán y Abel no eran sino peones de aquel maquiavélico matrix en el que se hallaba. Y él no era Caín, era otra cosa que no recordaba, pero aquella vida no era la real ni era la suya. Por ese motivo, para poner a prueba al Creador, Caín mató a Abel a sabiendas de que nada de aquello era verdadero y de que todo era un juego que sucedía impulsado por el tiempo del Creador, ajeno al verdadero Reino del que él y todas las almas atrapadas en su juego llegarían. Su acto, marcó a Caín para el resto de la historia de la humanidad como el primer homicida. El Dios Creador castigó a Caín y lo marcó para siempre con la oscuridad. Lo obligó a desear la sangre de por vida, para toda su inmortalidad. Le dio colmillos y le dijo que ya que él no había cazado ni matado en su nombre, ahora tendría que derramar la sangre de otros para existir. Y lo convirtió en el primer depredador, el más salvaje y frío de todos. Así nació el primer vampiro: Caín.

El Creador desterró a Caín al Nod, un submundo entre dimensiones plagado de misterio, y seres que él, en su creación, había despechado por no ser aptos para su mundo. Pero lejos de ser un castigo para Caín, el condenado comprendió que él se haría el Rey de ese mundo, igual que Lillith era Reina de la oscuridad y de los que eran como él.

Él podía. El Creador no era capaz de aniquilarlo porque Caín, despierto, ya era inalcanzable para él y no podía hacerle daño, aunque estuviera oculto y encerrado.

Lillith, que entonces podía abrir las puertas de todas las dimensiones del Creador, decidió ir en busca de aquel que, como ella, había descubierto el engaño. Lillith y Caín juntos, crearon varias razas de seres para dejarlos en la Tierra, mezclados con la humanidad, para ayudar a destruir esa cárcel del Creador y

estimular a los humanos al despertar y liberarse de esa opresión de sus almas. Pero el Creador no se iba a quedar de brazos cruzados mientras otros querían sabotear a su mundo y a los suyos, así que usó sus propias armas y se valió de su magia para crear en la Tierra a otro grupo de humanos poderosos e iniciados que persiguieran todo tipo de herejías contra él, y cazaran a los culpables, encerrándolos o aniquilándolos para siempre. Los hijos de Caín y de Lillith, los Lilim, fueron perseguidos hasta su desaparición final, borrados de la faz de la tierra.

Sin embargo, lejos de dejarse hundir por la derrota y la pérdida, Lillith y Caín, cuyos objetivos eran claros e incansables y que no podían ser eliminados por el Creador, ya que ellos eran completamente libres, decidieron urdir otro plan. Entendiendo que tal vez los Lilim no podían triunfar solos en un mundo así, creyeron que el despertar total de la humanidad para salir de ese juego lleno de artimañas dependía de los mismos humanos. Solo una conciencia humana podía destruir esa invención divina, dado que el humano era el mayor invento del Creador. Por eso dedicaron su existencia a captar todas esas mentes humanas que se cuestionaran su propia realidad y su ser, y se presentarían ante todos aquellos que rechazaran las leyes de ese mundo y a su Creador.

A cada uno de esos humanos que Lillith captaba, le ofrecía un cáliz con sangre de Caín. Beberla tras renegar de ese universo falaz les ofrecería la inmortalidad, les otorgaría cambios y dones que debían aprender a controlar. Ellos serían los protectores de la verdad e intentarían ayudar a todos aquellos humanos que en su curiosidad intentasen abrir los ojos a la verdadera vida.

Todos a los que Lillith captaba, entraban directamente a formar parte de un grupo muy hermético llamado la Orden de Caín, conformado por vampiros originales hijos de la sangre de Caín y del mordisco de Lillith.

Desde entonces, los miembros de La Orden de Caín caminan en nuestra realidad, entre nosotros, y nos vigilan, expectantes, esperando a todos aquellos que intuyan la verdad y que quieran ir un paso más allá: vivirla.

Y vivirla implica cambios, mordiscos, sangre, guerra, decepciones, muertes, resurrecciones, despertares y conocer de primera mano la batalla más antigua y original de todos los

tiempos. Una batalla que han negado y han tergiversado tanto que han hecho creer que se trataba solo de una burda ficción religiosa.

Pero la realidad siempre supera la ficción.

El pecado empezó con un mordisco.

Pero el mayor pecado de todos es no pecar.

Quien esté libre de culpa, que tire la primera manzana.

Capítulo 1

En algún momento del pasado
Salem

Lillith lloraba. Lloraba como nunca en su existencia había llorado. Aquella barbarie, aquellas torturas sin igual se hacían en nombre de Dios, como absolutamente todos los genocidios y todos los abusos que en la tierra del inventor se ejecutaban en su nombre.

Y él lo permitía. Él, que todo lo veía, no descendía como había hecho otras veces a implantar sus leyes y a educar a los suyos. No. Para evitar los sacrificios y el dolor y la agonía de sus «hermanas», él nunca se mostró, nunca movió un dedo por detener el martirio de las suyas.

Porque él odiaba a las suyas. Odiaba a las que eran como ella, odiaba a las que no se sometían y no acataban las normas. Las perseguía, las descubría, las señalaba y animaba e incitaba a otros a matar en su nombre, en ese videojuego mefistofélico y descarnado que componía su mundo.

Lillith, la Primera, observaba con el espíritu desgarrado y el corazón envuelto en llamas, cómo la Inquisición golpeaba de nuevo y cortaba las alas a las mujeres sabias y libres. La persecución era encarnizada.

Los juicios de Salem eran una vergüenza más que añadir a la enorme ristra de errores y abusos cometidos contra el género femenino. Porque que tratasen así a unas cuantas, debía afectar a

todas. Pero en aquella realidad, muy pocas protestaban en nombre de las demás, dado que, si lo hacían, perdían la cabeza acusadas de desacato y brujería.

Esas mujeres, llamadas brujas, tenían un espíritu parecido al de ella. Lillith recordaba cuando despertó en el Edén del Inventor, obligada a aceptar en su cuerpo a un hombre, al hombre, a ese Adán. Porque aquella era la posición de los espíritus femeninos; debajo del masculino. De hecho, toda la realidad del Inventor era masculina, aunque a algunas cosas les pusiese nombre de mujer. Él, como creador, lo era. El Dios, el Único.

El sexo y el amor, que eran el juguete con el que encerraba en su juego a las consciencias, también eran masculinos. Porque así también se controlaba a la mujer, mediante la promesa de ese amor esclavo y sumiso.

Era terrible. Si ella había venido a este plano a ser libre, ¿por qué insistían en encadenarla a un hombre y a estar por debajo de él? Cuando despertó y entendió que todo aquello era un espejismo, una gran mentira y descubrió el nombre de Dios, escapó del Edén y vagó por toda aquella matriz increíble, repleta de universos y dimensiones, buscando una salida. Pero no la encontró. Sabía que había una, pero no la halló.

Igual que todas esas mujeres humanas a las que se les había robado la vida, todas asesinadas a manos de verdugos, liderados por los Santos de la Inquisición y su nauseabunda demagogia y misoginia. Todas ellas sabían que había algo mal en esa realidad, que las sociedades eran ignorantes y que estaban destinadas solo a la obediencia, y cualquier mente que despertase o que tuviera destellos de genialidad o conocimiento más allá del común, estaba destinada a ser señalada y a arder en la hoguera. Porque el conocimiento abría puertas, y el inventor no quería que nadie abriese la de su casa para irse de ella. Eso no entraba en sus planes.

Los increíbles ojos de color verde de Lillith estaban saturados de lágrimas. El dolor y la agonía que sentía por cada uno de esos espíritus muertos la laceraban, como un corte que le abría la carne de par en par. Así sentía con cada una de las muertes de esas mujeres; sanadoras, curanderas, sabias, matemáticas, nodrizas, parteras, perfumistas, botánicas, alquimistas, profetas, filósofas, químicas, genias… Mujeres que sabían incluso de sexualidad y

reproducción, y que nunca encajaron en un mundo patriarcal, porque ellos no lo quisieron, porque las leyes divinas estaban para respetarlas y tuvieron que sufrir la dictadura del mundo eclesiástico, económico y político de sus tiempos. La hegemonía masculina se vio gravemente amenazada ante la sabiduría y los conocimientos de unas mujeres que iban más allá de la magia, y que abarcaban la biología femenina y conocían tan bien las leyes de la naturaleza y sus propios cuerpos, que incluso podían decidir si quedarse embarazadas o no. Y aquello le dio pavor al inventor y a su Legión: ¿cómo unas mujeres iban a saber tanto como para decidir si aceptaban o no la invasión de un hombre y su semilla tan sagrada? Ellas debían obedecer, nunca resistirse. Eso era ir contra natura. ¿Cómo unas mujeres que vivían la mayoría en bosques, solas e independizadas, en contacto solo con la naturaleza, se mantenían a sí mismas sin la ayuda de sus «machos», generaban sus propios ingresos y sabían verdades que los hombres no conocían? Eso solo podía ser porque estaban en contacto con el Demonio. Eran malas.

Lillith estaba cansada de oír esas etiquetas contra sus hermanas. Pero lo que más le molestaba era oírlas en boca de las mujeres, esas Evas, mucho más machistas que los hombres.

No sabía cuántas de las suyas ya había perdido, pero eran demasiadas en todo ese círculo vicioso de tiempo y espacio en bucle a través del cual ella podía viajar a su gusto, pero nunca permanecer demasiado tiempo, dado que él la podía detectar. Podía parecerle un suspiro o una eternidad, pero su concepción del tiempo no hacía que menguara su dolor por ver cómo las trataban. Que esas mujeres existieran, era una anomalía en el invento del creador. Y si ellas encarnaban aquí, era porque Lillith lo hizo una vez y despertó. Por eso, los espíritus como los de ella podían quedarse encerrados en esta realidad, como le sucedió a Lillith, y todos luchaban por escapar y por ir siempre más allá, no conformarse solo con lo que se veía a simple vista, porque ellas sabían que había mucho más, un intrincado sistema que era una cárcel para todos, pero muchísimo más para sus espíritus originales.

La matanza de las brujas estaba siendo implacable. Salem, Ipswich, Andover… Lillith había estado en todos esos enclaves, pero en otros también como el sur de Francia, Alemania, Roma, Noruega,

Grecia… porque cuando las cenizas de las Antiguas tocaban esos lugares, el velo se rompía para que Lillith apareciese, las llorase y, como en ese momento, estudiara cuál era el plan a seguir para vengarlas. Ellas volverían y encarnarían de nuevo, y se despertarían como habían hecho. Pero el inventor y su Legión volvería a darles caza. Y mientras tanto, ella debía continuar con su plan, moviendo sus fichas y a los protagonistas de su videojuego particular, encontrándolas de nuevo, en otras caras, en otros cuerpos, en otras mentes. Pero siempre volvía a dar con esos espíritus, con esas mujeres transgresoras, aunque cada vez costaba más, porque la espiral del inventor hacía que todos olvidasen sus orígenes y que, en cada encarnación, se olvidasen un poco de quiénes eran o habían sido en realidad.

Lillith no estaba ahí, quedándose para ayudar, por venganza.

No. Lo hacía por justicia y por verdad. Porque si ella y Caín conseguían su propósito, liberarían a los que estuvieran dispuestos a entender y a escuchar. No a todos, por supuesto. Porque, aunque la verdad era liberadora, no todos estaban preparados para escucharla, y muchos preferían no saberla. Pero sí ayudarían a los que lo quisieran y estuvieran listos para enfrentarse al inventor.

Miles de mujeres habían ardido en hogueras, acusadas de brujería, después de haber sido torturadas de maneras terribles. Lillith lloraba por cada una de ellas. Ella, que era el origen de las Antiguas, la Primera, sabía que las cenizas de las Antiguas también eran anomalías, y las usaba para manifestarse en todos esos lugares. Para ella, todas esas mujeres eran hermanas y también hijas suyas: las hijas de Lillith. Y todas sufrían las mismas torturas y el mismo destino final.

La Inquisición usaba el fuego para purgar el alma, pero ¿qué había del espíritu? ¿Acaso no sabían que eran dos entidades distintas? El espíritu persistía.

Muchas de esas mujeres, sobre todo las de Salem de 1693, primero fueron ahorcadas. Después de muertas hicieron arder sus cuerpos. Sin embargo, no todas las brujas morían en la hoguera. Antes también podían morir a causa de las cruentas pruebas a las que las sometían, u obviamente, por los llamados «cruentos castigos».

Fuera como fuese, Lillith había tomado una decisión al respecto.

Esas mujeres que despertaban no eran suficientemente fuertes como para rasgar el velo del Inventor y escapar, sin embargo, ella podía encontrar el modo de hacer que sus sacrificios y sus muertes no fueran en vano. Pero, necesitaba a su propio ejército de auténticas brujas originales, que aprendieran de todas sus antepasadas, que supieran de la historia de todas sus hermanas y que, físicamente, pudieran también viajar a través del videojuego y manipularlo a su antojo para dar una oportunidad a todas cuando el Inventor fuera desenmascarado.

Así que, después de la última hoguera y de la finalización de los juicios de Salem, con el olor a carne quemada golpeándole la conciencia y el humo todavía ascendiendo de la tarima de madera donde habían sido ahorcadas e incineradas, decidió que era el momento de ser Creadora.

Como lo había sido el inventor. Ella también lo lograría.

Iría al Nod, y lo visitaría en uno de los viajes exprés que hacía para ver a Caín.

Y le contaría su plan.

Nod

Tierra de los fugitivos

Solo una vez era nombrado el Nod en la Biblia. Como si no interesase su existencia, como si por nombrarlo menos, fuera menos real. Nadie sabe dónde se encontraba realmente este lugar, más allá de saber que se hallaba al este del Edén.

Pero esas eran falacias. Tonterías. Palabrería barata.

El Nod no era un lugar exacto, no tenía un plano físico. Significaba «vagabundo» y, como tal, no tenía coordenadas, porque vagaba por las dimensiones. Como si no existiese. Esa era la maldición de Caín. Haber sido marcado por el inventor como un apestado, un maldito, que no podía residir en ningún lugar, no tenía hogar, dado que había rechazado estar en el mejor de todos, el Edén. Solo Lillith sabía encontrar el Nod a la perfección, porque ella podía estar en todos los lugares y porque ella y Caín eran renegados, y tenían un vínculo exclusivo y espiritual: ambos espíritus despertaron, muy a pesar del Paraíso. Por eso eran los mayores enemigos del creador y por eso ambos se habían unido para conseguir que su plan se hiciese realidad.

No obstante, aunque Lillith siempre encontraba ese «no lugar», nunca podía permanecer en él demasiado tiempo, ya que, al Nod se podía entrar, pero de él nunca se salía. El inventor era imperfecto, pero no estúpido, de ahí que hubiese creado un vacío en su propio universo donde envió a Caín, y donde también abandonaba a su suerte a todo tipo de seres insurrectos para que enloquecieran, aburridos de la fealdad de aquella cárcel y de sí mismos. No obstante, el inventor había obviado algo muy importante: si despertar era enloquecer, entonces, uno no podía volverse doblemente loco.

Por eso, a pesar de la longeva eternidad atemporal en la que Caín se hallaba, continuaba tan cuerdo como al principio de su destierro, y debido a su encanto, se había hecho Rey de los fugitivos. Aunque él no quería liderar a nadie, él, como Lillith, quería que los despiertos arrasaran con la realidad del inventor, y sus espíritus encadenados y apresados, por fin, pudiesen regresar al Origen del que habían venido, al real, no al Paraíso.

Cuando Lillith llegó al Nod, se miró el reloj de cadena que llevaba, regalo de una antigua bruja que ella había adorado y que había pasado ya por mil vidas. Un reloj con una estrella de cinco puntas grabadas en la parte posterior, y un rubí en forma de corazón en el centro. Miró la aguja del reloj que se había detenido al entrar en ese lugar y, tal y como lo hizo, Caín se presentó ante ella.

Él percibía cuando ella rasgaba ese velo y entraba en su mundo.

—Hola, sembrador —sonrió afablemente al verlo. Él era quien la mantenía cuerda, aunque se vieran por cortos espacios de tiempo.

El uno disfrutaba del otro y sabían que no estaban solos en su misión. Se acompañaban. Pero no se atrevían a decir que se amaban, porque «el amor» era una cárcel que la realidad del inventor había creado para esa emoción, copia modificada del verdadero amor original. Otra cárcel más de las muchas estructuras que había conformado para su mundo. Así que nunca se habían dicho eso, porque no lo necesitaban.

Caín era un ser muy apuesto. Hijo de quién era y de unos humanos excelsos acordes al mundo de belleza material que había querido crear el inventor, todo él era magnético. Y sensual.

Pero en el interior de su increíble fachada, despertó un espíritu

rebelde que puso en duda las leyes, la justicia y el funcionamiento del juego del creador.

—Hola, hermosa —Caín observó el reloj de Lillith y preguntó—. ¿Cuánto nos queda?

—Un rato, hasta que la aguja vuelva a funcionar —le explicó peinándole el pelo rubio y largo con los dedos. El reloj era un reloj cuántico. Estaba hechizado para que se detuviese siempre que se rompiese el velo para moverse entre dimensiones, a través de la matriz del inventor. Se decía que el dios era quien activaba el tiempo al ser consciente de su realidad y, cuando detectaba que el velo se había roto, antes debía encontrar la falla de su sistema para entrar a través de él. Cuando lo descubría, y entraba en ese lugar, el reloj funcionaba de nuevo, dado que la conciencia del dios se manifestaba a través del tiempo e insuflaba ritmo a la vida. Cuando eso sucedía, Lillith debía abandonar el Nod o cualquier dimensión en la que se hallase antes de que el inventor diera con ella. Aquel era el juego del gato y el ratón al que la mujer y el dios jugaban desde que Lillith despertó de su letargo en el Edén. Ella, a su manera, tampoco podía estar demasiado tiempo en un lugar fijo. También estaba maldita, como Caín, pero era más libre. Ahora bien, el inventor la quería. Ansiaba dar con ella. Porque ella era la Primera, la única que, de resolver el enigma de la realidad del creador, podía destruirle.

—Estás triste —era un hecho. Caín constataba con su observación la realidad en la expresión de Lillith—. Debe ser terrible lo que está haciendo el inventor.

Ella asintió y se acongojó ante él, porque era ante el único que se atrevía a mostrarse vulnerable. Lillith vestía de un modo muy atrevido, con un mono negro que enmarcaba su sinuosa figura y unas botas de tacón oscuras que le llegaban por las rodillas. Su mamba negra paseaba por sus hombros esbeltos y desnudos y se enroscaba en su brazo pálido. Caín sintió orgullo y algo de posesividad al ver su marca en el cuerpo de aquel ser de espíritu tan poderoso. Él siempre la entendió, siempre la aceptó y, lejos de juzgarla, la apoyaba en todo.

—Las está matando. Las está matando a todas —las palabras cortaban como cristales en su lengua—. Y está haciendo algo con ellas. A muchas no las está dejando regresar. A ellas no. Porque

sabe que vuelven y despiertan de nuevo, aunque cada vez lo hagan con menos fuerza.

—Las reencarnaciones obligan al olvido. Son agotadoras —Caín jugó con un mechón del pelo increíblemente rojo de Lillith y se lo llevó a la nariz—. ¿Qué crees que está haciendo? ¿Lo mismo que con la Orden?

—No estoy segura. Él también tiene poder para no ser visto y no mostrar sus cartas. Pero, algo está haciendo, y es muy evidente. No deja a ninguna Antigua en pie. Y lo seguirá haciendo hasta que ya no importe que nuevos espíritus encuentren la fisura y la verdad de su realidad. Lo hará hasta que llegue el cambio definitivo.

Caín estaba tan frustrado como ella. Pero mucho más, dado que él no podía huir del Nod para ayudarla. Su ardid funcionaba, porque el inventor nunca asomaba la nariz en su caos, por vergüenza a aceptar que no era perfecto. Y el Nod era un caos, era algo parecido a lo que la ciencia nombraba un agujero negro. Por eso, jamás supo que Lillith y él tenían tanto contacto. Mucho más que eso para Caín. Para él era una relación original, que traspasaba el infinito para que un día ambos pudieran vivir juntos y libres en el Origen.

Alzó la barbilla de Lillith con dos dedos y la miró con esos ojos de un color imposible.

—Sé lo que has venido a pedirme —aseguró—. Creamos a los *vailos*, a los hechiceros, creamos a la Orden y perdimos a muchos más hijos por el camino. Esas mujeres sabias mueren a manos de la Legión, porque son solo humanas.

—Ellas aceptan la muerte con dignidad —le explicó abatida—. Pero todos sus esfuerzos por abrir los ojos a la sociedad que les rodea, no sirven de nada, y no quiero que su batalla y sus logros sean en vano. No voy a salvarlas de morir, no puedo hacer eso y modificar la historia que está narrando el inventor. Pero las convertiré en maestras y haré que su recuerdo persista.

—Cuando vienes a verme, es para reclamar más cosas de mí. —Sonrió, porque le encantaba ver a Lillith. Pero lo que más le gustaba era saber que siempre lo elegía y siempre lo elegiría a él. Su padre Adán nunca fue bien recibido, él sí.

Dime qué quieres.

Los ojos verdes de Lillith se achicaron. A ese hombre le gustaba

que le hablase claro.

—Necesito tu ayuda, Caín.

—Quieres crear nuevos seres para enfrentar al inventor. Ya lo sé.

—Sí —asintió con mucha seriedad—. Pero no vamos a mezclar nuestras sangres ni los haremos resurgir del barro del Nod. Esta vez quiero algo más.

A Caín el corazón se le detuvo. Para él, Lillith y él eran compañeros y se habían reconocido como tal. La razón por la que aceptaba estar en ese pozo era por ella, porque sabía que siempre tendría un momento para verla, para olerla, para tocarla de vez en cuando, y desearla siempre. Lo que sentían el uno por el otro se había mantenido en silencio, por miedo a que el inventor pudiera escuchar o percibir esas emociones en el Nod. Porque sería muy sospechoso que, en un lugar que era un cajón desastre y que solo había soledad y desequilibrio, se pudieran dar esos sentimientos. Y eso, el inventor no lo podía ni siquiera adivinar. Por eso procuraban no decirse nunca nada que comprometiera su espíritu más apasionado y activase el olfato del creador.

—¿En qué has pensado?

—Quiero que me muerdas. Que me dejes anestesiada.

Él se puso en guardia y su expresión se ofuscó.

—¿Por qué?

—Porque voy a crear de mi propio cuerpo a tres hijas, que tendrán mi mismo código y mi misma naturaleza. Voy a abrirme y quiero que me saques una costilla.

Él parpadeó estoicamente. Le estaba pidiendo algo salvaje y desesperado, pero imaginarse a tres mujeres con el código genético anómalo de Lillith, haciendo locuras en la realidad del inventor, le divirtió de inmediato. Lo que le gustaba menos era tener que hacerle daño.

—Vas a crearlas con una de tus costillas. Te encanta burlarte de él y de sus ocurrencias.

—Para ridiculizarme a mí, hizo creer a todos que me modeló del barro. Ahora voy a crear yo a su más potente virus de una de mis costillas, como afirmó que hizo con Eva —se encogió de hombros—. Ellas serán las brujas más poderosas, pero también las más desconocidas —continuó explicando—. Las protegeré y les enseñaré a ser fuertes y vivir en la realidad del inventor sin ser descubiertas.

Ellas me ayudarán para que todo el horror de esa Tierra y todas las persecuciones que sufren las mujeres despiertas y nuestros Lilim, no caiga en saco roto. Voy a hacer que cada corte, cada quemadura, cada muerte bajo manos de la Inquisición y sus Santos, tengan una razón de ser para nosotros, y merezcan la pena de haber pasado por ese calvario.

Caín sabía de lo que hablaba Lillith, porque ella siempre le dejaba ver lo sucedido a través de su sangre. Los genocidios en nombre de un dios que no era se repetían por todo el globo, enterraban la magia y la ciencia, enterraban el conocimiento y la verdad para que solo pudiera prevalecer sus leyes y sus mandamientos.

—¿Cómo lo harás?

—Aprovecharé cada muerte en el tiempo, cada ceniza de cada Antigua para enseñarles a mis hijas quiénes son, de dónde vienen las de su linaje, y cómo de brillantes son y serán sus espíritus.

—Volverás a viajar en el tiempo —él mismo se dio la respuesta —. Eres la única que puede hacerlo —comprendió. El tiempo era una constante manipulable y ella podía saltar cuánticamente a través de él.

—Hacer esto será rápido, Caín. Te lo prometo.

—Yo siempre he confiado en tus ideas y en tus habilidades. Eres la única que puede vagar entre realidades y burlar la seguridad del inventor. Pero… ¿tenemos tiempo para ayudarte a crear a tus propias hijas, sangre de tu sangre, huesos de tus huesos y espíritu de tu espíritu? —preguntó arqueando las cejas rubias—. Nunca habías hecho esto antes.

—¿Y dudas de que lo logre?

—Jamás.

—Bien. Claro que podré —revisó el reloj de nuevo y sonrió de medio lado—, pero hay que darse prisa.

—Si es así… —Caín no se lo pensó dos veces. Siempre tenía hambre de ella. Y ella de él. Se alimentaban el uno del otro y cuando se mordían lo hacían con ganas y con ímpetu. Sujetó su pelo rojo con una mano, la acercó a él de golpe y le echó el cuello hacia atrás—. ¿Estás segura?

—Sí —contestó mirándole con los ojos entornados.

Los ojos de ambos se volvieron negros por completo y unas

diminutas venitas del mismo color recorrieron sus párpados y sus comisuras.

Caín le clavó los colmillos profundamente en el cuello y empezó a beber. Lillith se agarró a su pelo rubio y cerró los ojos con gusto al percibir la anestesia en su sangre.

Dejó de sentir su cuerpo y se quedó entre los brazos de Caín, tumbada. Los vampiros podían morder para succionar o, como las serpientes, morder y dejar ir una sustancia a través de sus colmillos, que actuaba a su voluntad. Podía ser afrodisiaca, anestésica y analgésica.

En este caso, Lillith estaba despierta, pero no sentía sus extremidades. Ojalá pudiese dejar de sentir el dolor por las pérdidas de espíritus increíbles que goteaban día a día en la Tierra. Pero para eso no había cura, solo aceptación y venganza.

—Bien —Lillith sonrió levemente—. Ahora… hazlo.

—¿Quieres que sea yo quien hurgue y te rompa una costilla? —sonrió incrédulo.

—En la realidad del inventor todo se puede replicar y volver a hacer. Y, por suerte, mi cuerpo y el tuyo, sembrador, cicatrizan inmediatamente y vuelven a reproducirse. La mamba es poderosa.

—Tú eres poderosa —espetó sonriendo de oreja a oreja, sin esconder su admiración por ella.

Y de repente, Caín alzó su mano y mostró una costilla. La sangre regalimaba por sus dedos hasta su antebrazo.

—Oh, vaya… eso ha sido muy rápido.

—Soy muy rápido.

Caín le dio de beber de su muñeca y a cada sorbo de su sangre, desvió la mirada hacia abajo y comprobó satisfecho, cómo el cuerpo de Lillith sanaba de dentro hacia afuera. Los huesos rotos se rehacían y la carne abierta por el corte de sus uñas afiladas se unía de nuevo y se regeneraba.

Cuando Lillith acabó de beber, sus ojos volvían a ser de ese verde tan sobrecogedor. Su pelo rojo cobraba vida y se movía a su antojo. Observó la costilla, que yacía sobre la tierra cambiante del Nod, se pasó la lengua por los labios y le dijo a Caín:

—Has aprendido a controlar esta realidad a tu antojo y te has hecho su Rey, aunque no puedas salir de aquí.

—Todavía.

—Todavía —repitió Lillith muy de acuerdo con él. Apoyó las manos en sus hombros y añadió—: Invoca un lugar cómodo para ti y para mí —su rostro seducía a Caín, como su media sonrisa prometía que ambos iban a pasar un buen rato.

—¿Qué tramas?

—Mi idea era tener cuatro hijas. Tres de mi costilla. Y una… —lo observó de arriba abajo—. Una de ti y de mí.

A Caín aquellas palabras le sonaron a gloria. Gloria total y absoluta. Quería concebir con él. ¿En serio?

—¿Estás segura?

—Sí. Muy segura. La necesitamos. Necesitamos a una bruja más, la que vuelva definitivamente loco al sistema del farsante. Ellas cuatro serán el talón de Aquiles de la Legión. Haré que bailen, haré que los bailen —rectificó—, y que ellas sean quienes controlen el juego. Ni el inventor ni la Legión lo sabrán, ni siquiera lo intuirán, pero, cuando crean haber ganado, en realidad, habrán empezado a perder. Hagámosla, Caín. Hagamos a la bruja más definitiva de todos los tiempos. Ella y sus hermanas, juntas, serán únicas en su especie.

—No lo dudo —murmuró Caín con ojos brillantes y concentrado en ella. Sabía que el cerebro de esa mujer pensaba a mucha velocidad y que ella, más que nadie, sabía de la matriz de la realidad en la que estaban encerrados, y conocía los entresijos como para, en un futuro, todos pudieran escapar—. Está bien. Hagámoslo, Lillith.

—Bien —Lillith tomó a Caín de la nuca y lo acercó para besarlo.

Él besó a Lillith dejando caer sus labios contra los de ella, arrobado por la pasión que esa mujer despertaba en él, e ideó un entorno perfecto para acostarse con ella.

Un lugar con una cama, con velas, con un cielo estrellado. Un paisaje que se creaba del mismo polvo y desierto del Nod.

No se lo dijo, pero, en realidad, Caín no dudaba de la espectacularidad de lo que iban a ser esas mujeres, porque si tenían solo una pequeña parte del poder de su madre, serían, sencillamente, una maravilla.

Y ninguno de los dos mencionó que, aquel intercambio y aquella intimidad, la deseaban mucho más que el tener una hija.

Pero, si ella llegaba, iba a tener mucho con lo que lidiar

genéticamente hablando.

El cóctel que podía nacer de la Primera mujer y del Primer genocida podía ser todo un terremoto.

Una fractura en el tiempo y el espacio.

La llave para encontrar la puerta de salida del Infierno.

Capítulo 2

Antigua Grecia
Siglo III antes de Cristo

Ellas viajaban. Viajaban con su madre siempre. Porque su madre no era una madre cualquiera. Porque ninguna lo era en el fondo. Pero la de ellas, la de ellas era la madre de todas las madres.

Tamsin, Circe, Jadis y Ceres eran hijas de la Primera. La Primera mujer creada por el inventor, cuyo espíritu quiso encerrar para siempre en su cárcel, y cuya voluntad quiso doblegar bajo el cuerpo de Adán.

Pero su madre era libre, recordó que lo era, por eso pudo huir de las manos del dios creador y escapar de su mundo, para ser la única que pudiera viajar entre mundos, solo cuando las condiciones fuesen las adecuadas.

Sin embargo, Lillith no fue la única. En la realidad del Inventor, el espíritu indomable de otras mujeres mucho más avanzadas de su época, también resurgía y se rebelaba contra las normas establecidas. Mujeres que, como la Primera, sabían que algo en su interior se insurreccionaba contra las leyes de ese mundo en el que vivían una existencia limitada, cuando, en el fondo, sabían que no tenían límites.

Todas esas mujeres que despertaron en la Tierra y que, con el tiempo, adquirían más poder y conocimiento que los hombres, eran señaladas y acusadas de «bailar con el diablo».

Siempre que las cenizas de una Antigua tocaban la realidad del Inventor, Lillith podía viajar entre dimensiones y acudir a ese lugar para guiar a sus hijas, para instruirlas y enseñarles todo aquello a lo que ellas se iban a tener que dedicar en un futuro.

Se habían hartado a viajar por todo el mundo, en distintos momentos de la historia, para ver y conocer a las Antiguas. A esas mujeres nacidas con una conciencia despierta y un espíritu que no era de este plano. Mujeres de magia y tan sabías que hacían avergonzar a los hombres, aún muy centrados en su ego y en su dictadura.

Gracias a esos viajes que hacían junto a su madre, ellas habían aprendido de magia, de hechizos y de cómo reaccionaban esos sortilegios en la dimensión del inventor.

También aprendieron de envidias, de venganza y traiciones; de injusticias y dolor; y de machismo y patriarcado.

Aquel nuevo viaje a Grecia era trascendental, muy importante. Porque iban a recibir un conocimiento muy especial. Ellas ya eran brujas de nacimiento y su poder era inconmensurable. Pero para jugar en esa realidad, debían aprender a entender la ley del espejo y del cristal. Y Lillith las había llevado hasta la primera bruja de Tesalia conocida, para que absorbieran su sabiduría y sus procedimientos.

Se trataba de Aglaonice de Tesalia. Una mujer que ya estaba sufriendo el acecho de la oscuridad y que ya era tildada de bruja solo por tener conocimientos de astronomía y una habilidad para el cálculo matemático envidiable. Aunque, algún secreto más guardaba.

Todas las sacerdotisas de Tesalia, por ser mujeres y por tener conocimientos que solo estaban destinados a los hombres, eran tratadas como brujas.

Brujas antes que versadas.

Brujas antes que sabias.

Brujas antes que mujeres.

Brujas antes que personas.

Por eso se decía que Tesalia era tierra de brujas, en vez de hogar de mujeres matemáticas de gran inteligencia e intuición. En la Grecia Antigua, una mujer solo podía ser igual de sabia que un hombre si recurría a la hechicería. Esa era la creencia. No podían

ser biológicamente ni naturalmente más inteligentes. Y Aglaonice, que tenía también influencia de Hécate, estaba harta de esos prejuicios.

—¿Qué estamos haciendo aquí, mamá?

Lillith miró a la pequeña Tamsin de pelo muy negro y ojos azules y le pidió que solo escuchase y que no interrumpiese a las sabias sacerdotisas de Tesalia que se habían reunido para conversar sobre algo que Aglaonice acababa de descubrir.

A Lillith le divertía las pequeñas pequitas que tenían sus hijas sobre el puente de la nariz. Eran adorables.

—Prestad atención, porque esas mujeres van a trabajar con el cristal.

—¿Por qué? —bostezó Ceres ocultando su pelo castaño rojizo bajo su capa negra. Tenía el pelo liso, un flequillo muy largo y recto, y unos ojos de color miel que, a veces, parecían rojos. Ceres era muy dulce.

Las cuatro niñas iban vestidas igual, con capas de invisibilidad que se mostraban solo cuando ellas querían ser vistas.

—¿Veis ese espejo? —señaló el centro del templo en el que se hallaban las brujas conversando. Allí había un espejo. Un espejo de marcos negros y serpientes metálicas con ojos rojos. Y era grande, ovalado y precioso—. Las brujas de Tesalia trabajan los espejos. Leen el mundo del inventor a través de él y conocen los acontecimientos. Pero este, no solo es un oráculo, es una puerta. Una puerta más allá de esta realidad.

—¿Es la salida de la que siempre nos hablas? —quiso saber Circe. Circe era rubia y tenía ojos plateados, del color de Mercurio. Eran atrapantes y misteriosamente subyugadores.

—Puede ser. Y, como puede ser, es mejor que lo tengamos nosotras.

—¿Nos lo vamos a llevar? —quiso saber Jadis, que era la que más se parecía a ella y a su padre, Caín. Ojos verdes y enormes, un poco rasgados hacia arriba, pelo muy rojo y rizado y con una energía difícil de aplacar. Jadis nació de la unión de Caín y de ella. Las otras tres nacieron de su costilla, pero las cuatro eran hijas de ella sin excepciones. Por igual.

Y tenían la misma edad.

Nacieron al mismo tiempo. Incluso Jadis, que concebida de

manera natural sufrió una aceleración de crecimiento cuántico impulsada por su madre, para que todas vieran la luz el mismo día. Las cuatro poseían las mismas habilidades y talentos, pero a cada una se le daba mejor algo en concreto: Tamsin controlaba los hechizos inmediatos y era la que mejor técnica tenía de todas, además sabía encontrar puntos débiles rápidamente, no importaba la especie que tuviese delante; Jadis sabía controlar las grietas del espacio y del tiempo e iba a ser una viajera excepcional. Circe era la más creativa con la magia y los hechizos, y sabía cómo deshacer sortilegios oscuros de los nigromantes. Y Ceres era la que mejor hechizaba a los objetos y conseguía de ellos lo que quería. Era una creadora de armas sin igual, una auténtica orfebre y alquimista.

—Sí. Lo necesitamos —dijo Lillith muy convencida—. ¿Os hablé de Pitágoras?

—Sí —respondió la aplicada Tamsin—. Dijiste que las brujas de Tesalia le enseñaron a Pitágoras a adivinar el porvenir de las estrellas y de las probabilidades, dirigiendo un espejo a la luna.

—Así es, porque estas brujas son las brujas de los espejos. Y los espejos son portales en esta dimensión. En ellos, ellas escriben sus oráculos con sangre —Lillith sabía que se repetía, pero las niñas pequeñas aprendían mejor por repetición—. Necesito que veáis cómo lo hacen y que lo aprendáis para que, en un futuro, cuando seáis mayores, podáis usar ese espejo en vuestro beneficio. Para ser capaces de crear uno mucho mejor con una puerta directa al origen.

—Sí, mamá —contestaron obedientemente.

—El espejo es dual. Puedes ver una realidad u otra. Puedes hablarle, y puedes encerrar mundos en él. La habilidad de las brujas de Tesalia es la cristalomancia. Hacedla vuestra habilidad también, y conoceréis lo que hay al otro lado.

Entonces, Aglaonice empezó a hablar y Lillith se mantuvo en silencio y animó a las pequeñas a que hicieran lo mismo.

—Vienen tiempos de mucha oscuridad en este mundo. Nosotras no lo veremos. Pero se acerca un demonio, y viene a llevarse nuestro cristal. Se hacen llamar sacerdotes *speculari*, vienen de Roma —dijo mirando al espejo—. Querrán quitárnoslo todo. Debemos estar muy atentas para intentar evitarlo.

—Sí, suma sacerdotisa —contestaron todas a la vez.

Lillith alzó la barbilla. Ella ya sabía lo que vendría, porque ya

había estado en ese momento de la historia. Lo que iba a añadir era otra variante, otro destino posible que el inventor tardaría muchísimo en recalcular, porque no iba a dar beneficios a corto plazo. No. Lillith iba a tener paciencia y esperaría a que el fruto de sus acciones llegase en el momento adecuado.

Antes actuaba por impulso. Pero, entonces, antes estaba sola. Y, ahora, en cambio, tenía de compañeras a sus hijas, sus mayores aprendices y las brujas más poderosas que iban a juguetear en la realidad aumentada del inventor.

Lillith quería enseñarles la cristalomancia y cómo funcionaban los espejos, de la mano de las mejores brujas del cristal. Y tenía un motivo.

Porque, en un futuro, cuando todo se acelerase y se complicase, ese sería el único modo de contactarse las unas con las otras. Jamás debían perder el contacto, aunque la vida se pusiese dura o demasiado difícil para ellas.

Porque de ellas dependía el futuro.

Y necesitarían una comunicación muy fluida, incluso, aunque estuvieran encerradas.

Noche de Samhain
Britania

Las pequeñas estaban sentadas apoyadas en el ancho tronco del manzano.

La celebración más pagana de esa realidad se había dado en un lugar cualquiera en el espacio y el tiempo de ese mundo que parecía fascinante, pero estaba lleno de trampas para ratones. Habían estado cantando y bailando alrededor del árbol, mientras las brujas y hechiceras de la época recitaban sus conjuros y advertían sobre la llegada de un mal que acabaría con todo aquello que no estuviera dentro de sus leyes y sus credos.

Las niñas sabían de qué estaban hablando. Hablaban de la Legión y de lo que el inventor quería para todos sus súbditos. Y, aunque sabían que eso iba a suceder, que el final para los Lilim, las Antiguas y los despiertos llegaría, querían celebrar con ellas. Animadas por su madre Lillith, las crías cantaban a pleno pulmón y avivaban el fuego en su pequeña y escondida hoguera, mientras Lillith las aplaudía y las instaba a seguir el ritmo de las canciones

con sus propias palmadas.

Después de ese ejercicio agotador, decidieron retomar fuerzas comiendo de las manzanas. Era la fruta favorita de su madre. Decía que la manzana empezó todo, y que un mordisco provocó el mayor fallo de sistema en el mundo del inventor.

Las niñas disfrutaban de los viajes con su madre y de esos pequeños saltos en el tiempo que hacían juntas para que conocieran la historia de esa realidad como de verdad había sucedido. Sin clases ni enseñanzas erróneas y adaptadas a la versión que más les interesaba ofrecer a la Legión. Ellas obtenían la información de la fuente. De primera mano.

Lillith admiraba a sus hijas, y las amaba. Y ellas tenían un amor incondicional y la misma admiración hacia su madre, la más poderosa de todas.

Entonces, ellas tenían siete años.

—Mamá —dijo Circe dándole un gran mordisco a la manzana verde y ácida—. Queremos saber lo que es el amor romántico. ¿Qué se siente cuando se está enamorado?

—Sí, queremos saber cómo sabías que Caín era el amor de tu vida —preguntó Ceres, que ya se había comido su pieza de fruta—. ¿Por qué sientes que estás enamorada de él?

A Lillith aquella pregunta no la tomó desprevenida, porque estaba acostumbrada a la precocidad de sus hijas y a sus preguntas sin filtros. No obstante, era muy sano que tuvieran curiosidad sobre la emoción más mesmerizante de todas. Pero, aunque nunca les ocultó nada, tampoco quería que se preocupasen por esas cosas, dado que todavía eran muy pequeñas.

—¿Para qué queréis saber lo que es el amor romántico? Sois unas niñas.

—Porque no entendemos qué les pasa a los hombres y a las mujeres de este mundo, y por qué se lo toman tan en serio, por qué les afecta tanto y les duele y también les hace felices.

Lillith suspiró e, igualmente sentada en el suelo jaspeado, frente a ellas, les contestó:

—El amor es el agua que te sacia cuando no sabes que estás sedienta —contestó con una medio sonrisa—. El amor toca nuestras luces y nuestras sombras interiores, las acepta todas, y no las quiere cambiar. Porque las respeta. El amor no es un ente físico, pero

posee a las personas e influye en sus acciones y sus decisiones, y también en sus estados de ánimo. Por eso vemos a las parejas de enamorados, tocándose, besándose y sonriéndose —enumera con gesto soñador—; lo oímos cuando se dicen cosas bonitas y lo sentimos en la punta de la lengua cuando queremos decirle a esa persona especial que la amamos. Pero aquí no entienden lo que es el amor. No podéis esperar sentir ese amor, porque no venís de Eva. Venís de mí. Sois Lilliths. Nosotras sentimos un amor distinto, niñas. Sentimos el amor original. Alcanzamos un espectro que el mundo del inventor no puede concebir.

—Ah… ¿y qué es el amor original? —preguntó Jadis con mucho interés.

—Es un modo de amar con todo, corazón y espíritu. Nunca a medias. Es un amor sincero y eterno, que marca, y posee, que completa y complementa. Es un amor que nos expande también en el otro y que hace que nos sintamos en casa junto a nuestro ser amado. Lo convertimos en nuestra tierra. En nuestra gente. Nuestro amor no teme a discusiones ni a vísceras, ni a pasiones. Somos distintos, nuestras leyes no se rigen por las normas del inventor. Aquí podemos ser, y amarnos como queremos, bajo nuestras verdaderas formas, y no juzgamos si lo que hacemos o lo que necesitamos del otro está bien o no, porque en nuestro espíritu inmortal, sabemos que es lo correcto y que seguimos nuestro instinto. Pero somos brujas, somos Lilim, y nuestro espíritu poderoso necesita un espíritu igual a nuestro lado, con la valentía y la capacidad de atreverse a elegirnos, aunque sepan que somos más fuertes que ellos.

—En la realidad del inventor, las parejas cambian y los hombres y mujeres no comparten la vida con la misma persona que en un principio eligieron —esa era Tamsin, que tenía una mariposa sobre la mano y jugueteaba con ella, sin hacerle daño—. ¿Nuestro amor original nos deja cambiar de persona? ¿Podemos hacer eso?

—Ay, Tamsin, los hijos del inventor hacen eso porque eligen mal y no se conocen a sí mismos. Pueden hacerlo, no hay problema. Se dejan llevar por otras necesidades, por lo que les dice su cultura, sus tradiciones y después descubren que tenían poco o nada en común con esas personas. La mayoría lo hace por supervivencia, por miedo a la soledad. Nosotras no podemos estar con nadie que no sea esa

persona que nos ilumine el espíritu. Que nos lo encienda —señaló la hoguera en la que un corro gigante de brujas paganas celtas, clamaban al cielo y provocaban que la llama se hiciese más grande y alta—. Es complicado porque no es fácil dar con ese espíritu. Pero los espíritus de fuego nos atraemos, como imanes y, al final, nos encontramos.

—¿Como Caín y tú? —quiso entender Circe.

—Como Caín y yo. Sin embargo, quiero que mis hijas encuentren el amor original, pero que sean libres de elegir si quieren continuar su camino con el espíritu que las complemente o, si prefieren hacerlo solas. No estáis obligadas a tener compañero o compañera. Ni debéis sentiros obligadas jamás. Ese es mi regalo para vosotras: la capacidad de decisión y de elección. Sois brujas, no lo olvidéis, y podéis encontrar el modo de anular cualquier tipo de vínculo entre Lilims, sean los que sean. Vosotras tendréis todo el poder. El inventor quería que me quedase con Adán a la fuerza, y mi ira lo evitó. Vosotras también poseéis mi ira. Si algo va mal, usadla y romped ese vínculo a través de ella, porque el amor original jamás nos debe hacer sentir miserables o encerradas.

—Tú también la tienes, mamá —concluyó Tamsin lanzando la manzana roída al suelo—. Siempre la has tenido para volver a hacerla servir. Y te quedaste con Caín desde que lo viste. El amor original del que hablas —Tamsin era muy observadora y muy introspectiva en sus pensamientos—, debe ser increíble para que la Primera decida conservarlo para siempre.

Ella sonrió y agachó la cabeza, dado que no podía quitarle razón a su pequeña. Las niñas eran muy inteligentes, muy vivas… y comprendían las vicisitudes de la madurez, aunque tuvieran corta edad.

—Lo es. Pero es algo que deberéis experimentar —aclaró Lillith —. Las Evas tienen la cabeza carcomida con el amor del inventor, y han sido educadas desde los principios de los tiempos para ser trofeos de los hombres, sus mujeres y después, para ser sus cuidadoras y las criaderas de sus hijos. Acaban siendo siempre amantes, esposas y madres de, en un ciclo sin fin de perversión de género. Les venden el amor romántico mal entendido y se han agarrado a esa versión de las relaciones como a un clavo ardiendo. Crecen con ese ideal en la cabeza. Mis Lillith, mis hijas, mis brujas y

mis Lilim, no serán así jamás. Quiero que seáis libres de decidir siempre. Y sin ideas preconcebidas. Por eso os hago viajar conmigo. Para que veáis los diferentes tipos de relaciones entre Adanes y Evas, en la sociedad que poblará esta realidad; para que entendáis sus comportamientos, sus credos, sus necesidades y todas sus debilidades. Así podréis identificarlas y, cuando os llegue el amor original, lo reconozcáis y aprendáis a valorarlo. Pero siempre os debéis amar más a vosotras mismas. Siempre. Venid —Lillith apremió a todas a que se colocaran frente a ella. Las niñas obedecieron inmediatamente. Eran sus hijas. Como mujer, como madre, como Lillith les daría los mejores consejos que pudiera darles—: Escuchad bien lo que os digo, porque son lecciones de vida en esta realidad.

—Sí, mamá —contestaron con sus vocecillas llenas de inocencia.

—Cuidaos e id siempre detrás de vuestros sueños, no de los de otros; los compañeros perfectos vienen durante el camino, pero no debéis temer a transitarlo solas. Jamás os sintáis culpables de alejaros de aquellos que no os hacen bien ni os interesan. Si no aportan nada, fuera. Si solo absorben vuestra energía, fuera. Seréis esclavas de vuestras palabras siempre, así que cuidad bien lo que decís y sed muy conscientes del poder de vuestros hechizos. No os involucréis en problemas de los demás. Hay cosas que nunca irán con vosotras y ganaréis vida y tiempo cuando lo entendáis. Por eso no nos inmiscuiremos jamás en historias de Evas o Adanes. Disfrutad de vuestras victorias, y aprended de las derrotas, pero, sobre todo, saboread la aventura desde el principio, con todo lo que hay entre medio. Y, por último, sois mujeres, mis hijas y brujas originales: nosotras no envidiamos ni prejuzgamos, no criticamos ni mentimos. No entendemos qué es eso. No alimentamos la negatividad, aunque a los demás les corroa. Otros sí lo harán, porque el mundo del inventor está lleno de eso. También hay gente buena —puntualizó alzando el dedo como excepción—, pero es poca. Por eso debemos ir a lo nuestro. Y nunca le contéis a nadie vuestros planes, solo mostrad los resultados, así no os los torpedearán con celos y proyectando sus propias inseguridades. Y, cuando entendáis esto, cuando lo asimiléis, si ese espíritu que forma parte de vosotros os encuentra y queréis estar con él, entonces, adelante, porque estaréis completas para poder disfrutar bien de

vuestro compañero.

Lillith sonrió al ver que las crías ni siquiera parpadearon ante aquellas palabras.

—¿Os ha quedado claro?

—Sí —asintieron.

—Ah, y una última cosa, muy importante —las crías se inclinaron hacia adelante para absorber la verdad más importante de todas—. El amor no se pide ni se reclama. No se llora ni se mendiga. El amor original se da y se recibe por igual. Y si no te dan por propia voluntad lo que mereces…

—Puerta —contestó Jadis señalando su espalda con el pulgar.

—Eso es. Puerta —la aplaudió Lillith riéndose. Después, se cruzó de brazos, se incorporó y estudió a cada una de sus hijas con mucha curiosidad—. Entonces, niñas, después de saber que primero os debéis querer mucho a vosotras, y si viene el amor original, ya decidiréis, ¿creéis que encontraréis a vuestro espíritu de vida?

Las niñas se sonrieron unas a otras y demostraron a Lillith que ya hablaban de sus posibles amores, aunque fueran unas crías. Y que sí creían firmemente en que se merecían vivirlo, igual que su madre, por difícil que fuera.

—Ya veo que sí —asumió, suspirando y mirándolas como si no tuvieran remedio—. A ver, Tamsin: ¿crees que encontrarás a tu amor original?

—Sí, mamá.

—¿Y cómo sabrás que lo has encontrado?

Tamsin sonrió, y los ojos azules se le estiraron en las comisuras.

—Porque cuando nos demos un primer beso de amor verdadero, los lobos de todas las dimensiones, aullarán a la luna.

—Tamsin y sus lobos —dejó ir una risita Jadis.

—¿Y tú, Jadis?

—Yo, creo que necesitaré a alguien que sepa esperar nuestro momento. Que me quiera lo suficiente como para esperarme.

—Qué ocurrente —musitó Ceres burlándose—. Con lo complicado que es viajar en el tiempo… que se arme de paciencia.

Jadis se encogió de hombros y se echó a reír.

—Deberá tener paciencia por mí. Ya conseguiré que la tenga.

—Pues yo —dijo Ceres—. Me gustaría que fuera invencible. Si puedo crear todo tipo de artefactos que exploten las debilidades de

los otros, me gustaría que no tuviera ninguna, para no poder herirlo jamás.

—Los compañeros nos hacen más fuertes, pero, al mismo tiempo, cuando amamos así, nos convertimos en debilidades del otro, pequeña —le explicó Lillith.

—Yo no quiero ser la debilidad de nadie —arguyó Ceres—. Pero si no hay más remedio, entonces, que solo yo sea su debilidad.

Circe miraba a sus hermanas con mucho cariño, entretenida con sus argumentos. Hasta que le tocó su turno.

—¿Y tú, Circe? —inquirió su madre.

—Me gustaría encontrar a mi compañero en otro lugar. No aquí —sentenció con suma sabiduría—. Estar en la realidad del inventor significa que sufriremos y que nos haremos daño. No quiero eso cuando encuentre el amor original.

—¿No quieres a un compañero en esta realidad? —Lillith ya lo sabía. Sabía cómo era Ceres. Mucho más práctica y realista que las demás—… Ceres, a veces, sentir mucho amor también implica sufrir por los que amamos. Y no es malo. Nos preocupamos, nos sentimos mal cuando discutimos o cuando creemos que les decepcionamos. Es inevitable. En el amor no todo son luces. A veces, también hay sombras.

—Solo espero no encontrarlo aquí. Lo he meditado mucho y ese es mi deseo —alzó su barbilla y se cerró en banda a hablar más.

—Eh, ¡mirad! ¡El fuego se hace mucho más grande! ¡Cantemos! —propuso Tamsin tomando de las manos a sus hermanas para volver a hacer un corro.

Las niñas olvidarían rápido aquella conversación. Porque, a pesar de ser sus hijas, eran niñas.

Pero Lillith no. Lillith no lo olvidaría.

Sin saberlo, sus hijas, estaban marcando su destino.

Capítulo 3

Cofradía vaélica, norte de España
Siglos atrás

Tamsin se retiró la capucha negra y holgada de la cabeza, abrió sus ojos azules, y posó su mano en la boca de su estómago. No se acostumbraría nunca a esos viajes. Eran terribles para su equilibrio.

Pero, aquella era su misión. Al menos, la que tenía conjunta con su hermana Jadis. Jadis estaba en las misiones de todas, desde luego.

En uno de sus viajes concertados y clave en todo aquel juego de estrategia, habían aparecido en el interior de una cueva, cuya boca daba justo al lado de un castro vettón. Era una fortaleza, escondida en el monte, rodeada de murallas creadas con la misma piedra que emergía de las entrañas de la tierra, y repleta de fosos secretos por los que internarse a la fortificación sin ser vistos y a través de los cuales podían defenderse en caso de recibir algún tipo de ataque.

Y los vaélicos recibían muchos ataques por todo el mundo, a manos de cazadores sanguinarios, alimentados y manipulados por la influencia de la Legión. Pero esta vez, la amenaza era aún mayor. Un santo y un depredador iba a cercar a la cofradía para encerrarlos y matarlos para siempre. Y ella y su hermana, no lo iban a evitar, pero su aparición, cambiaría las cosas.

Aquel era el hogar de los guerreros consagrados vaélicos. Eran los descendientes de los hijos creados de Lillith y Caín. Vivían allí,

por las montañas, escondidos estratégicamente en castros esparcidos por todo el mundo.

—Por mamá, voy a vomitar —Tamsin se pasó la mano por la frente—, no sé cómo te puedes acostumbrar a esto, Jadis. No lo entiendo.

Su hermana Jadis, vestida con el mismo atuendo que ella, se retiró también su caperuza y sonrió con diversión.

—Estoy hecha para esto. Además, son viajecitos que no duran nada. Pequeñas brechas insignificantes.

—Me va a salir el alma por la boca —insistió Tamsin inclinándose hacia adelante y apoyando sus manos en sus rodillas.

—Mientras no vomites el espíritu… —comentó Jadis sin demasiado interés. Oteó todo lo que les rodeaba en ese momento. Sí, era este el lugar. Había estado ahí con su madre. De hecho, viajó con ella a todos los puntos que luego volvería a visitar para hacer los cambios que debía hacer como la bruja original que era. Tras ella, en la pared del interior de la gruta de piedra, había un símbolo grabado en la piedra: el *Lasabrjotur*. Un símbolo que Lillith había enseñado a hacer a las primeras Antiguas para que se comunicaran entre ellas y que significaba «el rompedor de cerrojos». Jadis viajaba a través de esas puertas de las Antiguas y el símbolo las marcaba a todas como si se tratase de ubicaciones en un mapa—. Esta es la cueva de la anciana bruja Leta, la última galicena que murió a manos de los cazadores de Heubert. La Antigua que visionaba el porvenir para la cofradía Vaélica —hablaba en voz baja. Pasó los dedos por el relieve de la piedra y después buscó por el suelo, con mucha inquietud, para encontrar un pequeño cerco de piedra donde la anciana cocinaba y encendía sus fuegos, y un taburete de piedra. En una esquina, había una cama hecha de paja y cubierta con telas. Las galicenas eran las brujas sibilas que conocían la naturaleza de los vailos y estaban en contacto con ellos. Chasqueó con los dientes, desaprobando algo de toda esa situación.

Tamsin advirtió el cambio de humor en su hermana y no le gustó.

—Estás poniendo esa cara…

—¿Qué cara? —repuso con inocencia.

—La cara de «algo va mal» y la de «esto no es lo que yo esperaba».

—Es que esto no es lo que me esperaba.

—Lo sabía —dijo entre dientes. Jadis era una bruja del tiempo increíble y poderosa, pero, en ocasiones, sus desplazamientos no eran tan exactos como creía.

—Se supone que debemos llegar el mismo día en el que Heubert encierra a los vaélicos en el foso. Para ese entonces, la bruja Leta ya debió ser quemada y en esta cueva debía recogerse sus cenizas, porque la quemaron aquí. Pero… —colocó sus manos en jarras y se dio la vuelta para contemplar de nuevo el símbolo de la pared—… Pero aquí no hay nada quemado todavía. No hay cenizas. Y el castro, por lo que veo —añadió admirando la fortificación del exterior—, sigue en pie.

—¿Hemos llegado antes? ¿Cuánto antes? ¿Mucho antes? —preguntó su hermana muy nerviosa.

Jadis se encogió de hombros.

—Entiendo que esto no ha pasado todavía. La única opción que me queda es hacer un viajecito y asegurarme. Tendré que consultar a la niña Bonnet otra vez.

—¿Hacer un viajecito?

—Sí.

—Yo no. Dos seguidos no puedo. Déjame aquí un rato, te espero. Con la capucha nadie me verá. No somos rastreables para el Inventor y puedo estar aquí sin problemas.

Jadis se quedó mirando a su hermana con serias dudas.

—Tamsin, no puedes ser vista, ¿me oyes? Sé discreta.

—No voy a moverme de aquí. Mírame la cara —se la señaló muy enfadada—. Estoy blanca, ni una gota de sangre original corre ahora mismo por mis venas. Me siento demasiado mareada todavía como para dar un paso —observó la superficie de la cueva, buscando un saliente en el que poder tomar asiento—. Ve, hermanita —agitó su mano mientras conseguía sentarse de piernas cruzadas en el suelo—. Ve, que aquí te espero.

La pelirroja se lo pensó varios segundos.

—¿Tienes el cristal? —preguntó Jadis preocupada.

Tamsin introdujo los dedos dentro de la capa, y sujetó un cordel alrededor del cuello. Era un cristal espejo, perfectamente tallado, en forma de rombo.

—Aquí está.

El cristal era como un espejito que les hacía la función de localizador y comunicador para ellas. Una vez, perteneció al espejo más poderoso de todos.

—Bien. Volveré enseguida —Jadis sujetó a Tamsin de la nuca y unió su frente a la de ella—. No hagas nada indebido. No te dejes ver. No hagas tonterías.

—No voy a hacer nada.

—Lo digo en serio. No te quites la capa.

—Eres agotadora, hermanita.

—Tamsin, veo el tiempo de esta realidad y viajo a través de él. Sé cómo funcionan las carambolas y cómo un movimiento insignificante en la punta del mundo, provoca un terremoto en la otra. Por eso aparecemos, nos ocultamos, nos quedamos quietecitas y, cuando toca, actuamos. Somos discretas y no interferimos. ¿De acuerdo? —se apartó de su hermana y tiró de la parte superior de su caperuza para cubrirla mejor.

Tamsin sonrió. Asintió, cerró los ojos y apoyó la cabeza en la pared de aquella cueva oscura y vacía. Como si pudiera moverse en ese momento.

—Ahora vuelvo —Jadis tocó el símbolo de la rugosa pared con la mano y, sencillamente, desapareció, dejando estelitas luminosas, como una nube mágica y dorada alrededor.

Cuando su hermana se fue, Tamsin se abrazó a sí misma en la cueva, y esperó pacientemente a que regresara. Viajar a través del tiempo era una tarea muy ardua y extenuante. Admiraba a Jadis por todo lo que tenía que hacer y, al mismo tiempo, la compadecía por su enorme carga de responsabilidad. Ella era una especie de reloj-calendario y sus viajes eran esenciales para que el plan de su madre Lillith diera los frutos esperados.

Tamsin miró hacia el exterior y dejó ir el aire levemente entre sus hermosos labios. Los muros de la fortaleza de los vaélicos emergían mimetizados con el espeso bosque. La humedad latente empañaba la nariz y calaba un poco la ropa, pero el olor a hierba que dejaba era muy agradable. Podía escuchar perfectamente el agua de un río correr no demasiado lejos de la cueva de la bruja, y el sol matutino se afanaba en secar las gotas del rocío, atravesándolas con sus poderosos rayos.

La realidad del inventor era hechizante, y con una plasticidad

sorprendente. Los escenarios cambiaban a cada instante. Un rayo de sol alumbraba un lugar y lo dotaba de vida, de una curiosa alegría de existir.

Las brujas eran como esas gotas de rocío. Aparecían y después, se evaporaban, se diluían en el espacio y en el tiempo de nuevo. Como si nunca pudiesen ser por demasiado tiempo.

Eran militares de Lillith. Sus hijas amadas, por supuesto, su arma más poderosa. Ellas eran su ejército mágico y debían ejecutar sus órdenes. Y lo hacían con mucho gusto, porque mamá era la mejor, la más grande. Y porque habían crecido aprendiendo de las Antiguas y, lamentablemente, a todas se les había encogido el corazón al ver lo que la Legión hacía con ellas. Lloraban cada muerte, cada tortura, cada injusticia como si las hubiesen vivido en sus carnes. Porque estaban vinculadas a esa existencia mágica de los espíritus que despertaban y, cada vez que una bruja Antigua era asesinada o quemada, el corazón les ardía, y sus ojos lloraban sangre.

Por ese motivo, la mayor convicción de Tamsin y sus hermanas, era vengarlas y cumplir cada uno de sus objetivos e intervenciones en el tiempo de esa realidad. Aunque estaba convencida de que aún les quedaba muchas cosas por descubrir y que el plan de su madre no acababa solo con ellas. Muchos tenían que participar en aquel juego de estrategia. Y muchos también debían estar dispuestos a sacrificarse por un bien mayor. Por ejemplo: el sacrificio de una separación. Ella y sus hermanas iban a separarse durante muchísimo tiempo en ese universo, si al final, acababan cumpliendo sus metas.

Y dado lo unidas que estaban, sabían lo mucho que iban a sufrir con su distanciamiento. Pero había algo muy por encima de ellas: la liberación. Encontrar la salida de la libertad. Donde todos pudieran ser, sentir y existir sin persecuciones ni cacerías.

Tamsin sujetó el colgante entre sus dedos y cerró los ojos.

Iba a llegar el momento en el que la encerrarían en un foso, acompañada solo de los *vailos*. No había nada más triste que que la encerrasen en una cárcel, estando ya de por sí en una. Aquellas iban a ser sus últimas horas en aquel mundo, viendo la luz del sol. Oliendo el exterior, escuchando el canto de los pájaros.

Un rayo de sol entró en la cueva y cayó sobre su bota izquierda.

Al sentir el calor, Tamsin abrió un ojo para contemplar el haz que proyectaba el astro de la mañana.

El sol siempre le parecería hermoso y poderoso.

Pero le recordaba al fuego. Al fuego que había visto arder y quemar a todas las que habían tenido algo de magia y recuerdo en su sangre. Era necesario para la vida, pero, exponerse a él demasiado, acababa quemando y lastimando igualmente.

En aquella realidad nada era solo hermoso sin ser también muy peligroso.

Todo eran trampas.

Duncan llevaba recorriendo los montes norteños de la península demasiados días seguidos. Pero debía hacerlo, porque las acechanzas no cesaban. La Legión aplastaba a los insurrectos y a aquellos que querían despertar a sus sumisos. Por ese motivo, los vailos eran objetivos de Heubert y Lycos. Y él debía observar sus movimientos y hacerles seguimiento.

Los cazadores no dejaban de multiplicarse por los cerros, matando a todo aquel que tuviera forma de lobo y corriese a cuatro patas. La matanza era descarnada.

Era atroz, una salvajada. El ser humano era un depredador inclemente que aprovechaba todo del cuerpo de sus presas. Se vestía con ellas y después se los comían. Eran caníbales.

Y estaban cerca. La magia nigromante los cercaba y, tarde o temprano los iba a encontrar. Duncan estaba harto de huir. Quería dejar de correr para dar la espalda. Lo que realmente deseaba era ir a la guerra y morir matando. Estaba cansado de la cacería, y de saber que poco podían hacer para salir vencedores. La Legión había crecido mucho, tenían nigromantes con ellos, y estaban convencidos de que querían hacer algo con su sangre, los hibridaban con magia. Algo hacían, pero no era nada bueno.

Él era el Beta de los vailos, el hermano del Alfa, de Vael, y se sentía igualmente responsable de los suyos. Y odiaba no enfrentar los problemas y mucho menos saberse impotente ante tal persecución y acoso.

Por eso corría, corría por avisar a los suyos, por prepararlos, por hacer que se defendieran o que huyeran. Heubert y los suyos no tardarían en llegar al castro, avanzaban a muchísima velocidad y había oído que había enviado varios destacamentos para preparar el

ataque. No estaban a más de un día de su posición.

Duncan corría como un salvaje, no en su forma de lobo, pero sí en la humana. Porque, incluso así, era igual de rápido y de veloz. Cuando estaba tan ansioso, cuando dejaba que su lado Lilim emergiera, las formas se difuminaban a su alrededor, los colores se mezclaban y los olores adquirían más volumen, dejaban de ser etéreos y casi podía paladearlos.

Pasó de cerca por la cueva de la galicena, de las pocas brujas que quedaban en pie y a la que él tanto cariño tenía. Ella ya debería haber advertido lo que estaba sucediendo, debió recibir ya la amenaza, porque siempre escuchaba los murmullos del viento. Sin embargo, sucedió algo al dejar la entrada de la gruta atrás.

Duncan se detuvo en seco cuando, un increíble olor, una esencia nunca antes olida, golpeó su nariz y se amarró en un lugar muy profundo, en el pecho.

Todo en él se activó, y tuvo ganas de transformarse y de ir a por esa mujer que desprendía una esencia tan personal y que tanto le afectaba.

Jamás, en su vida inmortal, algo lo había detenido así, en seco, paralizándolo, prohibiéndole que continuara.

Con el torso desnudo y sudoroso, y solo unos pantalones negros por los que correr por el bosque para no ir desnudo, Duncan caminó lentamente hasta la entrada de la caverna.

Inhaló profundamente y cerró los ojos con placer y consternación. ¿Sería posible? ¿Se iba a imprimar él antes que Vael? ¿De verdad el destino acababa de traerle a la mujer que lo volvería loco de por vida?

Pero ¿por qué olía así si allí no había nadie?

Se introdujo en la gruta, y pasó la mano lentamente por la pared, como si así pudiera medir sus dimensiones, caminando lentamente sin dejar un recoveco por el que pasar.

Afinó el oído. Como vailos, podía escuchar el latido de otro corazón, incluso la sangre rugir a través de las arterias. Si se esforzaba podía oír incluso hasta un parpadeo, por sutil que fuera.

A Duncan los ojos se le dilataron y su parte animal rugió por asomar los colmillos. Le picaba la piel, le escocían las uñas, le hormigueaban los colmillos… No podía ser.

Su corazón se aceleró.

Hasta que oyó un leve escarceo a su espalda. Allí había alguien que no podía ver, pero sí podía sentir y oler. Y, por Vailos… ¡cómo olía!

No se lo pensó dos veces, se fue a por ese espacio hueco y vacío, y lo abrazó con la esperanza de que encontrase algo entre sus brazos.

Y lo encontró. Cazó un cuerpo sólido, de una fragancia enloquecedora y subyugante. Suaves curvas que podía abrazar, por mucho que luchase contra él.

Duncan no soltó su presa, la arrinconó contra la pared y la encarceló entre sus brazos.

—¡Suéltame!

Esa voz de mujer se coló bajo su piel y abrigó a su espíritu, que no sabía que pasaba tanto frío hasta que la oyó. Ella luchaba por zafarse de él, pero no iba a conseguirlo.

Sin esperarlo, aquel día, Duncan acababa de cazar a la mejor presa de todas.

No pensaba soltarla.

—¿Quién eres, mujer?

—Suéltame.

—Déjame verte. No me gusta hablar al vacío.

Tamsin no podía entender lo que acababa de pasar.

Cuando vio entrar a ese hombre en la cueva, se quedó inmóvil, sobrecogida por su belleza. Era muy rubio, con el pelo largo y liso por encima de los hombros, tenía unas facciones hechas para enloquecer y unos ojos de color ónix llenos de vida, salvajismo y tormento.

A lo largo de su existencia, Tamsin había visto muchos hombres y muchos Lilims. Había hombres guapos y bien parecidos, pero no exudaban el poder y la testosterona de las creaciones de Lillith y Caín. Los Lilims tenían una fuerza que actuaba como un imán, que obligaba a cualquiera a darse la vuelta para volver a mirarlos, fueran hombres o mujeres.

Pero jamás había sentido lo que sintió al ver a ese guerrero de anchos hombros definidos, y un pecho tan hermoso cubierto por una suave capa de sudor. Tenía un cuerpo diseñado para la guerra, para vencer y conquistar.

Y le gustaba su olor. Olía a bosque.

Tamsin había pretendido salir de la cueva corriendo. Ya sabía que no debía ser vista, que no podía interactuar con nadie. Su misión era clara. Llegar y entrar en el foso y quedarse ahí hasta que Jadis volviese.

Pero la presencia de ese desconocido la había dejado completamente bloqueada.

Sabía reaccionar a cualquier circunstancia, sabía hechizar y responder con su magia a cualquier desafío y, sin embargo, no supo hacerlo con él.

Era un vaélico. Un Lilim con genes de lobo.

Era fuerte y poderoso.

Un ser mágico como ella, pero nunca tendría nada que hacer contra una bruja. No contra una como ella.

No obstante, no había visto venir su arrobamiento ante su presencia y, ahora, la habían capturado sin esfuerzo.

Se sentía ridícula. Además, jamás pensó que los vailos pudieran detectarlas, a pesar de llevar sus capas de invisibilidad. No entendía nada.

—Muéstrate —le ordenó él—, y te liberaré.

¡Cómo hablaba! Su voz retumbaba en todo su cuerpo y también hacía eco en la cueva. Tenía un acento muy celta, propio de aquella zona norte de la Península, con sonido labiovelar muy sexi y sus especiales aspectos fonéticos.

Tamsin pronunció todo tipo de hechizos para escapar de sus brazos. Y ninguno funcionaba. Estaba a punto de ser descubierta y de cometer un grave error en la misión, pero todo había sido tan inesperado…

Ese hombre la tenía aplastada contra la pared. Sus pechos se habían clavado en su esternón. Era muy alto y demasiado fuerte para ella, que sin poder hacer valer su magia, solo era una mujer con rabia y ganas de arañar.

Definitivamente, se encontraba en inferioridad de condiciones.

¿Qué iba a hacer?

Tenía que inventarse algo, lo que fuera. Debía recordar todo lo que aprendió de los vailos durante las instrucciones de su madre. Lo que eran, lo que sabían hacer.

Si mentía, él la descubriría, y como no podía revelar quién era ni afectar las vidas de los vaélicos ni la narrativa de esa realidad,

debía, al menos, protegerse y cubrirse las espaldas.

—¿Qué tipo de hechizo es este que te hace ser invisible? Nunca había visto uno así. ¡He dicho que te muestres! —gritó él.

Por algún motivo, los hechizos contra él no funcionaban, pero sí con ella misma. Así que pronunció unas palabras para ocultar la verdad sin que el vailos lo advirtiera, porque ellos podían oler las mentiras, entre otras muchas cosas.

Una vez vertió el hechizo en ella, se descubrió el rostro y todo su cuerpo fue mostrado ante el guerrero vaélico, que aguantó la respiración al verla.

—Me llamo Tamsin. Soy galicena y he venido a ver a Leta.

La expresión de Duncan cambió por completo al ver su rostro. Todo él se tensó, pero no dejó de sujetarla. Los ojos de esa mujer lo habían marcado. Tenía unas pestañas largas y curvas, y su mirada muy felina y rasgada hacia arriba adoptaba una actitud un tanto altiva. Pero esa soberbia desaparecía ante las pequitas del puente de su nariz, sus cejas perfectas en forma de uve, y una naricita respingona que a Duncan le apetecía besar.

Tamsin lo empujó para que se alejara, pero él volvió a presionarla contra la pared.

Sabía que las galicenas también se refugiaban en los bosques norteños y huían de la persecución de la Legión. Que eran mujeres entregadas a la naturaleza y a ofrecer, gracias a su sabiduría, consuelo y también pócimas para reestablecer la salud. Eran sanadoras, pero, ante todo, eran sabias de la naturaleza. Y algunas, como la bruja Leta, que sería quemada por los hombres de Heubert, estaban muy vinculadas a los vailos.

—¿Leta dices? —repitió Duncan embobado con la apostura de aquella joven. Era pequeña. Enigmática y misteriosa, pero todas las brujas galicenas lo eran. Aunque nunca había visto una tan hermosa como ella, dado que el bosque y las inclemencias castigaban el físico de los humanos. Y el de las mujeres no era una excepción—. Las galicenas no suelen desaparecer ni tener dones de invisibilidad. ¡¿Eres de la Legión?! —Duncan la presionó y la amenazó con su presencia, intimidándola con su estatura.

—¡¿Qué?! ¡No soy de la Legión!

—¿Y qué es esta ropa que llevas? —tocó la capa, suave al tacto y de un color negro brillante.

—Se llama magia, estúpido. Somos brujas —Tamsin retiró la tela bruscamente de sus dedos—. Pensaba que la encontraría aquí —contestó muy cohibida por su presencia—. Eso es todo. Ahora deja que me vaya.

—Aquí suele estar Leta, sí. Es posible que haya ido a buscar setas. Le gusta preparar pócimas con ellas, siempre suele regresar al anochecer.

Tamsin frunció el ceño en su interior. «Entonces, Jadis tenía razón. Ella aún no ha muerto. Hemos llegado antes. Tan solo espero que no haya sido demasiado pronto».

—Leta nunca me habló de ti —espetó él.

—¿Y por qué iba a hacerlo? ¿Acaso Leta debe hablarte de todas las galicenas que conoce?

—Debería —contestó Duncan medio sonriendo—. Es mi madrina por elección. La queremos mucho en nuestro clan.

Ese vaélico tenía una media sonrisa que podría provocar accidentes. A Tamsin oír aquello no le gusto demasiado, dado que eso significaba que Duncan tenía mucho aprecio a esa bruja y que él iba a sufrir, sabiendo el destino que iba a tener y que ella y sus hermanas conocían.

—¿Es tu *màthair dhè*? —susurró Tamsin como si no supiera nada del porvenir.

—Más o menos. Eso le digo yo. ¿Conoces mi lengua original también? —Oírla hablar en ese idioma lo endureció y lo excitó como nada lo había hecho hasta entonces.

—Un poco. Eres… eres un lobo, ¿verdad? —fingió inocencia—. No veo que nadie te juzgue por eso, ¿y tú dudas de mí por tener una capa mágica?

—Tienes razón, disculpa —admitió sin mucho convencimiento —. Sí, soy un vailos. ¿Es la primera vez que hablas con uno? —Duncan observó las puntas negras de su pelo lacio y se lo llevó a la nariz, para pasarla por el puente como si se tratase de un pincel.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó cohibida.

—Nada. Cuéntame —continuó con su pelo—, ¿es la primera vez que hablas con uno como yo?

—Mi aquelarre sabe de vuestra existencia y sé que las ancianas os conocen, como Leta —no podía dejar de mirar cómo Duncan se pasaba la punta de su mechón negro por todo su apuesto rostro.

Algo le estaba pasando a su cuerpo. Era como si despertase de repente. Carraspeó nerviosamente— … como Leta que decidió vivir sola aquí para bendecirnos con su don de adivinación y que nada la distrajese. Sabíamos que ella hablaba con vosotros. Que, de algún modo, os ayudaba.

Él asintió muy serio y tironeó un poco de su pelo, sin hacerle daño. Parecía que había decidido creerla. Además, no podía detectar la mentira en su cambio de olor corporal, así que, no le quedaba otra que confiar en ella.

—No deberías ir sola por estos bosques. Como buena bruja, sabrás que la Legión acecha —la miró de arriba abajo. Bajo aquella túnica se intuía mucha feminidad, que ponía en guardia a Duncan —. Están muy cerca. No estás segura aquí.

—Lo sé. Llevamos mucho tiempo huyendo y migrando de territorio en territorio, intentando dejar atrás los ataques de la Inquisición.

—¿Y has venido sola? ¿Dónde está el resto de tu aquelarre? — una ceja rubia e instigadora se levantó con algo de incredulidad mientras inhalaba profundamente. Intentaba detectar la mentira, pero no la hallaba.

—He recorrido mucha distancia como para ser interrogada así. Si Leta no está aquí, entonces, es mejor que me vaya. ¿Y podrías… —se removió con inquietud— podrías dejar de aplastarme contra la pared? —volvió a empujarlo.

Nada. Ni un centímetro se movía.

—Si has recorrido tanta distancia, entonces, lo mejor será que esperes aquí a su vuelta. ¿No habrás querido hacer este viaje por nada? No creo que sea buena idea que te alejes de nuevo.

Tamsin lo miró de frente, desafiándolo abiertamente. Pero no se desafiaba a un *vailos*. Primera norma de convivencia entre Lilims.

—Te invito a entrar en mi castro. Soy Duncan —se apartó levemente de ella y le dio el espacio suficiente como para ofrecerle la mano—. El Beta de la cofradía guerrera vaélica. Mi hermano Vael es el Alfa del clan. Serás bienvenida a nuestro hogar.

—No. Muchas gracias por tu hospitalidad. —¿Hospitalidad? Pero si aún no la dejaba ni moverse apenas—. Mi misión es muy clara. Debo transmitir un mensaje a Leta. La esperaré aquí.

—¿Un mensaje? ¿De qué se trata?

—No puedo decírtelo. Solo se lo puedo comunicar a ella.

A él la respuesta no le convenció, porque no le gustaba que no cedieran a lo que él pedía. Era el Beta, se merecía un respeto. Pero, aquella mujer no pertenecía a su clan. Sin embargo, tenía una cosa muy clara: le pertenecía a él. Era suya. Y él era de ella. Su instinto no se equivocaba. Pero era humana. No parecía tener poderes mágicos, aunque sí una capa especial y muchos conocimientos como tenían las galicenas y las humanas iniciadas en el don de Lillith.

—De acuerdo. No vengas a mi castillo si no quieres, pero esta cueva es muy fría y húmeda. Un poco más abajo, al lado del lago, hay una pequeña cabaña de piedra. Allí puedes cobijarte mejor. Te acompañaré, si lo deseas.

Qué insistente era.

—No, gracias. Como he dicho, la esperaré aquí. —Debía esperarla aquí porque Jadis aparecería de nuevo en cualquier momento. La respuesta no le gustó nada a Duncan, y ella lo notaba perfectamente. No debía olvidar que era un lobo. Un hombre y un lobo. Un hijo fáunico, con todas sus habilidades y sus temeridades, de Lillith y Caín. Debía tranquilizarlo, y como su magia no servía contra él, al menos, debía darle una respuesta que a él le gustase y lo calmara—… Pero, si te sientes mejor, y estoy incómoda, iré a esa cabaña que mencionas. Aunque, por ahora, esperaré aquí.

Tamsin tenía ganas de empujarlo de nuevo y sacárselo de encima, porque su olor la embriagaba. Y porque era muy territorial y muy masculino.

Duncan alzó la barbilla y la miró entre sus espesas pestañas, no muy conforme con su decisión. No pensaba perderle la pista, pero debía correr al castillo a avisar sobre los avances de la Legión y sobre los ataques que iban a sufrir de manera inmediata. ¿Cómo iba a quedarse Tamsin allí sola? No. No lo permitiría. Aunque, estaba dispuesto a darle ese espacio, por ahora. Primero prepararía a los suyos e, inmediatamente, iría a buscarla de nuevo.

—Como desees —asintió él, sin dar un paso atrás.

—Gracias —parpadeó un tanto confundida al ver que él seguía mirándola fijamente durante largos segundos—. ¿No debías ir al castro?

Él se retiró muy lentamente y dejó ir un leve graznido que

reverberó en su pecho y ascendió en su garganta.

A ella todo el vello se le erizó al oírlo.

Era un animal.

—Debo ir a dar el parte a mi hermano Vael y a mis padres. Todo el clan debe ser advertido sobre la cercanía de la Legión. Te veré en breve, Tamsin. No te vayas sola —agachó la cabeza levemente y se alejó sin dejar de mirarla, atravesando parte del bosque hasta que su silueta desapareció.

Cuando Tamsin se quedó a solas, su cuerpo empezó a temblar. ¿Qué había sido eso? ¿Por qué había tenido que pasar aquello en ese momento? ¿Acababa de interactuar con un vaélico y le estaba mintiendo a la cara, haciéndose pasar por una galicena conocida de Leta? Si Leta regresaba a la cueva, iba a desenmascarar su mentira.

No, no podía quedarse allí esperando a los acontecimientos.

¿Y cuando pensaba aparecer Jadis de nuevo? Había dicho que volvería en un momento. Aunque ya sabía que los momentos de Jadis no eran tan cortos como ella creía.

Al menos, Duncan se había ido, ella podía volver a ponerse su capucha y desaparecer para que él no la descubriese de nuevo.

Su encuentro iba a cortarse ahí, no dejaría que fuese a más.

Aquel encuentro pasaría a la historia como algo meramente anecdótico y fortuito.

O eso era lo que ella deseaba, aunque los acontecimientos no iban a ser los esperados.

Capítulo 4

Duncan había tenido razón. La cueva era fría. Tanto, que estaba temblando. Leta no aparecía por ningún lado, y empezaba a atardecer. Llevaba un buen rato allí. Por eso Tamsin tomó la determinación que tomó.

Ella no podía entender por qué su magia no había funcionado contra el vaélico. Pero tenía claro que era debido a la influencia de la magia de la galicena. Tal vez, en esa cueva, por algún tipo de hechizo, la magia original no tenía cabida. No lo sabía, pero pensaba sobre ello mientras, cubierta por su capa de invisibilidad, descendía parte de la montaña hasta encontrar la pequeña choza que había mencionado Duncan.

Por la Gran Madre… Duncan. Ese hombre la había afectado.

No sabía decir en qué ni cómo, pero era evidente que había propiciado una reacción física, instintiva y primaria en ella. Tamsin no era un animal, pero se sentía salvaje con él cerca.

Posiblemente porque, al ser hija de Lillith, una mujer con unas fuertes necesidades hacia su compañero Caín, eso también se extrapolaba a sus hijas. Tal vez, la genética de Lillith y sus demandas eran igual de bárbaras y bravías que las de los vailos y las de todos sus hijos.

No lo sabía. Porque nunca había experimentado una urgencia como aquella. La urgencia de ser tocada, de ser olida, de… entregarse y de pertenecer.

Cuando llegó a la choza, se dio cuenta de que era diminuta, pero, al menos, podría protegerla mejor de la humedad. Allí había

mantas, y una chimenea, y algunos utensilios en los que se habían cocinado sus propias piezas de caza, a tenor de los huesecillos diminutos que aún descansaban entre las cenizas.

Tamsin se sentó en una pequeña silla que había al lado del fuego sofocado, y se tocó el aglaonice, pensando inmediatamente en su hermana.

—Jadis, maldita sea… estás tardando demasiado y aquí aún no ha pasado nada. La bruja Leta sigue viva, y la Legión no ha llegado todavía al territorio de la cofradía. ¿Dónde estás? Contéstame.

Pasó su mano por encima de la pequeña hoguera y la encendió. Después pensó en que llenaría un cazo de agua y se haría un pequeño jabón de flores, una receta de una de las brujas de babilonia más famosas, que databa del dos mil ochocientos años antes de Cristo. Ellas eran atemporales y poseían todo tipo de conocimientos.

Los bosques del norte estaban poblados de pinos negros, coníferas y árboles de hojas caduca, y había advertido que crecían arándanos cerca. Tal vez, también saldría y se haría un buen jugo de esa frutilla.

Al fin y al cabo, Duncan ya no la volvería a encontrar. Era imposible que lo hiciera, el bosque era gigantesco, un espacio abierto y natural y él no la podría ver. Además, ya no estaba parapetada en la cueva. Y, si él la molestaba, volvía a tener sus poderes para pararle los pies a ese ímpetu tan territorial que, sin duda, emitía.

No sabía todavía qué tipo de hechizo había inculcado la bruja galicena a su gruta, pero ella no pudo hacer nada contra Duncan en su interior.

En cambio, ahora estaba en bosque abierto, y se iba en busca de arándanos mientras esperaba que el cristal de su colgante respondiera al llamado que le había hecho a Jadis.

Fuera como fuese, se debía olvidar del lobo, porque no había hecho un viaje en el tiempo para conocer a nadie ni para conversar ni para perderse en ojos tan oscuros como la noche y pelo tan rubio y claro como el sol.

Pronto anochecería y Tamsin quería asegurarse de llevarse algo para comer, así que se llenó el bolsillo de la capa con los arándanos que había recogido y empezó a caminar. Pero, de camino a la

pequeña cabaña, vio de refilón un lago.

Aquel rincón que ofrecía la montaña era realmente muy hermoso.

Era un ibon, así lo llamaban allí, un pequeño lago de montaña de origen glaciar. Evidentemente, estaban en la zona más pirenaica de la península. Por eso hacía tanto frío. ¿En qué época del año estaban? ¿Qué mes era? ¿Octubre?

Si se daba un baño bien rápido en el lago y calentaba el agua ligeramente con uno de sus hechizos, la espera sería menos desesperante. El agua siempre la calmaba.

Nadie la vería allí. Usó un conjuro de invisibilidad y después subió la temperatura de la orilla con sus propias manos. Al menos en esa zona, donde podría hundir su cuerpo un poco y remojarse bien.

A Tamsin le encantaban los baños al atardecer. Aunque eran mucho mejor los nocturnos. Sin embargo, no iba a ser tan inconsciente de esperar a la noche y bañarse, porque ya intuía la luna llena, se asomaba en el cielo aún claro, y aunque los viajes de Jadis podían ser algo inexactos, nunca se desfasaban tanto. Posiblemente, la Legión llegaría mañana, y la bruja Leta moriría esa noche. Y ellas, no podían evitarlo. Estaban allí para hacer cumplir los designios de Lillith y porque sabían de la importancia de cada uno de sus movimientos.

De lo único de lo que debían encargarse era de no ser vistas antes ni de intervenir en el transcurso de la realidad. Nada más.

Pero había fracasado en la norma principal. Había sido vista y tocada por Duncan. Aunque esperaba que eso no cambiase para nada el transcurso de los acontecimientos.

Mirando a su alrededor muy detenidamente, se aseguró de que no hubiese nadie cerca. Aunque ya nadie podía verla. Se quitó la capa de encima y mostró su semidesnudez al bosque. Su madre les había enseñado a llevar ropa interior. Que en aquella época no se llevaba, pero que consistía en un top negro de algodón que sujetase sus pechos y unas braguitas del mismo color. Privilegios de ver tanto como ella había visto y de pasear por futuros que no habían sucedido.

Se iba a quitar la parte de arriba cuando escuchó el chasquido de una ramita partirse tras ella.

Tamsin se dio la vuelta lentamente y se quedó pálida al darse cuenta de que era Duncan quien, a punto de darse un baño como ella, había coincidido en el lago. Pero, para su sorpresa y su estupefacción, él sí la veía.

La miraba de frente y estaba tenso como una vara y muy excitado.

No podía ser.

Era un hechizo andante.

Esa mujer era más que magia. Duncan se sentía hechizado.

Desde que había visto a Tamsin en la cueva de la galicena, había deseado imperiosamente volver a su lado. Era una necesidad, un reclamo de su cuerpo y de su alma, que exigían estar al lado de esa hembra.

Pero, por encima de eso, estaba su clan y las noticias que debía traer a la cofradía. Ellos eran lo más importante.

Tamsin no había aparecido en un buen momento dado que Heubert y Lycos se dirigían a su castro, con el mismo objetivo de siempre: acabar con ellos y eliminar a los últimos Lilim vailos que todavía quedaban en pie.

A Duncan le hubiese gustado conocer a su compañera en otras circunstancias, en las que él hubiese podido centrarse más en un cortejo, en seducirla, en cuidarla… pero no tenía tiempo. Tamsin no lo sabía, pero le pertenecía. Y él se sentía ansioso también por protegerla, y debía hacerla entrar en razón para que se fuera con él.

Porque iba a haber una guerra. Era muy consciente de eso. Y no la pensaba dejar allí. Después de haber avisado al clan, a sus padres y a los más ancianos para que estuvieran preparados para huir, lo siguiente que debía hacer era no perder de vista a Tamsin. Le agradó ver que ella le había hecho caso y había tomado la decisión de cobijarse en la cabaña del lago.

Él había decidido darse un baño bien helado antes de ir a verla de nuevo, dado que el agua del ibon y su baja temperatura lo ayudaría a bajar los grados de su cuerpo y su hoguera interior.

Lo que no esperaba era verla así, en la orilla, con su túnica en el suelo, unas flores lilaceas en las manos y a punto de darse un chapuzón. Si él sentía el agua demasiado fría y era inmortal y medio lobo, ¿qué no le haría a una humana como ella?

Como fuera, daba igual. Estaban a solas, juntos, y ahora que

Duncan se sentía imantado a ella, después de tanto tiempo esperando a su pareja, ni Heubert ni Lycos se la iban a arrebatar.

Sabía que no podía ser brusco, pero el tiempo apremiaba. Y no solo el tiempo. El deseo animal que rugía en su interior por marcar a esa mujer, lo estaba enloqueciendo, y más ahora que estaba de espaldas a él, mirándolo por encima del hombro, con su melena negra cayéndole por la elegante espalda, la forma sinuosa de su cintura y sus caderas, y sus ojos azules echando chispas, impresionados de verle ahí. Era una diosa, una Venus, así llamaban a las mujeres increíblemente hermosas. Llevaba algo que cubría su desnudez y que no dejaba ver ese trasero tan bonito y con tan buena forma, y su pelo tapaba por delante sus pechos desnudos.

Duncan intentó controlar a su instinto, a su animal, pero le estaba rasgando la carne, implorando para que lo dejase salir.

—Veo que me has hecho caso, Tamsin.

—¿Me puedes ver?

—¿Qué tipo de pregunta es esa? —dijo pasándose la lengua por los labios—. Es obvio que te puedo ver.

Tamsin no podía llegar a comprender qué era lo que estaba pasando. Ella misma se había ocupado de su visibilidad. ¿Qué pasaba en esa tierra? Miró hacia todos lados extraviada en sus pensamientos. ¿Acaso sus poderes no funcionaban allí?

No le gustaba la actitud de ese lobo, porque la hacía sentirse intimidada. Él la observaba como si se la quisiera comer, y su cuerpo continuaba desnudo, excepto por el pantalón que cubría sus largas y musculosas piernas.

—No es apropiado que estés aquí —señaló Tamsin corriendo a cubrirse con la capa que había dejado en el suelo.

Duncan siguió sus movimientos con ojos más animales que humanos. Y Tamsin supo, sin lugar a dudas, que estaba en problemas.

Él la podía ver. ¡¿Por qué demonios la podía ver?! Lo que no podía era llevársela, y ese hombre parecía que se la quería cargar al hombro y secuestrarla.

—No me temas —le pidió Duncan.

Tamsin sacudió la cabeza sin mucha esperanza.

—He oído a muchos hombres decir eso a mujeres en mi misma situación y el interludio no acabó casi nunca bien.

Duncan frunció el ceño cuando vio cómo, en la superficie del agua, bailoteaba un claro y nítido vapor.

—¿Has calentado el lago? —preguntó estupefacto—. ¿Qué tipo de bruja eres tú?

—No he calentado el lago. Solo… solo quería bañarme —carraspeó y se rascó la nuca—. No sé por qué me puedes ver. No lo entiendo. No deberías. Me protejo siempre.

Duncan se acercó a ella lentamente, sin fisuras ni dudas.

—No sabía que las galicenas podíais manipular la materia así.

—Podemos, si nos enseñan.

—¿Y quién te enseñó a ti a hacer estas cosas?

—Mi… madre.

—¿Conoce la bruja Leta a tu madre, *ban-draoidh*?

—No soy ninguna hechicera. Y sí, sí la conoce.

—A mí sí me pareces una hechicera —se inclinó un poco sobre su hombro desnudo e inhaló queriendo capturar así la esencia de Tamsin—. No he podido contactar con la bruja Leta. No sé dónde está. Pero seguro que regresará a su cueva al anochecer.

—Bien —nerviosa, Tamsin buscó algo que poder hacer contra él, y a Duncan le recordó a un animalillo asustado buscando una salida.

De repente, él se apartó y se obligó a tener solo un poco de paciencia y no parecer el animal que era. Heubert estaría a medio día de su territorio. Podía invertir un tiempo en hablar con ella y en ganarse su confianza.

Miró el agua con interés y empezó a quitarse el pantalón para quedarse completamente desnudo frente a ella.

Tamsin abrió los ojos de par en par y se cubrió el rostro con la capa.

—¿Qué haces? —¿Se había vuelto loco? ¿Por qué se desnudaba así delante de ella?

No quería mirar, pero Duncan era un bello Lilim, muy atractivo. Mucho. Veía piel hermosa, algo bronceada, alguna que otra cicatriz, músculos torneados que ondulaban bajo la piel, y… maldición. Era un lobo muy bien dotado.

Tamsin podía comparar porque había visto a muchos hombres desnudos, porque su madre quiso que ellas aprendieran lo que eran, y cómo pensaban, y qué les regía. Decía que había hijos del

inventor que pensaban la mayoría más con la polla que con la olla. Y había otros que no. Lillith les había enseñado fisonomía y también cuáles eran los instintos de los machos y de las hembras en la realidad del inventor. También habían aprendido de los Lilim, porque su madre quería que ellas supieran de todo y controlasen todo lo que pudieran. Conocimiento, el conocimiento era poder.

—Vístete, por favor —le pidió ella.

—Voy a darme un baño. Siento que has calentado el agua para mí. Y hace mucho que no me doy un baño así. —Duncan se introdujo en el lago, y dejó que el agua ligeramente templada lo acariciase y le ofreciera bienestar. Era maravilloso. Echó la cabeza hacia atrás y abrió un ojo para mirar a la bruja—. ¿Has calentado el lago para mí, Tamsin? Ninguna mujer ha hecho eso por mí antes.

—No lo he hecho para ti. No sabía que ibas a venir.

—Al parecer, lo has intuido. Es todo un detalle, *tapadh leat*. Gracias.

—No me lo agradezcas. No ha sido así.

Duncan sonrió y miró al cielo mientras movía los brazos y las piernas, zambulléndose en aquella tina natural y fascinante que una mujer había calentado solo con sus manos. Qué increíble bruja debía ser.

—¿Tu madre te enseñó gaélico escocés? Esa es la lengua de nuestros antepasados originales.

—Mi madre me enseñó a hablar de muchas maneras —contestó dándose la vuelta para colocarse la capa por encima de nuevo. Tenía que irse de allí. No podía seguir hablando con él. A saber qué podía provocar eso en toda la estrategia.

—La vieja Leta habla un tipo de gaélico con tono gallego —murmuró con cariño, llenándose la boca de agua para después escupirla como una fuente—. ¿Es así como tú lo hablas?

—No. —No quería mentirle.

—Así que, aunque seas galicena, no tienes ese deje… interesante. ¿No me vas a decir qué has venido a decirle a mi madrina?

¿Cómo le decía a Duncan que era hija de Lillith y que hablaba todas las lenguas? No podía. Las brujas originales eran el secreto mejor guardado de Lillith y ella no se podía desenmascarar antes. Así no.

—Te lo he dicho. Son asuntos privados. No es nada importante.

—Todo lo que tenga que ver con mi madrina es un asunto importante.

Tamsin dio un leve respingo y dirigió a Duncan una mirada compasiva.

—¿La aprecias mucho?

—Claro. Siempre me gustó hablar con ella. Me gusta escucharla y hablar con ella de esta extraña existencia creada. Pero a saber dónde se ha metido ese culo inquieto casi centenario. Espero que venga ya, no hay tiempo y tenemos que dejar el Castro nuevamente.

—Yo… tengo que irme. Es mejor que me vaya, de verdad —se acarició el aglaonice y pensó de nuevo en Jadis. «Jadis, me he metido en un lío. Por favor, ven ya». Odiaba saber lo que iba a pasar y no poder evitarle el dolor a Duncan. Odiaba no poder evitar el dolor a nadie. Las cosas debían suceder así, para no alterar el sistema del inventor.

—No te vayas. Leta vendrá en cualquier momento.

—Tengo que irme, lo siento.

—Métete conmigo en el agua. Eres una invitada de nuestras tierras, una foránea. Déjame ser amable, Tamsin.

A Duncan ese comportamiento esquivo le molestaba. Ninguna mujer huía de él. Era un hombre muy deseado, no solo por las Lilim, también por las humanas. Era el Beta. Y era la primera vez que una mujer lo trataba así, con ese miedo y esa indiferencia.

Y lo peor de todo era que Tamsin no era cualquier mujer. «Es tuya», «es tuya», repetía su Lobo. «No la puedes dejar escapar, tienes que marcarla», «date prisa, La Legión ya viene».

Duncan salió del agua inmediatamente al ver que ella escapaba y, detuvo su avance, sin importarle su espléndida desnudez.

—No puedes irte, Tamsin. La Legión está al caer y nos persiguen. Si entras en mi coto eres mi responsabilidad. Vas a tener que venir conmigo. No voy a dejar que vayas sola. Es peligroso.

—¿Qué? No. Me voy.

—He dicho —Duncan la sujetó por la muñeca, deteniéndola abruptamente—, que no puedes irte. —Sus ojos se volvieron muy oscuros y sus colmillos asomaron entre sus labios, el inferior y el superior.

Tamsin sabía que los vaélicos se podían transformar. Les salían

colmillos, les crecía el cuerpo, sus facciones se afilaban. Pero verlo de tan cerca y de primera mano, era impresionante. Duncan era hermoso incluso cuando mutaba. No obstante, ella repelía las órdenes. Evidentemente, era algo incluido en su esencia y en su ADN. Su madre había sido la más rebelde, la menos sumisa y la más renegada. Sus hijas iban a ser así, sin necesidad de aprendizaje. Aquel aspecto de su naturaleza se heredaba.

Tamsin levantó lentamente los ojos hacia él y pronunció un juramento en un idioma que ni siquiera el lobo entendía.

—¿Qué idioma es ese?

—El mío. Suéltame, Duncan.

Maldito fuera. ¡¿Por qué sus hechizos no funcionaban con él?! ¿¡Qué diantres pasaba!? Acababa de empujarlo con solo una orden y no hacía ningún efecto.

Odiaba esa sensación de vulnerabilidad. Nunca la había tenido.

—Tamsin, no puedo dejarte ir.

—Debes hacerlo. Suéltame.

—No.

Duncan dejó ir un gruñido y la obligó a caminar, a retroceder hasta que la tuvo arrinconada entre su cuerpo y el tronco de un árbol.

—Tamsin, sea lo que sea lo que has venido a hacer aquí con Leta, debe esperar. Pero no puedes volver. Ya no. Ahora eres mi responsabilidad.

—No soy tu responsabilidad —replicó muy asustada. Ella no quería eso, pero no podía ignorar lo que le sucedía a su cuerpo estando tan cerca de ese vailos.

Temblaba de miedo y de sorpresa. Pero también de excitación. Siendo hija de quien era, no era tan tonta como para no saber que ejercía poder sobre el lobo, pero que el lobo también la afectaba a ella.

—Eres bruja. Sabes quiénes somos. Sabes lo que es un vailos. No puedo dejarte ir.

—¿Por qué no? ¡Déjame ir! —lo empujó con todas sus fuerzas y él la miró como si aquello le hiciese cosquillas.

—Porque eres para mí. Sé que no lo vas a comprender ahora tan fácilmente. Pero mi lobo te ha elegido. Y no te puedo dejar escapar.

A Tamsin le daba igual que la eligiesen. De nada servía aquello

si ella no elegía también, y en ese momento eso no podía suceder.

Duncan era un vailos desnudo que no quería dejarla ir. Y ella no podía pelear con ese lobo si su magia no respondía.

¿Qué podía hacer? ¿Cómo iba a librarse? ¿Por qué le estaba sucediendo eso?

Duncan era un Beta. No podía haber dos Alfas en una manada, y tenía un hermano llamado Vael que sí era el Alfa.

Duncan no estaba emparejado, por lo visto.

Entonces, Tamsin recordó una lección de su madre: «los vailos son posesivos, brutos y viscerales. Cuando tienen fijación por algo, es muy difícil distraerles. Pero son muy receptivos y manejables a manos de sus parejas. Ellas son las únicas que pueden apaciguar sus ansias. Acaricia a un lobo donde más le gusta, ráscale detrás de las orejas, masajea su cuerpo y su pelaje… y lo tendrás comiendo de tu mano y olvidándose de lo que quiere y de por qué está enfadado».

Tamsin también apuntó mentalmente: «Y no hay que olvidar que después no hay que correr mucho si una no quiere recibir un mordisco en el trasero».

¿Qué podía hacer? Si su magia no respondía y las prohibiciones no solo no llegaban al vailos, sino que ofuscaban al lobo, lo único que podía hacer era seguirle el juego, hasta que pudiera escapar.

Le daría un poco de lo que quería, hasta que estuviera convencida de que podía huir sin correr peligro.

Capítulo 5

Tamsin podía seducir. Era hija de Lillith y sabía hacerlo. Nunca lo había hecho con tanta consciencia como ahora ni tampoco con tanta presión. Porque si no le funcionaba, Duncan se la llevaría. Pero no le quedaba otra opción.

No había que ser muy avispada para darse cuenta de que ese hombre conseguía siempre lo que quería.

Así que, tomó aire y cambió su lenguaje corporal todo lo que pudo. Su magia, como había sucedido en la cueva, no actuaba contra el vailos, pero sí hacía efecto en ella. Así que conjuró mentalmente de nuevo un hechizo que impidiese que el lobo la oliese y percibiese su miedo o su temor. Que, en vez de sentir ese aroma, él creyese que ella exudaba deseo, y la oliese a ella honestamente, como si creyese que realmente lo deseaba y cedía a sus súplicas.

—Yo no he venido aquí a que me secuestre un vailos. No buscaba…

—¿A mí? —preguntó muy serio—. No me buscabas a mí. Yo tampoco esperaba encontrarte.

—Solo vine a hablar con una bruja y a trasladarle un mensaje.

Duncan agachó la cabeza suavemente y le dijo con más tacto:

—Lo sé. Créeme que, de tener más tiempo, querría hacer las cosas de otra manera contigo. Pero soy todo lo franco que puedo. No estoy bromeando. Esto no es una treta para conquistarte. Hay que irse de aquí corriendo. Heubert viene y mi clan no está listo para enfrentarse a él ni a sus perros de Dios. Hay ancianos y niños

dentro del castro, no todos podemos luchar y sus vidas son valiosas. No queremos ponerlas en riesgo. Pero para mi lobo ya sé que la tuya vale muchísimo, y contra eso sí que no podemos pelear. Cuando un lobo elige a su compañera lo hace para siempre, Tamsin.

Ella memorizaba y asumía cada una de sus palabras. De cómo él se sentía respecto a su clan, de la ternura con la que había pronunciado «niños» y el respeto con el que había vocalizado «ancianos». Duncan quería a su clan, cuidaba de ellos y, como Beta, también se responsabilizaba. Tamsin entendía que era él quien más en contacto estaba con los miembros más vulnerables, quien los lideraba. Los guerreros también le obedecerían, pero en un clan vailos, esos rangos estaban más dominados por el Alfa.

Lo sintió mucho por él. Y lo sintió mucho por no poder hacer nada para cambiar el destino de todos.

—Pareces un hombre leal y bueno, Duncan. Pero no te conozco. Los enlaces… las relaciones, en mi mundo, no son así —tampoco sabía muy bien cómo eran, dado que nunca había tenido una relación emocional con nadie y menos con un Lilim que parecía que la quería para él de verdad.

—Tienes razón —dijo cada vez más inquieto—. Pero en esta realidad existen cosas más increíbles que un flechazo o una elección, y crees en ellas. Sabes que existen. ¿Por qué no ibas a creer en que seas la pareja de un vailos?

—Porque nunca creí estar destinada a algo así, en un tiempo que no es el mío —dijo en voz alta, con inocencia, pero demasiada sinceridad.

—¿Qué quiere decir eso?

—Que… que no es mi momento.

—Sí lo es, mi instinto me lo dice a gritos. Te pido que confíes en mí, aunque sé que no me conoces. Ven conmigo. Deja que te proteja, y conóceme, Tamsin. Iremos a tu aquelarre más adelante y conoceré a las tuyas, si me lo permites. Pero ahora debo hacer las cosas así. En los míos, encontrar a nuestra pareja es innegociable y no se puede no reclamar.

—¿Y no es eso injusto para ellas? ¿No es injusto que… que no puedan decir que no? —murmujeó buscando el modo de salir de ahí como fuera.

—No voy a aceptar un no. Sé que eres para mí.

Tamsin tragó saliva. La manera con que la miraba, el modo en que le hablaba… había tanta pasión y tanta verdad en sus ojos negros. ¡Y estaba completamente desnudo! La estaba cautivando, la hacía temblar también por dentro. Duncan de verdad sentía algo por ella, pero no se conocían. Esas necesidades, esa demanda, ya había oído hablar de ello, pero nunca lo había experimentado.

Todo aquello estaba siendo un error mayúsculo.

—Tamsin… Te ruego que te quedes conmigo —le pidió con tono suplicante, sin soltar su muñeca en ningún momento—. No quiero hacer nada que te moleste o te haga daño. Pero, si no te quedas conmigo, ellos te matarán. La Legión te matará por ser bruja y mujer, ¿lo entiendes? Ahora ya hueles a mí. Tienes mi esencia.

—¿Me has marcado? —dio un paso atrás asustada. Pero Duncan la acercó de nuevo.

—Todavía no —sonrió, y a ella le pareció demasiado arrebatador—. No como debe ser. Y no como quiero. Pero sí, he dejado ir mis feromonas en ti. Ahora ya no puedes escapar ante su rastreo ni ante el mío. Son especialistas en cazar a humanas despiertas como tú por todo el orbe. En torturarlas y quemarlas. Y no quiero perderte, ahora que te he encontrado. Dame la confianza y el tiempo para demostrarte que tú y yo somos indivisibles.

—Es una locura… —susurró posando sus manos sobre su pecho húmedo por el agua del lago. Tenía que empezar a actuar y a tejer su no magia con más intención. Se humedeció los labios y le dirigió una mirada entornada—. Déjame comprobar si lo que dices es verdad.

—Es verdad —respondió solemnemente—. Puedo demostrarte que tenemos un vínculo especial. Puedo demostrarte que yo soy para ti —le dijo en voz muy baja.

Ella no sabía qué hacer. Bueno, sí lo sabía. Era una cuestión de supervivencia, de salir de allí y no influir en el hilo del destino del inventor.

—¿Cómo? —Tamsin pasó sus manos por el amplio y poderoso pecho de Duncan y sonrió sin querer, al notar cómo él aguantaba la respiración. Era muy sensible. Y ella también.

Que se encontraran en un momento como ese era una catástrofe.

Una calamidad.

Una jugarreta por culpa de un mal cálculo de Jadis.

Pero, debía seguirle el juego. No escaparía tan fácil de un vailos como él, si era cierto que ambos se pertenecían por cuestiones genéticas, químicas o espirituales. Daba igual, un vailos era muy estricto con esas decisiones. Y ella debía escapar como fuera. O le engañaba, o no la dejaría irse. O le ofrecía parte de lo que anhelaba para distraerlo, o el lobo se la llevaría.

Tamsin, como sus hermanas, no había intimado físicamente con ningún Lilim ni tampoco con ningún humano. Ellas eran, prácticamente, intocables e inalcanzables para cualquiera y no debían mezclarse con el resto. Por eso siempre tuvieron misiones que cumplir y un objetivo tan determinado que ejecutar, y dado que debían entregarse a la causa, les estaba prohibido enamorarse o descentrarse con amoríos o relaciones. Claro que habían sentido curiosidad y ganas de tener sexo, pero no podían influenciar en nadie, hasta que cumpliesen su labor.

Desde que nacieron, fueron adiestradas para convertirse en el azote del inventor, y cuando el tiempo fuese llegado, entonces, tendrían la posibilidad de vivir en libertad sus propias decisiones. Mientras tanto, el amor y el interés romántico de esa realidad estaba vetado.

Pero nadie la había preparado para ese hombre.

Duncan encarnaba lo que ella podría llegar a desear y a necesitar, pero que aún no estaba destinada a tener. Al menos, no en ese tiempo.

Y, aun así, algo debía hacer para salvar su pellejo en ese momento. No era pecado probar un fruto prohibido, ¿no? Su madre era experta en animar a la gente a que lo hiciera para despertar. Ella podría degustarlo, aunque solo fuera un poco.

—Solo un beso —le pidió él mirándola como si la bruja fuera todo su mundo—. Déjame darte un beso y te demostraré qué somos el uno para el otro. Es imposible que no lo sientas.

Tamsin alzó la mirada y colisionó en sus ojos negros. Un beso para un vailos no era un mordisco. Duncan se había imprimado en ella, increíblemente. Pero aún no estaba anudado, no la había marcado. Tamsin pensó, minimizando daños, que mientras él no la mordiera nada sería demasiado grave. Y para eso, ella debía tener el control y sorprenderlo. No podía dejar que él tuviera la iniciativa, porque sabía que no podría ni querría detenerse.

—Un beso ¿eh? —murmuró nerviosa y también inquieta—. ¿Puedo besarte yo?

Esas palabras provocaron en Duncan una oleada de orgullo que Tamsin esperaba. El lobo siempre estaba dispuesto a recibir el amor de su pareja.

Duncan movió la cabeza lentamente, arriba y abajo, afirmando. Con que solo lo tocara y accediera a eso, él ya estaba más que feliz, porque si cedía, era que había interés.

Tamsin pasó los pulgares por sus pezones, y él se estremeció de nuevo. Los tenía pequeños y claros. Nunca había tocado con esa intención a nadie.

Ella tomó aire lentamente y dejó ir el aliento por la boca, suavemente. Después deslizó las manos hasta sus hombros y sus trapecios, voluptuosos y tan bien musculados y definidos. Los vaélicos eran grandes, atléticos y poderosos, de anchas espaldas y adoraban dejarse el pelo largo. Como Duncan. Y esas cejas bajas y con aquella forma arqueada en los extremos, proferían profundidad a su mirada, y mucha concentración.

Tenía la piel caliente, a pesar de estar húmeda. Tamsin no quería mirar hacia abajo, porque él estaba excitado. Y no quería impresionarse.

—No me vas a hacer nada que yo no quiera ¿verdad, Duncan? Te voy a besar, pero no quiero que tú hagas nada más. ¿Puedo confiar en ti?

—Quedarme quieto va a ser lo más difícil que he hecho desde que soy consciente de mí mismo, Tamsin. Pero lo voy a hacer. Puedes confiar en mí.

—Entonces, suelta mi muñeca.

—Tengo miedo de que te vayas. No puedes irte, Tamsin. No puedes huir de mí —dijo muy apenado—. Si te suelto, ¿puedo confiar en que no escaparás?

Ella aleteó sus pestañas y se puso de puntillas, apoyándose en sus hombros. Acercó su rostro al de él, y aproximó los labios a los suyos.

—Puedes.

—¿Me lo prometes?

Ella dio gracias a que su hechizo por camuflar su olor, evitara que Duncan oliese la mentira en ella.

—Lo prometo.

Él soltó su muñeca suavemente y dejó caer la mano al lado de su cadera.

Duncan cerró los ojos al sentir el roce de su boca y formó puños con las manos. Esa mujer olía tan bien que sentía que lo hacía levitar. Tamsin lo besó en los labios, dulcemente, sin llegar a profundizar. No era su intención ir a más. Sin embargo, todo su cuerpo sintió una sacudida ante aquella acción.

Besar a Duncan era todo lo bueno y correcto.

Besar a Duncan le reportaba una satisfacción que ni su mejor hechizo le hacía sentir. Clavó sus uñas en sus hombros, y se animó a abrir un poco su boca para encajarla mejor en la de él.

Duncan cerró los ojos con fuerza, porque debía tener autocontrol. ¿Qué estaba haciendo esa chica? Y cuando ella le internó solo la punta de su lengua entre sus labios, para tocar la de él, el lobo en su interior aulló. Quería tomarla ahí mismo, y morderla y marcarle todo el cuerpo. Pero le había dado su palabra y no pensaba romperla.

Tamsin cortó el beso y dejó que sus labios rondaran por su barbilla. Quería decirle muchas cosas, por ejemplo: lo hermoso que era y lo que la impresionaba su belleza tan masculina y salvaje. Quería decirle que aquel no era el primer beso, pero sí que era el primer beso que ella daba, con esa intención y esa conciencia en ella misma, en sus necesidades y en su deseo.

Quería decirle que sentía algo poderoso en su interior y que tenía razón; era imposible no percibir la conexión entre ellos. Querría abrazarlo y dejarse llevar por ese huracán de emociones que la barrían de arriba abajo y que se amontonaban en el pecho y en el vientre. Quería decirle que, desde que lo vio, tenía el corazón de bruja acelerado.

Pero, también quería decirle que no tendrían un momento para ellos y que ese no era su tiempo. Su misión, claramente, era otra. Y sabía demasiado, y lo que podía saber, si él lo descubría, podía tomarlo como traición, porque no podía avisarles de lo que iba a pasar.

Tamsin pasó la punta de los dedos por su clavícula y después, caminó a su alrededor hasta colocarse tras él, sin dejar de tocarlo.

La luz del atardecer irradiaba sombras y fuego en su cuerpo, y lo

tocaba por todas partes. Tamsin se sintió celosa de que el sol pudiera abrazarlo así y ella no pudiera, no por falta de ganas, sino porque no debía.

Duncan se sentiría traicionado por lo que iba a hacer. Pero, para ella, no había otra salida. Ella y él no iban a estar juntos. No podían.

Con los ojos llenos de lágrimas, que Duncan no vio, posó sus manos en su pecho y dejó un beso en el centro de sus omóplatos.

Y después, dejó de abrazarlo, pero le dio un último beso en el hombro.

Duncan, sencillamente, se moría. Se deshacía por el atrevimiento y la ternura de esa mujer. Con eso no tenía ni para empezar, pero sí para hacer que su vida inmortal mereciese la pena.

Tenía los ojos cerrados, y solo quería disfrutar de ella. De ese ligero contacto.

Y, sin embargo, quería más. Mucho más.

Por eso se dio la vuelta cuando ella dejó de tocarlo, pero en vez de enfrentar sus impresionantes ojos azules, solo encontró el lago y el horizonte montañoso.

Solo había vacío. Allí no había nadie más.

Tamsin se había ido, se esfumó, como si ese momento entre ellos jamás hubiese existido. Como si fuese irreal.

Duncan no podía creer que esa mujer hubiese faltado a su palabra con él, pero pensaba encontrarla y decirle que eso no se le hacía a un vailos.

Ella era sagrada para él. No podía darle la espalda.

Y no huiría. Nadie huía de un lobo enamorado.

Tamsin no sabía hacia dónde dirigirse.

La capa era lo único que funcionaba con Duncan, y lo que la mantenía alejada de él. Porque, los hechizos contra él no funcionaban, y eso no era buena noticia.

Tuvo que darse mucha prisa para engañarlo, cubrirse la cabeza y alejarse lo más rápido posible. En sus besos, ella había pedido que él no se moviera. Y le había funcionado, hasta que el hechizo de por sí dejó de tener fuerza.

Era como si su magia no afectara al vailos. No podía hacerle nada malo y solo podía realizar sortilegios no violentos. ¿Qué tipo de protección tenía Duncan contra ella?

Tamsin estaba subida a un árbol, sentada en uno de sus angostos troncos. Observando la cueva y el castro, oculta por las ramas de los pinos.

Aún tenía encima su hechizo para ocultar su esencia personal, para no ser rastreada, y no pensaba quitarse la capa mientras estuviera ahí. No hasta que fuera el momento de entrar con Jadis en el foso.

Solo le había dado un beso a Duncan y Tamsin ya estaba narcotizada por él. Sentía el cuerpo febril y el corazón muy excitado.

Meditabunda, se pasaba el índice y el corazón por los labios. Había escapado, había huido y, gracias a su magia, podía mantenerse oculta y alejada de él.

Sin embargo, sentía que, incluso su magia no sería suficiente como para mantener la distancia. Los Lilim tenían un sexto sentido, y un séptimo, y era todo aquello intangible que tenía que ver con sus compañeros.

El amarre del lobo, el amarre de las parejas vaélicas, se sentía incluso sin haber sido mordida. Le brillaban los ojos todavía, porque se había quedado sorprendida por sus propias lágrimas. Por su propia tristeza. Las brujas originales debían hacer sus propios sacrificios y, elegir sus obligaciones por encima de sus sentimientos, era la principal.

Y Tamsin lo había acatado al pie de la letra. Como todas ellas que, a su modo, tendrían sus responsabilidades y sus misiones personales. Pero ella acababa de ser tocada por la pasión lobuna de los hijos de Lillith. No era indiferente.

Y sí, sentía que debía dejar pasar esa emoción, porque su labor era mil veces más trascendente que vivir al lado del hombre que posiblemente estaba hecho para ella.

Pensaba sobre ello cuando, en la entrada de la cueva, vio aparecer a una mujer de pelo muy blanco, con una capa marrón cubriéndole el enjuto cuerpo, caminando lentamente y apoyándose en un bastón que, en otra vida, había sido rama.

La bruja Leta aún estaba viva, y cargaba con una cesta con setas y frutillas.

Tamsin se quedó de piedra cuando, tras ella, un nervioso Duncan, ahora completamente vestido con pantalones, botas y un

ancho camisón oscuro, la seguía al interior de la cueva y movía los brazos, gesticulando con brío. Por su madre… estaba muy enfadado. Y Tamsin sabía por qué. Estaba enfadado con ella.

Necesitaba escuchar lo que le estaba diciendo. Así que, cerró el puño frente a ella y después abrió la mano por completo. De repente, lo que se hablaba en esa gruta podía oírlo ella perfectamente, como si estuviese allí.

La luna aún no brillaba en su esplendor, y la noche todavía no era completamente cerrada.

—Te digo que se ha ido. Se llama Tamsin, te buscaba para darte un mensaje y no sé dónde está. Necesito encontrarla, Leta. Ayúdame —Duncan sonaba desesperado.

—Entiendo… —dijo la bruja con voz rasposa. Era ciega, por lo que podía ver Tamsin. Y tenía un gesto sonriente y muchas arruguitas en las comisuras de los ojos y de la boca, y también en la frente. También era muy bajita—. ¿Y dices que, esa joven, tenía la habilidad de hacerse invisible?

—Sí. Llevaba una capa.

—Entiendo.

—Leta —Duncan miró a su alrededor y se colocó las manos sobre la cintura—. Tal vez a ti no te corra prisa, pero a mí sí. Es mía. Es para mí. Mi compañera. Y dice que es galicena, como tú.

—Entiendo.

—Leta… —se dio la vuelta inconforme—. ¿Tú no sabes quién es?

—No conozco a todas las galicenas, jovencito. Vivo retirada, ya lo sabes. Lo único que te puedo decir es que no cabe duda de que es bruja. Una mujer normal nunca te afectaría tanto —sonrió con complicidad.

Duncan resopló y se pasó las manos por el pelo rubio.

—Leta, tenemos que prepararnos para irnos. Y antes, debo encontrar a Tamsin. No pienso alejarme de ella. No quiero que le suceda nada. Y tú también vendrás con nosotros.

La bruja Leta dejó la cesta en el suelo, y después se dio la vuelta con las manos extendidas hacia adelante.

—Déjame ver.

—¿Qué quieres ver?

—Déjame ver lo guapo que eres.

Tamsin pensó: «¿Por qué le decía eso si Leta era invidente?» Entonces vio cómo Duncan, nada incómodo, guio sus manos hasta su rostro, tomándoselas con cariño. Una vez en él, estas lo mapearon con la punta de sus dedos manchados de barro, de hurgar en la tierra para extraer las setas.

—Te veo —le dijo.

—Sigo como siempre.

Leta dejó ir una risita y sacudió la cabeza haciendo noes.

—No. No sigues como siempre, el tiempo pasa, aunque seas inmortal, querido vaélico. Los acontecimientos nos cambian, aunque no marquen nuestros rostros, dejan una marca indeleble en nuestros corazones. Tú, después de esa mujer, ya no serás el mismo. Lo sabes. Lo sé yo.

—¿Eso te lo han dicho las piedras?

—No. Eso me lo dice tu lobo. Un lobo se empareja de por vida. Pero, Duncan, sigues siendo hermoso —le dio una cachetada cariñosa y se apartó para seguir con sus quehaceres—. Consultaré lo que me dice la tierra sobre esa chica misteriosa.

—Leta… tú también debes venir con nosotros —remarcó él—. Debo encontrar a Tamsin, pero tú también debes partir con el clan. Aquí ya no estás segura.

—Duncan… —la bruja metió las setas en una olla, acompañadas de varias hojas verdes—. No recuerdo ni cuántos años tengo.

—Tienes noventa y cuatro, madrina.

—No veo, y no hay mañana que no me duelan los huesos. —Él la ayudó a poner las setas en la olla metálica que había en la solitaria gruta—. Este bosque, estas montañas, son mi hogar. Las conozco como si siempre las hubiese visto. No me puedes mover de aquí, este es mi lugar.

—No digas tonterías, Leta. Te recogeré a media noche.

—¿A la hora bruja? —sonrió.

—Sí. Para entonces, espero haber encontrado a Tamsin. Soy un grandísimo buscador, muy veloz y habilidoso. Es imposible que esa mujer pueda esconderse de mí. Nos hemos besado.

La bruja se sentó en el taburete de piedra y cruzó las manos sobre sus piernas sin apenas músculo.

—La has amarrado —entendió ella estirando su espalda curva todo lo que podía—. Seguro que la encontrarás, no puede andar

muy lejos.

—No la huelo. No huelo su esencia, y no lo entiendo. Pero mi instinto dice que sigue aquí. Cerca. La siento —Duncan volvió a mirar hacia el exterior y apoyó una mano en la pared de la cueva.

Tamsin se llevó la mano al corazón, angustiada por esas palabras. Era tan certero lo que decía, que la asustaba.

—Las brujas sabemos cómo camuflar olores. No será fácil encontrarla. Pero, intentaré ayudarte.

—Gracias. ¿Qué vas a hacer con las setas? —preguntó él de golpe.

—Un caldo.

—No hay tiempo para caldos.

—Lo usaré para encontrar a esa tal Tamsin.

—Ah… —si era para eso, entonces, le permitía que se entretuviera con ello—. ¿Cuánto tardarás?

—No mucho. Puedes ir a darte una vuelta para buscarla. Tal vez, tú la encuentres antes. Si es tu amarre, solo tienes que seguir tu instinto para dar con ella, ¿no?

—Sí. Pero esa capa de invisibilidad lo hace todo más complicado.

—Entiendo… entonces, deja que haga el caldo y te dé la respuesta que buscas.

—Pero —musitó vigilando el exterior— aquí no estás a salvo. Deja la cueva ya y vente conmigo. Puedes hacer el caldo en el castro, antes de partir. El clan se va a preparar para irse esta misma noche. Los Reyes ya están avisados de que vienes con nosotros. Y sabes lo preciada que eres para el clan, por la compañía que nos has ofrecido estos años en estas tierras.

—Duncan… —Era una respuesta muy firme y muy clara. A Tamsin le sorprendió —ya no estoy para viajar. No insistas más. Quiero quedarme aquí, en mi lugar. Soy una anciana y creo que ya he quemado mi etapa en esta encarnación. He dado el servicio que podía dar, muchacho. Solo os retrasaría.

—No acepto tu respuesta, Leta. Eres mi madrina. Y te vienes conmigo —dijo muy soberano.

A ella le enterneció oírlo hablar así.

—Mi tierno y bueno Duncan —suspiró—. Eres un lobo hermoso, noble y muy considerado con todos. Eres un hombre de clan, muy

querido. Serás un gran Rey Beta algún día.

—Y tú lo verás, porque ya he conocido a mi compañera —le juró —. Solo tengo que dar con ella. Sé que se esconde por aquí.

—Entonces, ve. Yo prepararé mi hechizo de búsqueda y, cuando vuelvas, te diré donde se encuentra. Pero, antes de irte, ayúdame. Enciende el fuego y pon la olla a hervir, por favor.

—De acuerdo —Duncan la obedeció y siguió las instrucciones de la bruja.

—La oiré hervir, no te preocupes —dijo ella leyéndole la mente —. Sé cuando está lista.

—Bien. Ya está todo listo —Duncan le sujetó una mano cariñosamente—. Volveré y te vendrás conmigo. Voy a echar un último vistazo antes de venir a buscarte otra vez. No te muevas de aquí y no te vayas, Leta.

—¿Y dónde me iba a ir? Esta es mi casa —dejó ir una risita.

—Ya —Duncan le dirigió una mirada entornada, pero la observaba con calidez y cariño.

A Tamsin se le encogió el corazón al verlo salir corriendo de allí, yendo en su busca y abandonando a esa anciana que tenía las horas contadas.

Lamentaba saber lo que iba a suceder y no poder cambiar nada.

Se frotó la cara, nerviosa por lo que podía venir a partir de entonces. Duncan seguiría buscándola, Jadis no aparecía, y la Legión estaba al caer.

Entonces, vio cómo Leta se levantó de su silla y, apoyándose en su bastón, miró hacia el exterior y giró la cabeza, justo en la dirección donde ella se encontraba sentada en una de las ramas, oculta por los pinos.

Esa mujer era invidente, pero daba la impresión de que podía verla. De que la había descubierto.

Entonces alzó la mano y la saludó. Y no solo hizo eso. Además, le pidió que se dirigiera hacia la cueva. Todo ese tiempo había sabido dónde se escondía, y no le dijo nada a Duncan. Eso le despertó mucha curiosidad.

La bruja galicena era anciana y ciega.

Pero bruja, por encima de todo lo demás, y eso la hacía muy poderosa, a pesar de su aspecto frágil y añoso.

Tamsin no se lo pensó dos veces.

Si una bruja te invitaba a su casa, no podías decir que no.
Entre brujas andaba el juego.

Capítulo 6

Cuando Tamsin entró en la cueva, se encontró a la bruja sentada, con las manos cruzadas sobre las piernas, y sonriendo hacia el frente.

—Sé que estás aquí —dijo Leta, sin mover sus ojos—. Estás aquí, ¿verdad?

—Sí.

—¿Eres Tamsin, la chica de Duncan?

—Soy Tamsin, hermana —contestó con sumo respeto. Cuando advirtió el tipo de setas y plantas que estaba hirviendo, la dejó sorprendida—. Pero no soy la chica de nadie.

La galicena movía la cabeza arriba y abajo.

—Eres una bruja original. He oído hablar de vosotras. Las mujeres que vienen a cambiar las reglas del juego del inventor, ¿cierto?

Tamsin no sabía si contestarle ni qué información darle. No debía delatarse así, por muy Antigua que fuera esa mujer. Había que tener mucho cuidado con todo lo que se dijese en esa realidad.

—No te preocupes, entiendo que no debes decirme nada. Y no estás obligada a ello. Pero asumo que, si estás aquí, es porque mi final es inminente. —Se llenó los pulmones de aire y exhaló satisfecha con el destino que le tocaba—. Esta mañana el ruiseñor me lo ha dicho. Me ha dicho que vienen los cazadores. Que la luz se va a apagar para mí.

Había brujas que hablaban con los pájaros. Y eran muy especiales. La galicena era una de ellas, por lo visto.

—¿Sabes que es tu hora?

—Sí.

—¿Por qué no le has dicho nada a Duncan? Parece que se preocupa mucho por ti. Podrías haberte despedido.

—¿Por qué no le has dicho nada tú a él sobre quién eres y sobre lo que has venido a hacer aquí? —replicó llamándole la atención condescendientemente—. No lo has hecho porque él haría algo para cambiar las cosas. El mismo motivo tengo yo para no haberle dicho nada. Él no lo entendería. Ese hombre está obcecado con proteger a todo el mundo. Pero estamos en un momento en que no hay salvación posible para los despiertos, porque la Legión arrasa. Él cree que sí, es un luchador, un Lilim con esperanza. Lo que va a pasar pronto en este lugar, le va a destrozar el espíritu, ¿lo sabes? —Tamsin no contestó, pero lo intuía—. Sin embargo, sé que podemos hacer que nuestras muertes no sean en vano. Por eso, a pesar de que sé que hoy es el día, me estoy preparando. —Se colocó el bastón entre las piernas y apoyó la barbilla sobre sus manos, en la parte superior del báculo natural—. Hoy voy a morir quemada. Como casi todas. El ruiseñor me dijo que, instantes después de conocer a la bruja original, me apresaría un destacamento de cazadores de la Legión y me quemarían en mi cueva. ¿Será así, Tamsin?

Tamsin tragó saliva compulsivamente. Que una bruja asumiera su final, así, era admirable. Porque era cierto. Leta moría quemada. Y así era como su madre Lillith aparecía. Pero la joven no sabía que iba a ser tan inminente. Al haber llegado antes a su destino, tenía el tiempo desordenado.

—Sí, Leta. Queda poco.

—Bueno, no tengo nada que reprocharme. He vivido mucho, he visto auténticos horrores a manos de los seres humanos. He ayudado con mi magia a quien he podido. Y sigo manteniendo el mayor secreto de las brujas a salvo. Nuestra mejor arma. ¿Sabes cuál es, jovencita?

—Que estamos todas conectadas. Que nunca desaparecemos, solo nos transformamos. Y que, si el inventor no lo impide, siempre volvemos más fuertes.

—Eso es… —dijo gratificada—. Volveremos. No tengo ninguna duda. Volveremos a descubrir la magia y la verdad. Podrías

ayudarme a conseguirlo, bruja original.

Tamsin se detuvo abruptamente y la observó de modo inquisitivo.

—No puedo hacer nada que interfiera en la línea de tiempo de este momen…

—Ya me imagino que no. Pero no te pido que hagas nada para que cambie este momento. Te pido que me ayudes.

—¿A qué?

—A poder regresar. A recordar quién soy y qué he venido a hacer aquí. Despierta a mi espíritu, tócamelo, haz que recuerde en cada encarnación y yo os seguiré ayudando siempre que pueda. Sé que os ayudaré.

—Leta… me está pidiendo que…

—Hoy es mi último día aquí. Eso no lo va a evitar nadie. Pero quiero seguir plantándole cara al inventor. No permitas que olvide quién soy. Déjame que reencarne y me reconozca. Burlemos su seguridad.

Tamsin consideró que ella estaba ahí para no cambiar ningún instante actual. De los venideros, sería otra historia.

—Está bien —dijo Tamsin—. Espero que nos ayude de verdad.

—No tengas ninguna duda. Lo haré. Pero concede a esta anciana el deseo de regresar y recordar siempre que pueda.

Tamsin asintió, pronunció unas palabras susurrantes al caldo y después se incorporó. Cuando Leta lo bebiese, eso afectará a su espíritu para siempre.

—Te estaré eternamente agradecida, tejedora del tiempo.

Nunca la habían llamado así. «Tejedora del tiempo», era bonito. Pero la verdadera viajera era Jadis, no ella.

—No pienso darle el gusto a la Legión de oírme gritar mientras me queman.

Tamsin volvió a mirar la olla y comprendió todo.

—¿Así que es para eso? Las setas que usa… son para que la paralicen. Para que el cuerpo se le duerma.

—La Legión disfruta con la quema, con el dolor de la mujer, sobre todo. Deben creer que estoy viva para que se animen a quemarme. Así que estaré despierta. Pero no consciente —sonrió—. No sentiré nada.

Ella lo dudaba, porque el agua aún tardaría en entrar en

ebullición.

—Aún tardará un poco en hervir lo que hay en la olla. Necesita que la sustancia impregne bien el caldo.

—Ah… ¿podrías acelerarlo, bruja Tamsin? No se lo he dicho a Duncan, pero, la verdad es que están más cerca de lo que creen. Debo darme prisa. Cuanto antes lo tome, antes empezará mi viaje —dijo resuelta.

Tamsin asintió y pasó la mano por encima de la olla para hacerla hervir rápidamente.

—Ya lo tiene, hermana Leta.

La anciana volvió a asentir y señaló hacia la pared, en un hueco donde guardaba un cuenco metálico.

—Por favor, ¿me lo puedes llenar y acercármelo? Ten cuidado y no te quemes.

Tamsin nunca imaginó que ella iba a ayudar a una Antigua así. Así que llenó un cuenco con el caldo de setas y belladona. La combinación era altamente tóxica, pero era justo lo que buscaba Leta. Mientras volcaba el caldo en el cuenco, Leta añadió:

—Dice Duncan que no te puede ver.

—Las brujas originales solo somos vistas si nosotras lo decidimos —procuró no dejarle tropezones de setas, solo la infusión—. Llevamos una capa de invisibilidad.

—Alta brujería —sonrió—. Brujería que no es ni de aquí ni de allá. Es de otro lugar.

La hija de Lillith no le quitó razón. Su magia era incognoscible.

—Tienes una voz preciosa, Tamsin. Ven, acércate.

Tamsin llevó el cuenco, lo dejó en el suelo y se acuclilló frente a la galicena para permitir que le leyese el rostro como había hecho con Duncan. Tenía manos curtidas y no eran demasiado suaves, pero estaba convencida de que había sido una mujer hermosa. Porque sus rasgos lo eran, aunque hubiesen perdido volumen y elasticidad.

—Caramba… eres muy bonita. Y tienes unos ojos muy grandes. Y hueles muy bien. Pobre Duncan, cómo va a sufrir mi pequeño lobo. ¿Sabe ya que no te va a poder tener? Está convencido de que eres para él y de que te va a llevar con el clan.

—No. Eso no va a pasar. Y no. No lo sabe. —Se sentía culpable por ello, como si le debiera algo.

—¿Estás triste por él?

En el fondo, estaba triste también por ella. Por los dos.

—Así debe ser.

—¿Él va a sobrevivir?

—Algunos de ellos sí. Pero va a ser triste. Y van a pasar cosas malas.

La anciana suspiró y se emocionó al pensar en todos los que iban a morir.

—Entonces, si sobrevive, tendrá oportunidad de encontrarte y de ir a por ti. Aunque algo me dice que ese momento tardará en llegar.

Tamsin se mordió el labio inferior y retiró las manos de Leta amablemente.

—Eres una bruja muy intuitiva.

—Lo fui, lo soy y lo volveré a ser —le prometió—. Si regreso, volveré a despertar.

—Estoy segura de ello.

—Y, para entonces, espero reconocerte a ti y a las tuyas cuando nos encontremos.

—Que así sea, Leta —Tamsin sujetó el cuenco con caldo y se lo colocó entre sus manos—. Bebe con calma. El efecto será rápido.

—Gracias, hermana. ¿Te quedarás aquí? ¿Me acompañarás en el último momento?

—¿Ese es tu último deseo?

—Sí —afirmó ella.

—Entonces, concedido.

Por respeto a la bruja, Tamsin decidió quedarse con ella. Y esperó a que el caldo la dejase paralizada. Era la última voluntad de la Antigua. Ella no iba a hacer nada para cambiar el devenir de los acontecimientos. Así debía ser. El plan estaba demasiado estudiado como para querer actuar de manera espontánea y afectar a los resultados más inmediatos. Sin embargo, era una mayor e iba a acompañarla en su muerte, por todo lo que había dado a la causa, como Lillith había acompañado a todas las que habían muerto antes que ella, y a las que morirían en un futuro.

Después de eso, Tamsin se quedó en el exterior de la cueva, y no sin sorpresa, fue testigo del momento exacto en que dos cazadores se internaban en la gruta y cubiertos con ropajes oscuros con cruces estampadas a sus espaldas, descubrían a Leta, adormecida. La

colocaron en medio de la gruta, le prendieron fuego con el fuego que aún había prendido para calentar la olla y le escupieron mientras ardía.

Leta estaba viva, pero sonreía, ante la estupefacción de los cazadores que, al grito de «bruja», contemplaban cómo la anciana no dejaba ir un solo alarido.

Tamsin lloró por la bruja asesinada, como Lillith lloraba cuando era ella quien contemplaba un nuevo asesinato de las suyas. Y lloró por no poder intervenir y matar a esos degenerados. Porque Tamsin quería actuar, ojalá pudiera, pero no podía. Lo tenían prohibido.

El cuerpo de Leta ardió durante bastante rato. Una larga humareda negra ascendió hasta el cielo y los vaélicos no tardarían en llegar. Pero Tamsin no dejó de mirarla mientras ella moría, hasta que su cuerpo se consumía y se convertía en cenizas. Cenizas que tocarían el suelo sacro.

Lo que no contaba era con que Duncan aparecería en la gruta, con el rostro perlado en sudor y las mejillas manchadas de lágrimas.

No contaba con su aparición salvaje ni con su ataque virulento.

Agarró a los cazadores y preso de su furia vaélica les arrancó la cabeza de cuajo.

Tamsin quería aplaudirle. Quería aplaudir cada desgarro, cada hueso roto y cada miembro extirpado que Duncan, con la precisión de un depredador, ejecutaba contra los cazadores de la Inquisición.

Lo admiró por ello. Pero, al mismo tiempo, sentía que Duncan emanaba una energía violenta y muy despiadada en ese instante en el que el lobo lo tenía poseído.

Tamsin no osó a moverse, dado que intuía que, si él la oía, se daría cuenta de que había estado allí en todo momento.

Duncan se sentía contrariado, colérico y también culpable por lo que le había sucedido a Leta. Porque él no había estado ahí. No debería haberse ido de su lado, no debería haberla dejado buscando a una bruja esquiva que lo había abandonado.

A su madrina la habían quemado. Los cazadores eran rápidos, parecían ocultarse de su rastreo. Para cuando los captó, Duncan atravesó el monte a toda velocidad, pero ya era demasiado tarde.

Escuchó el corazón de Leta apagarse y el olor a carne quemada atorar su cerebro, llenarlo de furia.

Los cazadores se sorprendieron al verle, pero ellos ya habían

hecho su labor, que era, matar a una nueva mujer sabia y marcar con el fuego y la humareda el punto exacto donde estaba su castro.

La Legión, comandada por Heubert y Lycos, ya sabían lo que debían hacer y hacia dónde dirigirse. Esos cazadores habían señalizado el punto exacto al que debían llegar.

Duncan lloraba la muerte de Leta, arrodillado frente al fuego. Observó la olla, vertida por la cueva, y las setas y las hojas de belladona, cubriendo la superficie como un manto abstracto. Olió el caldo y se echó hacia atrás.

Fuera lo que fuese lo que se había preparado, no era bueno.

Y de repente, su oído volvió a captar otro sonido.

Bum.

El lobo alzó la cabeza. Conocía ese sonido, no podía olerla, pero sí la presentía. Era el latido de otro corazón. Para un lobo amarrado era imposible no percibir a quien había elegido.

Tamsin le había engañado y había escapado del lago.

Pero ¿había vuelto? ¿Qué hacía ahí?

—Sé que estás aquí —se levantó poco a poco. Tenía el rostro repleto de sangre, los colmillos expuestos, los del labio superior más afilados y largos que los del inferior, pero no parecía grotesco. Sus ojos eran los de un animal, más bestia que humano. De los dedos de sus manos aún chorreaba sangre de la Legión.

Tamsin quería huir, quería escapar de él. Pero el vaélico influenciaba en ella de un modo que aún no comprendía. Seguía inmóvil, no osaba a moverse ni un centímetro. El movimiento la delataría.

—¿Has estado aquí todo el rato? —parecía muy decepcionado. Demasiado abatido como para ir a por ella—. Entiendo que tu silencio es un sí —dejó ir el aire entre los dientes—. ¿Qué eres, Tamsin? ¿Eres una bruja de la Legión, por eso te escondes? Pensaba que las brujas os ayudabais entre vosotras. Y no has movido un dedo, con lo poderosa que parece que eres, para evitar que a Leta le hicieran esto.

Eso le ofendió. Ella odiaba a la Legión y al inventor.

Le hubiera gustado decirle la verdad. Pero no tenía permiso. No sabía hasta qué punto Duncan podía cambiar las cosas, y el gran problema era que no debían ser modificadas.

—¡¿Por qué te escondes de mí, bruja?! —gritó dándose la vuelta,

mirando justo en el punto en el que ella estaba. Sabía que no la veía, pero debía ser ese sexto sentido lobuno, que indicaba el lugar exacto en el que se encontraba—. ¡¿Quién eres y por qué has aparecido en mi vida ahora?!

Y como le sucedió la vez anterior, tampoco lo vio venir. Ni tuvo forma de defenderse. Duncan la arrinconó contra la pared, incluso sin verla, y la inmovilizó. Y Tamsin, afectada por la pena que percibía en Duncan, no fue capaz de atacarlo con uno de sus hechizos y, cuando lo intentó, para intentar sacárselo de encima, no le salió nada. Cuando ese hombre la tocaba, todo perdía efecto.

Era desesperante y muy frustrante no poder contrarrestarle de ninguna manera.

Duncan la tocó hasta encontrar la caperuza, y con un gesto muy brusco, se la quitó de la cabeza. Tamsin se hizo completamente visible entonces, ya no podría escapar.

Él le mostraba los dientes. Estaba tan enfadado que había crecido en tamaño y su ira lo envolvía con un halo rojizo rabioso que la dejaba sin palabras.

—¡Respóndeme!

—Soy Tamsin. Solo Tamsin —contestó ella alzando la barbilla. Ella no había temido nunca a nadie, era demasiado fuerte como para asustarse. Sin embargo, esta vez, estaba ante algo nuevo y explosivo.

Sus miradas se cruzaron. La de él colérica y la de ella muy precavida.

—¡¿Has estado aquí y no la has salvado?! ¡¿Tú, con tu capa de invisibilidad y tu extraña presencia, diciendo que eres una galicena, y no has sido capaz de ayudarla?! ¡¿Quién demonios eres, Tamsin?! ¡Te prometo que te voy a llevar a que seas juzgada por el clan como no me digas la verdad!

—Soy solo Tamsin —repitió. Quería controlar el temblor de su voz—. ¡No tienes por qué saber más! Solo vine a darle un mensaje, pero llegué tarde.

—¡Mientes otra vez! No te huelo a ti, porque te ocultas, pero sí huelo lo que tocas y dónde has estado. Huelo a Leta en tu cara —Duncan pasó la nariz por su mejilla—. Te ha leído el rostro, ¿verdad? Ha hablado contigo y te ha tocado. Y hueles a pino, a humo, y tus manos han manipulado la olla y ese caldo. ¡¿Por qué?!

—Suéltame. No puedes tocarme así y no tienes derecho a…

Aquello fue como un bofetón para Duncan.

—¡¿Qué es lo que no entiendes de que eres para mí?! ¡Esto es importante! ¡Necesito que seas sincera y me digas la verdad! ¡Mi madrina acaba de morir y tú has estado ahí sin hacer nada!

—Suéltame, Duncan —le ordenó.

—No. No voy a soltarte.

—¡Que me sueltes! —se lo intentó sacar de encima, pero él le retiró la capa de los hombros y expuso su cuello y sus hombros, dejándolos al descubierto—. ¿Qué crees que estás haciendo? ¡No sabes quién soy! ¡No me puedes tratar así!

—Dímelo. Así lo sabré —la aplastó contra la roca de la cueva y le hundió la mano en la larga melena negra—. ¿Qué tipo de bruja eres? ¿Eres buena o eres mala, Tamsin?

—¡Duncan! ¡¿Qué haces?!

—No sé qué está pasando. No sé qué haces aquí ni quién eres. Pero sí sé que mi lobo te reclama. Y tú también lo harás, aunque aún sea pronto para eso. Sin embargo, que me parta un rayo ahora mismo si te dejo libre. Ya he perdido a Leta, no quiero perder a nadie más. Tenemos que irnos.

—Duncan… —susurró atemorizada, mirándolo a través de sus ojos entornados y azul claro—. Detente, por favor. Tú no lo entiendes.

—No, claro que no. Pero tendrás tiempo de explicármelo todo. Con mi mordisco siempre estarás afectada por mí, podremos influenciarnos el uno en el otro y siempre sabré si me dices la verdad o no. La Legión viene, y no tengo tiempo para ser más amable, aunque no tengo claro si debo serlo o no, porque eres una extranjera y no sé de dónde vienes realmente. Lo siento, pero para confiar en ti y tenerte controlada, tengo que morderte. —Formó un puño con su pelo, la sujetó bien, y abrió la boca para clavarle los colmillos en el punto que une el cuello y el inicio del hombro.

Tamsin dejó ir un profundo grito de terror, y se puso a temblar entre sus brazos. Eso no podía pasar. No podía ser.

El Beta acababa de morderle, de marcarla. ¡No! ¡No y no!

Tamsin alzó la rodilla como pudo y le dio en la entrepierna, y después lo empujó para apartarlo y ganar distancia. Donde había testículos siempre había extrema sensibilidad al contacto.

—Qué… —ella se llevó la mano al mordisco, y comprobó que tenía sangre—. ¡¿Qué has hecho, animal?!

Él se sujetaba la entrepierna con fuerza y apretaba los dientes, manchados de la sangre de Tamsin.

—He hecho lo que tenía que haber hecho desde el principio. Nosotros no negociamos, no esperamos. Y menos cuando tenemos a la Legión pisándonos los talones. Ahora llevarás mi marca. Mi clan te reconocerá como mía. Ya no puedes hacer nada contra eso, bruja. Vámonos.

—Quítamela.

—No. La marca no se va. Solo desaparece cuando uno de los dos muere.

Ella se frotó la carne dolorida, y lo miró incrédula. ¿Había sido capaz el lobo de hacerle eso? ¿A ella? ¿Esa marca iba a durar para siempre?

En ese instante, algo extraño sucedió en el cuerpo quemado y calcinado de Leta. Se descompuso y se convirtió en cenizas, quedando sobre el suelo como una montañita minúscula de arena grisácea.

Tamsin supo lo que venía, y se cubrió rápidamente con la capa.

Duncan se dio la vuelta, sintió un fulgor frente a él que le obligó a cerrar los ojos y a retirar el rostro, y cuando los volvió a abrir de nuevo, vio ante él una mujer de pelo muy rojo, vestida con unas extrañas ropas negras y ajustadas. Tenía colmillos y los ojos de color muy verde, un verde imposible.

Ella lo miró y le sonrió, y él sintió que la conocía, que, de algún modo, su sangre la reconocía. Percibió que estaba conectada a él. Y supo, sin lugar a dudas, que la mujer que tenía en frente era la Primera.

Tamsin por fin pudo respirar al ver a su madre. Ella tenía que llegar para dar la orden a los vailos sobre lo que tenían que hacer. Ella debía ponerlo todo en orden. Ella iba a arreglar lo que Duncan acababa de hacerle a su cuello.

—¿Sabes quién soy? —preguntó Lillith observando a Duncan de arriba abajo.

—Lillith —contestó él todavía tenso y angustiado por el cúmulo de emociones que lo golpeaban.

—Bien. Yo también sé quién eres. Eres Duncan, Beta de los

Reyes Vaélicos.

Duncan miró hacia su derecha, esperando encontrar a Tamsin. Pero se había cubierto de nuevo, la muy bruja.

—¿Qué está pasando? ¿Qué haces aquí? —quiso saber él.

—Vengo a daros un mensaje. Unas directrices que debéis obedecer. Avisa a tu clan, y tráelos todos ante mí. Os convoco para que sepáis qué va a pasar y cuáles son los pasos a seguir a partir de ahora.

—Pero…

—Ahora, Duncan. Debemos aprovechar el tiempo que nos queda —Lillith lo obligó a moverse y a darse la vuelta para ir corriendo al castro—. Os quiero aquí a todos, inmediatamente.

Y el vaélico se vio sorprendido por su fuerza y por su poder de orden, haciendo justo lo que ella imperaba que hiciera.

Cuando la Primera se quedó a solas, se cruzó de brazos, y estudió las cenizas de la bruja Leta.

—Lo siento mucho, anciana —susurró con una gran carga en el espíritu—. Gracias por tus servicios. Tu muerte merecerá la pena. Gracias a eso, yo estoy aquí y puedo dar el aviso a mis Lilim.

Tamsin sabía que no servía de nada ocultarse ante su madre.

Ella no debería estar en esa cueva, no antes de lo debido. Pero todo había sido culpa de Jadis y su error de cálculo.

—Tamsin —Lillith pronunció su nombre con voz cantarina—. Muéstrate. Quiero verte la carita, hija.

Tamsin se retiró la capucha y se acercó andando hasta su madre. Iba cabizbaja, avergonzada, y dolorida por el mordisco que Duncan acababa de darle.

—Explícame qué haces aquí —Lillith se agachó para tocar las cenizas y, en su mano, materializó una diminuta ánfora de cobre, para ir metiendo el polvo grisáceo poco a poco—. Debíais llegar después de mí, no antes.

—No lo sé. Llegué esta mañana con Jadis. Pensábamos que habíamos venido en el momento correcto. Pero, por lo visto, nos adelantamos un día. Jadis me dejó sola para confirmar que sus cálculos eran los adecuados. Aunque ya intuíamos que no lo eran.

—Y aún no ha vuelto.

—No. Pero regresará.

—Eso es evidente —murmuró Lillith sin dejar de recoger las

cenizas—. Jadis aprenderá a ser más exacta en sus viajes. ¿Has ayudado tú a preparar el caldo para Leta?

—Solo he ayudado a que hirviera bien el agua lo antes posible y pudiera tomárselo. Tenía a los cazadores encima. Ella sabía que estaba aquí.

Lillith asintió comprendiendo sus palabras.

—Es una Antigua. Obvio que sabía que estabas aquí. En mi línea del tiempo de esta realidad —le explicó con tranquilidad—, Leta murió con mucho dolor, como todas. Nunca le dio tiempo a tomarse el caldo porque tardó en hervir. Tú has hecho que ella muriera sin dolor. Has hecho algo bueno, Tamsin, le has regalado paz. Y a mí también —suspiró—, no tengo que llorar sangre al sentir la agonía de otra de las nuestras. Has sido una pequeña bendición. Gracias.

—Entonces, ¿no estás enfadada?

—No. No te preocupes. Pero, tienes terminantemente prohibido interactuar con nadie en tus viajes con Jadis. Las dos conocéis las reglas. ¿Por qué las has violado?

—No lo he hecho a propósito. Ese lobo…

—Vaélico.

—Ese vaélico, de repente, me vio. Me percibió. Me descubrió y no ha dejado de perseguirme todo el día. Me protegí todo lo que pude, pero no me sirvió de nada.

—¿Sabe él quién eres? —Lillith se levantó con la urna llena de las cenizas de Leta y la cubrió con un tapón de cristal.

—No sabe que soy tu hija ni sabe lo que hago aquí. No sabe nada.

Lillith la inspeccionó de arriba abajo y después retiró su capa de los hombros de Tamsin. Era evidente que la había mordido. A Lillith nada se le podía ocultar.

—¿Puedes solucionar esto? —le preguntó Tamsin tímidamente— … Haz que esta marca desaparezca, por favor. Me escuece y hace que esté incómoda.

—Y más lo estarás.

—Por favor, quítamela.

Lillith la oteó con mucha atención, inspeccionando las incisiones y asegurándose de que Tamsin, ante todo, estuviera bien.

—Puedo. Pero no voy a hacerlo.

Tamsin abrió los ojos de par en par, muy asustada.

—Pero, madre…

—Las reglas son claras. He traído a esta realidad a brujas. No a niñas, no a princesitas ni damiselas, no a guerreras, no a amazonas… A brujas, las mujeres más poderosas de esta realidad y de las otras. Ya sé que has llegado antes de lo pensado, pero que mis hijas se dejen embaucar y que no sepan defenderse contra un Lilim hermoso como ese Duncan, me decepciona un poco.

—Lo he intentado, pero mi magia no funciona con él —protestó. Estaba siendo injusta.

—¿En serio? —una ceja roja de Lillith se arqueó ostensiblemente. Parecía divertida, y eso contrarió a Tamsin—. ¿No funciona tu magia con él?

—¿Por qué estás poniendo esa cara?

—*Hum…* —se golpeó la barbilla con el dedo índice—. Qué curioso. Creo que te dejaré el recado de Duncan en la piel, así no olvidarás lo que pasa cuando no se hacen las cosas como deben hacerse —sonrió y le pellizcó la nariz—. Lo soportarás.

—No, madre… esto, no es bueno —volvió a frotarse la piel. Se empezaba a sentir extraña.

—Bueno, no hay mal que por bien no venga, Tamsin. ¿No dicen eso aquí? Seguro que lo sabrás sobrellevar. Además, que tú aguantes su marca, lo mantendrá a él vivo. Y Vael y Duncan, que serán los nuevos Reyes Vaélicos, deben sobrevivir en esta realidad para todo lo que venga. Los necesitamos.

—No me puedes hacer esto…

—Puedo —alzó la barbilla y se la levantó a ella—. Y es lo que voy a hacer. Y tú… cabeza alta, querida. Que te queda mucho por hacer. Ahora, cúbrete de nuevo y espera a que Jadis llegue. No tardará en aparecer mi pobre loca del tiempo.

—Mamá… —le imploró, agarrándola de la muñeca—. Es un mordisco de vaélico. Es un lobo. ¿Sabes lo que me va a pasar? Me voy a encerrar en un foso con su clan —los ojos de color azul de Tamsin, desafiaban abiertamente la decisión de Lillith.

—Tamsin —la tomó de la barbilla—. La realidad es cruel para todas. Esto es el mundo del inventor. Vas a sufrir, pero saldrás. Con paciencia, saldrás del foso. Y después, cuando lo hagas, tú serás la única que decidirá qué hacer con tu marca.

—¡Yo no la pedí! —replicó—. ¡Él me mordió sin más!

—Un vaélico no muerde sin más. —A Lillith le gustaba el carácter de Tamsin. Le parecía divertido y temperamental—. Y omites que lo besaste.

Ella calló de golpe. Sí, lo había besado, pero debía hacer algo para escapar de él.

—Lo hice para sacármelo de encima.

Lillith no la creyó del todo, pero movió los hombros conforme con su respuesta.

—A veces, suceden cosas que no pedimos. Pero, solo el tiempo dirá si, esta serendipia, ha sido buena o no. Ahora —Lillith cubrió su cabeza de nuevo con su capa y besó su frente, basta de cháchara. Escóndete y siéntate en la cueva. Jadis no tardará en aparecer. En nada tendré al clan frente a mí y os presentaré. Y, después de eso, ya sabes lo que hay que hacer.

No se podía discutir con su madre sobre sus responsabilidades y, menos, sobre sus decisiones. Porque era soberana.

Tamsin sabía que el mordisco de Duncan iba a ser como un purgatorio para ella, y más en un encierro tan largo.

Pero a Lillith no le importó.

En cambio, Tamsin supo que encerrarse en un foso, marcada por un vaélico que la había reclamado, la iba a cambiar para siempre.

Le quedaba por delante un auténtico infierno atemporal.

Y esperaba sobrevivir a ello con ayuda de los aglaonices y de sus hermanas, porque su madre no iba a sacarlas de los problemas en los que se metieran.

Aunque no los hubiesen buscado.

Entonces, apareció Jadis en ese preciso instante, atravesando la pared donde el poderoso *lasabrjotur* se había grabado.

Y a la primera que vio de frente fue a Tamsin, que estaba sentada, cerrando los ojos y lamentando su suerte.

—Ah, ¿madre ya ha llegado? —espetó sorprendida—. Al final, creo que hemos llegado casi un día antes de la muerte de Leta.

—¿No me digas? —espetó Tamsin poniendo los ojos en blanco.

—Jadis, hay que ajustarte el reloj —dijo Lillith entre dientes—. Siéntate al lado de tu hermana y no muevas un solo dedo. Mañana, tú y Tamsin os presentaréis al clan vaélico antes de que sean apresados por la Legión. Tamsin se ocultará con la capa y entrará en el foso con ellos para cumplir su misión y mantener a salvo al

clan, evitando que se mueran de rabia. Y tú, Jadis, recuerda que debes cambiarlo de lugar y ajustarlo a unas coordenadas específicas.

—Sí, en el norte de Asturias. Lo sé —contestó Jadis. Pero allí pasaba algo raro. Tamsin no parecía estar muy contenta—… Oye, hermanita, ¿me he perdido algo?

Tamsin resopló y apoyó la cabeza en sus rodillas, abatida con lo sucedido.

¿Que si se había perdido algo? No sabía ni por dónde empezar.

Capítulo 7

Edimburgo
Blackford. En la actualidad

En Edimburgo, ubicado sobre la colina Blackford y oculto bajo los sellos de invisibilidad, se encontraba el castillo residencial de la Orden.

En cada una de sus torres, amparados bajo el halo renovado de lujo, comodidad y tecnología que su líder, Viggo Bloddox, había optado por implantar en el hogar de los suyos, se hospedaban sus miembros.

Antaño, el castillo parecía más una mazmorra que una residencia de una Orden inmortal, creada por Lillith y Caín para encontrar la falla del mundo del inventor y salir de esa realidad en la que todos, humanos y no humanos, sin excepción, vivían encarcelados y confundidos.

La existencia de la Orden Drakkariana había cambiado por completo con la irrupción de las hermanas Bonnet.

Y ahora, a su alrededor, las piezas se movían como fichas de ajedrez, siguiendo una estrategia para lograr su objetivo de liberarse de ese presidio espiritual que no dejaba que, como hijos de Lillith y Caín, pudieran abrazar su eternidad.

Había muchísimo por hacer todavía; mucho que descubrir y demasiado aún por liberar. La guerra de opuestos siempre existiría, porque era la batalla más antigua de la humanidad. Y, aunque los

tiempos habían cambiado, y todo se teñía de un suave dominio psicológico blando sobre el resto, las fijaciones por hacer primar la oscuridad sobre la luz, mediante el engaño, la desinformación y la distracción, y los rituales de persecución inquisitivas, continuaban haciéndose, pero a escondidas y con otras máscaras.

La Orden sabía que estaba más cerca que nunca de cumplir su propósito. Habían encontrado un nuevo sendero que seguir, y con el despertar de Astrid Bonnet, la última de las hermanas que quedaba por liberarse, hallaron un talón de Aquiles del Inventor, aunque a la joven siempre deberían tenerla bajo custodia, y muy alimentada para que él no pudiera rastrearla jamás.

De eso se encargaría su compañera, Eyra.

La noche anterior, Eyra la había rescatado de las manos directas de Harald y del inventor, y habían pasado la noche juntas, ya asentadas como binomio oficial.

La única vampira antigua de la Orden, la vikinga, poseedora del Arco de Artemisa y su máxima representante en esa realidad, sabía que le había tocado el plato fuerte de las Bonnet. Porque alguien capaz de ver venir al inventor y de encontrar los errores de su sistema, era un Caballo de Troya, dado que Astrid era hija de humanos. Era hija del inventor.

Solo que ella no estaba de su parte. Era una manzanita corrompida. Por eso la Haraldsen se había jurado a sí misma ser el escudo de su novia. De su pareja de vida. Ser su guardiana y su protectora, como de alguna manera, todos los hombres de la Orden lo eran de sus mujeres, y al revés. Como debían ser en este caso la una para la otra.

Astrid amanecía tumbada a su lado. Le gustaba ver cómo, aunque no dormían como los humanos, sus despertares eran muy reparadores y también gustosos. Los ojos de Astrid, de largas pestañas, se entornaban y la miraban con un deje pizpireto, feliz de tenerla con ella. La pequeña de las Bonnet la volvería loca toda la vida. A pesar de que ambas tenían mucho que hacer, no podían dejar pasar la oportunidad de disfrutar de esos momentos juntas en la intimidad. Porque vendrían guerras y momentos mucho más incómodos, por eso intentarían saborear los buenos en su totalidad.

Eyra le retiró el pelo castaño oscuro de la cara y le besó la nariz y luego la mejilla, y sonrió con adoración, pensando en el

maravilloso tesoro que tenía junto a ella.

Astrid hundió sus manos en el pelo rizado rubio y vivo de la vikinga, y la obligó a tumbarse encima de ella, entre risitas cómplices.

—¿Todavía tienes ganas de más? —le preguntó Eyra ocultando su rostro en su cuello.

Astrid resopló y clavó sus ojos en el techo.

—Siempre. Siempre voy a querer más. Es algo muy evidente para mí. Y espero que también lo sea para ti —los rizos de Eyra le rodeaban los dedos y le hacían cosquillas, de modo que esa caricia se extrapolara por todo su cuerpo—… Es una locura fascinante que me estimules así —Astrid se mordió el labio inferior y hundió su nariz en su pelo, para oler esas fresas que solo el cuerpo de Eyra exudaba. Después, deslizó sus manos lentamente hasta su trasero desnudo y se lo acarició suavemente—. Tu piel es tan sedosa… No sabes lo que me gusta poder disfrutarte así, sin restricciones. —La mamba negra de la piel de la vampira correteó por su trasero y sus caderas, deseando que Astrid también le hiciera carantoñas a ella. Y se las hizo, porque sabía que serpiente y mujer eran una.

Eyra se apoyó en los codos para mirarla y dedicarle una sonrisa agradecida.

—Solo tú puedes tocarme así.

—Eso espero —Astrid se echó a reír—, o convertiré sus matrices en polvo.

—Te has convertido en una gata violenta —Eyra se hizo hueco entre sus piernas y disfrutó del contacto piel con piel, de su desnudez. Astrid la había sanado. La había reconstruido y le había enseñado a disfrutar de nuevo de su propio cuerpo y de su sexualidad.

—No soy violenta. Solo soy territorial.

—Los humanos te llamarían tóxica.

—*Pft*… Lo que digan me trae sin cuidado. Su sistema sí está corrompido y ni siquiera lo intuyen.

Eyra cerró los ojos con placer y no pudo evitar dibujar un mohín divertido.

—Me encanta oírte hablar así… me enciendes.

Astrid unió su frente a la de ella y la miró fijamente, manteniéndose en silencio.

—Puedo oírte —le susurró—. Me dejas estar en tu cabeza y es increíble, es como pasear por una realidad alternativa.

—Puedes hacer conmigo lo que quieras. Ya no hay secretos para mi *dolly*.

—Lo sé, sin embargo, no quiero que creas que voy a estar ahí como un imán. Creo que es bueno dejarte a solas a veces. Confío en ti plenamente y, considero que todos nosotros tenemos nuestras propias islas. Que es bueno que las visitemos a solas.

Eso era lo que más le agradaba de Astrid. Su empatía, su comprensión. Eyra no querría sacarla de su mente nunca, pero el solo hecho de ella ofrecerse a no hacerlo permanentemente, era un regalo para una pareja de la Orden.

—Sin embargo —continuó Astrid pasándole la punta de los dedos por la espalda—, ahora que estamos tan vinculadas, oigo lo que no dices. Y sé que estás muy preocupada por Khalevi.

La bruja Jadis hizo una de sus estelares apariciones en la mansión de Harald, en Aberdeen, y tenía entre sus brazos, malherido, a Khalevi. Luego arrebató el frasquito negro con runas doradas que Gregos tenía entre las manos, y desapareció. Eyra se alegró de verlo, pero no estaba muy consciente. Además, le sorprendió descubrirlo en brazos de la bruja.

—Mi hermano se sabe cuidar muy bien —aseguró—. Pero no razona. Es visceral, incontrolable e insensible muchas veces. Que esté con las brujas… —sacude la cabeza, contrariada— y que no nos haya avisado de ello me enfurece y me preocupa —Eyra tenía el contacto telepático profundo prohibido con todos, incluso con él, por miedo a que pudieran ver alguna vez todo lo que ella sufrió en manos de Harald. Lo hizo por protegerlos y por protegerse. Debido a ello, no podía rastrear a su hermano, aunque en su fuero interno pudiese sentir si seguía vivo o no. Y seguía vivo.

—A tu hermano le pasó algo. Hizo algo, en el pasado —espetó Astrid con confianza—. Cuando ya era un vampiro. Pero no sabes el qué, porque no lo viste. Solo sabes que él cambió.

Eyra asintió de acuerdo con sus palabras.

—Sé que tuvo que ver con una bruja. Pero no sé… —sacudió la cabeza algo azorada, precisamente, por debido a la no comunicación que tenía con él, se perdió la verdad de Khalevi, como Khalevi, aunque la intuía, también se perdió la de ella.

Astrid comprendía su desazón.

—Seguro que lo encontraremos.

—Eso espero.

Nadie mejor que Astrid sabía lo que tocaba hacer en ese momento. Por eso necesitaba salir de esa cama y ponerse a trabajar. Sin embargo… se estaba tan bien con una vikinga encima…

—Sé que estás frustrada. Y no quiero que estés así. Por eso sé que hay mucho por hacer. No sé si puedo encontrar a Khalevi, porque no leí su código cuando mi don despertó. Y tampoco sé si puedo hurgar bien en el tuyo para encontrar connotaciones con Khalevi… Pero lo voy a intentar.

—Es mi hermano —aseguró Eyra—, pero, cuando nos transformaron, nuestros códigos cambiaron y se convirtieron en únicos e indivisibles y no sé si queda algo de herencia genética que puedas rastrear en tu programa.

—Yo tampoco estoy segura. Khalevi y tú compartíais la misma sangre, pero al transformaros en miembros de la Orden, toda esa herencia de esta realidad se borró, porque no lo detecto en ti. Pero necesito ahondar más. Cuanto más bebo tu sangre, más enérgica y con más capacidades me siento. Tengo la energía por las nubes y el cerebro lleno de códigos y de luces. —La sujetó de la barbilla y le plantó un beso en los labios—. Y, aunque me gustaría no salir de esta cama en mucho tiempo, creo que tengo muchas cosas que hacer y que explicar a la Orden. Necesito que todos entendamos de qué va todo esto.

—Yo ya sé de qué va todo esto —Eyra sonrió de oreja a oreja, con mucha satisfacción. Compartir la sangre con su compañera, y con una tan especial y tan genio como ella, también facilitaba que ella tuviese facilidad de comprensión en el mundo binario y de algoritmos de su vampira—. Pero me encanta oírte hablar.

Los ojos de Astrid se oscurecieron y titilaron con diversión al sentir la mano de Eyra colarse entre sus piernas, las cuales ella abrió gustosa.

—¿Crees que tenemos tiempo para darnos los buenos días rapidito antes de que adoptes tu papel de profesora de informática cañón? —preguntó regando su rostro de besitos.

Astrid dejó ir una risita. Esa Eyra más relajada y más cálida la tenía completamente enamorada.

—Cariño… —murmuró Astrid echando el cuello hacia atrás y tirando de la sábana negra para cubrirse las dos con ella—. Para ti y tus buenos días voy a tener tiempo siempre.

Salón de Reuniones Blackford

Era más que evidente que todos estaban felices de ver que Eyra había recuperado a Astrid y que la benjamina de las Bonnet no iba a dejar de lado a la vikinga.

A Viggo Bloddox nada lo complacía más que saber que, por fin, su amiga Eyra era querida como se merecía e iba a recibir el mayor don de todos: el de ser amada y aceptada incondicionalmente.

El líder de la Orden siempre tendría en mente a los suyos, y ahora que volvía a liderarlos y que la Legión se les echaba encima, necesitaba tener el control de nuevo y comprender qué pasos a seguir debían emprender.

Para ello, la última Bonnet despierta los había reunido en el salón de la fortaleza. Sentados en los *chaise longues* de la hermosa sala acristalada, observaban cómo Astrid había conectado su ordenador a la gran pantalla extraplana que usaban, a veces, como pantalla de cine. Todos, Daven y Alba, Cami y Vael, Gregos y Eyra, y su querida *sjef*, Erin, admiraban a la talentosa mujer que lucía colmillos sin reparos y una seguridad mucho más marcada que antes. Astrid Bonnet se sabía poderosa, y no tenía ningún problema en aceptarlo. Vestida con sus botas militares y su vestido estrecho de manga larga, ya daba a entender que era disruptiva y *grunge*, pero con la belleza de una Bonnet, lo que era más inquietante todavía. Lo único que había temido esa joven al experimentar su don era el ser rastreada por el Inventor y que él descubriese así el lenguaje original de la Orden y de qué estaban hechos. No temió a la responsabilidad ni al desafío, temió por ellos. Y eso decía mucho de su naturaleza. No había querido aceptarlo por miedo a ponerlos en peligro y que los descubrieran. Pero eso no iba a suceder, porque la Haraldsen la tenía más que salvaguardada. ¡Menuda iba a ser Eyra con su pareja!

Aquel no era un día de descanso. No era otro día más. Ni mucho menos. Todos estaban preparados para salir en cualquier momento porque, el mensaje era claro: las brujas andaban sueltas moviendo

sus hilos. El hermano de Vael, Duncan, seguía a Tamsin y, por lo que tenía entendido, Khalevi había desaparecido rastreando los pasos de ambos, después de casi vincularse con Cami Bonnet, la pareja del Rey Vaélico.

No, ya no iba a haber momentos de relajo, como apenas los había habido desde que las Bonnet llegaron en tren a Kanfanar.

Desde entonces, todo voló por los aires, nunca mejor dicho, y el ritmo estaba siendo endiablado. Aunque a Viggo eso no le molestaba, le estimulaba la acción. Como a todos los despiertos, miembros de la Orden de Caín. Aquella realidad no era un paseo, no era una experiencia. Era una cárcel imperfecta, una broma de mal gusto que muchos habían comprado como la existencia misma y la posibilidad de vivirla y de mejorar en ella. A todas luces, era un pensamiento generalizado, de sociedad, de cultura adquirida durante milenios. Sobre todo, después de la llegada violenta del cristianismo y su obligada conversión.

—Es evidente —empezó diciendo Astrid colocándose al lado de la pantalla— que no entendéis nada de lo que os estoy mostrando. Y es muy comprensible. Solo veis unos y ceros y, de vez en cuando, algún símbolo extraño que he adaptado yo como una variante para que nosotros también estemos representados en este maravilloso tablero de probabilidades. Estos símbolos extraños es cómo el programa detecta las anomalías, elementos externos a la naturaleza de esta realidad binaria. Como lo somos nosotros o cualquier objeto o ser mágico, ajeno al inventor. Aquí —señaló la pantalla— está reflejado el pasado y el presente de la humanidad, datado hasta ahora, hasta antes de la aparición de Cristo. Aunque podría rebobinarlo mucho más y llegaría hasta el momento en que plantó la semillita para crear esta mega realidad aumentada en la que unos creen vivir. Esto que veis aquí es el videojuego del inventor. Un tablero de predicciones. Es su lenguaje. Es cómo interactúa él y cómo está en todo y en todos, y cómo hace y deshace a su antojo. Veo su realidad de un modo que vosotros no podéis ver. Y gracias a esto, he podido descubrir muchas cosas —asegura mirando con cariño y admiración a Eyra— y he entendido muchas otras.

—Es una buena presentación —añadió Viggo divertido con el tono orgulloso de la Bonnet—. Dinos cómo funciona.

—No sirve de nada que os lo diga porque la única que puede

comprenderlo y leerlo soy yo —espetó sin acritud—. Pero, voy a intentar que, con mi explicación, lleguemos al punto en el que realmente estamos. ¿Empezamos?

—Dale, hermanita —ordenó Erin con el pecho hinchado de admiración hacia ella. Erin no podía creer que un cerebro como el suyo se hubiera malgastado con la web del libro de la Orden, pero, al mismo tiempo, sabía que la web daría sus frutos.

—Más de dos meses atrás —inició Astrid—, la Legión advirtió que el laurel iba a reverdecer porque se rompió un círculo de éter cuando, nosotras, lo cruzamos al viajar a Croacia para enterrar las cenizas de nuestra madre Olga. Todo viene de muy atrás. Resultó que, al inicio del videojuego, Lillith y Caín se las ingeniaron para colar a sus hijos aquí, hijos fáunicos o, como los conocemos, Lilim. Seres propios de la mitología y el folclore, como eran: la cofradía Vaélica —señaló a Vael—, los vampiros —le guiñó un ojo a Eyra. Esa mujer rubia y despampanante era ilegal, y más aún con el Señor Rainbow, su gato cachorro y arcoíris, sobre el hombro—, las brujas, como Jadis y Tamsin, sabias, sibilas, magos, nahuales… El inventor creó a la Legión para darles caza, dado que eran una malísima influencia para sus hijos, porque si había un único Dios y Dios creó a sus hijos a su semejanza, entonces, ¿quién había creado a los Lilim? De esas cazas, la misma Legión empezó a hibridar a esos seres con humanos y a juguetear con su genética. Entonces, para evitar que los agarrasen, los Lilim se ocultaron en fosos marcados con sellos mágicos e invisibles para el inventor, sellos originales. Sellos que marca la Brújula de la Madre Nodriza Shipton —señaló el artefacto, que estaba en medio de la mesa de centro ubicada entre los sofás—. Algunos los conocemos y otros no. Pero con la ayuda de nuestra lectora de sellos, la jefa Erin —reconoció dirigiéndose a su hermana mayor— vamos desentramándolos uno a uno. Los Lilim han estado encerrados hasta ahora, y no ha sido hasta que nosotras hemos aparecido, que no han tenido posibilidad de liberarse y salir a la luz. ¿Cómo? A lo largo de la historia ha habido mujeres llamadas «Antiguas» que conocían lo que era esta realidad, que se habían aliado siempre con seres mágicos y con genios y, ante todo con mujeres consideradas como ellas. Las Antiguas tenían todas algo de Lillith. Nuestra madre Olga era una Antigua. La madre biológica de Cami era una Antigua, como lo era Ludmila, la abuela

de Viggo, su *bestemoren*. Ellas sabían que, en algún momento en el espacio tiempo de esta realidad, habría una conjetura, todo se confabularía para que la Orden y todos los hijos de Lillith y de Caín encontrasen la salida a este juego maquiavélico, donde los mágicos y despiertos morían, y donde solo podían coexistir los hijos del Inventor, eso sí, siempre bajo sus normas. Sucedió que Erin fue la primera en despertar gracias a las cenizas de mamá y fue convertida por Lillith. Mamá no solo era una Antigua increíble, una cátara de corazón; ella había creado para nosotras los Altos en el Tiempo. Para que en esos paréntesis nos reencontrásemos y supiéramos qué teníamos que hacer. Con la información de mamá pudo encontrar el Grimorio que guardó en el sur de Francia. Gracias al Grimorio, empezamos a descubrir más sellos, los apellidos de las familias de acreedores y supimos cuántos más Lilim estaban ocultos, así como la historia de algunos objetos sagrados que no sabemos dónde están y otros, sí. Erin había sido bendecida por Lillith con el don de Tácita, la Elocuencia, por eso escribía y contaba historias, porque su don eran las palabras, la comunicación. Y de ahí que supiera leer sellos. Después le llegó el turno a mi hermana Alba, que al ser transformada por Daven, descubrimos que era una Peython, y que había sido bendecida por Lillith con el don de la Persuasión. Mi hermana querida y buenorra, sin el collar que mi madre guardaba para ella en nuestra casona, podría obligar a todo el mundo a hacer lo que quisiera. Es un auténtico peligro —Alba se echó a reír, y dejó que Daven la sentara sobre sus piernas y besara su mejilla.

—Mi chica es un tornado —juró Daven.

—Y que lo digas —aseguró Astrid—. Erin encontró el Grimorio y Alba su collar, pero, además, vencieron juntos a los Rasmussen, una familia de acreedores muy importante para el inventor. De su banco de objetos obtenidos por Harald y Sigurd, de los saqueos a paganos, entre los que se encontraban la de los vikingos drakkarianos, el poblado de Viggo, se llevó el escudo de armas del poblado drakkariano y también hallaron la brújula Shipton. Además de que Alba inspiró a Daven a crear el primer matademonios conocido con el que se venció al Nixe, el íncubo de la perversión. Quiero que sepáis —alzó su dedo índice— que todo lo que estoy contando ahora, sale reflejado en mi Códice. Mi programa funciona y lee las anomalías, lee los códigos fuente que son errores en el mundo del

inventor. En mi Códice ahora sale el matademonios, el grimorio, y las matrices de cada uno de vosotros, porque yo las incluí. Nadie jamás podría entender lo que se escribe en ese tapiz a cada minuto, dado que es un tapiz cambiante —se giró y miró su obra—, pero yo sí. Continuamos, que no me gusta hablar de lo buena que soy —eso provocó las risas de todos—. Con la brújula Shipton en mano, vimos todos los sellos de los Lilim que estaban ocultos, y se encendió el de los lobos cuando Cami entró en *shock*. Y, Cami, como era normal, después de un Alto en el Tiempo con mamá, tuvo que hacer su propio viaje para ser la Reina del Rey Vaélico y descubrirse como la hija de Clark Bain y de Athenea, un vailos y una bruja de Hécate. Gracias a ella, ahora sabemos muchísimo de plantas, recetas y de venenos, pero también hemos descubierto que a los Santos se les mata con las cenizas de las Antiguas, como mató a Heubert el cuerno astillado de su propio báculo y manchado con las cenizas de Athenea. Cami también tuvo su don, es una bruja tridiosa. Una bruja descendiente de Hécate. Por supuesto, hija también de Lillith. Y eso que solo hacía pastelitos —Eyra entornó los ojos hacia Cami y le sonrió—, y ahora ha ayudado a una sección de los Lilim a hacer coalición con la Orden.

El pelirrojo de ojos azules, Vael, el Rey Vaélico, asintió solemnemente a aquella afirmación de Astrid. Los vampiros y los lobos nunca se habían llevado demasiado bien. Pero estaban aprendiendo a confraternizar. Y, si en algún momento, su humor se ofuscaba, era Camila quien lo volvía a llevar por el buen camino.

—Hasta que llegamos a mí y a esa señorita —señaló a su novia —. Resultó que en esos Altos en el Tiempo en los que mamá nos citaba siempre había algo que era una constante: la bruja Jadis, una viajera del tiempo. Ella dejó el collar de Peython a mamá, y también la maleta de recetas a Cami, y en el interior de esa receta, dejó una nota encriptada para mí. Cuando pude descifrarla, me guio hasta *¡tachán!* Mi hermana, la bruja de Hécate, para que me preparase una pócima para que despertara mi don. Esa pócima, me llevó directamente a un Alto en el Tiempo en el que me encontré a mamá y a Jadis. Resultó que esa bruja ya me había consultado muchas cosas antes en mi Códice, pero yo no me acordaba. La cuestión es que —intentaba no perder el hilo. No lo iba a perder porque lo veía todo con mucha nitidez en su cabeza—, mi don, sin

la compañía de mi vampira, no podía funcionar. Porque, al despertar después de beber la pócima, el inventor podía leerme como yo podía leerlo a él, y eso me exponía y haría que él me llevase con él, pero la sangre de mi Eyra —dijo de manera tierna pero también posesiva— me ocultaba. Lo que yo no sabía era que juntas íbamos a remover los cimientos del pasado y a entender cómo todo se conectaba, pasado, presente y futuro, mediante las maravillosas mujeres Antiguas y los viajes de Jadis. Junto a Eyra enfrentamos a Harald y por fin dimos con la clave para entender el Códice y saber qué buscaba Jadis en él. Jadis me pidió que encontrase las «puertas». Revisé los buscadores y encontré que Jadis había entrado en esos momentos de la historia y en esos lugares donde habían estado las Antiguas, y no solo ellas —sonrió como una sabionda—, donde habían dejado algo muy importante: los tapices y telares con un símbolo tejido o pintado: el *Lasabrjotur*. ¿Y quiénes tenían un Lasabrjotur? Ludmila, mamá, y Athenea, por ejemplo, de entre seguro que muchas otras —nombró vehementemente—. Descubrí que Jadis se mueve a través de esas puertas, porque esos símbolos se usan como portales, y ella viaja a través de ellos. Por eso hizo las modificaciones que hizo. Por eso podía aparecer en la aldea drakkariana en la casa de Ludmila y dejar las cenizas de la bestemoren, un cofre, un jilguero inmortal, y el arco de Artemisa que le dio Lillith, y que Ludmila iba a legar a Eyra, la que iba a ser la bestemoren del pueblo cuando creciera. Con ese arco, Eyra pudo matar a Harald, un inmortal, porque las flechas del arco de Artemisa matan a cualquiera. Ahora, todos esos objetos yacen en el museo Blackford y debemos averiguar qué son y para qué sirven. Supongo que Erin ya está revisando el grimorio para hacer inventario.

—Supones muy bien —aseguró Erin—. Hay muchos objetos y debemos analizarlos bien —Erin resopló y miró a Viggo consternada —. ¿Por dónde empezamos?

—En el último encuentro que tuve con Jadis en Aberdeen —explicó Eyra permitiendo que el minino jugueteara con sus rizos—, en la mansión de Harald, Jadis apareció con mi hermano en brazos. Y después de arrebatarle un frasquito de las manos a Gregos, volvió a desaparecer. Y dejó un mensaje muy claro: «que vienen las brujas». Yo destruí el espejo a través del cual Harald se comunicaba

con el inventor, y creo que es un medio a través del cual todos sus inmortales, nigromantes y demás, pueden conectarse con él. La flecha de Artemisa lo destruyó —recordó con seriedad.

—Creo que tenemos trabajo por hacer —sugirió Viggo decidido a ponerlos a todos en marcha—. Y creo que el Códice nos ayuda mucho a entender las cosas y a verlas desde otra perspectiva. ¿Hay algo más que hayas descubierto, Astrid?

—Los objetos sagrados tienen su propio código. Los Lasabrjotur también y Jadis me dijo que la clave estaba en ellos, que tenía que seguir buscando las puertas porque, de hecho, encontrarlos en el Códice también significaría hallar el hogar de una Antigua y allá donde ha habido una Antigua hubo magia y algún objeto o algún mensaje a seguir. Pero las brujas tienen su propio código fuente y sus propios símbolos, que aún no conocemos. Y creo, sinceramente, que por lo que vieron Eyra y Gregos, debemos ayudarlas. Están en apuros. Y no solo ellas. Está Duncan —sugirió Astrid llamando la atención de Vael— y está Khalevi con ellas.

—¿Puedes encontrar a las brujas a través de tu Códice? —indagó Viggo.

—No. Por la razón que te he dado: son otro mundo. No puedo encontrar a Lillith en el Códice. Tampoco puedo encontrarlas a ellas.

—Podríamos investigar —sugirió Alba— y ver en tu Códice si hay algo alterado a nivel mágico dentro de la realidad del Inventor. Algún suceso nuevo que no cuadre con las leyes de esta dimensión.

—Eso podría funcionar, pero el Códice es tan grande como esta realidad y no sabría dónde buscar. No sé dónde están ni hacia dónde se dirigieron. Lo que sí sé es que viene algo muy muy malo, algo que va a afectar a todo ser vivo de esta realidad y que va a hacer que sea imposible que ni un solo ser humano más despierte. Y debemos darnos prisa antes de que esto pase —aseveró Astrid con cara de circunstancias—. No sé de qué se trata, pero los códigos fuentes se unifican y poco a poco, muy sutilmente, se convierten en los mismos, como si no hubiera capacidad para ser un ente individual, como si los encerraran a todos en una misma conciencia.

—Bueno, ese siempre fue el plan del inventor y de su Legión —contestó Vael.

—Si eso sucede, no habrá más anomalías —convino Viggo—. No

más despertares. Y nos quedaremos aquí los que somos. El inventor habrá ganado si consigue su propósito.

—No sé cuándo va a ser ni cómo se va a originar, pero viene algo muy oscuro y, con nuestra aparición —sentenció Astrid—, creo que las brujas y Lillith lo sabían y por eso lo están acelerando todo.

—Entonces, no hay más tiempo que perder —Erin se levantó del sofá y miró a Viggo esperando a que él diera las órdenes pertinentes —. Sé que tenemos familias de acólitos que perseguir, los Pupilli y sus orfanatos, los niños que desaparecen, Lycos aún suelto y tras nuestros pasos con los Lupis, el control de la web y de la activación del QR, algunos objetivos con los que aún tenemos que lidiar, además de encontrar esa salida que todos buscamos para hacerla gigantesca y que cuantos más escapen de aquí mejor… La lista es larga. Intentaré descifrar las partes sánscritas del Grimorio y ver si en él se dice dónde está el foso oculto de las brujas, pero si no mencionaban nada de la cofradía vaélica, menos, lo harán sobre ellas. Aunque, ojalá podamos encontrarlas y nos ayuden a comprender lo que sucede. Deben entender que todos somos Lilim y que debemos trabajar en conjunto —murmuró Erin elucubrando—. Debemos organizarnos.

—Creo que os estáis olvidando de algo —apuntó Gregos jugando con la punta de su puñal sobre uno de sus dedos índices. El de lengua viperina y ojos sexis y serpentiles sonrió ocultando un poco su rostro—. Si queremos saber dónde están Duncan y Khalevi, y resulta que creéis que están con esa tal Tamsin y Jadis, podemos encontrarles.

Astrid frunció el ceño como Eyra, y ambas se acercaron a su amigo sádico.

—¿Cómo?

—Cami —contestó Gregos sin más.

La joven bruja, que estaba recogiéndole el pelo a Vael en una coleta, se quedó mirando fijamente al bogomilo, igual que Vael, que escuchaba con mucha curiosidad.

—Yo no puedo rastrear a mi hermano —dijo Vael—. ¿Crees que no lo he intentado ya? No sé qué es lo que sucede, pero no huelo su rastro. Es como si estuviera oculto. O está muy lejos o algo ha cambiado.

—Cosas de brujas —contestó Gregos sin darle importancia—.

Pero no me refiero a Cami hablando de ti. Me refiero a Cami hablando de Cami. Eyra no puede rastrear a su hermano por el tiempo que ha tenido su conexión telepática capada. Pero Cami tiene su sangre en su torrente sanguíneo.

Vael gruñó muy ofuscado por esa información. Sufrió mucho al ver cómo Khalevi alimentó a Cami para que no muriese, y sabía que tendrían ese vínculo siempre. Pero Cami no era vampira y no podía rastrearle y, era muy evidente que Khalevi no quería ser encontrado. Lo que no era normal era que ni él ni Duncan dieran señales de vida. Algo estaba pasando.

—No me lo recuerdes.

—Vael —Cami entrelazó los dedos con los de él y lo regañó un poco con la mirada—. Eso ya pasó. No significa nada. Pero Gregos tiene razón —repuso inocentemente—. Podríamos hacer un hechizo de búsqueda a través de mi sangre.

—O mejor aún —apuntó Astrid—, podría leer tu código y ver si encuentro resquicios del de Khalevi. Si encuentro su matriz en ti, podría iniciar la búsqueda.

—Probemos las dos cosas —ordenó Viggo dando la orden y chasqueando los dedos—. Vosotras poneos con ello inmediatamente. Mientras tanto, el resto —señaló con el pulgar el otro lado de la sala— nos metemos en el museo Blackford. Vamos a ver qué secretos guardan todos esos objetos y si hay algo con lo que podamos ayudar. *Vakker* ¿tienes el grimorio a mano? —preguntó a Erin posando su mano en la parte baja de su espalda.

—Sí. Está dentro. Esta mañana he estado echando un vistazo.

—Siempre tan aplicada.

Astrid se quedó mirando cómo Gregos, Alba, Daven, Erin y Viggo se dirigían al nuevo museo, mientras Eyra, Cami, Vael y ella, decidían por qué opción empezaban.

De un modo o de otro, todos eran rastreadores y todos encontrarían lo que estaban buscando, más tarde o más temprano.

Pero resolverían cómo dar con los compañeros perdidos.

La clave era Jadis. La clave eran las puertas.

Todo tenía que ver con lo que fuera que estaban haciendo las brujas.

Capítulo 8

Vaticano
Cámara oculta del Dextera Domini

Lycos siempre creyó que era el único rey lobo. Nació de la unión de una vaélica y un nigromante. Era un salvaje con sed de sangre vaélica. Alguien que se volvió contra los suyos, y que jamás sería aceptado como Lilim dado que su espíritu era impío y estaba contagiado de oscuridad.

Junto a Heubert organizaron las mayores cacerías de la historia, y contaba sobre sus espaldas muertos con cifras de auténtico genocida. Pensó que sería único en su especie, sobre todo, después de encerrar a la última cofradía guerrera. Ni siquiera los perros de Dios eran como él, dado que poseía sangre vaélica, y los perros eran meros experimentos, mezclas cruzadas de sangre y magia, y en la actualidad, de sangre y ciencia.

Por ese motivo, en ese momento, estaba tan fuera de sus casillas. Había desplegado a su ejército de perros para que pudieran rastrear la esencia de los reyes y de lo que quedaba de su cofradía. Pero no lograba dar con ellos porque estaban demasiado protegidos por la magia y no detectaban el aroma característico de esos Lilim. Se sentía frustrado porque no había dejado pasar toda una eternidad para que los vaélicos resurgieran de repente, cuando menos lo esperaba, y se convirtieran en los nuevos insurrectos, junto a esa Orden de vampiros metomentodo.

Lycos se había desplazado hasta Roma, a las entrañas secretas del mismísimo Vaticano para hablar con el Dextera sobre lo sucedido.

El Dextera tenía las manos cruzadas a la espalda, escuchándole con suma atención, jugando con su sello de oro entre los dedos, concentrado en lo que su Teniente le contaba.

—No sé cómo acabaron con Heubert. Era un santo, y desconocía que se pudiera acabar con él así —explicó Lycos, vestido como un militar, todo de negro. Tenía el pelo largo, muy oscuro, por debajo de la paletillas, la tez bronceada, y una barba muy bien cortada cubría barbilla y mandíbula, pero no llegaba a poblar el bigote. Sus ojos eran muy oscuros, y el iris parecía más grande de lo normal. Además, tenía la parte superior de las orejas puntiagudas—. Accedimos a un lugar, que poseía grandes terrenos y había un castillo… pero, por algún motivo que no comprendo —se frotó la nuca—. No recuerdo nada. No sé dónde está. Ni yo ni mis hombres pueden hacer memoria al respecto.

El Dextera asintió meditabundo, y con gesto sereno contestó:

—Ellos también tienen su propia magia. Una magia que esta realidad, al parecer, no sabe leer. Debe haber una bruja con ellos. O más de una que les esté ayudando a ocultarse y que os haya hecho un lavado de memoria. Un tipo de hechizo que al ser expulsados de ese terreno, afectara a vuestro cerebro.

—Sospecho lo mismo, señor. Por eso, he venido a verle. Si abrieron el foso de los vaélicos, es posible que reabran los que quedan. Los vaélicos solos no saben dónde están los demás Lilim, y no hay registros que estén en nuestras manos de Lilim que hayan quedado en pie y que puedan ayudarles a conseguir sus objetivos.

—Sí, es cierto. Pero tienen la brújula Shipton. Y han saqueado la mansión de Harald y todas las reliquias que pertenecían a su museo ya no están. Y no son las únicas. Los Rasmussen están fuera de combate, y los Pupilli con sus centros y orfanatos ya están siendo asediados, como sucedió en Glasgow. Están estrechando el cerco. Y creo que tienen un plan, pero aún no sé cuál es.

—¿Podrían abrir otro foso?

—Podrían. Sin embargo, sabemos que el foso de los vaélicos no estaba donde esperábamos encontrarlo. Lo movieron de lugar. Con los siguientes, si es el objetivo de ellos, harán lo mismo.

Mantendremos a nuestros equipos de geomagnetismos activos para cerciorar dónde se abren esos fosos.

—Tengo la sensación de que nos tomaron el pelo.

—¿Cree que se dejaron encerrar a propósito? ¿Cree que acataron ese destino y asumieron las pérdidas como daños necesarios y colaterales?

El Dextera no quería creérselo, porque si eso era cierto, sus enemigos estaban dispuestos a cualquier cosa por aguarles la fiesta, y no les había importado esperar siglos de este tiempo, hasta que tuvieran la oportunidad de actuar. Esos eran los enemigos más peligrosos. Los que tenían la suficiente paciencia como para actuar en el momento idóneo. Y eso les convertía en calculadores y determinados.

—Como militar, viendo la carambola que se está creando, creo que sí —aseguró sorprendido con su propia respuesta.

—¿Y qué propones, Lycos? Heubert falló y tú sobreviviste. ¿Crees que puedes enmendar el error?

—Creo que la diplomacia y la discreción ya no tienen cabida en el juego, Dextera. Hay que golpear más fuerte y dejar a mis perros completamente libres, señor. Déjelo en mis manos y haré lo que sea necesario para salir victorioso y volver a encerrar a esos vaélicos, incluso antes de que se pueda abrir otro foso.

—¿Cómo?

—Rastreando, señor. Mi manada se comunica a grandes distancias, y están listos para detectar cualquier rastro y olor característico de los vaélicos. Se comunican conmigo a través de sonidos y aullidos. Sé que los vaélicos están teniendo facilidades para ocultarse gracias a la magia de la que echan mano. Pero hay una glándula odorífera que podemos captar que exudan los vaélicos, y que los convierte a todos en un individuo único. Esa glándula les sirve para identificarse entre ellos, y nosotros las sabemos captar. Voy a desplegar a mis hombres por Escocia e Irlanda. Y en cuanto detecte uno solo de esos aromas, iremos a por ellos y los seguiremos para que nos lleven a su castro, donde volveremos a darles caza.

Dextera se dio la vuelta hacia el espejo. Y miró a su oscura profundidad.

—El Señor está cansado de que fallemos. Los vaélicos no están

solos. Les acompañan los vampiros y nos preocupa su coalición. Y no solo ellos. El Señor ansía una pieza de ellos, y Harald estuvo a punto de entregársela. Pero, como dije, fracasó. Hemos perdido muchas reliquias de los acreedores. Y aunque quedan algunas en nuestro poder, no podemos perder más. Quiero que caces a esos vaélicos y que me digas dónde viven. Quiero saber dónde están, y cuál es su base de operaciones y seguro que eso también nos llevará a la Orden. Y necesito tener las respuestas que quiero antes de llevar a cabo el gran apagón y la implantación mundial. Debemos solucionar esto como sea. El laurel reverdece, pero no se expandirá. Nosotros sí —juró perdido en lo que fuera que solo él veía en el espejo. Volvió a darse media vuelta y clavó sus ojos oscuros en Lycos—. Necesitarás ayuda. Llamaré a la señorita Verich. Está ansiosa de ayudar, sobre todo desde que mataron a su hermano en Inglaterra e hicieron arder su estudio de tatuajes. Está sedienta de venganza y necesita respuestas. Dadle lo que quiere oír y obtened su ayuda. Tendréis que hacerle una visita, como los miembros de la Legión de los Rasmussen acudían a su hermano Billy.

A Lycos no le pareció mala idea. Cualquier ayuda sería bienvenida, y sin la magia del poderoso Heubert, habían perdido fuerza de acción.

—De acuerdo.

—Deberá hablar con ella para saber qué es lo que realmente necesita para activar la fuerza de su habilidad para que no les afecte la influencia de la Orden ni la ascendencia vaélica. Toda la demás magia es conocida y controlable por nosotros —dijo muy seguro de sus palabras— y ella sabe cómo usarla.

—Entendido, Dextera. Confíe en mí, no le fallaré. Devolveré a esos vaélicos a su foso y resolveré las conexiones que haya entre ellos, la Orden y esa pieza que tanto desea el Creador de mundos.

—Le doy carta blanca, Lycos. Ahora usted está al mando en lo que se refiere a esa facción de Lilim. Tráigame buenas noticias y, sobre todo, quiero ubicaciones de centros de operaciones y la mujer que le fue arrebatada de las manos al Inventor. Es su hija más predilecta. Y la quiere. Le pertenece. Con ella puede entender el lenguaje de la Orden y de los Lilim en general.

—Sí, señor —asintió mirando al frente con severidad.

—Retírese. Y no se vuelva a poner en contacto conmigo si no es

para decirme que ha resuelto su misión con éxito y que tiene todo lo que le he pedido.

—Descuide. Yo acabo todo lo que me propongo. Nadie escapa de nuestro rastreo. Le doy mi palabra. Solo déjeme unos días. Pienso traerle aquí la cabeza de los reyes vaélicos.

—¿Sería capaz? —preguntó con interés.

—Por supuesto. Lo he hecho otras veces. Si mueren ellos, muere todo su clan, por esa vinculación sectaria que tienen. Ellos son la clave.

—Perfecto, encuéntrelos.

El Dextera no quería hablar más con Lycos. Con un ademán de su mano lo invitó a irse.

Lycos era increíblemente obediente y recibía las órdenes muy bien, como un buen perro.

Sin embargo, aunque confiaba en Lycos, había algo en todo lo que estaba sucediendo desde hacía un tiempo, que lo tenía intranquilo.

Y era, la capacidad inaudita que tenía la Orden, para reescribir la realidad e influenciarla con su participación.

La Legión luchaba por el control masivo de los individuos de esa realidad, por eso siempre habían eliminado a los insurrectos, mágicos o no mágicos.

Sin embargo, ¿cómo podían controlar algo que no eran capaces de perseguir o de ver?

La Legión siempre había sido poderosa.

El Dextera debía reconocer que la Orden, también lo era.

—Seguimos con el juego, señor —susurró a la profundidad del espejo—. ¿Hay algo que quiera decirme? ¿Algo que nos ayude a iluminar nuestro camino?

Un nuevo naipe emergió del espejo y levitó hasta ubicarse frente a los ojos del Dextera Domini. Aquella mañana había hecho un nuevo sacrificio, y el Señor siempre se comunicaba mejor cuando ejecutaban esos rituales en su nombre.

El Dextera lo tomó con delicadeza, la volteó e inspeccionó la imagen que le devolvía la carta.

Y vio su propio reflejo.

Era una carta espejo.

Sonrió porque sabía muy bien lo que tenía que hacer. Y no iba a

perder el tiempo.

Agilizaría lo antes posible esa orden directa.

—A sus órdenes, Señor.

Capítulo 9

Debía reconocerlo: el inventor era un maestro maquiavélico concediendo caprichos y llenando a la humanidad de distracciones banales.

Duncan era muy honesto y muy sincero, siempre lo había sido, y no se avergonzaba al admitir que le gustaban las herramientas que facilitaba su creador en su realidad para que no pensases de más ni profundizaras en la existencia.

Después de siglos recorriendo el mundo del inventor a cuatro patas, en su forma de lobo, por el hechizo de una bruja, expuesto siempre al clima y a la intemperie, y viendo con sus propios ojos todo aquello que esa sociedad inventaba para comodidad de los humanos, ahora, en su forma humana, podía disfrutar de ello y de todas sus pijadas. Y debía reconocer que todas esas comodidades podían calmar las ansias de despertar de los humanos, porque los adormecían al hacerles creer que tenían, casi todos, lo que querían. Al menos, los que podían tenerlas. Duncan sabía cómo de injusto era ese juego porque, dependiendo de dónde encarnaba el alma, vivías una vida llena de inclemencias y pobreza, o una vida más o menos desarrollada. Y ni hablar de las enfermedades y de lo corto que era el juego si te veías afectado por una de ellas. Todo en esa cárcel tenía trampa. Incluso las relaciones como ellos las entendían y el sexo, dos armas más de apego brutal para el humano.

El mundo era un inmenso casino de juego de azar. Ese orbe, ese lugar inventado era muy imperfecto, inexacto, nada armónico y menos equilibrado de lo que el inventor creía.

Sin embargo, el vaélico, que había pasado muchísimo tiempo en Escocia, y que se había adaptado plenamente a sus costumbres, admitía que todo aquel mejunje lleno de errores y disfrazado de simpleza tenía algo de encanto. Un encanto al que él quería sucumbir mientras seguía el rastro de la mujer que había monopolizado su cabeza desde hacía siglos.

Una mujer que tenía completamente controlada y que no se podía librar de él. Porque acarreaba su marca.

Y sí: vivía obsesionado con ella.

A Duncan le escocían los colmillos mientras pensaba en ella y saboreaba el whisky escocés que le habían servido en la coctelería del hotel donde ella había ido a parar, después de salir del castillo Rowen hacía ya unos días.

Tenía sentimientos encontrados hacia ella. Su parte salvaje le exigía que fuera a reclamarla y que le hiciera entender cómo había sido para él todo ese tiempo a cuatro patas por los bosques. Él la mordió a sabiendas de que a un vaélico no le hacía falta conocer a su pareja para saber que era su compañera. El lobo elegía por él. Pero como espíritus femeninos y masculinos, no se conocían. No sabía a quién se había atado. Y lo cierto era que la despreciaba por todo lo que ella trajo a su vida, pero también, esa parte animal necesitada de contacto con su compañera, la había echado en falta.

Porque ansiaba marcarla como realmente anhelaba. Pero como Duncan, como hombre, no quería que ella lo dominase. No quería tener demasiado que ver con esa bruja. Lo humillaba que el lobo la desease así, porque ella, como bruja original, dejó que la masacre tuviera lugar en su casa. En vez de usar su poder para detener todo, dejó que el mal campase a sus anchas y cometieran asesinatos en masa.

Lo poco que sabía de ella, lo trastornaba y lo llenaba de una inquina y una ira que los años a cuatro patas no habían menguado. Muy por el contrario, la habían multiplicado.

Recordaba con mucho despecho, y con pelos y señales, el primer encuentro con ella en el foso, después de que se rompiera el hechizo, y se ponía enfermo.

Tamsin acababa de ayudar a escapar a Cami, y Vael estaba histérico y muy enfadado con ella:

—¡Tamsin!

Vael se dirigió como un vendaval hacia esa bruja, con la frustración y la rabia que sentía, y con la exigencia de recibir las explicaciones que merecía.

Tamsin estaba haciendo ondas en el agua, preparando su hechizo, concentrada en lo que traía entre manos, mientras Duncan, alertado por la actitud de su hermano se puso en guardia.

—¿Qué has hecho ahora, bruja del demonio? —le preguntó él, con ese tono azotador que usaba con ella.

Tamsin no hizo caso ni a uno ni a otro. Porque para ella, «bruja» no era un insulto, era como una palabra mágica, un piropo que le levantaba el ánimo. La sociedad patriarcal de antes y de ahora, nunca hizo que se avergonzara de ser lo que era. Ella tenía una labor. Y era una bruja original, nacida del cuerpo de la Primera mujer, la que sabía de todos los mundos y conocía la verdadera identidad y nombre del farsante de inventor. Una bruja verdadera siempre protegería y apoyaría a cualquier mujer buena que necesitase su don. Por eso había hecho lo que había hecho. Por eso, y porque sabía más cosas de las que nunca diría y no era necesario que ni Vael ni Duncan supieran, por muy enfadados que estuvieran en su momento.

—¡Tamsin! ¡Has cerrado la cueva! —clamó Vael contra ella—. ¡Y ha venido un sombra, con unos cazadores y han disparado a Cami y a ese vampiro con el que está! —sus ojos se tornaron muy oscuros, rojizos, llenos de ira. Rojo sangre.

Tamsin se levantó, dado que estaba en cuclillas frente a la balsa gigante de agua y observó a Vael con otra actitud, mucho más distendida, decidida a hacer lo que tuviera que hacer.

—No te preocupes por ella, Rey Vaélico. Tenía que irse, y se fue.

Vael sintió un arrebato incontrolable de ahogar a esa mujer en el agua. Y como no podía, se dio la vuelta encolerizado. Pero cuando volvió a mirarla, su rostro volvía a ser el del tótem que lo dominaba. Más lobo que

humano.

—¡Se supone que las brujas y los vaélicos somos amigos! ¡Familia!

—Tenemos un linaje en común, sí —puntualizó.

—¡Me has arruinado! ¡Ese vampiro le ha dado su sangre para salvarla! ¡¿Entiendes lo que eso significa, mujer?! ¿Sabes el efecto que eso tiene en mí y que tendrá en ella?

Los ojos azules de Tamsin titilaron unos segundos y después la comisura de su labio ascendió a medio camino de la soberbia y la venganza.

—¿Te pone nervioso pensar que tu marca no es suficiente? ¿Temes perderla? A los lobos os pasa a menudo. Os creéis que con marcar a alguien y decir «eres mía», ya lo tenéis todo hecho.

—¡No te burles! ¡Ya la he perdido! ¡No puedo perder a mi compañera!

Duncan se ponía mal de escucharla hablar así y se fue a por ella. Ella controló el movimiento rápido y veloz por el rabillo del ojo y justo cuando el lobo se abalanzaba sobre ella para intimidarla y castigarla por lo que le había hecho a su hermano, Tamsin alzó una mano con el índice y el corazón rectos y juntos, y movió los dedos hacia un lado, susurrando unas palabras ininteligibles para ellos. Suficiente tenía con el Rey cabreado, como para ahora aguantar a otro cánido con malas pulgas. Su magia servía si Duncan no la tocaba. Ya lo tenía aprendido.

Duncan cayó al suelo, de rodillas, paralizado por el hechizo de la bruja. Al lobo le irritaba sobremanera la actitud de la joven.

—Vael, dile a tu hermano que controle a su perro. Os he ayudado y me he encerrado con todos estos —con la mano, abarcó los cuerpos desnudos y ya humanos de los vailos a los que acababan de tratar con los polvos de Cami. Seguían dormidos. Pero la rabia los había dejado de poseer —. Soy una bruja. Y mis inquietudes y mis objetivos, aunque tienen el mismo fin que el vuestro, no van por el mismo camino. Solo he hecho lo que tenía que hacer —se

encaró a Vael sin miedo a su transformación—. No puedes retener a tu compañera a la fuerza. Tienes que aceptar que una marca es solo una marca, por mucho que vuestros espíritus estén entrelazados de un modo que ella aún no entiende. Pero debes dejar que sea su decisión. Y tener paciencia. Has esperado muchos siglos para esto. Para tu liberación y para encontrar a la descendiente. Ella ha llegado. Ha aparecido. Pero eso no la hace tuya. No como tú quieres. Con lo que he hecho, te estoy dando otra oportunidad —espetó arremangándose las mangas de la túnica negra—. Os la estoy dando a ambos. Todo se hace con un motivo.

—¿Cuántas cosas sabes tú, bruja, como para atreverte a permitir que mi vínculo con ella se rompa? He visto a un jodido vampiro dándole su sangre, y ella lo ha aceptado sin rechistar —apretó los dientes y su desesperación se transformó en dolor, y en pena, hasta que se quedó callado e impotente frente a ella.

Tamsin pensó que era terrible ver a un hombre tan poderoso, consumido por la inseguridad y la flagelación de haber sido rechazado. Esos hombres y sus vínculos con sus compañeras eran tremendos y difíciles de comprender para mujeres tan independientes y fuertes como las brujas. Pero ellas no eran inmunes al amor, ni tampoco a la pasión, ni mucho menos, al sexo. Eran distracciones del juego del Inventor, pero a ellas les encantaba, aunque no se dejaban embaucar fácilmente y sabían que no estaban hechas para cualquiera y que tampoco les valía cualquiera. Eran la viva imagen del empoderamiento y del amor propio.

Vael debía comprender que Cami era una descendiente. Y cualquier bruja, diosa o titán conocida por sus artes mágicas, que no había sido adulterada por la influencia de la Inquisición y del Inventor, era descendiente de Lillith. Cami no era como las brujas originales, pero no sería indiferente a esas emociones y a esas pasiones, aunque no se las podían imponer.

Tamsin entornó los ojos y suspiró.

—Ya… ya —se acercó a él y le acarició el pelo como si

fuera un perro.

—No soy un niño, bruja. Ten cuidado —le advirtió Vael.

—Qué gruñones sois. No te pongas así conmigo. Mira, tienes muchas cosas que hacer. Todos tenemos cosas que hacer y no debemos olvidarnos de eso.

—No me he olvidado. Lo tengo entre ceja y ceja y sé perfectamente lo que voy a hacer cuando salga de aquí. Me duele Cami, pero me duele mucho más la venganza no satisfecha. Tengo memoria.

—Eso es lo que más me gusta de los vaélicos. Vuestro hambre.

—Ahora, gracias a ti, no es solo sed de venganza.

—A ella también le pasarán cosas estos días, no solo a ti, Vael. También sentirá necesidades y no va a saber qué hacer.

—Y va a sentir todo eso, rodeada de vampiros, que son perversos y egoístas, y los he visto actuar con las mujeres. No les importa nada más que su sed. ¿Cómo crees que me siento? Soy yo quien tiene que estar allí para ella, no esos vampiros.

—Ellos también tienen necesidades. No seamos tan clasistas.

—Cami tiene al hombre con el pelo trenzado de su lado, y hay un interés de él en ella, y ella…

—Cami es una mujer bellísima. Por supuesto que va a recibir interés, no seas Neandertal. No vive en una comunidad de invidentes.

Vael se frustraba por no poder hacerle entender a la bruja la gravedad de su situación.

—Sabes lo que nos pasa a los vailos que hemos encontrado a nuestra compañera. Sabes lo que pasa con el tiempo a nuestro clan cuando sus líderes se desequilibran porque no tienen a su amarre.

—Os pasa lo mismo que a todos los Lilim. Solo que sois más intensitos. Mi madre y el sembrador son uña y carne y lo hacen todo juntos, aunque no puedan cohabitar en el mismo espacio. Tienen esa obsesión el uno por el otro y

quieren que sus hijos también encuentren el equilibrio y experimenten ese amor original del que tanto nos hablaron, solo para que hagamos recordar a los humanos que el amor y la dependencia y las relaciones que se crean aquí, son una mierda si no estás despierto y no sabes quién eres. Biológicamente, estamos hechos para amar de otro modo. Para ser más fuertes y poderosos en un binomio. Porque solos somos fuertes, pero cuando encontramos lo que queremos, somos invencibles. Pero eso no nos va a volver locos. No puede volvernos locos. Podemos controlarlo —explicó volviendo a frotarse el cuello—. Y la desesperación y el anhelo no nos pueden dominar. Jamás.

—Las brujas no sois hijas de Caín.

—Buen punto, compañero —contestó Tamsin—. Pero lo admiramos y lo respetamos como si lo fuera. A lo que me refiero es que el amor, aquí, si no se lleva bien y se le da espacio puede ser una losa.

—Eso solo lo puedes decir si no has encontrado a tu compañero —espetó Vael abriendo y cerrando los puños con nerviosismo—. Ella se ha ido. Y no tienes ni idea de lo que siente mi cuerpo ahora… Ni cómo me siento por dentro.

—Se llama corazón, Vael. Lo que sientes, lo sientes ardiendo en el corazón. ¿Qué soléis decir vosotros? —se preguntó en voz alta—. Que vuestra conciencia son los dientes de vuestra compañera mordiéndoos la lengua o algo así, ¿no? Me parece muy bonito y cursi, pero debemos tener cabeza fría —se tocó la sien—. No soy terapeuta y no te puedo ayudar más —dijo—. Me hago responsable de dejar ir a Cami —alzó la mano sin sentirse culpable en absoluto—. Pero va a ser mejor así, ya verás. Sois la cofradía guerrera Vaélica de Lillith y Caín. Y ya estáis liberados. Tenéis que poneros en marcha.

—Es una mala perra —dijo Duncan mirando a Tamsin de arriba abajo con sus ojos ahora de un color rojo y vil que puso el pelo de punta a la bruja.

Ella se dio la vuelta para caminar hacia el hermano de Vael y dirigirle una mirada de advertencia.

—El único perro que hay aquí, eres tú, Duncan. Y no me tires de la lengua —lo señaló ofendida—… Tú has hecho que este encierro haya sido un maldito infierno. No te lo voy a perdonar jamás.

Duncan sonrió con orgullo y le contestó.

—¿Un infierno dices? Me alegro. Solo espero que lo hayas pasado tan mal como yo. Bienvenida a mi mundo.

Tamsin alzó su dedo corazón y se lo enseñó.

—Esto es para ti.

Los vaélicos adoraban los desafíos y las provocaciones, pero no si eso insultaba su honor y les hería porque, además, eran seres muy sensibles en su orgullo y en su hombría.

El rubio se apartó el pelo de la cara, sonrió sin ganas enseñándole los colmillos a la bruja y le dijo:

—Yo tengo otra cosa para ti. Y un día voy a hacer que te lo comas entero.

El hermoso rostro de Tamsin se quedó perplejo ante aquel comentario. Duncan, su salvajismo y su mala educación… Cómo lo maldecía. Siempre la dejaba sin palabras. Y eso era muy difícil.

—Llevas más de mil años meando a cuatro patas. Lo que digas, me importa muy poco.

Vael no entendía a Tamsin. Su actitud, su jerga, se parecía mucho a la actual, pero había estado encerrada en esa cueva tanto tiempo como su pueblo. ¿Cómo estaba tan… tan… actualizada?

—Os vais a tener que poner al día. Y mucho —les advirtió ella contestando a la pregunta que rondaba la mente del rey Vaélico—. Las brujas originales tenemos un papel determinante en todo esto, y hemos mantenido el contacto con el exterior y entre nosotras. Ya ha reverdecido el laurel y ahora es nuestro turno. Sabemos cómo se vive en este tiempo. Sabemos cómo se habla, cómo hay que moverse y cómo hay que jugar en la realidad del Inventor. Y necesitáis los mismos conocimientos y las mismas herramientas. Así que, a eso, también os voy a ayudar. Lo sé, tendréis que erigir una estatua en mi nombre —asumió

posando una mano sobre su pecho—. Pero tengo poco tiempo. Empezaremos por salir de este agujero de mala muerte en el que El Santo y su ejecutor nos metieron.

—Lycos —espetó Duncan entre dientes.

—Sí. Ese patán hijo de… —prefirió callarse porque no le gustaba invocar a la Legión—. En fin, menos mal que mi hermana movió el foso de lugar. Eso nos dará tiempo para huir inmediatamente.

—El Sombra nos vio. Vio a Cami. Ella estaba protegida por un sello del vampiro, pero cualquier hechizo que la rodease se rompió cuando nos besamos sobre el símbolo vaélico.

—Fue así porque el hechizo de la gruta es un trabajo de brujas originales. Y prevalece sobre cualquier otro —arguyó ella.

—Vieron este lugar. La vieron a ella, porque su invisibilidad había sido anulada —entendió Vael—. A quien no vieron es al vampiro.

Tamsin comprendía lo que decía Vael.

—Fue una temeridad dejarla ir. Ahora irán a por ella —aseguró Vael.

—Cami está perfectamente protegida por la Orden. No te preocupes. Estarás bien y volveréis a encontraros. Solo ten paciencia.

—Vendrán a por nosotros ahora —añadió Vael mirando el agua, que empezaba a hacer formas extrañas, y a moverse con vida propia—. ¿Qué es eso?

—Nosotros no vamos a estar aquí. Tengo el encargo de dejaros en vuestra tierra, en vuestro territorio y con los lujos que necesitáis para ser jugadores de pleno derecho de la gran obra del Inventor.

—¿Cómo puedes hacerlo? ¿Cómo puede ser que lo tengas todo preparado?

—¿Cómo aparecí en vuestra montaña antes de que os dejarais apresar por Hubert? —Vael permaneció en silencio, el mismo tiempo que Tamsin—. Hay cosas que no se deben explicar. Sois increíblemente fuertes, poderosos, intuitivos y protectores, y oléis al Inventor antes que nadie.

Pero nosotras tenemos otras habilidades. Sirven en el momento exacto, y ya está. Las brujas somos mujeres altamente preparadas y trabajamos en equipo con mamá. Con la Primera. Vosotros solo tenéis que hacer lo que yo os diga ahora. ¿Seréis capaces de obedecer a una mujer? O, acaso —miró condescendientemente a Duncan— ¿tengo que convertiros de nuevo en lobos de las montañas para que obedezcáis como buenos chicos?

—Un día, bruja —dijo Duncan levantándose al notar que ya podía moverse de nuevo—. Un día espero darte lo que te mereces. No tienes respeto por nada ni por nadie.

Solo el parpadeo de los ojos de Tamsin le hizo ver a Duncan que había recibido el mensaje.

—Ya… —contestó ella moviendo la boca de manera disconforme—. Pero ¿sabes qué pasa, rubito? Que, hasta entonces, esta bruja, manda. —Se acercó a él, y de repente, levantó la pierna y golpeó su fornido pecho con su pie descalzo. Duncan cayó en la balsa natural del tamaño de un jacuzzi *gigante, se formó un remolino en el agua, y el Vaélico fue absorbido por él.*

Era un mal recuerdo. Uno que alimentaba las malas emociones que ya sentía hacia ella. Vael ya podía explicarle que eran brujas originales, que eran hijas de Lillith, que ellas eran las Reinas del tablero y que sabían por qué hacían las cosas que hacían que, a Duncan, todos esos titulillos no le asombraban. Para él, la protección y el cuidado eran lo primero. Y esas mujeres se olvidaron de la protección, se olvidaron de ayudarles, y contemplaron, impasibles, como Heubert y Lycos mataban a sus padres, al consejo de ancianos del clan, pegasen y se llevasen a los niños, y encerrasen a los suyos en un foso de mierda, enfermos de rabia, dispuestos a sacarse los ojos los unos a los otros.

Y no movieron un dedo para evitarlo o para reducir el dolor. Nada.

Se limitaron a ser testigos.

A los Lilim como él, el alcohol no les afectaba como a los humanos, pero evitaba el miedo al recuerdo, y podía rememorar sin tanto dolor ni tanta conciencia, el enfrentamiento que tuvieron él y

Tamsin cuando ella salió de la cueva junto a la bruja Jadis, dispuestas a seguir las instrucciones de Lillith.

Él se opuso vehementemente a la decisión de la Primera, por mucho que ella fuera quien era. Eso no se podía permitir. No podían rendirse de esa manera. Una cosa era huir y sobrevivir, la otra era entregarse de ese modo y dejar que los castigasen y los maltratasen así.

Duncan aún se emocionaba al recordar cómo se despidió de todos. La herida que había provocado en él no poder dar la cara y no poder luchar por los niños y los ancianos lo hirió de muerte. Él era el Beta, era el que más interactuaba con el clan. Los escuchaba, le gustaba estar ahí para ellos y ser la mano derecha de Vael para mantener el orden en los castros que regentaban. Eran una buena comunidad.

Algunos de su clan, avisados, decidieron marcharse para no ser apresados, pero él y su hermano Vael, al ser los futuros reyes, debían alejarse y ser transformados en lobo para que los santos no les siguieran el rastro como Lilim.

Una vez se fue Lillith, dejó el encargo de que todo saliera como se esperaba a las brujas originales. Tamsin fue quien debía transformarlos, así que ella y Jadis les permitieron esa despedida íntima, que ambas observaron impasiblemente, como si el dolor no fuera con ellas. Como si los vínculos no les importasen.

Duncan abrazó a todos los críos del clan uno a uno, a las familias que lloraban y sabían lo que iba a sucederles a sus pequeños, al consejo de ancianos y a los reyes, sus padres. Tuvo que decir adiós a sus progenitores, a sabiendas de que los iban a matar, porque Heubert creía que, si mataba a los reyes vaélicos, el clan entero moría, por los nudos vinculantes que tenían unos con otros. Pero no sabía que quedaban dos en pie, que eran los nuevos reyes, y que, en su forma de lobo, se mantendrían ocultos de la Legión, hasta que una bruja de Hécate, encontrase su foso y lo abriese de nuevo.

¿Cuánto tiempo iba a pasar hasta entonces? ¿Cuánto iba a durar esa agonía? ¿Cuánto iba a asimilar su mente la pérdida de tantos sin haber mostrado resistencia?

Demasiado. Duró demasiado. Aun así, obligado por las circunstancias, Duncan se despidió de ellos con el corazón en llamas

y los ojos desbordados de lágrimas. Porque, al parecer, a todos les parecía bien la decisión de Lillith, y no iban a resistirse a ese destino.

Cuando Vael y él se alejaron para ser transformados por Tamsin, Duncan fue incapaz de morderse la lengua. Si no hubiese sido por Vael, habría ido a por la bruja porque se sentía profundamente decepcionado con ella, la que creía que era su pareja. Vael no sabía que la había mordido, porque él no se lo había dicho. Tamsin protegía su marca y también se protegía a ella misma con su magia. Pero su hermano no era estúpido. Algo debía intuir.

—¿Te sientes orgullosa, bruja? —le preguntó Duncan de rodillas ante ella, como su hermano. Si los iba a trasnformar era mejor que estuvieran ya en el suelo.

—¿Orgullosa? —repitió Tamsin, ante la atenta mirada de Jadis y Vael—. ¿De qué?

—De lo que provocáis cuando llegáis.

—No me siento mal. Hago lo que hay que hacer.

—Has dejado que mi madrina, una de las vuestras, muriese; has podido evitar esta cacería y tenéis poder suficiente como para vencer a los santos. Y no lo haces. ¿En qué lugar te deja eso?

—No es momento de vencer a nadie —aclaró Tamsin —. Es momento de actuar para que los daños, en un futuro, no sean peores.

Duncan odiaba la tranquilidad de Tamsin. Esa suficiencia, esa altivez de las brujas originales, su serenidad para admitir que no le iba a importar dejar morir a más de la mitad de los suyos, lo sacó de sus casillas.

—¡Maldita bruja! ¡Nunca te vas a librar de mí! ¡¿Me oyes?! ¡Nunca! ¡Los niños no tienen culpa, no deberían pagar también por vuestras decisiones! ¡Salvadlos! —gritó.

—Esas no son nuestras órdenes. Esa no es nuestra labor —Tamsin levantó un poco la barbilla, pero la voz le tembló.

—Te lo ruego, Tamsin —le imploró, intentando tocar la fibra compasiva de la joven—. No dejéis que se lleven a los niños. Lleváoslos a vuestro mundo. Protegedlos.

Tamsin se aclaró la garganta y miró hacia otro lado.

—La decisión es la que debe ser. Sois una cofradía. Vosotros decidís cómo queréis que sucedan las cosas. Se pueden ir con los que han decidido partir.

—Los que han decidido partir, serán asediados siempre. La Legión no les dará descanso —explicó Vael—. Morirán de un modo u de otro.

—Pero ellas son hijas de Lillith —insistió Duncan—. Ellas pueden hacer muchas cosas. ¡Siempre puede haber otras opciones! Los adultos sabemos de qué trata esta realidad. Pero hemos vivido para descubrirlo. Los cachorros… Son muy pequeños aún —lamentó abatido—. Te lo suplico —imploró Duncan de nuevo—. Tamsin, por favor.

La morena de ojos de un color muy vívido, con pequitas grisáceas en su interior, agachó la cabeza y dijo que no.

Y aquello acabó por reventar a Duncan.

Se abalanzó contra Tamsin y la agarró por el cuello de la capa, hasta obligarla a ponerse de puntillas.

—¡Bruja cruel e insensible! ¡Sois como la Legión!

Vael lo sujetó por el cuello al ver que Duncan exponía los colmillos, dispuesta a morderla.

—¡Suéltame, Vael!

—¡¿Qué estás haciendo?! —replicó el Alfa—. ¡¿Qué demonios te está pasando?! ¡Es una bruja original! —Vael lo agarraba con fuerza, intentando apartarlo de ella.

Tamsin quería usar su magia contra él, quería reprocharle, pero no podía. Como ya le había sucedido antes, no podía usar su poder contra él.

—Escúchame bien, bruja —le dijo uniendo su nariz a la de ella, con una expresión amenazadora e inclemente—: Algún día saldrás del foso, y yo volveré a ser un vaélico de pleno derecho. Seré un hombre, no solo un animal. Y ese día, bruja, prepárate, porque lo que no puedo hacerte ahora, te lo haré entonces. Si los niños y los ancianos no pueden librarse de lo que les va a pasar, porque así lo habéis decidido, tú tampoco podrás hacerlo. Tha mi a'guidhe. *Te lo juro.*

—¡Duncan! —lo reprendió Vael.

—¡Eres peor que la Legión! ¡Peor! —la reprendió de nuevo, sacudiéndola mientras la sujetaba por la capa—. Deseo que te retuerzas, que cada maldita luna sea una agonía encerrada con los nuestros. Deseo que nunca disfrutes de esto. Que te reconcoma la conciencia, si es que la tienes. Que te arda el espíritu inmortal que tienes. Y que nunca encuentres satisfacción —espetó hablándole entre dientes, con una mirada que parecía un puñal directo a sus entrañas—. Y deseo…

Y, en ese momento, Jadis alzó la mano y apartó a los dos hermanos del contacto directo con Tamsin. Los obligó a que se pusieran de rodillas, los inmovilizó y se acercó lentamente al rubio, con gesto beligerante.

—¿A quién estás amenazando, vaélico? —los ojos de Jadis se oscurecieron, e hizo que ambos se retorcieran de dolor en el suelo. Aquello sorprendió al Alfa, que no entendía cómo una chica tan pequeñita podía hacer que dos hombres como ellos se reventaran las encías por apretar los dientes debido al dolor. Era muy poderosa, pero también distraída.

—Jadis, déjalos —repuso Tamsin recolocándose la capa sobre los hombros—… Hagamos lo que hemos venido a hacer y vayámonos.

—No, un momento. —La joven pelirroja quería dejarles las cosas claras—. ¿Cómo te atreves a amenazar así a mi hermana? ¡¿Cómo te atreves a compararnos con la Legión del Inventor?! ¡Somos todo lo opuesto!

—Si tenéis poder, y no lo usáis para proteger a los Lilim, entonces, sois Legión —remarcó Duncan dejándoles muy claro su opinión.

—No, no lo somos. Y algún día tendrás que retractarte. Yo también te lo juro, amigo —alzó dos dedos y ellos volvieron a retorcerse y fue Jadis quien los transformó en lobos con una de sus órdenes.

Así, sin más.

De repente, Duncan ya no pensaba como un hombre. Se notaba más salvaje, más bestia, y su cuerpo reclamaba correr y liberarse.

Las emociones se almacenaron en su nuevo recipiente lobuno, como si el raciocinio ya no pudiera ser el mismo.

Pero se prometió que no olvidaría. No olvidará jamás a Tamsin, y le deseó el mayor de los sufrimientos en el foso, con su marca.

Tamsin no se libraría de él. Y él tampoco se libraría de ella. Aunque, al menos, él estaría libre en el exterior.

Tamsin contempló estoicamente como los dos reyes vaélicos se transformaron en lobos. Duncan era un hermoso lobo blanco, y Vael uno negro. Los dos grandes, fuertes y de pelajes brillantes, pero miradas huecas, heridas y muy peligrosas.

Ellos ya sabían lo que debían hacer. Después de su transformación, debían alejarse del castro y huir en dirección contraria a la Legión.

Y no mirar atrás.

Y eso hicieron, permitieron que todo sucediera como las brujas habían ideado.

Pero fracasaron en su intento de no mirar atrás. Porque el recuerdo de su rendición y de su maldición, les perseguiría para siempre.

Él admiraba la madurez y la responsabilidad del clan para con los designios de la Primera, pero no pensaba igual. Vael era un líder con cabeza y muy autoritario. En cambio, él podía ser un líder, pero mucho más reaccionario y más vengativo con todo lo que tuviera que ver contra ellos. Probablemente, por eso Vael era el Alfa, porque, como jefe, sus acciones siempre estarían mucho más supeditadas al sentido común y no tanto a la rabia y a la pasión de Duncan.

No obstante, Duncan no dejaría de pensar lo mismo: fuera por los motivos que fuesen, ellos no merecían ese final.

No así. Eran una cofradía de guerreros vaélica. Ellos luchaban, no se rendían. Malditas fueran las brujas que les obligaban a acatar esa orden.

Tamsin había sufrido. Lo sabía. Porque él también sintió mucha agonía en las lunas llenas. Su lobo clamaba por ella. No solo durante las lunas llenas, a cada anochecer, donde ellos se recogían y podían dormir abrazados a sus compañeras de vida.

Dio un sorbo a su whisky y observó cómo la mujer que preparaba los cócteles le sonrió coquetamente. Era morena, de ojos oscuros, y llevaba una blusa blanca con un lacito negro al cuello y una falda de tubo.

Duncan olió sus feromonas. Sabía que estaba excitada y que se lo quería llevar a la cama. Y él tenía ganas de descargar toda esa testosterona, esa energía acumulada durante siglos que aún no había podido liberar. Era demasiado para un Lilim como él, para un lobo, tenía los huevos a reventar. Iba siendo hora de tener sexo de nuevo con las mujeres del inventor. Antes de conocer a Tamsin era un hombre activo, que podía estar con quien quisiera mientras no las marcase.

Pero marcar a Tamsin fue un error que su lobo cometió. Los vaélicos que habían marcado a sus compañeras, estaban amarrados a ellas, de un modo físico. El contacto físico con otros podía dolerles, y la ansiedad que acrecentaba en ellos el no poder disfrutarse ni compartirse los volvía hipersensibles.

Pero una cosa era el lobo. Otra era el hombre.

Y el lobo quería a la bruja. Pero el hombre sentía un profundo rencor hacia ella.

Debía vigilar a Tamsin porque sabía que iba a abrir el foso de las brujas, estaba convencido, y él debía informar a la Orden sobre sus movimientos y sobre lo que tenían pensado hacer. Ir tras ella se iba a convertir en una tortura y en un suplicio. Y solo tenía dos soluciones: o la tomaba y se la llevaba o hacía algo para intentar romper el amarre, como fuera.

¿Se podía romper el amarre a base de follarse a otras? Eso también podía debilitar el amarre y las necesidades, porque con eso se rompía la confianza y la promesa del lobo a su compañera. Lo que sucedía era que, acostarse y poseer el cuerpo de otra mujer que no fuera la suya, era muy doloroso físicamente. Como follar con un poste de electricidad.

Dio otro largo sorbo al whisky y dejó el vaso vacío sobre la mesa.

Malditas brujas que todo lo habían complicado.

Jadis, en cambio, le caía más o menos bien.

Ella se había quedado en el exterior, construyendo un imperio para todos los Lilim. Viajando en el tiempo, bilocándose,

comprando terrenos, propiedades e invirtiendo.

Con una simple tarjeta negra como la que Duncan guardaba en el bolsillo trasero de su pantalón, podía pedir y pagar todo cuanto desease en ese juego de materialismo sin fin. Vael le había dicho que tenía dinero en el banco, que podía usarlo para lo que quisiera. Es decir, podía moverse como pez en el agua en esa realidad.

Pero no podía vivir tranquilo con el llamado constante e inconsciente de su pareja.

Los dos estaban fuera. En el mismo edificio. Tamsin era inteligente, seguro que ya sabía que la estaba siguiendo, por eso intentaba ocultar su presencia con su magia, como siempre había hecho.

Pero su olor era ineludible para su lobo. El animal la adoraba y la exigía. ¿Cómo iba a calmarlo? No obstante, su misión, la misión de un Beta era tener vigilada a Tamsin e informar de todos sus movimientos. Si la vapuleaba, si la intimidaba, la bruja podía cambiar de opinión y, por miedo a lo que él pudiera hacer, desviarse de su trayectoria.

Y no interesaba eso. Duncan era libre para vengarse, no solo de ella, también de la Legión. Y si no podía alcanzar a Tamsin ni dominarla como él quería, sí podía liberar otras emociones reprimidas durante demasiado tiempo para alguien activo como él.

—¿Quiere otro, señor? —preguntó la chica de la barra con mucha educación.

Duncan alzó sus ojos negros y los clavó en los de ella, que tenían el mismo color.

—¿Cómo te llamas?

—Sabrina, señor. ¿Y usted?

—Soy Duncan.

—Encantada. —Bajó la barbilla levemente observándolo con fijeza.

—Igualmente. Sí, ponme otro, Sabrina. —La conciencia era una mala aliada en estas situaciones. El alcohol siempre simplificaba todo. Que el whisky decidiese qué era lo mejor para él. Si emborrachaba al lobo, el hombre podía domarlo.

La bruja tenía su marca. Y la marca, bien utilizada para parejas aún no juradas como ellos, era un arma de doble filo. Como un «no me olvides» con pinchos.

También podía torturarla como ella había hecho con él durante siglos.

Tamsin estaba acostada en la cama *King* de la *suite* del hotel de Escocia que había elegido para descansar. Se había alejado de Edimburgo, a su ritmo, usando por primera vez medios de transporte y sin manipular en exceso a los humanos para conseguir sus propósitos. Sus huellas eran ilegibles para el inventor, no debían hacer sellos de invisibilidad ni nada parecido porque ellas no eran detectadas como, en cambio, sí lo era su madre. Desde que salió del castillo Rowen, llevaba días avanzando cubriéndose muy bien las espaldas, usando sus hechizos y manteniendo a Duncan a raya. Lo más lejos posible.

Necesitaba estar en Dundee en las fechas que Jadis le había facilitado y debía hacerlo a su ritmo, estudiando su entorno, y viendo cómo se movía su perseguidor. Una vez en la ciudad, se hospedó en el hotel Índigo, a poco del Discovery Point y de la Universidad de Abertay, con unas buenas vistas a la ciudad y al lago. Poder ver el exterior le daba vida y la hacía sentir mejor que ver la realidad solo a través del reflejo del lago.

En el foso tuvo muchísimo tiempo para pensar, aunque la mayor parte transcurrió dormida, porque ella misma invertía su hechizo para hacer que pasase el tiempo. Cuando no dormía, usaba el pozo de agua y el aglaonice para comunicarse con Jadis y con Ceres. En el pozo hacía reflejar la luna, y esta la hacía reflejar en el aglaonice, y solo tenía que invocar a sus hermanas para verlas. El aglaonice lo usaban como usaban el *face-time* en la actualidad, para eso servía. Era un aviso de llamada entre todas. Bueno, en realidad, entre casi todas, dado que Circe nunca dio señales de vida. Sin embargo, confiaban en que ella estuviese bien, porque siempre vibraba cuando pensaban en ella, y habían tomado esa señal como una respuesta tipo «sigo viva».

El pozo de agua también lo usó como un portal. En la realidad, todo aquello que hiciese reflejo podía usarse como un portal a una pequeña fuga al exterior. Gracias a ello, Tamsin pudo comer. Porque Jadis colaboraba desde afuera para poder hacerle envíos de comida, como un lugar de esos a domicilio.

El poder ver cosas del exterior mediante el pozo y el aglaonice, ayudó a Tamsin a prepararse para el momento en el que pudiese

salir de allí, porque estaba preparada. Había visto el exterior, conocía la jerga actual, la música que se cantaba, las series que podían verse y cómo se veían. Estaba lista para su incursión en la actualidad.

Y era la primera vez que lo hacía en un tiempo constante. Del que no se pensaba mover, porque había llegado el momento de actuar todos en consonancia. Las brujas tenían su camino, los vaélicos también, y los vampiros debían servir de puente de comunicación entre todos.

Para variar, había soñado con el día en que el maldito Duncan la mordió. Siempre soñaba con él. Pero siempre evitaba revivir la fuerte discusión que ella y Duncan tuvieron frente a Vael, instantes antes de ser convertidos en lobos y de ella entrar en el foso con tal desazón.

No le gustaba recordarla, porque la llenaba de tristeza, de frustración y también de mucha rabia hacia ese hombre, que no solo la había marcado injustamente, sino que, además, pensaba de ella lo peor y le deseaba lo peor.

Desde que salió del foso estaba nerviosa. Las instrucciones para ella eran claras y sabía muy bien lo que debía hacer.

Primero: ir a ver a las tres brujas. Allí debía marcarse y, después, seguir los pasos hasta llegar a Witchdoor. Witchdoor era como llamaban ellas al foso donde estaba encerrada Ceres. Debía abrir el foso y liberar a su hermana y a las brujas que estaban con ella. Solo Tamsin podía hacerlo, porque era ella quien mejor sabía invocar los hechizos. Eso sí, siempre que no estuviera Duncan de por medio ni la tocase, porque si él se involucraba, entonces, sus dones no le servían. Porque la presencia de ese vaélico y su contacto anulaban su magia.

Era frustrante. Tamsin colocó su antebrazo sobre sus ojos y suspiró.

Y después estaba ese calor. Ese calor que la debilitaba tanto, que hacía que temblase, que desease cosas que no sabía si podía tener porque nunca las había experimentado.

Duncan la había marcado. Estaba marcada por él, por su mordisco, que se había convertido en una marquita rosa en forma de medio corazón en el cuello.

Él la estaba siguiendo. Se hospedaba en el mismo hotel, justo en

la habitación de debajo de ella. ¿Se pensaba el lobo tonto que no se iba a dar cuenta? ¿Lo hacía a propósito para ponerla nerviosa? ¿A qué esperaba para su ataque? Era una agonía estar en el exterior libre, sabiendo que, en cualquier momento, Duncan querría cobrarse una venganza de la que ella no era responsable. Lo único que la salvaba era que, mientras él no la tocase, aún podía salvar las distancias, como en el foso, cuando lo hizo arrodillarse al insultarla y después lo pateó hasta hacerlo caer al pozo.

Pero la cosa cambiaba cuando él la sujetaba. Era como si su cuerpo se volviese gelatina de repente y se olvidase de defenderse, porque dudaba que él fuera capaz de hacerle daño. Era una sensación terrible.

Por eso no dormía, no descansaba bien porque debía tener su magia vigilante activa, para saber huir cuando él estuviera demasiado cerca, lo suficiente como para tocarla. Para ponerla nerviosa y agitarla. Tamsin temía la reacción de Duncan, pero recordaba su beso.

Y no solo su beso. También pensaba en lo que se atrevió a hacer una vez mientras permanecía encerrada en el foso. Como trasladarse a través del astral a la mente de Duncan. No salió para nada como ella esperaba, pero aprendió que ese hombre no se iba con chiquitas y que hablaba en serio cuando le dijo que la detestaba. No sabía por qué, pero, cada vez que recordaba aquel sueño, los ojos se le llenaban de lágrimas y sentía un agujero en el pecho que la dejaba acongojada y sin respiración. La hería saberse tan despreciada. Había entrado en su cabeza, había querido hablar con él mientras el lobo dormía, pero se encontró a un animal.

Al menos, ahora, rodeada de lujo y de civilización, aquel recuerdo astral parecía muy lejano. Estaba tumbada en una cama noble y alta, tenía una amplia habitación, incluso su propio *jacuzzi* en el baño, música en el canal de la televisión que escuchaba distraídamente… En esa época en la que las brujas debían reaparecer, todo había cambiado muchísimo. Pero estaban preparadas para ese cambio.

Para lo que Tamsin no estaba preparada era para lo que iba a suceder a continuación.

El chispazo de un círculo de protección roto la hizo levantarse de repente de la cama y quedarse sentada en el colchón. Miró a su

alrededor, en guardia. Había dejado su capa sobre el respaldo de la silla. Y justo cuando iba a tomarla para colocársela, la ventana de la *suite* se hizo pedazos y, a través de ella, entró en tromba una bestia de cuerpo humano, pero pelaje negro y ojos rojizos como la sangre, cuyas fauces curvadas babeaban como las de un perro cuando tenía sed. Y no entró solo uno. Fue uno detrás de otro, hasta sumar cuatro.

Los perros de Dios ahora habían evolucionado, sin duda.

Se había protegido para el lobo y para que nadie la molestase.

Además, se había registrado en el hotel con un mero hechizo, y nadie podía verla. ¿Quién la había descubierto y por qué?

Habían roto la protección sin problemas porque estaba hecha contra los perros de antes. Para esos salvajes grotescos de ahora, no.

Capítulo 10

Ellos no la podían ver. Tamsin se había protegido contra ellos, para que no la pudiesen detectar, pero era evidente que algo había fallado. Era hija de Lillith, el inventor no podía identificarlas y podían campar por los mundos como hacía la Primera. Sabían que estaba ahí, pero no la podían ver. Como pasó con Duncan la primera vez que se encontraron en la cueva de Leta. Él sabía que estaba ahí, pero no la veía.

No entendía por qué los seres perrunos tenían esa habilidad de detectarla. Era frustrante. Aun así, no iba a dejar que le hicieran nada.

Sin embargo, esas bestias eran muy rápidas. Recorrían la habitación a mucha velocidad, se subían incluso por los techos, y lo estaban dejando todo destrozado a su paso.

A Tamsin le supo mal, porque era una habitación bonita. A ella todo le parecía bonito después de estar a oscuras en una gruta húmeda y mugrienta durante tantos siglos.

Uno de ellos olisqueó la capa y la sujetó con sus garras asquerosas y llenas de ponzoña. Parecía que se alimentaba de ese olor.

No lo entendía.

¿Por qué?

Tamsin alzó una mano y los inmovilizó a los cuatro. Después deslizó unas palabras entre sus dientes en lenguaje original y la cabeza de todos ellos explotó, así sin más.

Fue rápido. Con las brujas originales todo lo era, no les hacía

falta dar emoción.

Pensaba que había acabado todo, hasta que entró un hombre rubio con el pelo trenzado, muy alto y muy atractivo, por la ventana. Era un vampiro. Por supuesto que lo era. Vestía con chupa de cuero, botas y parecía un motero moderno y sexi con los lóbulos de sus orejas con dilataciones, no demasiado grandes. Sus ojos róseos se clavaron en ella, y se apresuró a hacer un sello con los dedos de su mano.

Era un sello que lo protegía de ataques. Después, añadió otro de invisibilidad para ella y para él. Sellos originales.

—¿Quién eres? —preguntó Tamsin impresionada.

—Khalevi.

Ese era el vampiro con el que se fue Cami. El que le salvó la vida, a pesar de provocar una brecha enorme entre ella y el Rey Vaélico.

—Ah, ahora caigo. Eres el otro de Cami.

—Yo no soy el otro de nadie. —Contempló los cuerpos decapitados de los perros del inventor y silbó impresionado—. ¿Y sus cabezas?

—¿Qué haces aquí? —Tamsin se frotó la marca de su cuello con incomodidad.

—Quiero algo de ti.

—¿Sabes que estamos en el mismo equipo? ¿Eres de la Orden?

—Soy de la Orden, pero yo no estoy en el equipo de nadie.

—¿Sabes que los sellos no sirven contra nosotras? El poder de una bruja original prevalece contra el de cualquier Lilim —dijo muy seria y tranquila de sus posibilidades.

Achicó su mirada y se llevó la mano al pecho. Sentía que se le oprimía y tenía ganas de llorar. ¿De dónde venía esa angustia y ese dolor? ¿Por qué…?

—Tienes a los perros del inventor detrás, bruja —Khalevi se acercó a ella tan rápido que el pelo de Tamsin se removió de un lado al otro, fruto del azote del aire. Él inhaló profundamente y sus pupilas se dilataron—. Es evidente que hay algo que no estás haciendo bien. Y tienes al vaélico cabreado, que no te deja ni a sol ni a sombra. Ambos te vigilamos. Y ahora hay que salir de aquí. Este lugar ya está marcado para los perros. Vendrán más.

A Tamsin le pareció un vikingo hermoso. También había viajado

a la época vikinga con su madre y sabía cómo era la complexión de esos hombres. Khalevi no era de los toscos y brutos. Era de los letales, de esos que, tras su aspecto de ligón incombustible, escondía a un auténtico asesino sin escrúpulos.

A Tamsin los ojos se le llenaron de lágrimas, y rápidamente las recogió con la punta de sus dedos. Las estudió con asombro. ¿Qué estaba pasando? ¿Qué significaba aquel malestar y aquel vacío en el pecho? ¿Por qué, de repente, se sentía tan débil?

Intentó hacer un hechizo para apartar a Khalevi, pero este sonrió con soberbia.

—Estás débil, bruja —contestó Khalevi—. Larguémonos.

—Yo no estoy débil —dijo acongojada—. No entiendo qué me sucede.

—Creo que lo llaman «la brecha». Le pasó a Cami después de compartir un solo beso con Vael. Estaba hecha polvo, por no sé qué historias territoriales de separación animal o a saber… Y tú… tú tienes una marca en ese cuello tan bonito que tienes, guapa. Te han mordido. ¿Ha sido él?

Tamsin asintió cerrando los ojos presa de una nueva sacudida.

—Ya no hay salvación para vosotros. Estás marcada por un vaélico, y exudas feromonas y hueles a las de él. Estáis constantemente buscando las feromonas del otro, aunque sea inconscientemente. Y esas feromonas son rastreables para los perros de dios, porque también son su alimento. Por eso te encuentran, aunque lleves capas de invisibilidad y uses tus increíbles hechizos. —Sujetó a Tamsin por el antebrazo y tironeó de ella. Khalevi vio la capa y la oteó con curiosidad—. ¿Necesitas esto? Es lo que te cubre y te hace invisible ¿no? —la retiró del respaldo de la silla y la soltó inmediatamente, porque le había quemado—. ¡Joder!

—Esa capa solo es mía y solo la toco yo.

—Pues, venga, póntela.

Tamsin no se quería ir con él. Pero tenía la sensación de que había una fuerza que la vaciaba por dentro y le arrebataba la capacidad de formular un hechizo bien.

Era el dolor. El dolor más atroz que había sentido nunca. ¿Por qué?

—No me encuentro bien. No sé por qué quiero llorar, pero —posó su mano a la altura de su estómago—, pero quiero hacerlo. Se

me saltan las lágrimas sin querer. —Se señaló la cara, estupefacta.

—El lobo tiene compañía en su habitación. Se está follando a otra —murmuró concentrado en la herida de su mano—. Será por eso. Esto cicatrizará, ¿no?

—¿Qué has dicho? —repuso Tamsin paralizándose. ¿Acababa de decir Khalevi que Duncan estaba con una mujer en la cama? ¿Cómo? ¿Con quién?

Descubrirlo le provocó nuevas punzadas en el corazón. Era como si la estuvieran rompiendo por dentro. No podía ser. Eso no era posible. Jamás se había sentido tan impedida ni tampoco tan insultada.

—Vámonos, bombón de Halloween —Khalevi la tomó en brazos para su sorpresa—. Ahora, te vienes conmigo.

—No. No me puedo ir. Tengo un plan. ¡Debo seguirlo! —replicó. Luchó por reponerse del dolor y del miedo que la abrazaba, y dejó que otra cosa peor la invadiera: la rabia y la ira.

—No hay planes para ti. Ahora estás en mis manos.

—Bájame ahora mismo. —Los ojos de Tamsin se volvieron muy azules, con un tono eléctrico, y unas diminutas venitas del mismo color asomaron por sus comisuras, como si hubiera fuego líquido debajo de su piel.

Khalevi arqueó sus cejas rubias, cautivado por el poder que emergía de esa chica. Era muy fuerte.

—No. Sé lo que quiero de ti, bruja. Y vas a dármelo. Yo voy por libre.

Cuando Khalevi la mordió, no se lo podía creer. Era la segunda vez que un hombre le hacía eso. Una vez un lobo, ahora un vampiro. Y ninguno le pidió permiso para hacerlo.

Fue un mordisco leve y corto, el suficiente como para que Khalevi comprobase el increíble poder que la bruja poseía.

—Oh, joder —el vampiro se pasó la lengua por los labios rojos y sonrió—. Menudo chute…

Ni un músculo de la cara de Tamsin se movió. Ni un gesto de ella presagiaba lo que iba a suceder a continuación. Pasaron los segundos y Khalevi a punto estuvo de echarse a reír, por esa fascinante expresión de «vas a morir» que ella le profería. Y, aunque lo intuía, no lo vio venir.

Tamsin solo parpadeó una vez, una, para que el cuello de

Khalevi se rompiera hacia un lado, y el vampiro desconectara todas sus sinapsis y cayera inconsciente al suelo. No necesitaba tocarlo. Solo pensarlo y proyectarlo, y ya tenía al vampiro fuera de juego.

Tamsin se incorporó, sin llegar a caer, con los reflejos de una elegante y ágil bailarina. Agarró su capa y decidió que había tenido suficiente de todo aquello. Se la colocó por encima pero sin ponerse la caperuza.

Tenía que irse de ahí. Ellos no entendían lo cuánticamente estudiado que estaba todo. No lo sabían. Y no tenía tiempo para explicárselo.

Pero tenía claro que no se iba a ir de allí sin más. Sabía que, tarde o temprano, alguien avisaría sobre lo sucedido, que la seguridad del hotel asistiría a una habitación que no había sido agendada a nadie. Incluso podrían llegar más perros de dios, deseando lo que exudaba su cuerpo por estar marcada por un vaélico. No obstante, no pensaba ser un blanco fácil para nadie.

Aquel detalle sobre las feromonas la había tomado por sorpresa. Encerrada en un foso eso daba igual, porque ella controlaba a los vaélicos y los puso a dormir. Pero en el exterior, todo cambiaba. Estaba demasiado expuesta y, al parecer, olía como una mofeta cachonda.

Tamsin abrió la puerta de la *suite*, dispuesta a salir al pasillo con el gesto envuelto en sombras, su pelo ondeando mágicamente a su alrededor, y sus ojos brillando como dos focos de color azul eléctrico.

Pero, se topó con el cuerpo de Duncan, que respiraba agitadamente, con el torso desnudo cubierto de sudor y los pantalones desabrochados.

Parecía aterrado.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber—. Eran perros de… —se calló al ver la carnicería que había en el suelo de la *suite*. Y se quedó extrañado al comprobar que, entre los cuerpos decapitados y sanguinolentos de la Legión, había uno que era de la Orden. Un vampiro. Khalevi. Podía oler la sangre de Cami aún en su cuerpo. ¿Qué hacía ahí? Le había partido el cuello. Estaba durmiendo. Desconectado—. ¿Qué significa esto?

Tamsin lo miró y las lágrimas volvieron a brotar. Con la barbilla inclinada hacia abajo y lanzándole una mirada capaz de paralizar a

cualquiera, obligó a Duncan a caminar hacia atrás hasta tenerlo con la espalda apoyada en la pared.

Y entonces, hizo algo que no sabía que podía hacer. Excepto si la ira de Lillith la poseía, como en ese instante. La ira de Lillith: un arreón mágico alimentado por las llamas del dolor y la traición, que podían convertir a una bruja original, en una máquina de matar. Era un estado en el que las brujas originales perdían un poco la conciencia de quiénes eran y su espíritu original las poseía.

Hasta entonces, no había podido herir nunca a Duncan. Sus hechizos no servían contra él si se tocaban. Pero, esta vez, no lo pensó dos veces.

Estaba enfadada. Decepcionada. Rabiosa y abatida.

Echó la mano hacia atrás, con los dedos rectos y unidos como espadas, y atravesó el pecho de Duncan con ella, como si fuera un arma mortal.

Duncan abrió los ojos de par en par al ver lo que le estaba haciendo. Tamsin le estrujaba el corazón con sus dedos. Y lo hacía arder. Llamitas azules rodeaban su brazo, y por supuesto, también la mano que sujetaba el órgano vital del vaélico.

El lobo intentó agarrar la muñeca de Tamsin para retirarla de esa invasión tan brusca y gore, pero no consiguió hacer nada.

Tamsin estaba incinerando su corazón. Lo estaba haciendo arder.

—¡Tamsin! —gruñó Duncan, asustado al ver que se le iba la vida —. ¡Detente!

Más allá de lo empoderada y arrebatadora que se veía, Tamsin era pura ira. No había ninguna emoción más en ella. La joven le habló con una voz suave y muy controlada, una que, ni de lejos, transmitía el cóctel emocional que se agitaba en su interior y eso era todavía más inquietante.

—¿Notas los cristales en el corazón? ¿Notas cómo se rompe? ¿Sientes el fuego quemándote el músculo, Duncan? Es lo que llevo sintiendo yo desde que me mordiste —dijo acercando su rostro al de él—. Pero nunca como hoy. Nunca como ahora —Tamsin retorció el corazón de Duncan entre sus dedos y no la detuvo oírle gritar como lo hacía—. Khalevi me ha dicho que estabas follando con otra. No sabía que eso se podía hacer si habías marcado a tu compañera. Claro, yo no soy tu compañera, entiendo. Pero sí necesito que me

quiten esta marca como sea, porque que toques a otra, en este mundo loco de vaélicos y feromonas, me mata por dentro y me hiere, y no estoy dispuesta a sufrir injustamente. Porque tú me marcaste sin permiso. Dijiste que era tuya. Y no me dejaste ir libre. No permitiste que hiciera mi trabajo como debía hacerlo —admitió con mucha pena—. Tú lo cambiaste todo y me arrojaste a un tiempo de locura y necesidades, porque creías que me lo merecía. Porque creías que no sentía nada, que me daba igual todo. Y odio sentir esto que siento porque sé que no es real. Te estabas follando a otra, Duncan, sabiendo que eso me hace daño físicamente.

—Tamsin…

—Tú sí sabes sobre vuestro funcionamiento, yo no. Y no te ha importado hacerlo. No sé qué me une a ti ni cuáles son las normas. Pero después de mi encierro en el foso, no pienso pasar una agonía nueva en el exterior solo porque me odies ¿me has oído? —le recriminó aplastándole más el corazón—. Solo porque no me quieres. ¿Crees que no sentí nada? ¿Crees que no me importó la decisión que tomamos? ¿Quieres experimentar lo que sentí? ¿Quieres experimentar lo que me sucedió en el foso? Muy bien, Duncan. Pues aquí tienes.

Las lenguas azules adquirieron más brillo, y entonces, Tamsin transmitió a Duncan absolutamente todo lo que le pasó por la mente y el corazón desde que se vieron por primera vez, hasta el día de hoy. No quiso dejarse nada. Estaba tan ida por la furia ciega que le importó poco exponerse. Quería que a Duncan le doliera como a ella, que lo experimentara y que supiera que ella no era un monstruo sin corazón. Ese Lobo Vaélico se pensaba que era el único que lo había pasado mal, pero no tenía ni idea. En el juego del inventor, todos los Lilim sufrían de un modo o de otro. El castigo de Tamsin no duró demasiado, pero estuvo tan concentrado en el tiempo que, treinta segundos después, retiró la mano del pecho de Duncan, y le dejó la herida abierta, en carne viva, exponiendo hueso, músculo, sangre y tendones.

Duncan escupió sangre por la boca y no pudo pronunciar una palabra más, porque se quedó debilitado, en el suelo.

Tamsin alzó el brazo izquierdo en horizontal y abrió la palma para pronunciar otro conjuro. Podía herirlos, pero no quería que nadie los descubriera. Hizo un hechizo que protegiera a la Orden e

hiciera a Duncan y a Khalevi invisibles a ojos de los demás. Nadie podía encontrarlos en ese estado. Y más si los perros de Dios la sabían cerca.

—Voy a dejar que tú y el vampiro os recuperéis. Pero, si sabéis lo que os conviene, no me seguiréis. No avises a nadie de tu clan, Duncan. No informes a Vael ni a la Orden. Ellos no deben saber nada. Tengo mucho que hacer y no podéis estorbarme ni retrasarme así. Dejadme tranquila. Las brujas hacemos las cosas solas.

—No… no puedes huir de mí.

—Claro que puedo huir de ti. Me encerré en un foso voluntariamente por ayudar a tu clan —dijo limpiándose la sangre de la mano en la capa—. Ahora que estoy libre, me niego a sentirme encerrada o juzgada de nuevo. Y menos por ti.

—Te encontraré igualmente. Yo… yo siempre te encontraré —susurró Duncan, con la espalda apoyada en la pared, sentado en el suelo y sufriendo un dolor físico como nunca antes había sentido.

—Puede, pero soy una bruja original, y ya hice que Vael sufriese menos por el amarre con Cami. Encontraré el modo de romper la marca. Lo juro —le dijo en gaélico, como él le prometió siglos atrás —. Tú y yo no nos conocemos y no tenemos nada que ver el uno con el otro. Es imposible que te amarrases con una bruja original y hoy te hayas intentado follar a una mujer que hace cócteles en un hotel —lo despreció—. Tu lobo debió confundirse siglos atrás.

—Los vaélicos… nunca nos equivocamos con nuestras compañeras.

Tamsin observó al guerrero aún con la ira de Lillith recorriendo su sangre.

—Tú te equivocaste conmigo. Pensé que las parejas amarradas no podían hacerse daño el uno al otro. Pero hay una excepción, ¿verdad? Es esta. Cuando se intenta borrar la marca de manera intencionada, con otra mujer —sonrió con tristeza—. No lo sabía, ahora ya lo sé. —Se encogió de hombros—. Funcionará del mismo modo al revés, ¿no? Intentaré borrarme la marca yo también. De alguna manera, sigue ofendiéndome mucho que hayas hecho eso —reconoció con sinceridad—. Pero te lo agradezco, porque has hecho que abrace la ira de Lillith. Y cuando una bruja original fluye con esa energía, no hay nada que esté protegido de ella, ni siquiera mi supuesto compañero. Voy a eliminar las feromonas de mi cuerpo

como sea, voy a averiguar cómo retirar la marca permanentemente y no vas a poder encontrarme nunca más. Adiós, lobo.

La joven bruja decidió que era momento de irse.

Khalevi iba a despertar en nada, y Duncan se recuperaría.

Se dio la vuelta, se cubrió la cabeza y su silueta desapareció.

Duncan no la vería mal de nuevo.

Ella no volvería a llorar por él.

Y haría lo posible por no volver a sentir la ansiedad demoledora de no saberse querida por el vaélico.

Tamsin soñó con relaciones y las idealizó en un foso rodeada de lobos. La realidad era otra muy distinta.

Ahora le tocaba buscarse otro hotel. Una lástima, porque el Índigo le gustaba mucho.

Vería si podía entrar en alguna casa que tuviera especias en la despensa y, ¿quién sabe si un buen hombre con el que empezar a romper el amarre a conciencia? No. Sabía que eso no iba a hacerlo, porque ella no era así.

Era una romántica. Una consumidora de romances tormentosos y apasionados, con sus disputas y sus reconciliaciones, pero era una creyente firme del amor original. Y quería seguir creyendo en él, como el amor que se profesaban Caín y su madre. No se iba a conformar con nada que no se le pareciera.

Como buena bruja original conocía muchas recetas. Ingerirlas era una mala idea, pero, al menos, ella era inmortal. Nada la mataría.

Lo haría de todas maneras porque se negaba a sentirse así. Quería ser libre de verdad y no amarrada a un ser que creía que era una mujer malvada y sin empatía.

Pero, le quedaba el consuelo de que, tras la ira de Lillith, Duncan había saboreado la verdad. Ahora, había sentido todo lo que ella sintió tiempo atrás. Si era meramente empático, se daría cuenta de que la había juzgado mal.

Él vería lo que debía hacer con esa información.

Tamsin tenía muy claro que sabía lo que debía hacer ella con la suya.

Duncan estaba de rodillas, en el pasillo del hotel que daba a las *suites*, intentando coger aire, porque aún sentía opresión en el pecho, como si una serpiente envuelta en llamas le rodease el

corazón y lo estrujase hasta reventar sus arterias.

Una vez, creyó que se había sentido impotente cuando su clan fue apresado por Heubert y Lycos. Lloró y lo lamentó cada día de su vida en forma lobuna.

Pero la pena y la impotencia percibida entonces, no tenía nada que ver con la desesperación y el dolor que había recibido al sentir a Tamsin circundando su corazón con sus dedos. Porque la había sentido físicamente, pero también espiritual y anímicamente, y había sido como hacer un curso intensivo sobre ella, sobre su compañera.

Duncan se sentía devastado al haber recibido la ira de Lillith. No sabía que existía una fuerza tan poderosa como esa. Había subestimado a la bruja y había errado con la mujer, y ambas encarnaban a su alma eterna. Era ella. Siempre había sido ella, incluso cuando más la detestaba, y eso que lo había intentado con toda su voluntad, a cada siglo que pasaba. Se había alimentado del odio, de la rabia, del despecho hacia una chica a la que le había faltado el respeto y, además, le había faltado tiempo para conocer, para conversar, para cortejar.

Su lobo la vio mucho antes que el hombre, y no pudo hacer nada para decirle a su bestia que no podía llevársela, porque el animal nunca se equivocaba. Pero el hombre, la parte hombre de Duncan, era el Rey de las equivocaciones.

Lo había visto todo. Tamsin le había abierto sus recuerdos y sus sensaciones y le había mostrado todo lo que sintió desde que se conocieron y cómo le afectó las decisiones que debió tomar entonces.

No le fue fácil. No le fue fácil ver a esos niños y saber que se los iban a llevar, no llevó bien la despedida de Duncan con los suyos y deseó ayudarle de alguna forma, pero no podía.

Tamsin era una hija de Lillith, una bruja original, y ellas prevalecían sobre cualquier Lilim. Y Duncan se había atrevido a insultarla, marcarla y amenazarla. Ojalá pudiese seguir pensando de ella que no sentía ni padecía y que era fría y calculadora. Pero no podía, porque ahora sabía la verdad. Y también sabía que había hecho daño a Tamsin, de un modo que aún debía saber qué consecuencias acarrearía.

Ella… ella siempre pensó en él y siempre lo buscó.

Y, aunque estaba enfadada, no sentía ese odio y esas ansias de revancha que crecieron en él de manera injusta. Ahora lo entendía.

Como en el sueño. Duncan acababa de descubrir que el sueño que tuvo con ella una noche de luna llena, lo había provocado la bruja. Y tampoco había sido un caballero entonces. Fue erótico y brutal, pero nada tierno.

Ahora mismo, debía ser el enemigo público número uno para ella. Normal que no quisiera saber nada de él y que hubiera dirigido ese esfuerzo y esa ira con el objetivo de destruirlo y dejarle las cosas claras.

—Joder… —gruñó haciendo un esfuerzo por intentar levantarse. Se tambaleó y acabó apoyando la espalda en la pared—. Coño… eso ha sido una tortura —se frotó la cara, alzó la barbilla y oteó un extremo y otro del pasillo.

Tamsin había hecho algo allí. Los había protegido.

Los trabajadores iban y venían corriendo. Hablaban de ventanas rotas y líquido muy oscuro en el suelo. Pero no hablaban de los cuerpos de los perros.

Cuando Duncan volvió a entrar en la *suite* de Tamsin, vio al vampiro sentado en el suelo, crujiéndose en cuello a un lado y al otro, despierto. El poder de Tamsin los estaba ocultando a él y al vampiro.

Ella, con su magia, los protegía.

El vampiro de pelo rubio y trenzado se levantó y se lo quedo mirando fijamente. Sus ojos de color rosa se burlaban de él.

—Ahora ya sabes que he estado cerca todo este tiempo —le dijo Khalevi.

—Lo he sabido siempre. Tenemos un sentido especial para descubrir a perseguidores. Pero no imaginaba que ibas a ser tan gilipollas de intentar hacer algo a Tamsin, o de morderla como has hecho. Soy su beta. Ella es mía.

Khalevi dejo ir una risotada.

—¿Te lo crees de verdad? Tú también la has mordido y no ha cambiado nada. Está marcada pero hay una brecha gigantesca entre vosotros, colega. Ella no es nada tuyo.

Los ojos de Duncan se tornaron salvajes y de un color amarillo muy desafiante.

—¿Por qué sigues a Tamsin?

—No es nada personal. No me interesa como crees, no tiene que ver con ella directamente, pero me llevará hasta lo que quiero. Se ha escapado y es obvio que le sobran habilidades para ocultarse de nosotros. Me ha roto el cuello con un puto pestañeo —dijo aún asombrado, frotándose la nuca.

—A mí me ha metido la mano en el pecho y ha estado a punto de incinerarme el corazón.

Khalevi abrió los ojos de par en par, arqueando las cejas rubias mucho.

—Tú ganas. Es de armas tomar.

Duncan asintió, pero necesitaba correr tras la bruja y seguirle el rastro.

—No vas a poder cazarme, Duncan. Ni lo intentes. Los vaélicos no voláis —a toda velocidad se encaramó a la ventana rota y Duncan hizo por ir tras él—. No voy a interponerme en lo que vais a hacer.

—Si vas tras ella, te metes en mi camino. No sé qué pretendes pero si la muerdes otra vez o le haces daño, te encontraré y te mataré, aunque seas de la Orden.

Khalevi hizo que se pensaba si seguir o no con lo que tenía entre manos. Después chasqueó con la punta de la lengua contra sus dientes y dijo:

—No recibo órdenes de nadie y tus amenazas no me intimidan. Quien antes la encuentre, antes se la lleva. Y no sé por qué, adivino que la encontraré yo primero. Su sangre me ha dicho lo que necesito saber.

—Entonces, tú y yo tendremos un enfrentamiento.

—Te lo repito: no es personal, no me tengas rencor. Es algo que debo hacer.

Khalevi lo saludó con un gesto militar y después alzó el vuelo desde la ventana.

Duncan vio cómo su silueta desaparecía entre la nubes de la fría noche cerrada escocesa.

Se miró el pecho desnudo, que no cicatrizaba todo lo rápido que podía cicatrizar y los pies descalzos. Esa era la última imagen que se había llevado Tamsin de él antes de irse.

A Duncan le avergonzaba que supiera que él se había intentado acostar con otra, solo para joderla, no porque sintiera nada.

Él ya estaba amarrado, era imposible sentir algo por nadie que no fuera Tamsin.

La encontraría. No sabía cuál era el plan de la bruja, nunca se lo preguntó y siempre fue amenazador, desagradable y díscolo con ella.

Era un Beta, el más amable de la manada de vaélicos, el más confiable y el más sociable. Pero su compañera pensaba de él lo peor, y con toda la razón.

Debía arreglar las cosas como fuera.

Khalevi había mordido a su compañera y su sangre le había dado información, al parecer.

Pero el lobo continuaba oliendo las feromonas de su hembra, y la encontraría y la buscaría hasta el fin del mundo. Tamsin nunca podría huir de él.

Daría con ella. No quería ser un fracasado en eso y que un vampiro diese con Tamsin antes que su vaélico.

Y, además, los perros de Dios la habían encontrado por culpa de las feromonas. Irían tras ella igualmente, y podrían atacarla de nuevo.

Ante la idea de verla otra vez en peligro y que él no pudiese protegerla como merecía, como siempre debió hacer desde el principio, una ansiedad extraña lo inundó y sentimientos ajenos a él de desesperación y agonía le empezaron a estrujar el pecho. Reconoció el ardor, los pinchazos y la falta de oxígeno.

Mierda. La ira de Lillith estaba ahí con él, aún persistía, y se activaba cuando pensaba en Tamsin y en la disculpa que le debía.

Duncan corrió hacia la ventana y dio un salto como un verdadero atleta de parkour.

Cayó de pie y, una vez en el suelo, arrancó a correr siguiendo el rastro de esa sustancia química que Tamsin secretaba por él.

Por nadie más.

Solo por él. Eso debía valer algo.

Capítulo 11

Al día siguiente

El sueño se repetía. Tamsin llegaba al bosque, oculto por la oscuridad y solo alumbrado por la claridad de la luna y las estrellas.

Sentía tanta necesidad de Duncan, era tan duro estar marcada y pasar las noches de luna llena sola y con esa urgencia física hacia otra persona… El vaélico le importaba de un modo fuera de lo común, fuera de lo normal. Su mordisco sellaba un trato de pertenencia que físicamente podía sublevarte. Y Tamsin quería comprobar si había mucho más que eso. Porque cuando se besaron por primera vez, los lobos aullaron. ¿Era Duncan suyo? ¿Era su compañero? Por eso, por sus ansias de averiguarlo, pensó que lo mejor sería tocar su mente a través del astral. Que sus espíritus se encontrasen en ese plano. Si lo conseguía, si se veían así, ella podría hablarle y podrían comunicarse de un modo un poco más amistoso, sin riesgos a hacerse daño de nuevo, porque el astral, aunque tenía sus leyes, era más maleable y se podía manipular.

Tal vez así, ella tendría la oportunidad de hablar con él, de conocerse, de sentirse de nuevo. Entendía que Duncan pensase que ella se había reído de él, pero nada más lejos de la realidad. En todo caso, había sido la realidad del inventor y su extraña serendipidad que había hecho que se encontrasen en el lugar y en el momento menos propicio. Y eso había desencadenado una serie de malas decisiones que conllevaban sus consecuencias.

Pero todo podía solucionarse.

Tamsin encontró a Duncan bañándose en un lago, desnudo.

No había esperado dar con él en esa situación, pero ese era el sueño de Duncan y ella solo era una invitada sorpresa. A mano derecha se encontraba la cabaña del lago donde Tamsin había estado, y aquella era la orilla en la que ellos dos se besaron.

Duncan tenía el pelo húmedo y mojado; por su espalda perfectamente marcada con sus anchos y perfilados músculos caían cientos de gotitas cristalinas, perlas del agua que lamían su piel sin prisa. Él contemplaba al astro de la noche como si estuviera hipnotizado, estático y en silencio, con esos ojos que se tornaban amarillos cuando se transformaba y dejaba ir su lado vaélico.

Tamsin no podía olvidar que, en la realidad, él era un lobo, pero soñaba en su forma humana.

Ella había querido estar guapa para él, para que la viera. Sin su capa, solo con un vestido liviano negro de tirantes, de esos que a los hombres les provocaba admiración, y que había visto en algún viaje en el tiempo con su madre. Mediante un hechizo se había hecho uno igual solo para encontrarse con él. Tamsin podía conseguir lo que quisiera con su magia, era la mejor formulando actos mágicos mediante la magia susurrante, y controlaba cualquier procedimiento sobrenatural. Se conocía todas sus fórmulas.

Se pasó las manos por el pelo que llevaba suelto y se humedeció los labios para pronunciar su nombre.

—Duncan.

El hombre se dio la vuelta lánguidamente para mirarla y a ella se le cortó la respiración. ¡Qué hombre más atractivo y cautivador! ¡¿Por qué era tan hermoso?! Esos ojos animales la obligaban a sujetar un poco su propia respiración. No sabía que podía reaccionar así ante él, ante una de sus miradas.

Tamsin se sentía atraída hacia él desde el primer día que lo vio.

Duncan, en cambio, no se sorprendió al verla. Como si para él fuese lo más normal encontrársela allí.

—*Hallo ban-draoidh.*

Duncan la había llamado hechicera.

—Hola, lobo.

Él no le quitaba los ojos de encima, y la marcaba como lo hacía un depredador con la futura presa que se iba a comer. Tuvo la

sensación de que era como un trozo de carne para él.

—¿Vienes a atormentarme como siempre?

A ella le llamó la atención aquel inciso. ¿Como siempre? ¿Acaso Duncan soñaba con ella todas las noches?

—Solo he venido a hablar contigo.

—No. No vienes a hablar conmigo. Esto también forma parte de tu magia. Me atormentas en sueños, apareces, me rondas —se pasó la lengua por el labio superior y mostró sus colmillos. A Tamsin se le erizó la piel al verlos, y el cuello le empezó a arder— y después, desapareces. Eres una torturadora. No dejas que duerma bien.

—Yo no hago nada de eso —contestó Tamsin dando pequeños pasos lentos y medidos hacia Duncan—. Tal vez —lo miró de soslayo— estés obsesionado conmigo.

—Estoy amarrado a ti, mi lobo lo está, que es muy distinto. Es normal que te reclame por las noches. Pero no te puede tener. Porque estamos muy lejos. Pero el animal, que es instinto y también es tonto —se golpeó la cabeza levemente con los nudillos—, no lo entiende. Vengo aquí, cada noche, a mi tierra, donde todo acabó para nuestro clan. Mi lobo intenta encontrarte.

—Yo no estoy aquí. Estoy en un foso, ¿recuerdas? Para proteger a los tuyos.

Duncan sonrió sin muchas ganas. El agua le cubría la cintura y no dejaba ver toda su desnudez. Y Tamsin lo agradecía porque así no tenía con qué distraerse.

—¿Por qué no te acercas, Tamsin? ¿Quieres hablar conmigo?

—Sí —contestó ella—. A eso he venido.

—Entonces, acércate y hablemos —movió las manos dentro del agua, provocando ondas a su alrededor—. Intento que lo hagas todas las noches, pero te acabas diluyendo entre mis dedos.

Tamsin sabía a lo que se refería. El astral proyectaba deseos y necesidades, pero, aunque podía invocar esas imágenes, apenas las podía retener, y más cuando la mente que lo creaba era la de un lobo, un animal, al que le costaba pensar con estructuras humanas.

—Ven, Tamsin —le pidió el lobo, ronroneando—. No muerdo.

Sus labios dibujaron una sonrisa hermosa, pero con esos colmillos relucientes que refulgían a la luz de la luna, no podía fiarse del todo. Sin embargo, había algo atrevido en ella. Quería tocarlo, quería besarlo de nuevo y necesitaba que estuvieran bien,

que las cosas entre ellos se arreglasen. Además, ella había entrado en su sueño, aquel era otro mundo, y siempre tendría su magia para poder irse cuando quisiera.

Con esa idea en mente, decidió acercarse a él. Entró en el agua, y su vestido se arremolinó a su alrededor, como si fuera petróleo sobre la superficie. Por supuesto, no notó la frialdad del agua ni tampoco la humedad. Era un sueño, en el astral, las leyes de la realidad no tenían cabida.

Duncan no perdía detalle de su rostro.

Ella no podía saber lo que estaba pensando, su expresión era indescifrable. Estaba en su cabeza, pero no podía oírlo pensar. Porque el lobo no era racional. Solo instinto.

Cuando llegó hasta Duncan lo comprobó. Él la sujetó por los antebrazos y la atrajo contra su pecho con fuerza.

Tamsin se asustó al notar los dedos rodearla como si fueran hierros candentes. Y entonces decidió que lo mantendría bien lejos con su magia. Pero, para su desagradable sorpresa, advirtió que no podía usarla. Que ni un conjuro ni ningún hechizo podía tener ascendencia sobre él en ese reino.

Porque Duncan la estaba tocando, y porque era la mente de su lobo. Tamsin había aprendido que, si Duncan estaba en contacto con ella, debido al vínculo vaélico, no podía herirlo ni hacer nada contra él que pudiera lastimarlo. Lo que no sabía era que en el astral eso también prevalecía.

Evidentemente que prevalecía, se decía Tamsin. Porque era su lobo quien soñaba. Solo había que verle la cara a Duncan, sus ojos vaélicos, sus rasgos más afilados. Igualmente hermoso, pero doblemente salvaje y letal.

Pero Duncan no la sujetaba con delicadeza. Él hundió sus manos en su pelo, le echó el cuello hacia atrás, y de repente, le pasó la lengua por toda la garganta, como si ella fuera un helado. Después, se concentró en la marca, y sonrió malignamente, del modo en que un amo sonreiría al tener a su esclava a su merced.

—Duncan —Tamsin intentó apartarlo, pero no pudo. Y no solo no pudo. Lo que la lengua del vaélico le hacía a su cuerpo cuando contactaba con la piel delicada de su garganta era pura brujería. Se debilitó entre sus brazos, y otra fuerza extraña y poderosa la poseyó. Era un juguete en brazos de ese hombre. Sin energía ni

fuerza para luchar contra él.
El vaélico la mordió de nuevo, y Tamsin dejó ir un grito que incluso a ella le sonó foráneo, extraño, como si no hubiese salido de su boca. Pero lo había hecho.

Las manos de Duncan no tardaron en marcar su piel, y sus uñas la rasguñaron a propósito, porque quería que ella supiera quién era el lobo.

Tamsin supo que había cometido un error al querer encontrarse con él en el astral, porque una no puede dialogar con un animal. No iban a hablar, no iban a aclarar lo sucedido, ni tampoco ella le iba a pedir explicaciones. No podía.

El lobo gruñía, la mordía, la besaba… y ella no podía hacer nada más que no fuera recibir ese contacto que estaba siendo demasiado visceral, pero se lo había buscado.

Él le quitó el vestido sin miramientos. Rasgándoselo, rompiéndoselo y dejándola desnuda por completo. Le dio la vuelta entre sus brazos, y pegó su torso a su espalda. Era mucho más grande que ella, no era más fuerte ni más poderoso, porque la bruja original era el predador de esa escalera nutricional de Lilim, sin embargo, en ese universo onírico, en la mente de un animal, era imposible vencer al vaélico.

Lo que le hacía Duncan era tan intenso, que Tamsin no quiso despertarse todavía. Nunca había estado con un Lilim. Quería ver qué pasaba, hasta dónde llegaba Duncan, si era tan animal y tan bestial como parecía.

Duncan deslizó una mano por delante de su cintura y se coló entre sus piernas. Él no decía nada, no pronunciaba ni una sola palabra. Era pura impulsión. Todo él se comportaba con el automatismo propio de un animal.

Y sin prepararla apenas, sin toquetearla, sin calentarla… Solo con sus mordiscos, sus arañazos y sus lametazos, Duncan la penetró.

Pero Tamsin solo sintió placer. Nada de dolor, ni resto de una violenta invasión firmada por un animal. No. Solo sintió placer.

Después de eso, Duncan empezó a moverse en su interior, y a impedirle que cerrase las piernas. Él solo poseyó su cuerpo e hizo con ella, en su mundo de los sueños, lo que quiso y lo que deseó.

Tamsin no podía despertarse, y ya no sabía si quería hacerlo, porque le gustaba sentir el deseo de esa bestia hacia ella, pero, de

repente, el placer se hizo insoportable.

Tanto, que cuando descubrió que lo que le estaba sucediendo era que se estaba corriendo, se despertó y el sueño se esfumó en el limbo de lo real y lo irreal.

Cuando abrió los ojos esta vez, no estaba en el foso. No.

Se encontraba en Escocia, en la casa que había ocupado para su propio uso después de salir del hotel por patas. Una casa bonita, no demasiado grande cuyos dueños solo la habitaban los fines de semana.

Suspiró y se cubrió los ojos con el antebrazo.

¿Por qué había vuelto a soñar con eso?

Por haber visto a Duncan, por haberle estrujado el corazón. La ira de Lillith era el arma secreta de las brujas originales. Ellas siempre podrían tener la sartén por el mango en una relación con Lilims, porque si ellos hacían algo que no les gustaba y querían cortar la relación, siempre podían recurrir a la ira para alejarlos y para dejar de ser vulnerables ante ellos. Pero, Lillith también les dio otro privilegio. Aunque, ese, todavía, no lo había experimentado.

Fuera como fuese, Tamsin no tenía tiempo para pensar en nada que no fuera cumplir las premisas y el calendario que Jadis le dio para cuando saliera del foso. A pesar de que habían cambiado las condiciones, estaba dentro de los tiempos. El plan seguía su curso.

Y ahora debía dar el siguiente paso.

Tenía a un vampiro y a un vaélico pisándole los talones, y no sabía si ellos debían formar parte de la ecuación o no, dado que sus directrices eran muy claras: debía hacerlo sola. Esperaba que, después de lo de ayer noche, la dejaran en paz. No quería tener nada que ver ni con uno ni con el otro.

Khalevi traía problemas y había algo en él muy vengativo que no acababa de gustarle.

Y con Duncan ya no necesitaba aclarar nada ni buscar más acercamientos. Todo lo que había intentado en el pasado no funcionó. Y en la actualidad, era evidente que tampoco. Entendía que se había acostado con otra porque él también quería acabar con ese amarre. Pues bien, con mucho pesar y mucho dolor en su corazón, Tamsin le había facilitado todo al haber dejado ir su ira contra él. Eso tenía que hacerle ver que ya no era intocable para ella. Que podía hacerle daño siempre que quisiera y que podría

destruirle, porque ya no sentía admiración ni respeto hacia él. Su madre se lo dejó muy claro:

Amor. Admiración y respeto.

Y eso era lo que Tamsin habría querido en una relación. Era lo que cualquiera debería desear en una relación. Lo que necesitaba sentir si estaba enamorada. Nunca había sentido nada así, por eso suponía que, cuando lo sintiera, sabría que estaba enamorada.

Los Lilim, además, añadían instinto, salvajismo, sana, deseo de compartir y acompañar y mucha pasión. Pero para las brujas como ella, eran aún más necesarias las premisas de su madre. Esas, eran la Trinidad básica que requerían.

El instinto habla de todo aquello que el cerebro no ha sabido procesar todavía. De lo que a uno le nace hacer por puro reflejo, aunque no entienda por qué lo hace.

Duncan había sido puro instinto con ella, y ella también lo había sido en cierto modo con él, pero siempre esperó el momento en que pudieran verse de nuevo cara a cara para que la Trinidad se diera en ellos.

—Amor, admiración y respeto —repitió en voz alta dirigiéndose hacia el espejo de cuerpo entero de la habitación—. Él nunca me ha mostrado eso —susurró chasqueando el corazón y el pulgar de su mano derecha para ataviarse con otra indumentaria más actual.

De las cosas que más adoraba Tamsin era los atrezos de la gente de la realidad del Inventor. Lo mucho que les atraía la moda y la importancia que algunos le daban que incluso hacían de ello su vida.

La dejaba asombrada las vocaciones y las obsesiones sociales de todos. Vivían a través de la pantalla de un móvil, fingían ser felices y se fotografiaban como si sus vidas fueran perfectas, y décimas de segundo después, las sonrisas se les iba del rostro y volvían con sus vidas de mierda. Lo llamaban «postureo». Y la Orden, los vaélicos y las brujas esperaban que algunos de esos individuos que conformaban la sociedad estructurada del inventor, despertase a la verdadera realidad.

No. Sabía que solo muy pocos iban a hacerlo. Una cantidad realmente insignificante e irrisoria para el número de habitantes de ese planeta. Pero, para esos pocos, los Lilim esperarían. Porque solo ellos sabrían la verdad y podrían salir de esa cárcel, antes de que

fuera demasiado tarde.

Se miró la ropa y se pasó las manos por el vientre y la cintura. Después se pasó la mano por la cara para maquillarse como quería. Las brujas eran coquetas por naturaleza, y les gustaba sentirse bien. Con la chupa, el vestido de falda corta que le quedaba ajustado como un guante, y sus botines negros, se sentía más que lista para avanzar en su propósito. Hoy, por fin, llegaba al lugar indicado por Jadis. Y desde ahí, según Jadis, ella sabría lo que hacer.

De acuerdo. Incluso entre ellas no solían pronunciar lo que querían llevar a cabo, porque era otra de las recomendaciones de Lillith ya que «incluso en los lugares más insospechados hay ojos y oídos». Pero, de alguna manera, siempre llegaban al punto que querían y encontraban lo que necesitaban.

La directriz era muy clara.

Debía ir con paso firme y sin pausa hasta el local de las Tres Brujas de Dundee. Una vez allí, encontraría lo que andaba buscando.

Sin embargo, no era la misma mujer que el día anterior. Ahora tenía dos mordiscos y no habían tenido la decencia y el cuidado para con ella de curarlos ni cicatrizarlos.

Tamsin estaba tan enfadada. Se sentía tan agredida que agradecía que la ira de Lillith le diera la fuerza necesaria para seguir adelante y pensar más en sí misma que en Duncan.

Le había incendiado el corazón. Y ahora él sabría todo lo que necesitaba saber de ella, incluso lo más prohibido.

Las tres brujas

Dundee era una ciudad de museos, al lado del río Tay. La estaban modernizando, sin duda, y tenía su propio encanto. Aunque poco había que hacer para encantar a Tamsin, dado que después de estar durante tantísimo tiempo encerrada en un foso con lobos con la rabia, disfrutaba de estar en el exterior y cualquier detalle le llamaba la atención.

Muchas de las puertas de locales y viviendas de las callejuelas de Dundee eran obras de arte, colaboraciones con los artistas de la ciudad que dotaban de vida y de color al aspecto más grisáceo y nublado de la ciudad. A Tamsin le parecían muy bonitas.

En pleno centro, en una de las callecitas que daba a Murray

Gate, Tamsin llegó a las Tres Brujas. Era un local muy curioso.

Había un logo estampado en las puertas de cristal, de tres mujeres, sujetándose un gorro, subidas a una escoba, como si estuvieran volando. El exterior era de madera de color verde, y el cartel negro y dorado.

«No todas las brujas viven en Salem». Ese era el mensaje que rezaba en la cornisa.

A la bruja original le pareció que llamaba demasiado la atención, pero después comprendió que en esa realidad se burlaban de lo mágico y pagano, así que entendió que a nadie le parecería sospechoso, y que la Legión no se las tomarían en serio.

En realidad, cuando entró en el local, que era una mezcla de herbolario, centro de tatuajes místicos y librería, no estaba convencida de que quien regentase ese lugar fuese bruja o tuviera la habilidad de ayudarla como ella esperaba.

Pero esa era la localización que le había indicado Jadis. Y cuando observó más a fondo lo que mostraban en su despensa y el tipo de semillas, polvos y plantas que tenían, entendió que estaba en el lugar correcto. Porque iba a necesitar una de esas combinaciones con urgencia.

Después contempló los tatuajes que allí hacían en su catálogo, y eran todos muy bonitos, con símbolos sagrados ya manipulados y modificados por la Legión, pero eran hermosos.

Los estaba oteando cuando salió del interior de las salitas del local, una mujer de pelo castaño trenzado y ojos marrón claro. Llevaba unos guantes de color azul en las manos cuyas puntas de los dedos estaban moteadas de tinta. La miró con interés y le preguntó:

—¿Te puedo ayudar?

Tamsin le devolvió la sonrisa.

—Hola, espero que sí.

—¿Qué necesitas?

—Quiero hacerme un tatuaje.

—Ah… ¿Habías cogido hora conmigo?

—Eh, no.

—Ah… ¿y has visto alguno del catálogo que te guste?

—Oh, no, no —Tamsin se sacó una hoja de papel doblada del bolsillo de la cazadora y lo sacudió levemente—… tengo el mío

propio.

La chica sonrió y miró la agenda.

—Ahora estoy yo sola, pero en un rato vendrá Carmail. ¿Es algún tipo de símbolo mágico el que quieres hacerte?

—Sí, más o menos.

—Entonces se encargará ella. Yo soy Effie, tatuadora Neo Art. Pero Carmail es la especialista en simbolismos —tomó un boli y le agendó la hora—. En media hora estará aquí. ¿Puedes esperarte?

A Tamsin le pareció un chiste. Ni se imaginaba cuánto tiempo era capaz de esperar.

—Sí. No hay problema.

—Bien. Puedes echar un vistazo libremente a todo, estás en tu casa. Pero no abras la caja y no te lleves el dinero ni las obras de arte —señaló los cuadros y le guiñó un ojo—. Es broma. No tienes aspecto de alguien que vaya a robar nada.

—No robaría nada de lo que tienes aquí —dijo con gesto distraído.

—*Ouch* —la señaló—. Eso ha dolido, hermana. Bueno, sigo trabajando. Tengo el cuerno del unicornio a medio hacer. Carmail no tardará nada, ya verás —entró de nuevo en la salita y se internó en su habitación.

—Gracias.

Tamsin agradeció que la dejaran sola. Quería revisar las especias y asegurarse de que ahí estaba todo cuanto necesitaba. Tal vez necesitaría ayuda de la bruja de Hécate, pero antes de usar ese recurso, primero probaría a hacer el remedio ella misma.

En aquel lugar Tamsin se sentía bien. Los libros de esa librería hablaban de mujeres que habían cambiado el mundo con el arte y con sus habilidades. Mujeres acusadas en su tiempo de brujería y perseguidas por el fascismo y por la Inquisición.

Los oteó durante un momento, para saber qué decían y comprobó, no sin sorpresa, que la mayoría no contaba la verdad, como cualquier escrito histórico que pasase por el filtro de cualquier ser humano. Al final, todo estaba salpicado por sus credos y su educación; por su inclinación política o sus estructuras mentales.

Tamsin conocía a todas ellas. Porque las había visto en acción a la mayoría, por eso sabía que contaban solo una parte de la

información de esas mujeres.

Pero solo ella sabía que eran Hijas de Lillith de pleno derecho, por haber luchado contra las normas de una dictadura patriarcal como la del inventor.

La campanita de la puerta que anunciaba visitas, sonó.

Y esta vez apareció una mulata con el pelo al uno, teñido de blanco, los ojos enmarcados con una línea gruesa de kohl y vestida de cuero.

La mujer la miró de arriba abajo, se quitó la chaqueta y la dejó en el colgador:

—Soy Carmail.

—Yo soy Tamsin —contestó con tono apacible.

Las cejas oscuras de Carmail se levantaron y se le escapó una sonrisita incrédula. De repente estaba nerviosa y Tamsin lo advirtió con facilidad.

—Tamsin, eh… —susurró acercándose a ella.

—Sí —la bruja original no se movió ni un paso, y esperó a tenerla muy cerca.

—¿Te parecería muy loco si te digo que mi hija me dijo que hoy iba a tatuar a una mujer llamada Tamsin? ¿Y que iba a ser el tatuaje más importante que haré en mi vida?

La expresión de Tamsin mutó a una de sorpresa y después a otra de muchísimo interés:

—No, no me sorprendería. Porque el tatuaje que me tienes que hacer es muy importante.

—Es de locos… —sacudió la cabeza y resopló mirando al techo —. Pero siempre acaba teniendo razón. Es un tatuaje que nunca he hecho. Eso también lo sé.

—Es cierto. Nunca lo has hecho.

—Sí, lo sabía.

—¿Cómo se llama tu hija?

—Alisa.

—Me encantaría conocerla.

—También me dijo que dirías eso. Y que yo tenía que acceder a llevarte a verla. Hago lo que ella me dice, porque he entendido que es especial. Me dijo que… que eres una bruja de verdad —miró su local como si Tamsin creyese que eso era un circo—. Oh, Dios… me cuenta tantísimas cosas que me parece que viva en un mundo a

parte de este.

Tamsin no tenía ninguna duda de que Carmail iba a ser muy importante en lo que ella tenía que hacer. Pero aún desconocía cuánto.

—Tu hija es especial —replicó Tamsin—. Y tu local es muy bonito y uno se siente muy bien aquí.

—Gracias.

—¿Qué más te ha contado tu hija? —quiso saber con interés. Ansiaba conocer a Alisa. Jadis no daba puntada sin hilo, aunque la mayoría de las veces fueran carambolas.

Carmail abrió el brazo para que Tamsin la acompañase a su salita de tatuaje.

—Acompáñame y te lo explico mientras te tatúo.

Capítulo 12

Cuando entraron en su salita de tatuar, lo primero que hizo Tamsin fue susurrar un sortilegio para que se hiciera un efecto burbuja y nadie pudiera escuchar lo que ahí se iba a hablar. Después se quitó la cazadora y se bajó la parte del vestido, hasta la cintura. Se estiró en la camilla y se quedó bocabajo mientras Carmail primero le limpiaba la piel de la espalda con alcohol y después le calcaba el dibujo.

—¿Qué símbolo es este? —preguntó acercando el foco de luz.

Iba a tener que hacerle algo que no quería hacerle, como borrarle la memoria, pero era lo mejor, porque ese símbolo, el Lasabrjotur tenía un orden y un procedimiento para realizarlo y no debía caer en manos inadecuadas. Carmail no debía acordarse de cómo se hacía.

—Es un *lasabrjotur*.

—Me recuerda a los símbolos antiguos nórdicos. Pero es ligeramente diferente. A lo largo de mi carrera, me he hartado a hacer todo tipo de símbolos. Pero a la gente le gusta mucho la simbología vikinga.

Carmail le pasó el alcohol por la espalda para limpiarle la piel. Iba a hacerle un tatuaje que le cubriera el centro de la espalda, sobre el chakra del plexo solar.

—La simbología original es muy poderosa —dijo Tamsin—. Pero muchos no la comprenden.

—Sí, ya lo creo. No llevas ni un tatuaje. ¿Estás lista?

—Sí.

—Duele un poco —señaló advirtiéndole.

—Millones de personas se tatúan la piel. No puede dolerles tanto si después repiten.

—Eso va con la tolerancia al dolor de cada uno. Yo llevo tatuajes y me duelen horrores cuando me los hacen. Pero me gustan. Sarna con gusto no pica.

—Cierto… ¿por qué este local se llama *Las tres brujas*?

—¿Viste los cuadros que decoran el pasillo central?

—Sí, son muy extraños.

—Son litografías de las obras de arte de Remedios Varo. Junto a Carrington y Horna, fueron nombradas *Las tres brujas del surrealismo*. La guerra civil española y el nacismo las obligaron a exiliarse a México. Y allí convivieron las tres juntas creando obras inquietantes y llenas de misticismo. Nos gusta creer que sus obras de arte esconden mensajes crípticos y sobrenaturales. Pero aún no ha habido nadie que los sepa interpretar correctamente —limpió la aguja de la pistola y preparó el color de tinta blanca fosforescente. Solo se vería bien en la oscuridad—. Este es nuestro modo de hacerles un homenaje y conservar su recuerdo. Para artistas como Effie y yo, ellas son referentes. Cuando estaba embarazada de Alisa, mi trabajo de final de carrera fue sobre ellas. Tal vez, por eso, a Alisa le gustan tanto los cuadros de Varo. De hecho, esta noche hay una exposición de arte sobre brujas. Dicen que hay obras inéditas de *Las tres brujas* entre la colección. Me he peleado con mi hija porque ella quería ir, pero es muy pequeña, solo tiene siete años, y es un evento nocturno. Ya sabes, gente con dinero, adoradores de lo exclusivo… *bla bla bla*. Lo organiza la familia Verich. Son muy conocidos por tener la mayor colección de arte de Reino Unido. Millonarios.

—Lo supongo.

—Pero yo no encajo con eso. Y, además, tengo una niña que cuidar —se encogió de hombros y sonrió, aceptando su destino.

Tamsin apuntaba mentalmente todo lo que decía Carmail sobre su misteriosa hija Alisa. Alguien que percibía con tanta exactitud esos presagios, debía tener un potencial increíble. Era una hija de Lillith muy avanzada.

—Si una niña tan especial quiere ir, será porque allí hay algo extraordinario, ¿no crees?

—A mi hija le parece igual de extraordinario el mecanismo y funcionamiento de un reloj de bolsillo que un funko de Harry Potter. Es de gustos extensos…

Tamsin sonrió.

—¿Y dónde es ese evento?

—En el *McManus*, en Albert Square. A las nueve y media de la noche.

Tamsin lo agendaría en la cabeza. Cualquier detalle era importante para seguir su intuición y ver si lo que estaba haciendo era lo correcto. Debía encontrar el foso de las brujas y, en ese momento, todo dependía de ella y de su clarividencia para entender las señales.

—En fin… ¿Estás preparada? —encendió la pistola de tatuar y la acercó a la piel de la bruja.

Claro que estaba preparada. Las brujas originales nacían preparadas para tantas cosas… Y no iban a ser menos con los tatuajes.

Pero, cuando la aguja empezó a atravesarle la piel, no imaginó que el dolor iba a ser ese. No iba a pasar tan buen rato como esperaba.

Media hora después, Tamsin estaba tan en tensión que pensó que lo mejor sería hechizarse a sí misma para no sentir dolor. Pero Jadis había insinuado algo al respecto, como que el Lasabrjotur tenía que sentir el dolor de la bruja original y su sangre. Así se activaría, como habían sido activadas otras puertas alrededor del mundo, añadiendo siempre la sangre de las Antiguas en su diseño. Todas, sin excepción, habían vertido parte de su fluido.

—¿Te duele?

—Sí, maldita sea —gruñó contra su antebrazo—. ¿No hay algo para que esto duela menos?

—Tengo algo. Pero no es muy ético por mi parte.

—La ética aquí no tiene cabida. Estamos solas tú y yo y no me imaginaba que esto iba a doler tanto. Dame lo que tengas. No puedo acelerar el tiempo, sino, lo haría.

—Bueno, aguanta unos cinco minutos más para que te lo acabe de perfilar bien, ¿vale? Y para hacerte el relleno entonces te daré setas. Verás qué viaje más bueno…

Tamsin asintió, de acuerdo con el trato. Cualquier cosa sería

mejor que sufrir las laceraciones y las quemaduras de la piel que la aguja le provocaba. En la antigüedad, las torturas que sufrieron las brujas eran terribles. Y Tamsin no entendía por qué a la gente le gustaba hacerse eso y sufrir gratuitamente, por muy bonitos que quedaran los tatuajes después.

Duncan estaba donde debía estar. El olor de Tamsin era una brújula exacta para él, con sus coordenadas.

La joven había entrado en ese local llamado *Las tres brujas*, y era evidente que ella debía hacer algo allí. Tal vez, esas mujeres eran el resto del aquelarre, o brujas conocidas.

Pensaba en ello mientras se frotaba el pecho. Estaba cicatrizando, pero cicatrizaba mal desde adentro, como si hubiera una herida en él perenne. El vacío tenía muchas formas, y parecía que el suyo tenía forma de corazón en llamas.

Estaba hecho mierda. Y solo quería ver a Tamsin, porque su lobo vaélico loco y salido, meneaba el rabo y se lamía los colmillos cada vez que pensaba en ella. Pero no entendía que él, Duncan, el Lilim hombre, lo había hecho mal.

El batiburrillo de emociones contradictorias lo noqueaba, con ganchos directos y golpes al hígado, que solo lo estimulaban para recrearse en su compasión.

Ahora sabía quién era Tamsin.

No habían tenido tiempo para conocerse ni para presentarse como era debido. Estaban en un momento de la realidad donde los Lilim se movían, se cruzaban unos a otros en el camino, y muchos se amarraban, como la Orden, y lo hacían sin tiempo a reaccionar y lo mejor que podían.

Pero él llevaba siglos alimentándose de un odio que no tenía razón de ser. Y ahora sabía que estaba equivocado.

Pero quería hablar con Tamsin de todo lo que había visto sobre ella, de cómo se había sentido en el foso, del encuentro astral, de sus decisiones y de por qué no tenía que entrar a valorar lo que él había hecho en el hotel con la chica de la coctelería, porque era insignificante y porque, aunque no había llegado hasta el final, les sucedía lo mismo que a los vampiros emparejados. Si otros que no eran sus compañeros les tocaban, sentían auténtico dolor físico. Intentar tener algo con la barman del hotel, fue una tortura. Tenía llagas en la boca por culpa del roce de su lengua, y le escocía la piel

del cuerpo.

Pero eso a Tamsin le traía sin cuidado, y con toda la razón del mundo.

Debería informar a Vael sobre lo que estaba haciendo. Y también sobre la intrusión del vampiro, que andaba muy cerca. Duncan lo intuía.

Sin embargo, Tamsin le había advertido sobre ello. No podía molestarla, no podía avisar a nadie o se metería en un lío.

La respetaría. No avisaría a nadie. Quería hacerlo bien y estar con ella. Él solo la ayudaría y averiguaría todo lo que Tamsin traía entre manos con las brujas.

Duncan alzó el rostro al cielo e inhaló profundamente.

¿Qué era ese olor?

¡Era la sangre de Tamsin, joder! ¡¿Qué le pasaba?! ¡¿Por qué sangraba?!

Duncan salió de su escondite, una cervecería de la avenida a través de la cual podía controlar la entrada de *Las tres brujas*, y salió a toda prisa hasta entrar en el local como un elefante en una cacharrería.

Abrió la puerta de par en par, la campana sonó profusamente y en un abrir y cerrar de ojos, estaba en la salita de la tatuadora, sujetándola de la mano para que esa aguja dejase de maltratar su piel.

Y Tamsin no necesitó darse la vuelta para saber de quién se trataba: el pecho se le encogió y el corazón le dolió. Solo una persona le provocaba eso en todo el mundo. Las palmas de las manos volvieron a iluminarse con aquellas lenguas etéreas de fuego azulado y eléctrico.

Duncan no debía estar ahí. ¡¿Cómo demonios volvía a estar tan cerca?!

—¿Qué crees que estás haciéndole? —preguntó con voz mortífera el vaélico.

La cara de Carmail era un poema. Era mulata, pero había perdido color, por palidecer del miedo. A Tamsin le supo mal que una humana tuviera que interactuar con el malaspulgas de Duncan, así que no se lo pensó dos veces:

—¡¿Qué crees que estás haciendo tú?! —Tamsin envió a Duncan contra la pared, y lo levantó del suelo dos palmos, dejándolo

anclado al muro, inmovilizado por las lenguas azules de Tamsin que ahora rodeaban su cuello y le impedían que diera la réplica.

Duncan no podía creer cómo esa mujer podía ningunearlo así y dominarlo con su poder. Era evidente que todos habían subestimado a las brujas originales. Él lo había hecho, y ahora estaba sufriendo las consecuencias.

—¡¿Cómo te atreves a entrar aquí así?! ¡¿Cómo te atreves a buscarme de nuevo?! —Tamsin se quedó de rodillas en la camilla, cubriéndose los pechos desnudos—. ¡¿Qué tienes en la cabeza, Duncan?!

—Ay, joder, joder… la puta hostia… joder… —rezaba Carmail hecha un ovillo en una esquina de la sala—. ¿Qué… qué está pasando?

—No está pasando nada, Carmail. Tranquilízate, respira y expira…

—¡¿Qué es ese hombre?!

—¿Ese? Un salvaje, un indeseable, un mezquino… —enumeró calmando a la mujer con su magia—. Ven, tienes que acabarme el tatuaje.

—Ya… ya casi está. Solo falta rellenarlo.

—Pues rellénalo y date prisa.

—Tamsin… —Duncan gruñía y se agitaba en la pared. Quería liberarse, pero no podía. La lengua de fuego lo estaba estrangulando.

—Ni me hables. Estoy a esto —unió el índice y el pulgar— de hacer que te estalle la cabeza como a los perros del inventor. Carmail, acábalo —ordenó sin perder de vista a Duncan.

Los tres escucharon el tintineo de la campanilla de la entrada. Acababa de entrar otra persona más. No pasaron ni treinta segundos cuando el grito de Effie puso a Tamsin y a Duncan en guardia.

Effie gritó tan fuerte, que Tamsin también supo quién acababa de entrar.

—¡Tamsin, es Khalevi! —advirtió Duncan nervioso.

—Ya lo sé. —Como para no saberlo. Eran muy poco discretos.

Así que, le dio la espalda a Duncan, se subió el vestido para no exponerse ante nadie, y antes de bajarse de la camilla, el vampiro los sorprendió y entró en la consulta sujetando a Effie por el cuello.

La mujer había recibido un mordisco. La sangre le chorreaba por

la parte delantera de la camiseta. Y estaba inconsciente.

—¡¿Dónde está la bruja?! —quiso saber, con sus labios tintados de rojo, clavando sus ojos rosados en Maiclar.

A Tamsin todo aquello le pareció excesivo y con mucha testosterona. Esos hombres actuaban como querían, no pedían permiso a nadie, y la estaban comprometiendo.

Tenía suficiente de esa mierda.

—¿A qué bruja estás buscando, chupasangre?

—A la original.

—Somos cuatro brujas originales, estúpido. Nos llamamos así entre nosotras. Podría ser cualquiera. Estas chicas solo son humanas. ¿Podrías dejar de comportarte como un sociópata?

—En Noruega. Después de nuestra transformación. Había una bruja, una *eks* —susurró con inquina—. Tengo una cuenta pendiente con ella.

Tamsin lo miró muy seriamente. Estaba loco. Así no se las trataba a ellas.

—¿Y qué te pasa? ¿No la recuerdas? ¿No sabes cómo se llama? ¿No la viste nunca?

—Sois cuatro, ¿no? Me faltan por conocer tres. Cuando llegue al foso, la encontraré.

—Estás mal de la cabeza si crees que puedes tocar un solo pelo de alguna de mis hermanas.

—Tú eres una bruja original y un lobo te ha tocado más que un solo pelo…

A ella el comentario le ofendió tanto que dio un paso hacia Khalevi con la intención de eliminarlo para siempre. Pero no podía volcar toda su frustración en el vampiro. Así que, se obligó a calmarse.

—¿Quieres que acabemos enemistadas con la Orden por tu comportamiento abusivo, Khalevi? Que yo recuerde, mordiste a Cami, me mordiste a mí, muerdes a estas mujeres… ¿puedes dejar de comportarte como un sanguinario?

—Mi *boss* fue un sanguinario durante mucho tiempo. Y después —sonrió y movió los hombros conforme— se rehabilitó. Solo quiero que me lleves hasta la bruja. Pensaba que estaría en este lugar. Tu sangre me dijo que era aquí donde necesitabas llegar.

—Hazte un favor y deja de pensar, vikingo. No es lo tuyo.

—¿A qué juegas? Solo estás dando tumbos —le echó en cara Khalevi.

—No estoy dando tumbos. Las brujas hacemos las cosas a nuestra manera. Dejamos que todo fluya. No como vosotros, que tenéis un mapa por escrito de todo lo que os dicen que tenéis que hacer.

—¿Es… es un vampiro? ¿Esto es una broma? Los vampiros no salen bajo la luz del sol —lloraba Carmail sobrepasada—. No entiendo nada…

—Dime dónde encontrarla, Tamsin y dejaré de perseguirte y de hacer estas cosas. Solo la quiero a ella —exigió Khalevi.

—¿Y tú crees —se dirigió hacia él— que te llevaría ante cualquiera de mis hermanas así? ¿Tienes una embolia cerebral? ¿No te llega bien la sangre al cerebro?

—Dímelo, Tamsin, o no me importará desangrar a esta chica hasta la última gota… Los humanos solo son peones. Yo no tengo los miramientos de la Orden.

—Por favor —Carmail seguía hecha un ovillo, llorando y mirando a Khalevi a través de los dedos de sus manos, que cubrían su rostro—. Déjala, por favor, nosotras no sabemos nada…

—¿No me lo vas a decir? —insistió el vampiro.

—No tengo nada que decirte —aseguró Tamsin—. No sé dónde está. No te estoy mintiendo.

Khalevi hizo una mueca desaprobando la respuesta de Tamsin y abrió la boca para morder a Effie.

Pero la bruja solo parpadeó otra vez, y esta vez le rompió el cuello hacia el otro lado, desconectándolo durante unos segundos más.

Effie cayó sin conocimiento al suelo, y Khalevi, muerto, durante solo unos minutos.

—¡Ah, Dios mío! ¡Dios mío! —exclamó Carmail hecha un manojo de nervios y descontrol—. ¡¿Qué está pasando?! ¡¿Qué…?!

Tamsin se acuclilló en el suelo y sujetó de las muñecas a la tatuadora para que le prestara atención. La miró directamente a los ojos y la obligó a escucharla y a obedecerla.

—Escúchame, vas a prepararme tres recetas. Necesito una de verbena, otra con polvo de setas, y una más que ayude a camuflar olores de feromonas. Y quiero que me las prepares ya.

—Tamsin, bájame, por favor —le pidió Duncan muy tieso contra la pared. No había podido hacer nada en todo ese tiempo. Solo contemplar el poderío de su bruja que, creía que no necesitaba ayuda de nadie. Pero estaba equivocada.

—No —contestó la bruja levantando a Effie sin tocarla, con un gesto de su mano. La hizo levitar, la colocó en la camilla y le tocó el pulso en la garganta con el índice y el corazón—. Sigue viva, menos mal.

—Tamsin, no…

—¡Cállate, Duncan! —lo desairó con la mirada, hundiendo su cuerpo en la pared y creando un boquete con la forma de su cuerpo —. Tengo la cabeza como un bombo por escuchar a hombres Alfa como vosotros. Ah no, que tú eres solo un Beta —le echó en cara—. Y el vampiro solo es gilipollas —añadió con sorna—. ¿Qué os habéis creído? ¿De qué vais? Todo esto es por tu culpa —desaprobó firmemente dirigiéndose a él—. No sé qué os pasa por la cabeza a vosotros. Os digo que me dejéis en paz, que no me torpedeéis y aquí estáis, creyendo que voy a hacer lo que me digáis, deseando controlar esta situación, como si vuestro plan fuera mucho mejor que el mío porque es vuestro. ¡Pero solo me molestáis! —le gritó caminando hacia él—. ¡Quiero que me dejes en paz y que te largues! ¡¿Me has entendido?! ¡Tú y yo no tenemos nada que contarnos! —le dio la espalda y pensó qué hacer con Effie y Carmail. La ira de Lillith se lo hacía todo más fácil. Le permitía sacar el temperamento sin complejos ni arrepentimientos. Debía irse de allí. Tenía el *lasabrjotur* delineado en la espalda, aunque no tuviera el relleno de color. Pero el símbolo estaba. Eso debía ser suficiente. Además, si leía bien entre líneas y captaba los mensajes, esa noche había una exposición basada en las tres brujas. Y tenía la intuición de que debía ir. Y, quería conocer también a la hija de Maiclar, a Alisa, solo para cerciorarse de que no era una pieza a tener en cuenta para su misión.

Recogería el local, borraría la memoria de lo sucedido a las dos tatuadoras y después se prepararía para el evento nocturno.

—Tamsin.

Cuando ella escuchó la voz lastimera y grave de Duncan, sintió una punzada de dolor en el corazón.

—Déjame en paz —le rogó ella.

—*Tha mi airson do chuideachadh.*

—¿Ahora quieres ayudarme? —dijo medio riéndose de él—. Después de tantos siglos de rabia y desprecio, ahora quieres escucharme y echarme una mano, ¿en serio?

Duncan se sintió mal por ella. Él no había entendido nada, y empezaba a comprenderlo ahora.

—No he sido buen compañero, y te pido perdón por lo que ha pasado y por lo que hice. Por favor, ¿podrías perdonarme, al menos, para que pueda ayudarte a encontrar ese foso de las brujas? Es lo que estás buscando, ¿no? —insistió llegando a su conclusión—. El foso de las brujas. La orden posee la Brújula de Shipton y sabe que cada foso responde a un símbolo. El de los vaélicos se abrió gracias a Cami, y tú eres la responsable de abrir el de las brujas, ¿verdad?

—Sí.

—Pero… por algún motivo, no sabes dónde está —entendió Duncan hablándole con mucho respeto. Con los brazos abiertos contra la pared, parecía que iba a ser crucificado—. No sé cómo hacéis las cosas vosotras. No sé de qué va esto, pero, al menos, déjame echarte una mano. Soy un buen rastreador. Soy un Beta que encuentra todo lo que se propone y tengo instintos que te pueden servir para tu propósito. Sobre todo, para protegerte, aunque creas que no necesitas protección.

—Es que no la necesito. Lo único que hacéis es estorbarme.

—Huelo el peligro antes que tú. Tengo instinto. Déjame ayudarte, por favor.

Ella no perdía detalle de sus expresiones ni tampoco de sus palabras. ¿Estaba siendo sincero? ¿Podía fiarse de él?

—¿Por qué debería hacerte caso? Tú me odias. ¿Por qué ibas a querer ayudarme ahora?

—Ahora sé la verdad, Tamsin. Y sabiéndola, no puedo odiarte como antes. De hecho, lamento haber sentido una emoción tan fea y oscura hacia ti. Sé que, parece ridículo que lo diga ahora, y que no me crees. Pero déjame ayudarte, confía en mí. No te arrepentirás.

Carmail entró en tromba en la salita, sujetando tres frascos contra ella.

—Aquí lo traigo todo: verbena, setas y una mezcla para eliminar olores. Se pueden ingerir. La verbena es muy dañina, las setas son muy tóxicas. Los lobos suelen envenenarse con ellas así que no le

des esto a ningún cánido.

—Perfecto, eso me interesa —miró a Duncan de reojo.

—¿Qué tienes pensado hacer? —a él esa cara no le gustaba nada.

—Está bien, Carmail —Tamsin tomó a la mulata por la nuca y le susurró—. Ahora duerme. Tú y Effie os despertareis en un par de horas. Pondremos el cartel de cerrado y dejaremos que os recuperéis. A Effie le ha mordido un gato —añadió como si fuera lo más evidente del mundo.

—Un gato… hay muchos gatos en Escocia. Sí, vale, debo descansar, tengo sueño —murmujeó Carmail cerrando los ojos, entrando en un estado de calma e hipnosis.

—Acostaos en las camillas y dormid. Cuando abráis los ojos no recordaréis nada de lo que ha sucedido. Todo estará limpio y recogido. Aquí no ha pasado nada. Nosotros nos iremos y será como si nunca nos hubieseis visto.

Carmail la obedeció y se tumbó en la camilla de la otra salita donde había estado dibujando un cuerno de unicornio Effie.

—Tamsin, bájame de aquí, por favor. No voy a molestarte —continuaba Duncan.

Tamsin se acuclilló y abrió el frasquito de la verbena para meterle un poco de polvo machacado en la boca a Khalevi. Cuando despertase, no sería apto para continuar tocándole las narices. La verbena era altamente tóxica contra los vampiros, porque era la hierba sagrada de Dios. El crisantemo la ayudaría para inhibir el olor de las feromonas que exudaba por haber sido marcada por Duncan. Joder, tenía que ser como una perra en celo. Por eso los Lupis la encontraron. Y el polvo de setas sería para Duncan.

Se incorporó y caminó hasta quedar frente al vaélico, que seguía en la pared, clavado como un recorte del Día de los Santos Inocentes.

—Fuiste atacada por los perros de Dios por mi culpa. Por mi marca.

—A esa conclusión también he llegado yo —sacudió el frasquito de crisantemo.

—Vendrán más. Con eso no podrás alejarlos. Las feromonas son demasiado poderosas, no se pueden anular así, Tamsin. Tiene que ver con la marca del vaélico.

—La marca del vaélico —dijo burlándose—. Soy invisible para la Legión del Inventor. Y solo me hago ver cuando quiero. Lo tengo controlado.

—No lo tienes controlado. Eres muy fuerte, Tamsin. Tienes mucho poder, mucho más que yo, lo reconozco —admitió sin ninguna vergüenza, sino con mucha admiración hacia ella—. Pero esas feromonas te ponen una diana en tu bonito culo. Revelan tu posición. Hay un modo de rebajarlas. Las exudas porque, sin ser consciente, me estás reclamando. Las hembras marcadas hacen eso, buscan a su compañero y los llaman así. Dejan ir ese olor que captan los vaélicos porque necesitan aparearse.

—No soy un perro. No quiero aparearme contigo, insensato —le increpó.

—Claro que no. Pero yo sí soy un lobo. Sin embargo, ese olor puede desaparecer con mi ayuda. No se irá solo, y menos con crisantemo.

—Se irá, si te mato —sujetó su barbilla y se la levantó, dejándole claro que ahí mandaba ella—. Si te mato, Duncan, tu marca se irá de mi cuerpo y tus feromonas ya no afectarán a las mías. Soy muy capaz de hacerlo, porque hasta la fecha, no me has aportado nada en absoluto. Poseo la ira de Lillith y eso nos da potestad para acabar con nuestro compañero y separarnos de él si no nos hace bien, por muy destinados que estemos a estar juntos. Tú no me haces bien, Duncan, porque solo me has acarreado dolor y cargas emocionales que no me merecía. —Sus ojos parecía que lanzaban llamas azules, pero se mezclaban con lágrimas de frustración y pena—. Y no creo en historias románticas que no me benefician. Las brujas nos queremos demasiado como para ser flojas y compasivas ante un compañero que no se merece nuestra compasión.

A él, oír aquello le quebrantó el alma y la voluntad. Tenía a su compañera en frente, y había hecho que no sintiera ni una pizca de empatía o cariño hacia él. Porque no lo conocía. No sabía quién era, cómo sentía o qué quería. Y no creía que fuera a ayudarla, porque no confiaba en él. Pero Duncan solo necesitaba una oportunidad. Solo una para demostrarle que sí eran compañeros reales y que podían tener algo maravilloso juntos, aunque hubiesen empezado con malísimo pie en un momento que no era el adecuado. Ahora, no

le fallaría, no la decepcionaría. Pero necesitaba esa oportunidad.

—Me merezco que me mates. Lo sé —asumió con dignidad. Ella cambió el rictus en cuanto escuchó esa confesión—. No obstante, tenía entendido que las brujas originales erais inflexibles, pero también justas. No nos conocemos, Tamsin. Ahora sé muchas cosas de ti por culpa de la ira de Lillith. Y sé que nuestros espíritus se reconocieron, pero yo no me he permitido conocerte ni hacer lo que me hubiera gustado hacer con mi compañera. Ha sido demasiado tiempo distanciado y encerrado en el cuerpo de un animal, y ahora me arrepiento de cómo te he tratado y de las consecuencias de mis actos. Pero, soy tu lobo, por mucho que lo quieras negar. Y soy tuyo, y te estoy pidiendo que me dejes vivir solo para que me dejes cuidarte como mereces y como deseo hacerlo.

Capítulo 13

La batalla más importante que había ganado Duncan, desde que tenía conciencia, era la de haber logrado que Tamsin le diera una oportunidad, mientras la ira de Lillith le recorría las venas.

Para él, era volver a vivir. Era renacer.

Era un jodido afortunado. No se la merecía, era cierto. Y era muy consciente de ello, pero, de algún modo increíble, ella decidió desclavarlo de la pared y perdonarle la vida. Y al perdonársela, también venía implícita la posibilidad de recuperarla y de arreglar las cosas entre los dos.

Porque era su compañera. Vaya si lo era. Duncan se había negado la posibilidad de sentir el deseo que sentía hacia ella, de aceptar su necesidad con naturalidad y agradecimiento. En vez de eso, se alimentó de rabia por haberse amarrado a una bruja que creía egoísta, fría, metódica y nada empática. Y acababa de darle varios bofetones para echar por tierra esa teoría.

No. Tamsin no era nada de eso.

Sabía muchas cosas de ella en ese momento, y ansiaba poder conversar los dos con tranquilidad, tomarse un tiempo para acercar posturas y eliminar distancias.

Pero la bruja no le dejaba.

Lo único que le había dicho era que «cargase a Khalevi», y que la siguiera.

Y eso había hecho Duncan religiosamente, hasta recorrer todo Dundee a pata, con un hechizo de invisibilidad que Tamsin había conjurado para los tres, para que la Legión no les detectase.

Había elegido una casa rural en la que poder hospedarse, en la periferia de Dundee, sin salir de la ciudad. No quería hoteles, porque siempre transitaba demasiada gente y, si los atacaban, acababa habiendo daños colaterales.

La casita no esta mal. Era la típica casita blanca, rural, con columnas de piedra, y paneles de madera en el exterior. Tenía un jardín con un par de bancos ubicados debajo de un árbol. Era un dúplex muy sencillo, pero les bastaba para ocultarse.

Duncan había ayudado a atar a Khalevi a la cama, con unas cuerdas, y Tamsin las había hechizado para que el vampiro no pudiera desatarse y realizar con las manos ninguno de sus sellos originales que tan bien los protegían.

Después, se había llevado el frasco con crisantemo, y se había ido a su habitación murmurando algo en voz baja y dejándolo en la habitación, junto al vampiro.

A Duncan le escocía la piel de la necesidad que tenía de estar en contacto con Tamsin, pero no quería avasallarla. Había una frágil tregua entre ellos y no la rompería con su necesidad más instintiva. Pero deseó seguirla hasta su habitación y, al menos, acompañarla.

Se miró en el espejo del baño de esa habitación y se agarró fuertemente al lavamanos. Se quitó la chaqueta y después la camiseta gris oscura por la cabeza, para contemplar el hematoma del pecho. Todavía había una herida en el centro y muchas venitas azules la rodeaban. A Duncan se le aguaban los ojos negros cuando recordaba el dolor y la agonía de la noche anterior, cuando creyó que Tamsin no iba a parar y que iba a romper el amarre con su inconmensurable poder.

Él había hecho el ridículo, intentando acostarse con otra chica solo para molestarla, para intentar hacerle pasar un mal rato a Tamsin, a sabiendas de que él también lo pasaría mal. Pero quería sentir algo que no fuera la frialdad y la desidia de siglos atrás.

Y ese algo, había tenido sus consecuencias.

Tamsin en modo ira de Lillith era inclemente y arrebatadoramente apasionada, porque era toda emoción, y no se ocultaba de nada. Lo habría destruido sin más, pero, a cambio, le había mostrado quién era ella y cómo era, para que se fuera a otra dimensión, reprochándose a sí mismo su ceguera.

Pero, teniéndolo todo de su parte, no le mató, entonces.

Y hacía unas horas, en el local de *Las tres brujas*, tampoco acabó con él.

Duncan se iba a agarrar a esa chispa de esperanza, a ese rayito de sol, para esforzarse y hacer que su pareja quisiera estar con él. Que lo admitiera y lo reconociera.

Se pasó la mano por el pecho malogrado y suspiró al oler el crisantemo. Eso no le iba a servir de nada a la bruja, y se lo tenía que explicar.

Caminó hasta la habitación de Tamsin, al lado de la de Khalevi y se encontró con la puerta blanca cerrada, cómo no. Duncan odiaba que le cerrasen las puertas, pero lo asumía.

Golpeó suavemente con los nudillos.

—¿Tamsin?

Silencio.

—¿Puedo entrar?

—No. Vete.

—Tengo que contarte algo. Déjame entrar, por favor.

Duncan olía el dolor, y se lo hacía suyo. Por eso supo que Tamsin no se encontraba bien. Había una herida, y también sangre.

—Tamsin, sé que no te encuentras bien. Estás herida. Puedo ayudarte —pegó la mejilla a la puerta y esperó pacientemente.

Silencio de nuevo.

—Nuestro amarre no está roto, Tamsin. Sé que desearías que lo estuviera, pero déjame que te enseñe las cosas buenas que puede hacer por nosotros.

—Mejor no —contestó con aquella voz de princesita estirada que encendía al vaélico.

—Te he dicho que te serviría de ayuda. Déjame entrar. No te tocaré, solo deja que te demuestre lo que significa tenernos cerca el uno al otro. El bien que nos hace.

—¿Por qué no me dejas tranquila?

Duncan dibujó una sonrisa en sus labios y posó la mano abierta en la puerta. Imaginó que al otro lado estaba ella, haciendo lo mismo.

—Porque no estás tranquila. Percibo tu inquietud y tu ansiedad. Deja que entre, haga lo que tenga que hacer y entonces, me vaya y te deje tranquila. Mi lobo está histérico y con muchas ganas de ayudarte. No es malo lo que te estoy pidiendo.

Medio minuto después, la puerta blanca se abrió.

Duncan observó a Tamsin, sentada en la cama, de espaldas a él, con el vestido negro bajado por la cintura y contemplando el jardincito por la ventana.

Su espalda estaba roja, inflamada y tenía manchitas de sangre. Era el tatuaje. El tatuaje era grande y se trataba de una herida considerable en la espalda.

El olor femenino de la joven lo endureció y le obligó a armarse de valor para sentarse tras ella, en la cama.

—¿Te duele la espalda?

Tamsin suspiró y asintió, sujetándose la parte del vestido por delante para que el vaélico no pudiera ver nada de ella.

—Las parejas tienen la habilidad de sanarse unos a otros. La cercanía nos hace sentir tan bien que, si hay heridas físicas, empiezan a cicatrizar. Pensaba que las brujas originales podíais cicatrizar solas.

—Y podemos. Pero, por algún motivo, el *lasabrjotur* no cicatriza.

—Es porque tienes compañero. Y porque estamos enfadados. Si estamos enfadados, nuestra habilidad para curarnos mengua. Cuando rompemos la confianza el uno del otro, se crea la brecha, y esa brecha, a nivel emocional, es un vacío. Pero a nivel físico impide que la carne se junte y cicatrice, como una grieta —estudió la piel perfecta de sus brazos y sus hombros, y comprobó que se había embadurnado de agua y crisantemo en polvo. Su lobo aulló de dolor, pero el hombre lo entendió—, de ahí su nombre. El crisantemo tampoco te hará nada, Tamsin. No contra las feromonas sexuales. El único que puede hacer que no te perciban, soy yo. Porque absorbo tus feromonas, que soy tu compañero y las quiero todas para mí. Soy un lobo esponja —eso hizo sonreír un poco a Tamsin, pero no la hizo hablar—. Por eso me necesitas cerca de ti, para que los perros de Dios no te vuelvan a localizar ni otras secciones de la Legión den contigo.

—No somos compañeros. Y no te necesito.

Él sonrió con tristeza y se acercó más a ella. Comprobó con mucho gusto cómo la piel de la espalda reaccionaba y poco a poco, los cortes de la aguja, se unificaban.

—Estás sanando… —dijo satisfecho. Inhaló profundamente y los

colmillos le explotaron en la boca. Tamsin le hacía la boca agua—. ¿Ves? No era tan difícil. Solo estando cerca obtenemos beneficios. Podrías cicatrizar mucho más rápido.

—¿Cómo? —continuaba mirando a la ventana. Cualquier cosa del exterior era mejor que mirarlo a él.

—Podría acariciarte la piel, o podría besártela y lamerla, Tamsin. La saliva de los vaélicos es curativa. Nuestra voz también. Oírla es calmante, nos abraza y nos arrulla.

Eso era algo que podía certificar Tamsin. Siempre le había encantado la voz de Duncan, y en ese momento de silencio y de intimidad que no había buscado, también le gustaba y le hacía sentir bien.

Era tan extraño.

—¿Me dejas que te cure las heridas bien?

Ella dio un respingo.

—No vas a pasarme la lengua por ningún lado.

—Es solo para ayudarte.

—No.

—Entonces… ¿puedo tocarte? ¿Puedo pasarte la mano por la espalda? Es solo eso. No te ha puesto crema en el tatuaje, está inflamado y se te puede infectar. Así será más rápido y cicatrizará en nada. Te lo prometo.

Tamsin abrazó el vestido por delante con más fuerza y, al final, encogió los hombros rindiéndose a la insistencia. ¿Qué daño iba a hacerle? Así dejaría de sentir el escozor que estaba sintiendo en la piel.

Duncan alzó el puño por dentro, porque era una pequeña victoria. Iba a tener que sumarlas y coleccionarlas antes de poder acercarse a ella como quería.

Se humedeció las yemas del índice y el corazón con la boca, y empezó a reseguir el *lasabrjotur* con lentitud y dedicación.

—¿Me vas a contar por qué te has hecho este tatuaje?

—Jadis me dijo que debía hacerlo.

—¿Y haces todo lo que te dice Jadis?

—En todo lo que se refiere a nuestra labor, sí. Ella es la única viajera del tiempo. Sabe lo que se hace. O eso creemos.

—Ah… —asintió.

—Ella me dijo que cuando saliera del foso, que me dirigiese a mi

paso hasta Dundee. Allí debía ir hasta *Las Tres Brujas* para hacerme el tatuaje. Mi intuición me diría todo lo que debía hacer a continuación.

Duncan se detuvo y miró su nuca. Su largo pelo negro descansaba sobre su hombro izquierdo.

—Entonces, tenía razón yo. No tienes plan. No comprendo cómo Jadis no te dice exactamente lo que tienes que hacer —continuó con su labor de sanación.

—Me lo ha dicho. El resto depende de mí. Las brujas originales no nos contamos lo que debemos hacer. Lo hacemos y punto. El inventor tiene ojos, oídos y chivatos en todas partes. ¿Por qué crees que conjuro burbujas del silencio allá donde voy?

—Ah… —Duncan miró a su alrededor—. ¿Estamos dentro de una burbuja de esas?

—Sí. Debemos protegernos mucho porque, aunque él no nos puede detectar dentro de su sistema, sus acólitos y su Legión sí pueden hacerlo, como por ejemplo me ha sucedido con los perros de Dios. Ellos no me ven, pero me huelen. No podemos confiarnos. El éxito de todo depende de cómo nos movamos y de las decisiones que tomemos. Tengo que encontrar el foso de las brujas, pero ni nosotras sabemos dónde está. Sé que estoy en el camino correcto, porque lo intuyo. Las brujas originales tenemos un sexto sentido. Vemos todo lo que rodea la realidad como si estuviera interconectado por hilos invisibles que vibran. Solo tenemos que seguir los que vibran igual para encontrar lo que queremos.

—Es asombroso. Pero lo veo muy complicado. Soy solo un lobo —bromeó.

—Así trabajamos. Al final, todo está conectado. La realidad del inventor se mueve por vibraciones, por eso nosotras procuramos no tocar esos hilos demasiado para que no vibren y el inventor nos oiga o nos intuya. Es el único modo de mantener la información a salvo de la Legión. *Au…* —se quejó levemente.

—Lo siento —se disculpó—. Es el proceso de cicatrización. Pero está quedando perfecto.

Tamsin calló. Quería disfrutar de esas caricias de Duncan. No sabía que podía ser tierno y cuidadoso. Casi siempre lo recordaba enfadado y rabioso con ella.

—Cuando quisiste arrancarme el corazón, me pasó algo —dijo él

en voz baja, acariciándola con la punta de sus dedos—. Quisiste que viera todo lo que sufriste y todo lo que sentiste cuando llegaste a mi tierra. Ahora sé que no podías hacer nada y que tú sufriste tanto como yo cuando viste cómo se llevaban a los niños o cómo mataban a los Reyes. Estaba ciego de furia y ciego de dolor porque mi pareja no quería venir conmigo y porque, siendo tan poderosa como eras, no comprendía por qué Lillith permitía eso y porqué tú accedías. No lo entendía. Pero ahora lo comprendo. No puedes tocar los hilos de la realidad del inventor, porque no podéis ser descubiertas. Pero eso no quiere decir que estéis conformes con todo lo que tenéis que hacer. Sufrís igual, pero aceptáis que ese es el sino de muchos —acarició el *lasabrjotur*—. No entendía que vosotras estáis aquí para mostrar otra puerta de salida distinta. Sois el único futuro posible. Sé que hice que te sintieras miserable todo ese tiempo en el foso. Por culpa de mi mordisco, porque te mordí sin permiso —lamentó, cada vez más avergonzado y arrepentido de ello por todo lo que supuso en Tamsin—. Y te encerraste con la manada, sabiendo lo que eso podía provocarles, contigo exudando hormonas e infestados de rabia. Soy una vergüenza como compañero. Nuestras compañeras son lo más preciado y yo me comporté mal contigo. Fui inconsciente e irrespetuoso. Eso explica por qué soy el Beta —asumió cariacontecido—. Siento haber tardado tanto en darme cuenta de esto. Ojalá y me dejes resarcirte —suspiró y posó la mano entera en su tatuaje—. Discúlpame por haber pensado tan mal de ti. Y gracias por cuidar de los míos como hiciste.

Tamsin no sabía que necesitaba una disculpa así ni un reconocimiento sincero a lo mal que él lo había hecho. Pero aquellas palabras fueron como puntos de sutura para sus heridas abiertas. Al menos, ahora sabía que Duncan confiaba en ella y ya no creía que era la encarnación del Mal.

—Tú y yo no debíamos haber coincidido nunca —dijo alzando la barbilla.

—¿Qué quieres decir?

—Llegamos antes.

—¿Cuándo? —Duncan no comprendía esa observación.

—El día que nos conocimos, en tu castro, en la cueva de la bruja Leta. Llegamos antes. Llegamos casi dos días antes de que Heubert y Lycos os encerrasen. Jadis no calculó bien en su viaje en el tiempo,

y aparecimos muy pronto. Eso propició que nos conociéramos y que tú me marcaras. Justo después llegó mi madre y os reunió a todo el clan para explicaros lo que iba a suceder. Si hubiésemos llegado cuando realmente tocaba, que era en el momento exacto de meterme en el foso, tú no te hubieras fijado en mí y no me hubieras besado ni tampoco me habrías marcado. Así que, todo lo que sucedió, fue un error.

¿Un error? El lobo aulló lastimado por ese rechazo, pero Duncan había decidido no darle las riendas al lobo mientras Tamsin y él estuvieran en zona de acercamiento. Le debía eso y mucho más.

—Tamsin, no fue un error. El error fue mi comportamiento —posó sus manos sobre sus hombros y la obligó a darse la vuelta. Cuando la miró a la cara ella parecía asustada, y había estado llorando en silencio. A Duncan le partió el corazón—. Yo me amarré a ti de manera auténtica. Eso es real. El lobo nunca se equivoca. Podría haberte visto solo ese momento entrando en el foso, que mi lobo habría ido a por ti igual, para morderte, aunque no supiera ni cómo te llamabas.

Ella no acababa de creérselo. Se cubría el pecho con el vestido y miraba a todos lados menos a él, porque estaba nerviosa y no quería exponerse más. Además, él no llevaba camiseta y tenía el pectoral amoratado por su intrusión y su ira.

Sin embargo, había algo que no iba a olvidar, una punzada terrible que la atravesaba cada vez que pensaba en ello y que le dolía en el orgullo y también en el espíritu.

—Un lobo amarrado no se acuesta con otra mujer. Y tú estabas en ello ayer noche —Tamsin no quería pensar en lo mucho que eso le había dolido—. Sé que nuestro vínculo no ha sido en ningún momento como debería haber sido, pero, siempre he sido romántica al respecto —reconoció como si ya se hubiese rendido—. No has tardado en irte con otra, Duncan, desde que se rompió el hechizo y volviste a ser un hombre libre. Llevo días avanzando sola y tú solo has querido hacerme daño.

La cara de Duncan cambió por completo. Era un hombre que reflejaba todas sus emociones en su rostro, que no las ocultaba. Y en ese momento, acababa de recibir un derechazo brutal que lo avergonzaba. Porque Tamsin tenía razón. Otra cagada más a la lista de «cómo ser un lobo amarrado de mierda».

—Tamsin… lo hice porque estaba reventado. Me lo reprocharé mil veces. Siempre. Sabía lo que eso iba a hacerte, y solo quería… quería que sintieras lo que pasaba. Porque así me había sentido yo todo este tiempo. Abandonado, rechazado, engañado… Pero, no tengo excusa ni perdón. Solo puedo decirte que lo siento sinceramente —agachó la cabeza y también las orejas.

A Tamsin le recordó a un perro arrepentido.

Pero Duncan no era un perro. Era un vaélico. Medio hombre y medio lobo. Era un Lilim capaz de cualquier cosa por hacer prevalecer su ley.

—Pero también debo ser sincero —levantó la cabeza de nuevo, y sorprendiendo a Tamsin, su mano derecha cubrió la mejilla izquierda para acunarla con delicadeza. Sus ojos negros brillaron con una verdad que nacía del espíritu—. Ya sé que no quieres oír esto. No me arrepiento de haberte mordido. Eres mi compañera, lo sé yo y lo sabe mi lobo. Siento haberte asustado y haber hecho las cosas así, y te agradezco que me hayas perdonado la vida. Pero sigo sintiéndome igual respecto a ti. Nada ha cambiado en todo este tiempo. Llevo siglos queriéndote y odiándote, y ahora que el odio ha desaparecido, te deseo con tanta intensidad que te sonrojaría saber lo que me gustaría hacerte. Quiero cuidarte, quiero protegerte y quiero tocarte hasta aprenderte de memoria. Soy tuyo, Tamsin y puedes hacer conmigo lo que quieras. Me entregué a ti al morderte, y me he rendido a ti al conocerte mediante esa brutal ira de Lillith. Lo que decidas hacer conmigo estará bien, estoy en tus manos. Pero estoy amarrado a ti y sé que tú también sientes cosas por mí, aunque ahora estés enfadada y dolida conmigo.

Tamsin parpadeó varias veces para asimilar esa información.

Duncan seguía creyendo que se pertenecían. Y a ella le gustaba saberlo y también le gustaba que él pensase así, porque había sentido muchísima curiosidad hacia él y porque ella también lo había deseado. Y sabía que Duncan lo sabía, porque ahora la conocía y había visto lo bueno y lo malo a través del don rabioso y desvinculante de su madre.

Y tenía miedo.

No fue el momento para ellos siglos atrás.

¿Cómo sabía si lo era ahora?

—Necesito ayudarte.

—¿A mí? ¿A qué?

—Quiero feromonas. Las tengo que absorber.

—¿Qué quiere decir eso?

—Que acumulas feromonas, Tamsin y más acumularás hasta que tú y yo no lo hayamos hecho, ¿entiendes? Una vez intimamos y yo te poseo y te marco, nuestro amarre acaba siendo consolidado, estás oficialmente marcada y dejas de exudar esta esencia afrutada que no solo me vuelve loco a mí, sino también a nuestros antagonistas. Si sigues oliendo así, la Legión vendrá donde sea que te encuentres. Acabarán descubriéndote.

Ella se apartó de él y se levantó de la cama, todavía tapándose el pecho con el vestido.

—Tus hechizos no sirven para anular la marca vaélica ni para tapar las feromonas. Tu capa te cubre y te hace invisible, tu naturaleza es indetectable para el Inventor, pero —se levantó y se colocó delante de ella—, tu olor te descubre, nena. Y quiero todo eso para mí. Es como alimento. Hace que desaparezca nuestra ansiedad por aparearnos.

—¿La mía también? —preguntó abriendo los ojos con grata sorpresa.

—Sí. La tuya también. Los vaélicos somos así de físicos y químicos. Necesitamos nuestras sustancias para calmarnos. Tú eres como un chute de la mejor droga para mí. Como la sangre de sus compañeras para los vampiros. Menos para Khalevi, claro, que le da igual el grupo.

Eso hizo sonreír a Tamsin, y el Beta se quedó más enamorado de ella de lo que ya lo estaba.

—Joder… —graznó entre dientes—. Hace que me sienta como un miserable saber que no te he hecho sonreír así hasta ahora. Es la primera vez que veo tu sonrisa. Y es preciosa.

—Vale… —se le estaba acelerando el corazón y se sonrojó repentinamente—. Feromonas.

—¿Qué?

—Has dicho que querías absorber mis feromonas para no llamar la atención de la Legión.

—Sí.

—¿Cómo piensas hacerlo? —preguntó con curiosidad.

Duncan, que era un lobo, sonrió como tal y la tomó de la cintura

para a acercarla contra él.

—Besándote, Tamsin. ¿Recuerdas cuando nos besamos en el lago?

—Sí… —no lo iba a olvidar jamás, porque aquello fue el principio del desastre. Y temía que esto fuera igual.

—Pues este beso que te voy a dar será completamente distinto. Hay muchas partes del cuerpo que exudan feromonas. Unas hablan de territorialidad, y estas están en mayor medida en la boca, entre el labio y la nariz. Cuando los lobos enseñamos los colmillos y levantamos el labio superior para marcar a nuestras hembras y para marcar nuestro lugar, emitimos esas feromonas. Y tú también las dejas ir, como hembra, aunque no seas un lobo, pero las feromonas en mi mordisco te han afectado y han revolucionado a las tuyas.

—Creo que estamos demasiado cerca…

—Para besarnos hay que estarlo.

—¿Te estás burlando de mí?

—No. No tengas miedo. No te haré daño —reconoció muy preocupado. Le retiró un mechón negro de la cara y se pegó más a ella.

Ella alzó la cabeza y le dirigió una mirada de inseguridad.

—¿Seguro que este es el modo de controlar las feromonas? —entrecerró sus ojos azules hasta convertirlos en dos suaves y delgadas líneas.

—Eres una bruja original, Tamsin —le recordó trabajando su seguridad—. Puedes hacer que me reviente la cabeza. Eres mucho más poderosa que yo, así que deja de temerme, por favor. Además, esto lo necesitas tú mucho más que yo. Te sentirás más relajada, más liberada.

—Solo es un beso.

—Si te sientes mejor, dejaré que me beses tú. ¿Recuerdas? —sonrió melancólico.

Sí, lo recordaba. Ella lo abandonó en el lago, porque tenía miedo a ir a más con él, pero él le permitió que llevase la delantera, como ahora.

—No vas a irte, ¿verdad? —quiso cerciorarse él.

—No —Duncan lo estaba deseando. Y ella también. Y le parecía tan honesto.

—Bésame, y dame esas feromonas. Venga —la urgió.

Tamsin sintió la dureza de Duncan contra su vientre, y se quedó paralizada. Estaba excitado de solo olerla. Era increíble.

Ella se puso de puntillas porque, aunque llevaba tacones, no alcanzaba a poder besarle la boca bien.

Podía besarle. Podía hacerlo.

Y si era el mejor modo de tranquilizarse, dejar de sentir esa ansiedad y dejar de emitir una señal para los perros de la Legión, entonces ya estaba tardando.

Capítulo 14

Tamsin colocó las manos sobre sus hombros, y no se podía creer lo que estaba haciendo. Iba a besarlo de nuevo, después de tantísimo tiempo y mucho sufrimiento y agonía, sus labios volverían a tocarse.

Tamsin había visto muchos besos, y había practicado también en la realidad, pero un beso con un vailos era totalmente distinto a los que había dado antes.

Los labios de Duncan eran sexis y muy mullidos. Tenía una boca hermosa y una sonrisa brutal.

No le hizo falta mucho para advertir que el tema de las feromonas era real, y se palpaba en la boca, en el cosquilleo de los labios, y en algo muy sensible que tenía debajo del labio superior y que, ante el roce con los de Duncan, enviaba un calambre erótico hasta su sexo.

Jamás sintió nada parecido.

Tamsin se animó más a abrir la boca y deslizó una de sus manos hasta la nuca de Duncan, que la recibía encantado con lo intrépida y curiosa que se estaba volviendo Tamsin.

Evidentemente, acababa de darse cuenta de que lo de las feromonas no era una leyenda urbana, sino una realidad de su especie Lilim.

Este era otro tiempo, otra época, con muchas más comodidades y lujos para los humanos, y sobre todo para los amantes.

El tiempo en que se conocieron la tierra estaba sumida en una guerra constante entre paganos e Inquisición. Era una época oscura.

Y la actual tenía más luces y más atrezo, pero la oscuridad seguía viva entre las sombras, sibilina y taimada y disfrazada de ley, orden y religión. No era algo reminiscente.

Y lo único verdadero que podía extraer de ese momento, de ese tiempo en el que Duncan y ella volvían a coincidir en el exterior, era justamente ese beso. Eso era real.

Lo sentía en el corazón, en el vientre, en su piel que palpitaba al tocar a Duncan.

Caramba, era una locura. Se había dejado llevar por la ira de Lillith e incluso así, no había sido capaz de acabar con él.

Duncan siempre la vio, incluso antes de morderla o besarla. Siempre la vio, a pesar de la capa o cuando se la quitaba. Y eso quería decir que él era el único para ella. Y le daba terror pensar que, tal vez, estaba ante su amor eterno y original. Porque eso implicaría tener una debilidad.

Y de repente, entre esos pensamientos, Duncan introdujo su lengua por debajo del labio superior, como si recogiese esas famosas feromonas sexuales de ahí, y algo en Tamsin se encendió como un piloto automático.

De repente, se pegó a él, hundió la otra mano en el pelo rubio y largo de Vaélico, y lo besó con gusto, con hambre, como si fuera un banquete.

Duncan gimió en su boca y caminó con Tamsin hasta la pared de enfrente, para apoyarla. Tamsin se enrollaba en su cuerpo como una serpiente y unía su lengua a la de él con mucha intuición, como si supiera lo que le gustaba al Lobo. Él, desde luego, sabía lo que le gustaba a ella. Sus manos se deslizaron por sus caderas, y después descansaron en su trasero.

Eso no era solo un beso. Era como hacer el amor, sin hacer él amor. Era puro sexo y seducción. Y Tamsin se estaba calentando tanto que dudaba de que pudiese parar.

Duncan le colocó el muslo entre las piernas y Tamsin se vio sorprendidamente sentada sobre su increíble cuádriceps de acero. Los cuerpos de los vaélicos eran admirables. Pero el de Duncan, que parecía un Rey de la Selva celta y rubio, se salía del molde.

Tamsin empezó a mover las caderas, y Duncan acompañaba el movimiento con sus manos, incitándola a bambolearse hacia adelante y hacia atrás, mientras continuaba azotando su lengua con

la de él, y mordiéndole los labios siempre que Tamsin lo dejaba.

Tamsin se frotaba contra él, y sentía su sexo inflamado. No dejaba de estimularla, no dejaba de exigirle y de pedirle más besos, era el Lobo quien los quería, pero era el hombre quien controlaba. Ya sabía que eran indivisibles, pero agradecía que Duncan se controlase.

Le había tomado el pelo. No solo iba a ser un beso, y lo supo cuando la sujetó contra la pared, y apretó más el muslo contra ella, alzándola más del suelo mientras la sujetaba del rostro de manera posesiva.

Se iba a correr. Iba a alcanzar el orgasmo así. Con solo un beso y con Duncan sujetándola.

Era increíble. Tremendo.

Ni siquiera pudo aguantar el gemido que salió desde el fondo de su alma al llegar al clímax, pero oyó a Duncan gemir igual, como si él también se estuviera corriendo. Y eso la hizo tan feliz, que se sorprendió de esa emoción.

¿Cuántas veces habían hablado con sus hermanas de los besos intercambiados con otros hombres? Todas decían lo mismo. Que no eran nada del otro mundo.

Que había que sabían besar y había que no. Pero ninguno era su tipo escoba, que era el tipo de hombre que hacía volar a las brujas.

Duncan entraba dentro de ese selecto grupo en el que, por ahora, solo se encontraría él.

Sentía la cabeza en una nube y el cuerpo laxo. Como si la hubiesen drogado. Muy parecida a la sensación de la ronda de Ayahuasca que orquestó la Antigua chamana de la selva amazónica que una vez conocieron.

Pero este viaje y este globo eran distintos.

Tamsin cortó el beso, porque considero que los labios de Duncan eran de él, y después apoyó la frente en el hombro del Vaélico, todavía luchando por recobrar el aliento.

—Voy a tener que cambiarme. Necesito ropa —susurró contra la cabeza de Tamsin.

—¿Qué?

Duncan bajó la mirada hacia sus pantalones. Y Tamsin hizo lo mismo.

—Me he corrido encima. Tus feromonas me ponen muy

cachondo, bruja —apoyó las manos en la pared, y Tamsin se deslizó poco a poco de su pierna, hasta volver a tocar el suelo con sus pies.

Ella lo miró todavía acalorada, y se congratuló de verlo igual, con el puente de la nariz fijo y sus ojos negros brillantes y apasionados.

Si le quitase el pantalón se quedaría desnudo por completo. Pasó la mano por su pecho y le encantó lo suave que era, y después advirtió que ya no había herida en él. Había cicatrizado por completo. Como su espalda, que ya no le ardía.

—¿Ves? Podemos sanarnos —le recordó. No quería volver a tocarla, porque temía no saber parar. En ese momento, el lobo arañaba la puerta y la quería tirar abajo. Y no iba a echar por tierra los avances que había hecho con ella, solo por pensar con la polla.

—Ya veo —Tamsin apartó las manos de su pecho, y se agachó para pasar por debajo de los brazos de Duncan. Ella carraspeó y se pasó el pelo por detrás de la oreja—. Creo que me voy a dar un baño.

—Tamsin —Duncan clavó sus ojos negros en ella por encima de su hombro.

—¿Sí?

—¿Cuál es el plan? ¿Qué tienes pensado hacer hoy?

—Vamos a una exposición en el museo McManus.

—¿A qué hora?

—A las nueve y media.

—Bien. Queda un rato para eso. ¿Tienes hambre?

Ah, joder, pues sí, tenía hambre. Y más después de aquel interludio ardiente y sexual con él, se le había abierto el apetito.

—Sí.

—Me tengo que cambiar. Conseguiré otra ropa y después, nos iremos a comer algo, ¿te parece?

Tamsin agradecía que hubiese pensado en ella en ese ámbito. Y también le parecía increíble que fuera a salir a comer con un Lilim, como una cita de verdad. Pero lo que más la dejaba sin palabras era que no había preguntado ni para qué iban al museo ni si le parecía bien o no. Acataba lo que ella decía, porque le había prometido ayudarla y estar ahí para ella.

Y Tamsin agradecía mucho que en ese momento no cuestionaran sus decisiones ni la presionaran de más. Suficiente hacía con

permitir que Duncan estuviera con ella, cuando ella trabajaba sola.

—Me parece bien —ella agachó la cabeza y se metió en el baño. Le hubiese encantado meterlo a él también en la ducha, pero prefería mantener la calma. No se iba a volver loca, aunque lo desease mucho. Era hija de Lillith y aún se sentía herida en su orgullo por saber que Duncan había sido tocado por otra y que estuvo a punto de acostarse y meterse en el interior de otra mujer.

El pensamiento era tan posesivo y territorial que la impresionó, pero no cambió de parecer. Eso era lo que sentía y no lo pensaba maquillar. Las hijas de Lillith se hacían valer. No cedían ni ofrecían el perdón absoluto por mucho que su compañero encendiera su cuerpo.

Tamsin no estaba lista. No era una mojigata ni una santa ni tampoco una virgen.

Solo quería que Duncan supiera que las cosas que le dolían, le dolían de verdad, y no iban a desaparecer con un calentón.

Aunque había empezado a sanar con una sincera disculpa y un buen beso apasionado y lleno de promesas, como el que él le había dado.

Duncan quería aullar por la calle de lo feliz que se sentía. Era increíble que, con todo lo que les estaba viniendo encima, solo pensase en lo bien que olía su compañera y en lo mucho que le apetecía estar con ella y mimarla. Las feromonas se habían rebajado considerablemente, pero todavía olía deliciosamente bien. Sin embargo, con él al lado y por fin, más cercanos que antes, no había demasiado por lo que preocuparse. Porque él era el lobo esponja, como le había dicho. Y no dejaba ni una sola feromona al aire, se las llevaba todas, como un egoísta.

Tamsin le sorprendió vistiéndole como él le había pedido. Iba con un tejano roto por las rodillas, una camiseta blanca, unas Adidas negras Retropy F2, su chaqueta Blue Wellford negra y una gorra.

Le había dicho que Vael odiaba las gorras Trucker, sobre todo esa de Goorin Bros con un Lobo blanco estampado. Tamsin dijo que a ella le gustaba cómo le quedaban a él.

Así que se la había puesto con la sonrisa orgullosa de un hombre que se pavoneaba.

Una bruja original podía crear ropa, conjurarla, invocarla… era

una maravilla. No había nada que a esas mujeres se les resistiese, y Duncan se descubrió a sí mismo queriendo saber mucho más de ellas, de quiénes eran, de qué función tenían. Todo sobre Tamsin le interesaba.

Pasearon por Dundee hasta llegar al restaurante que Duncan había localizado. Y una vez dentro, pidieron una mesa retirada del resto.

Tamsin se había vestido con unos pantalones de color negro cortos, una camiseta blanca de algodón un poco holgada y encima una cazadora corta de piel marrón con muchas cremalleras. Y en los pies, unas botas de caña alta y de color negro.

Iba muy guapa, y a Duncan se le iban los ojos constantemente a sus piernas y a su trasero. Pero lo que más le gustaba era su cara. Se embobaba observándola.

—¿Estás nerviosa?

—No estoy tan segura a como iba cuando iba completamente sola. Y menos al saber que me pueden detectar por el olor del amarre.

—Ahora no. Es muy sutil —la tranquilizó.

Le retiró la silla de la mesa y acomodó a Tamsin. Él se sentó en frente. Era una mesa para dos comensales, circular, en un restaurante en el centro. Habían ido al Collinsons, un restaurante de la guía Michelin, en Brown Street. Se pidieron lo mejor de la carta, y también un buen vino.

—¿Puedo preguntarte cosas relacionadas con lo que vi ayer mientras me intentabas matar con tu ira de Lillith?

—Sí, puedes. —Tenía más hambre de la que pensaba. Así que empezó con los panecillos y con la mantequilla.

—Tu tiempo en el foso… ¿qué hiciste para sobrevivir? ¿Cómo podías contactar con tus hermanas desde allí?

Tamsin se sujetó el aglaonice y lo acarició con cariño.

—Como os dije; pasé gran parte del tiempo obligándome a tener sueños reparadores. Y después, podía contactar con mis hermanas gracias a esto. Es mi aglaonice. Todas tenemos uno y forma parte de un espejo muy especial. Que queremos intentar reconstruir de nuevo.

—¿Y me vas a contar la historia? La quiero conocer, Tamsin.

—No la sabe nadie.

—Yo no abriré la boca.

—¿Ni siquiera a Vael, tu Alfa? —les llenaron las copas de vino como si fueran robots. Evidentemente, era Tamsin quien controlaba ese salón.

—No, Tamsin. Mi compañera estará siempre por encima de mi Alfa. Mis necesidades y prioridades han cambiado —contestó muy serio. Tamsin tragó cohibida por su vehemencia—. ¿Sabes que soy el Beta solo por ser un año más joven?

—¿Crees que eres Alfa también?

—Siempre pensé que podría serlo. Lo sería, seguramente, en un clan sin mi hermano. Pero, entonces, no sería mi clan. Y estoy muy cómodo siendo el Beta. Pero, cuéntame. Me hablabas de tu aglaonice.

—Hace mucho tiempo, crecimos con las enseñanzas de las brujas de Tesalia, sobre los cristales y los espejos, y sobre cómo usarlos, para contactar con personas e incluso lugares fuera de esta realidad. Creamos un espejo increíble, con el que creímos que podíamos atravesar el velo del inventor y encontrar la fuga en su sistema. Solo algunas de las brujas de Tesalia sabían lo que íbamos a hacer, entre ellas, la gran Aglaonice, la primera en descubrir los portales de los espejos. Teníamos una misión muy clara. La primera: encontrar la dimensión de Caín y sacarlo de su cárcel. La segunda: hallar al Príncipe.

—¿El Príncipe? ¿Qué Príncipe?

—Fue un hijo del Inventor, que al principio fue ángel, y después, cuando descubrió la realidad y el engaño del creador, se rebeló contra su plan, y el inventor lo desterró y lo encerró en un Averno especial donde se dice que es torturado cada día. Creemos que él es el único que sabe cómo salir de aquí, porque descubrió su trampa. Por eso el inventor lo encerró. Y el tercer objetivo era llegar al reino del inventor y enfrentarlo.

—¿Y todo eso pensabais hacerlo solas? ¿Sois tan poderosas?

—Creíamos que sí. Pero, tal vez, pecamos de soberbias. Hasta que descubrimos que estamos expuestas igualmente a las traiciones de los hijos del inventor —bebió vino tinto y sonrió complacida—. Prefiero otras bebidas. Pero este vino está rico. El día que íbamos a emprender nuestro objetivo —continuó— una de las brujas de confianza de Aglaonice, le contó a un sacerdote *speculari*,

archienemigos de las brujas de Tesalia, lo que íbamos a hacer. Esos sacerdotes estaban obligando a las brujas a enseñarles todo lo que sabían sobre la criptonomancia, que era lo que hacían las brujas de Tesalia y lo que habíamos aprendido a perfeccionar nosotras. Ellos boicotearon nuestra invocación en medio del primer objetivo. Querían llevarse el espejo, y mataron a muchas brujas para conseguirlo, pero a nosotras no nos podían ver así que no nos podían apresar. Entonces, para que no lograran su objetivo de llevarse el espejo, nuestra hermana Circe tomó una determinación: se sacrificó por nosotras, nos ordenó que cada una se llevase un trozo del espejo para que jamás pudiera estar completo, y se metió dentro del espejo para romperlo desde el otro lado, porque ese era el único modo de evitar que nadie pudiera hacerlo servir. Perdimos a mi hermana aquel día —recordaba con mucha tristeza—, y desde entonces intentamos contactarnos con ella a través del aglaonice, así llamamos a los fragmentos diminutos del espejo que nos llevamos. Gracias a él, podemos seguir comunicándonos, aunque con ella nunca podemos hablar ni tampoco verla. El cristal vibra cuando la pensamos y la llamamos, y queremos creer que es porque ella responde así. Esté donde esté, parece que no puede ser vista —Tamsin exhaló y jugó a darle vueltas a la copa de vino—. Somos expertas en criptonomancia. Solo nos hace falta un reflejo, la luna, unas gotitas de sangre, a veces, muchísimo conocimiento sobre las leyes del espejo y un poco de *Hocus Pocus*.

Duncan sonrió ante la expresión. Era evidente que era un chascarrillo.

Los camareros trajeron los primeros platos, y los dos continuaron hablando mientras probaban los deliciosos bocados del menú. Se habían pedido salteado de verduras y carne con salsa de trufas y patatas *baby* al horno.

Duncan no quería dejar de escucharla. Le parecía fascinante lo que Tamsin le contaba sobre las brujas y lo que hacían.

—¿Qué pasó con ese espejo roto?

—Sabemos que se llevaron los trozos y que alguien de la Legión lo esconde.

—¿Y queréis encontrarlo?

—Creemos que algo nos salió mal, y que, para volver a conjurar al espejo, debíamos alejar a la Legión. Porque el inventor sí

detectaba el espejo, de ahí que nos encontraran.

—Pero si creáis un espejo así en la realidad del inventor, él siempre lo detectará.

—Esa es la clave.

—Pero a vosotras no os ve.

—No. A nosotras no. Cuando estamos dentro de una casa, siempre nos protegemos con la invisibilidad para que cuando nos miremos a un espejo, nadie nos pueda encontrar ni detectar. El inventor adora los espejos, y es a través de ellos como vigila a la humanidad. Son sus ventanas al mundo. Después de lo sucedido con Circe, mi madre Lillith entró en cólera. Y nos dijo que lo arreglásemos. Que ella suficiente tenía con preocuparse por las Antiguas como para encargarse también de las brujas jóvenes. Pero temía que el Inventor pudiera detectarnos después de lo sucedido con el espejo y el sacerdote *speculari*. Así que decidió que era momento de empezar a dispersarnos en tiempos y lugares remotos de la realidad, para preparar nuestra vuelta cuando el inventor menos se lo esperase. Que deberíamos tener paciencia para encontrar a Circe y sacarla de donde estaba. Y que era momento de replegarse para dar el ataque final con más fuerza. Ella tenía la jugada perfecta. Pero se necesitaba tiempo para llevarla a cabo. Y por esa razón, yo acabé con los vaélicos, Jadis viajando en el tiempo, y moviéndonos a su antojo y Ceres en otro foso encerrada, mientras Circe sigue en un limbo, y no sabemos si está bien o no. Aunque esperamos encontrarla y sacarla de allí.

—Así que el aglaonice es como la antena de un móvil —había concretado mucho. Pero era una simplificación muy entendible.

—Más o menos —Tamsin dejó ir una risita.

—Y Lillith es quien manda.

—Por supuesto. Es la Primera. Con el tiempo, descubrimos que ella siempre tenía razón. Así que ya asumimos que la jugada que ella y Caín han pensado, no tiene fisuras, a no ser que nosotras no hagamos lo que se supone que debemos hacer.

—Pero no sabéis cuál es la jugada exactamente.

—No. Mi madre tiene muchos dichos, entre ellos: Nunca hables de tus proyectos, solo cuenta tus conquistas.

—Todos queremos a Lillith y todos la veneramos. Somos sus hijos, ¿no? Hubo una época oscura en mí, mientras me dejaba

comer por la rabia —explicó Duncan—, que no entendía por qué Lillith dejó que hicieran eso con nosotros. Pero, con el paso del tiempo y el transcurrir en esa realidad, lo fui comprendiendo. Estábamos completamente vendidos, y los humanos no despertaban. La Legión tenía la maquinaria perfecta para darnos caza y controlaba a todos a través del miedo. Ahora, no sé si es mejor momento que antes, pero sí sé que hemos perdido mucho, y que eso nos ha hecho más fuertes para focalizar y enfrentar al inventor como queremos. Sin fisuras. Hay más medios para llegar a los humanos, pero hay más distracciones y más desinformación. De una verdad pueden hacer muchas versiones y construir una mentira. Y la gente lo cree —asumió decepcionado—. Pero he aprendido que no podemos frustrarnos por ello. Al final, todos tienen lo que se merecen. Y nosotros, lo único que podemos hacer es salir de aquí y ayudar a salir a quienes realmente entiendan lo que pasa. No puedes abrirle los ojos a todo el mundo si lo que quieren es mantenerlos cerrados.

—Sí —Tamsin saboreó la comida y cerró los ojos con gusto—. El inventor tiene toques increíbles. La comida de aquí es adictiva y es de por sí una distracción.

Para Duncan, la mayor distracción era ella. La noche anterior estuvo a punto de matarlo, y ahora podía comer con ella y conversar, después de haber compartido un beso incendiario. Sí, la realidad del inventor era un caos, pero la imprevisibilidad y la espontaneidad de los seres que la ocupaban, era la salsa de esa vida.

—Te he visto comer en el foso, te he visto ver exteriores, también escuchando música. ¿Cómo? ¿Cómo lo has hecho?

—Con el aglaonice. El foso tenía un agujero en el techo sobre el que, a veces, se contemplaba la luna. Además, había un pequeño lago, una balsa de agua. Cuando la luna reflejaba en el agua era como un espejo —alzó el índice y se tocó la yema—, no te imaginas la de veces que tuve que pincharme para poder convertir el lago en una puerta de contacto con el exterior, que yo jamás podía cruzar, pero sí podía hacerla servir para ver cosas. Y lo hacía gracias a Jadis. Ella nos contactaba con el aglaonice, y hacía lo mismo desde donde estuviera. No necesitaba mucho: agua, el aglaonice y la luna. Por eso hemos visto a través de sus ojos tantas cosas. Por eso ella nos facilitaba la comida a mi hermana Ceres y a mí. Veíamos lo que

ella veía mientras divagaba por el mundo. Escuchábamos música, veíamos series de televisión, estuvimos en un autocine una vez, probamos McDonald's, Coca-Cola, drogas…

Tamsin arqueó las cejas negras y se aguantó las ganas de reír, porque quería ver cómo respondía Duncan.

Pero el lobo no parecía reaccionar, y masticaba concentrado en ella.

—Siendo lobo me he comido setas alucinógenas y he visto ovnis —declaró Duncan encogiéndose de hombros—. Y una vez comí hojas de San Pedro al natural y me olvidé de que era un lobo y pensaba que podía hablar. Vael estuvo regañándome y mordiéndome constantemente porque no dejaba de aullar y gruñir mientras le explicaba mis cosas, y eso alertaba a los cazadores.

Tamsin estuvo a punto de ahogarse de la risa, y soltó una carcajada.

—El polvo de setas que te ha dado Carmail, lo he tirado, que lo sepas.

Tamsin cortó la risa y abrió la boca de par en par.

—¿Será verdad?

—Claro que sí —Duncan le robó una patata del plato—. Así que, ¿has probado todo, Tamsin?

—No. Todo no. Esto es la primera vez que lo hago. Salir a un restaurante y comer…

—Es una cita.

—Bueno…

—Sí lo es —se reivindicó—. Cuéntame algo que nadie sepa. ¿Has tenido alguna vez relación física con alguien?

—Sí —dijo sin parpadear. Quería ser sincera con él. Era parte de su pasado—. Las brujas originales somos mujeres y también tenemos apetencias sexuales muy fuertes. Somos Lilim. Nuestra madre es Lillith.

Duncan no quería oír eso.

—Tú no eres virgen, Duncan, no pongas esa cara. Yo tampoco.

—Tienes razón. ¿Con quién te has acostado?

—No ser virgen no significa que me haya acostado con nadie, Duncan.

—No entiendo qué quieres decir.

—Mira, ¿quieres que te cuente algo que nadie sabe? ¿Algo sobre

nosotras?

—Por favor —movió la cabeza afirmativamente.

Tamsin se llevó otra patata con salsa de trufas a la boca y se inclinó hacia adelante.

—No somos vírgenes, por una razón. Mi madre nos explicó que el himen era una muestra del control que quería ejercer el inventor sobre todas sus hembras, de lo mucho que las odiaba y lo poco que las consideraba. Ella fue creada así, y nosotras, que salimos de su cuerpo, también teníamos lo que ella. ¿Por qué a las mujeres les tenía que doler siempre en su primera vez? No tenía sentido. Mi madre nos dijo que dejáramos de pensar en eso como si fuera algo sagrado. Es nuestro cuerpo, son nuestras decisiones. El sexo, la supuesta pureza e inocencia de una mujer no lo delimitaba una membrana en nuestra vagina, y eso no podía mortificar así a una mujer y a un hombre no. Por eso nos dijo que nosotras nos quitásemos el himen.

—Joder… —Duncan agachó la cabeza, porque se estaba sonrojando. Imaginarse a Tamsin tocándose a sí misma, lo encendía.

—Las mejores enseñanzas que nos dio nuestra madre fue que nos tocásemos, que aprendiésemos nosotras mismas lo que nos gustaba, que nos diéramos placer. El placer era nuestro, como la decisión de compartir ese placer con otros —agarró un chusco de pan y lo untó en la salsa de trufas—. Sabiendo eso, nadie podría controlarnos jamás a través del sexo. Por eso no soy virgen. Hemos viajado mucho, hemos conocido a muchos hijos del inventor, algunos valían mucho la pena, otros no. Y hemos convivido con otros Lilim. Mis hermanas y yo crecíamos y queríamos aprender y experimentar, como cualquier chica. Son cosas naturales.

Él la escuchaba, y solo quería desnudarla y comérsela encima de la mesa. Si Tamsin supiera lo que le afectaba, lo que era olerla y tenerla en frente, seguro que pensaría de él que era un valiente y tenía mucho autocontrol, por no hacer nada. Si supiera que no pudo hacerse pajas ni masturbarse pensando en ella porque era un lobo…

Necesitaba cambiar de tema como fuera, porque empezaba a sentirse incómodo e inflamado.

—Necesito que me expliques qué tienes pensado hacer hoy en esa exposición.

—Menudo giro temático —lo miró de reojo—. ¿Estás incómodo,

Duncan?

—Solo quiero estar listo para hoy —contestó entre dientes, removiéndose en la silla.

—Ya… —Tamsin lo miró de arriba abajo. No lo creyó—. No hay que hacer nada, solo asistir al evento. Carmail me dijo que eran exposiciones de arte relacionadas con la magia, y que exponían obras de las Tres Brujas. Creo que debemos ir allí y a ver qué surge.

—¿Tú funcionas así? ¿Solo por intuición? ¿Sin planes?

—Las brujas originales vibramos y, después —chasqueó los dedos—, actuamos. Somos así. Vemos los hilos que hay a nuestro alrededor y seguimos la vibración que más nos interesa.

Duncan había aceptado acompañar a Tamsin en todo, pero lo que no pensaba hacer era exponerla e ir a ciegas a nada que tuviera que ver con magia y con ella, porque era la combinación favorita para que la Legión hiciese acto de presencia.

Así que decidió que iría con mil ojos e investigaría por sí mismo. Acompañaba a una bomba de relojería y debía ir con pies de plomo.

Tamsin y las brujas tenían mucha intuición, pero el lobo poseía un instinto para adivinar situaciones de peligro.

Y ese instinto le decía que los fuegos artificiales estaban a punto de llegar.

Capítulo 15

Khalevi estaba atado en la cama, y no podía moverse. La maldita bruja lo había vuelto a hacer. ¿Cómo le era tan fácil noquearlo? No podía ser, debería hablar con la Orden y explicarles que no tenían modo de protegerse contra las brujas. Si al final estaban todas locas como parecía y un día se les giraba el cerebro e iban a por ellos, ¿cómo iban a defenderse? Eran letales.

Para colmo, la muy perra le había metido verbena en el cuerpo, y sufría ardores y problemas respiratorios. No podía responder a su magia, no podía liberarse de las cuerdas que lo amarraban y, además, lo había debilitado físicamente.

Estaba vendido y solo. No tenía medios para salir de ahí, y no podía comunicarse con nadie para que lo ayudasen.

Pero se lo merecía, porque su misión era kamikaze y no tenía el visto bueno del *boss*. Nadie, ni siquiera su hermana Eyra, sabía qué había ido a hacer, aunque la buena de Eyra podía imaginarse que no era nada bueno, dado que sus impulsos y sus ideas casi nunca lo eran.

Era evidente que había errado en sus suposiciones. No podía leer a la bruja, no podía intuir lo que iba a hacer porque parecía que no tenía plan y era muy imprevisible y, cuando creía que por fin había dado con lo que buscaba, la había cagado.

Khalevi solo quería una cosa. La quería a ella, a la bruja original que le había destrozado la existencia y creía estar cerca de encontrarla, pero visto su situación, se había equivocado. Las brujas eran caos y serendipias, y no sabía leerlas. Te mostraban un

sombrero, pero después se sacaban el conejo por debajo de la falda. No tenía sentido nada de lo que hacían. Él, como rastreador, le gustaba estudiar a la presa que perseguía y adivinar hacia dónde iba y cuáles iban a ser sus siguientes pasos. Pero con Tamsin era como seguir a una presa bajo los efectos de la cocaína. Fluctuaba demasiado, no se podía prever y sus decisiones eran muy ambiguas.

Estaba frustrado. Sentía que lo humillaban al tratarlo así, y para colmo, el vaélico y la bruja tenían las feromonas por las nubes. En cualquier momento iban a echar un polvo.

Odiaba estar en lugares cerrados con tanta tensión sexual.

Por lo que fuera, se habían ido, y hacía un rato que habían vuelto. Duncan merodeaba cerca de la habitación mientras Tamsin se había encerrado en su habitación. Había oído algo relacionado con contactar con sus hermanas. No tenía ni idea de cómo iba a hablar con ellas. ¿Por móvil? ¿Las brujas usaban teléfonos? No. Lo dudaba.

La puerta de la habitación se abrió y, como sospechaba, entró el vaélico, que era una versión suya más pija que él mismo.

Los dos rubios, con estilos muy diferentes, irradiaban energías muy parecidas. Amantes del control, depredadores y rastreadores. Los dos jodidos por mujeres.

—Hola, *playboy* —Khalevi se burló de él y miró al techo. Le dolía la garganta al hablar. Maldita, verbena—. ¿Qué tal vuestra cita romántica? ¿Os ha gustado haceros pasar por una pareja normal y corriente en una realidad impostada?

Duncan se cruzó de brazos y abrió las piernas, de pie, a su lado.

—Si dejaras de intentar matar a cualquier mujer que habla con Tamsin, podría hablar con ella para liberarte.

—Ah, claro, que tienes que pedirle permiso a tu ama. Eres un Beta, ¿no? No tienes el don de mando ni las decisiones de un Alfa —se estaba pitorreando—. ¿También le pides permiso a Tamsin para levantar la patita?

Los ojos negros de Duncan se fruncieron levemente, pero no iba a entrar en el juego provocador del vampiro.

—Tamsin podría matarnos a los dos, Khalevi. Que no lo haya hecho solo indica que es benevolente y no un perro rabioso que anda mordiendo a todo lo que se mueve, como yo o como tú. ¿Me vas a contar qué mierda estás buscando y por qué te comportas así?

—No te interesa. No le interesa a nadie, solo a mí —lo miró de reojo.

—Te equivocas. Si pretendes hacer algo que le comporte algún tipo de dolor a Tamsin, me incumbe. Es mi compañera.

Khalevi dejó ir una risotada y escupió sangre por culpa de la verbena.

—Tócate los cojones, tu compañera… Estás jodido. No debe haber nada peor que amarrarse con una bruja original. Demasiado poder. ¿Qué se siente al ser un pelele y no poder proteger a tu pareja como merece, porque ella es infinitamente más fuerte que tú?

Duncan le enseñó un colmillo y se pasó la lengua por él, sonriendo como si estuviera orgulloso.

—Yo no me siento amenazado por una mujer con más huevos que yo. Eso me enorgullece. ¿Tú sí? Qué flojito eres, vampiro.

—Ya me lo dirás cuando haga lo que le dé la gana y te pille a pierna cambiada. Es de esas. Recuerda lo que te digo.

—Gracias por un consejo que no te he pedido. Pero he venido aquí para buscar información. Si no me la das, me pondré en contacto con la Orden y les diré lo que estás haciendo.

—No lo harás, Duncan. Tamsin te lo ha pedido. Y vas a hacer lo que te diga tu superior —su labio se alzó con un toque maquiavélico—. Soy un vampiro, ¿recuerdas? Lo oigo absolutamente todo. He oído vuestros besos en Dolby Surround. Solo espero que, cuando folléis, no lo hagáis aquí. Las feromonas son terribles.

Duncan se giró la gorra y se inclinó hacia Khalevi.

—Tú eres el rebelde, ¿no?

—Qué dices.

—Sí, el rebelde sin causa. El personaje del grupo que pasa de todo y hace cosas muy malas porque está hasta los huevos. El malote. Tienes ese aspecto, con tus *piercings*, tus dilataciones, tu pelo largo y trenzado y ese *look* de heavy *cool* —Duncan también sabía burlarse de él—. He visto tanto en todo este tiempo… Incluso los Lilim nos mimetizamos con los comportamientos de los humanos.

—Ah —advirtió fingiendo sorpresa—, que me estás psicoanalizando. Coño, estoy en *Zootrópolis*.

—Créeme, ir a cuatro patas durante siglos, ha hecho que vea demasiados comportamientos. Y el tuyo es el autodestructivo. Eres el grano en el culo.

—Y tú tienes la calma y el perfil bajo y complaciente del sumiso. Del que nunca haría nada que cruzara la línea porque no puede llevar la contraria a sus jefes. Eres el trabajador pelota, un mandado. Si no vas a liberarme, lárgate de aquí, no quiero a betas cerca.

Duncan se descruzó de brazos, y sus ojos se volvieron rojizos y amenazantes. Ese fue el único aviso que le dio a Khalevi antes de clavarle las garras en la garganta y sujetarlo de la tráquea y de la faringe con toda la parsimonia del mundo.

Khalevi abrió los ojos consternado y escupió sangre. No podía gritar porque las cuerdas vocales no le funcionaban debido a la presión.

—No confundas calma con complacencia, ni respeto con sumisión. Y no olvides que la compañera de un *vailos* no es su jefa, es su prioridad. Jodiste a mi hermano con Cami, me jodiste a mí con Tamsin —Duncan lo sujetó por la tráquea, zarandeándolo levemente—. Si vuelves a tocarla o a morderla, te juro que te mato, aunque eso ponga a la Orden en mi contra. No estoy obedeciendo a nadie, no soy un Beta, aunque se me da muy bien actuar como tal. Lo fui por elección en el mando, pero no por naturaleza. Los clanes vaélicos necesitan jerarquías para funcionar bien, por eso, para que haya un Alfa, alguien tiene que hacer mi papel. Y porque amo y respeto a los míos, hice lo que tenía que hacer. Ahora, si puedes, aún puedes recuperar el respeto a mis ojos, y caerme bien si me ayudas. En un rato, nos iremos al museo McManus —le informó sin demora—. La familia Verich hace una exposición de arte místico. Sé que la Orden tiene mucha información sobre un grimorio y sobre las familias de acreedores de la Legión, porque Cami nos lo contó. Y a mí me parece sospechoso que haya familias interesadas en coleccionar este tipo de arte hermético. Dime, ¿conoces a los Verich? No sé qué mierda tienes en la cabeza, Khalevi, pero recuerda qué eres, y quién eres. Recuerda cuál es la misión de los nuestros. Eres un miembro de la Orden. Sangre de la sangre de Lillith y Caín. No puedes ir contra nuestros intereses. Y me estás jodiendo. Así que, reacciona —lo zarandeó de nuevo—, y ayúdame.

Khalevi escupió sangre de nuevo.

—¿Por qué?

—Porque tienes razón. Tamsin es caos y es un cóctel molotov inconsciente. Las brujas saben muchas cosas, hacen cosas inimaginables e increíbles, pero no tienen ningún plan y no se cubren las espaldas porque consideran que no deben hacerlo ya que el inventor no las detecta. Pero ya sabemos que la Legión sí puede hacerlo.

—Puede hacerlo porque la marcaste, gi… gilipollas —se rio y le mostró sus perfectos dientes manchados de sangre—. Tú la has comprometido.

—¡¿Me vas a ayudar o no?! ¡¿Tienes algo de dignidad?!

—Perdí la dignidad y muchas otras cosas siglos atrás por culpa de una bruja. Te… te ayudo si me ayudas —dijo con un hilo de voz.

—No voy a vender a una de las hermanas de Tamsin. Si doy mi posición a mi hermano y descubre dónde estoy, traicionaría la palabra que le di a Tamsin. No puedo pedirle ayuda a él. Además, ella ha pedido discreción, por algo, aunque aún no sepa por qué. Sé que trabajan solas, y no quieren inmiscuir a nadie.

—Son individualistas y unas frívolas.

—Yo también solía pensar así.

—Claro, hasta que le metiste la lengua en la boca… Es hija de Lillith, hija natural. Sus genes ponen en vereda a cualquiera.

—No es por eso. Ella sabe por qué dice las cosas, pero no suele contar sus motivos ni tampoco sus planes.

—Mira, me da igual por qué Tamsin actúa así. Pero si tú no me ayudas, yo no puedo ayudarte.

Duncan no lo podía creer. Ese hombre egoísta y demasiado dolido con la vida como para pensar en ayudar a otros, no quería echarle un cable. Ellos eran Lilim. Eran equipo, aunque tuvieran sus diferencias.

Soltó su tráquea y su faringe y le desclavó los dedos de su carne. Sus garras afiladas y negras se retrajeron.

Duncan echó un último vistazo a Khalevi, y con mucha decepción se dio la vuelta para abandonar la habitación.

—El papel de las brujas es determinante. Si ellas entran en escena, es para agilizarlo todo. No deberías ser la piedra en sus zapatos. Es innoble. Es como quien tiene al mejor jugador del

mundo en su equipo, y no le pasa el balón.

Khalevi hizo un ruido que se pareció mucho a una risa incrédula.

—Duncan, jodido lobo… resopló. Está bien, te ayudaré.

Duncan se dio la vuelta. Que el vampiro hubiera reflexionado era una buena noticia.

—Te ayudaré, si me llevas con vosotros. Prometo que no haré nada contra Tamsin. Pero quiero ir a ese museo.

—¿Por qué?

—Verich es un apellido de familia de acreedores. Trabajan para la Legión. Si tienen una colección de algo, me gustaría echar un vistazo. La Orden ha tratado con familias de acreedores. Rasmussen, Pupilli y Verich. Tres apellidos extraídos del grimorio que intenta traducir Erin y que fue escrito por jilgueros gnósticos. Esas familias suelen tener reliquias en su poder que la Legión extrajo de los Lilim y de las brujas. Si vais a ir allí, yo también quiero estar. Me necesitáis. Todo lo que rodea a las familias contiene ocultismo, nigromancia y satanismo. Hay que ver quién hay esta noche allí. Y hay que ir protegido. Tú deberías echarte la especia que anula el olor y que ha diseñado Camila para los vaélicos. Y no permitir que ni una feromona femenina salga de ese pequeño cuerpo. No querrás llamar la atención de los perros otra vez. A estas alturas, seguro que nos siguen el rastro. Somos como un *carrot cake* recién hecho.

—¿A eso te huelen las feromonas de Tamsin? —preguntó Duncan con interés.

—Joder, sí. No me lo digas. No has comido nunca un Carrot Cake. Has tenido una vida muy perra —fingió sentir compasión, pero en el fondo, se burlaba—. Venga, libérame e iré con vosotros. Necesito sangre para recuperarme de todo lo que me estáis haciendo. Quiero ir a por un tentempié.

—De repente te veo muy solícito.

—No tengo nada que hacer contra la bruja. Ella me sacará del juego si hago algo indebido. Pero quiero saber qué juguetitos tienen en esa exposición.

—No tienen juguetitos. Tengo entendido que solo es arte.

—Una bruja original llega a Dundee el mismo día que los Verich exponen su colección en el McManus. Hay que pensar como ellas, como hace Tamsin. No es una casualidad. Y Tamsin, aunque se haga

la inocente, lo sabe. Llevadme con vosotros. Si me paso de la raya… ¡*crack*! Mis cervicales están acostumbrándose a partirse de vez en cuando.

Duncan olía las mentiras.

Khalevi no estaba mintiendo y eso era lo más inquietante de todo. Que hubiese cambiado de parecer tan fácilmente. Con ese pensamiento en mente tomó la determinación de liberarlo. Su lobo se fiaba de él y de su instinto.

Al menos, le había advertido que, si hacía daño a Tamsin, ya sabría lo que le iba a suceder.

Su *crack*, iba a ser para siempre.

Avisado estaba.

Museo The McManus

Tamsin había intentado hablar con sus hermanas. Pero no había podido. A veces, eso sucedía. Si Jadis no estaba disponible y Ceres prefería dormir, poco podía hacer con su llamado.

Solo quería decirles que estaba bien, pero no les iba a explicar nada de lo que iba a hacer, porque ellas no necesitaban saberlo.

No necesitaban saber que un vampiro que quería matar a alguna de sus hermanas, y que hace un momento estaba en la cama atado con unos de sus hechizos, iba a acompañarla a una exposición de las tres brujas.

Ni necesitaban saber que Duncan y ella estaban arreglando sus diferencias y que, el deseo que sentía hacia ese Lilim era tan fuerte, que a veces temblaba por la frustración de no tocarlo y besarlo como realmente le apetecía.

Pero se estaba protegiendo. Protegiendo para ser lo suficientemente independiente como para no perder el Norte por un amarre o una atracción más allá de los límites de la realidad. Porque las brujas originales no hacían eso.

Duncan estaba siendo una sorpresa constante. Era un gran conversador, tenía sentido del humor y, además… la miraba con esos ojos negros que la turbaban y la obligaban a apartar la mirada, como una colegiala. ¿Cuándo ella había tenido vergüenza así con un hombre? Nunca. Las brujas originales no tenían miedos ni vergüenzas con los hombres.

Le gustaba su estilo, le encantaba cómo le quedaba la ropa, lo

confiable que era y la calma que le transmitía. En general, sus hermanas y ella eran bastante hiperactivas, pero el vaélico despertaba en ella algo muy especial. Y lo hacía desde el primer día que lo vio, siglos atrás. Aunque no habían disfrutado de tiempo para conocerse, en una realidad de formas y etiquetas, una relación como la de ellos no tendría ningún sentido. Pero Tamsin supo, desde que lo vio, que Duncan le iba a cambiar la vida. Y sabía que no se conocían, pero sus espíritus se reconocían. Por eso estaba asustada, porque las sensaciones se volvían emociones, y cuando eran tan nuevas, una temía a perderse y a no ser la misma.

Lo que tenía claro era que no podía centrarse ahora en lo que pasaba cuando estaba cerca de él, como ahora: entrando en el Museo McManus. El museo de estilo neogótico y construido sobre los cimientos del antiguo humedal Quaw Bog, tenía más de cien años y el edificio era hermoso, de ladrillo color ocre y tejados verde oscuro. Poseía dos torretas con cúpulas puntiagudas, y las escaleras para acceder a él ascendían y se bifurcaban en dos como si fueran dos serpientes, hasta la planta principal. Estas estaban custodiadas por las esculturas increíbles de Oor Willie que era un personaje de cómic del país, y el famoso poeta Robert Burns.

Dundee gozaba de un gran cartel de museos por toda la ciudad. Se notaba que era un punto fuerte para el turismo.

Pero, ninguno de los tres estaba ahí por amor al arte. Iban allí por una mera corazonada de la bruja, porque Carmail le había hablado de ello.

Sin embargo, Duncan había hecho su trabajo. Se había intentado documentar para saber quiénes eran los Verich, y había descubierto cosas muy interesantes.

Tamsin había colaborado con la elaboración del inhibidor del olor como Cami lo preparaba. Ella llevaba su capa de invisibilidad, Khalevi había emitido un sello igual para Duncan y él también tenía el suyo propio.

Habían hecho un gran ejercicio de confianza para trabajar los tres juntos. Iban a entrar en el museo y nadie allí los vería, dado que no necesitaban invitación.

Duncan tomó de la mano a Tamsin y ella lo miró sorprendida.

—No me voy a perder —le aseguró con un tono de humor.

Duncan sabía que no se iba a perder, pero tenía un motivo para

tomarla de la mano, y no solo porque se moría de ganas de hacerlo.

—Es por las feromonas —dijo en voz baja—. Te dije que no iba a permitir que se me escapase ni una, brujita.

A Tamsin el corazón se le encogió y luego se expandió al oír ese mote. Duncan era un lobo tierno y cariñoso.

—Somos como el principio de un chiste —musitó Khalevi estudiando todo con mucho detalle—: se abre el telón y aparece un vampiro, un hombre lobo y una bruja…

Cuando entraron al museo, advirtieron enseguida que allí había gente de mucho dinero, mezclada con intelectuales que no tenían tanto. Un museo gratuito de arte e historia debía ser más heterogéneo, y así, mezclándose, mostraban que la cultura era para todos.

Khalevi se apartó ligeramente de ellos.

—Deberíamos dispersarnos.

—En las películas el guaperas muere primero —susurró Duncan.

—No me puedo escapar —les recordó asumiendo que él era el guaperas—. Tamsin me ha hecho algo, ¿verdad?

Tamsin torció la cabeza hacia él, observándolo con falsa inocencia.

—¿Yo? *Nah*.

Duncan olió la mentira en su compañera, y sonrió por dentro.

—Sé que no me va a dejar escapar. Voy a ver de qué va le exposición de arte de los Verich y qué juguetitos tienen. Tú, Duncan, no te despegues ni un segundo de tu chica. Así mantienes su olor controlado.

—Haz lo que tengas que hacer —dijo Tamsin sin prestarle mucha importancia.

Khalevi se perdió entre la multitud y cuando lo perdió de vista, Duncan buscó la complicidad de la chica:

—¿Qué le has hecho?

—Siempre que tenga la necesidad de huir —le explicó avanzando entre los valoradores de arte y también futuros compradores—, volverá a mí. Todos los caminos lo llevarán hasta mí. Soy su Roma.

Aquel era un hechizo de magia suprema, y Tamsin los hacía como quien masticaba chicle. Duncan intuía que, incluso, ni ella sabría cuánto poder podía llegar a albergar o lo que juntas, las

cuatro brujas, serían capaces de hacer.

Por el altavoz de la sala en la que cientos de cuadros y algunos objetos artísticos se mostraban como trofeos en vitrinas, la voz de un hombre anunció la llegada del director de la colección de arte Verich.

En pocos segundos, un señor de pelo negro repeinado hacia atrás, ojos oscuros y bigote que solo cubría su hocico, se presenció en el altar que había preparado para ofrecer una charla a sus invitados. Iba acompañado de una mujer muy atractiva, cuyo pelo morado se había recogido en dos trenzas largas que mostraban pequeños hilos dorados entre los mechones. Tenía los ojos de color verde, con la forma muy exótica, con largas pestañas y pintados con línea de gata. Y llevaba un traje de chaqueta pantalón, de color negro. Bajo la chaqueta no llevaba nada y se le veía el escote. Entre el canalillo, reposaba un colgante con un silbato dorado en forma de flauta muy delgada.

Se agarraba al brazo del señor y alzaba la barbilla con orgullo.

—¿Su amante? —preguntó Tamsin en voz baja.

—Diría que no —Duncan inhaló profundamente y frunció el ceño, extrañado.

Era curioso porque, ninguno de los dos podía averiguar mucho de ellos. Duncan no alcanzaba a oler sus esencias personales.

—Buenas noches a todos —dijo el hombre—. Soy Ender Verich, propietario de esta colección mística que hoy mostramos como algo excepcional en el Museo McManus. Adoramos el arte y adoramos la magia, como creo que todos los presentes que nos hallamos hoy en este lugar. Porque, para nosotros, el arte es mágico, no importa de qué color sea. En los objetos que encontraréis aquí hay poesía. Algunos están llenos de lágrimas y otros cuentan historias terribles —aseguró mirando al personal—, de tiempos donde la magia estaba prohibida y la ciencia no se comprendía. Si escuchamos bien, podemos oír a las brujas gritar, oiréis el fuego de las hogueras crepitar y a la Inquisición gritar «a por ellas». La exposición está dividida en dos partes: el arte pictórico de grandes ilustres de nuestros tiempos, mujeres del surrealismo que se inspiraban en la magia y en el mundo que no se ve para expresar su arte y sus inquietudes. Mujeres perseguidas. Mujeres liberadas…

Tamsin clavó las uñas fuertemente en la mano de Duncan.

Cuando él la miró, se dio cuenta de que estaba llorando y de que sentía pena por lo que contaba el señor Verich, pero también mucha rabia porque, él las había querido muertas, las quería muertas, como todos los demás.

Duncan le secó las lágrimas con los pulgares y ella hizo unos pucheros que le llegaron al alma.

—Tranquila, Tamsin.

—Y la otra sección —continuaba Verich—, en la sala superior, se muestran objetos recogidos de esas mujeres, utensilios y otros artilugios que ellas creaban, y también objetos de tortura que usó la Inquisición contra ellas. Esta exposición quiere mostrar que la historia no olvida, y que, incluso de la tortura, se hizo un arte. El tribunal del Santo Oficio, usó todo lo que verán en la exposición. En cada uno de esos objetos, una bruja se dejó el alma. Son reales. Si se acercan lo suficiente, verán que algunos tienen todavía manchas de sangre, que recuerda al estucado de un pincel rojo sobre un lienzo.

—Hijo de puta… —murmuró Duncan—. Disfruta de evocar esa imagen el cabrón.

—Ahora, disfruten de esta exposición —concluyó Verich—. Mi hija y yo les damos la bienvenida. Disfruten. Buenas noches.

—La tortura no es un arte. La tortura es un abuso. Solo es tortura —gruñó Tamsin—. Nada que te haga sufrir y tú no desees, puede ser considerado arte.

Duncan lamentó verla en ese estado. Quería que se concentrase en lo que supuestamente debían hacer ahí. Solo Tamsin lo sabía. Si es que lo sabía…

—¿Qué quieres hacer, Tamsin?

Ella sorbió por la nariz y se concentró en cómo esa pareja de padre e hija desaparecía de la sala para irse a la de los objetos de tortura.

—Quiero ver la exposición de arte. Carmail me ha dicho que exponían parte de la obra de las Tres Brujas. Quiero saber qué hacían.

—Bien. Vamos.

Duncan acabó de secarle las lágrimas, y llevándola de la mano, se dispusieron los dos a ir a la planta donde solo había arte.

Tamsin estaba profundamente agradecida por estar a su lado.

No le había dicho que no llorase, como muchos hacían. Aceptó

sus lágrimas, a pesar de la incomodidad, y empatizó con ella, con todo lo que estaba pensando y todo lo que sentía en ese momento.

Tamsin odiaba que la Legión mostrase los trofeos de sus asesinatos así, y se jactasen de ello de ese modo.

Ella había visto las muertes de esas mujeres. Había visto las cacerías, los castigos, las torturas… habían sido, eran y serían unos carniceros sádicos sin compasión toda su existencia.

Y ella, como mujer, no los perdonaría jamás.

Pero como bruja, había prometido venganza, porque, a cada cerdo, les llegaba su San Martín.

Capítulo 16

Edimburgo
Museo Blackford

Erin estaba concentrada en el grimorio. Desde que había entrado allí, en ese museo, se había abstraído, y las horas habían pasado volando.

Algo se le escapaba. Faltaban datos para poder leer ese libro en su totalidad.

Se levantó y dejó el grimorio abierto en el suelo para contemplar con los brazos cruzados todas las reliquias que habían recuperado de la casa de Harald.

El tapiz, la brújula de Shipton cuyos símbolos no parpadeaban, señal de que ningún foso se estaba abriendo, un pergamino con un mapa del mundo vacío, una lupa cuyo mango metálico y artesanal tenía hermosos grabados, puñales, cálices, flautas, frascos con sustancias que no quería ni abrir, un espejo de mano, un jilguero enjaulado que no había dejado de mirar… Era un jilguero inmortal, debía serlo. Había tomado al pájaro creyendo que, si lo colocaba frente al grimorio, acabaría por traducir todo aquello que ella no entendía, porque se suponía que ese libro estaba escrito por los llamados «jilgueros». Pero el pájaro no había hecho nada más que piar. Y Erin no había entendido absolutamente nada.

No, allí faltaban cosas. Había un procedimiento secreto, unas instrucciones, estaba convencida, pero no las encontraba. Su madre

Olga sabía leer ese libro y ella solo había logrado comprender la mitad, todo sobre los sellos, los acreedores y las reliquias, pero poco más. El libro tampoco respondía a su nuevo sello, que se basaba en la traducción de símbolos que no comprendía. Sus páginas eran inmunes a ello.

—Es como un puzle… Sé que está aquí, sé que la respuesta la tenemos ante nuestras narices, pero faltan piezas.

Viggo la abrazó por la espalda. Ella ya lo había oído llegar, estaban conectados y se sentían siempre. El vikingo de pelo blanco y hermosos ojos claros, hundió la nariz en el cuello de Erin, y rasgó la piel suavemente con sus colmillos.

—Es frustrante para todos, *vakker*. Pero estoy convencido de que pronto, encontraremos la conexión. ¿Sabías que los cristianos evangelistas están poniendo a caer de un burro tu libro?

—Sí —dijo con una risita orgullosa—. Pero, no me importa. Solo espero que el sello haga efecto y toque el espíritu de quienes deben ser despertados. Y de paso, que los demás Lilims del resto del orbe acudan al llamado. Hasta ahora, solo Vael ha activado el correo.

—Sé que funcionará. Has estado aquí encerrada todo el día —apoyó la barbilla en su hombro—, ¿tienes hambre?

Ella sonrió y apoyó su cabeza en el hombro de él.

—Siempre tengo hambre, *boss*.

—¿Te alimento?

—Por favor, sí…

Él le dio la vuelta entre sus brazos, y allí, rodeados de reliquias y de historias mágicas y llenas de derrotas y victorias, Viggo Bloddox la besó.

Ambos capitaneaban esa Orden juntos. Pero ambos sabían que todo estaba a punto de saltar por los aires.

Erin gimió en la boca de Viggo y lo besó con más ganas, hasta que oyeron que la puerta de cristal automática se abría de par en par y se escuchó:

—¿¡Os estáis dando el lote!? ¡Porque aquí huele a lote!

Erin y Viggo cortaron su beso y se miraron con cara de divertidos.

Maldita Astrid.

—¿Qué pasa, Astrid? —preguntó Viggo besando la frente de Erin.

Astrid entró con Eyra y el señor Rainbow sobre el hombro de la vikinga.

La benjamina de las Bonnet parecía tener mucho que contar. Y miraba alrededor con curiosidad.

—En mi programa —explicó ojeando el grimorio abierto en el suelo sin prestarle demasiada atención—, añadí un sistema de aviso para que se activara cuando alguna palabra clave se repitiera o se reubicase en el Códice. Lo tenía con la búsqueda «puerta» tal y como lo entendemos nosotros. Bien —se acercó a su hermana y le dijo—, de repente, ha aparecido más puertas en un futuro en el que antes no estaban.

—¿Qué quieres decir?

—Jadis viaja a través del espacio y del tiempo, y lo hace usando los *lasabrjotur* tejidos por Antiguas.

—Sí —asintieron los dos.

—Bien —se bufó el flequillo y Eyra sonrió ante aquel gesto—. Resulta que hay una puerta en movimiento, que cambia de ubicación.

—Una puerta móvil —simplificó Eyra acariciando al Señor Rainbow.

—¿Dónde está esa puerta? —indagó Viggo con interés.

—Relativamente cerca, en Dundee.

—Y en Dundee, también es donde, gracias a la sangre de Khalevi que corre por las venas de Cami, hemos conseguido extraer un posible patrón de mi hermano —aseguró Eyra pasando los dedos por el pelo de Astrid. Eso siempre le gustaba, porque la tranquilizaba—. Astrid lo ha introducido en el Códice con los simbolitos que ella ve…

—Simbolitos… —repitió Astrid sonriendo y mirándola con adoración.

—Sí, y según su programa mágico, también lo ha detectado en el mismo lugar. En Dundee.

—Pero, además —añadió, Astrid alzando la barbilla como una sabionda—, según el *software*, otra puerta se activa hoy mismo. Y era un dato que antes no tenía y que se ha añadido automáticamente, porque, como sabéis, mi programa es autómata y cobra vida solo. Supongo que esto es así porque se trata de una puerta que podría ser consecuencia de la otra o… —dijo pensativa

más para ella misma que para los demás—, en fin, no importa y no os quiero marear…

—¿Y dónde está esa puerta que se activa hoy mismo y que ha aparecido en tu Códice? —Erin se moría de curiosidad.

—Agárrate, hermana. Según el códice, la puerta está aquí.

Museo McManus

Khalevi tenía un interés muy especial en esa parte de exposición del museo de los objetos con los que se torturaban a las brujas.

Él tenía un plan, ayudaría a ese par de tortolitos, pero no pensaba pasar por alto su misión personal.

La exposición daba repelús. Máscaras de hierro con pinchos, tumbas metálicas con clavos, horcas, tinas de piedra en las que eran ahogadas, ollas con las que hervían el agua para quemarles la piel, pinzas para arrancar uñas, clavos y martillos para jugar a carpintería con ellas… lo más brutal y lo más inimaginable se hacía con esas mujeres acusadas de brujería. Eso sin mencionar las mutilaciones genitales y las sodomizaciones con varas de púas, para eliminar al demonio de su interior.

La Legión era muy asquerosa.

Khalevi había visto barbaridades, y no las quería recordar. La más dura para él fue de su aldea, y también la de Montsegur, cuando Juliette les traicionó y eso facilitó que el castillo dejase de estar protegido. Khalevi siempre recordaría con admiración, a los cátaros, por descender Monstegur con tanta dignidad, cantando, a pesar de que iban a ser quemados en la hoguera por ser considerados herejes para la Legión. Hombres, mujeres y niños. Les dio igual. A Simon de Montfort, líder de la cruzada albigense, y a su ejército, poco les importó. Eran herejes porque creían que su dios no era el que la Inquisición decía. Y si creías eso, merecías ser quemado y morir.

Avanzó por la exposición y llegó a una salita circular con una serie de objetos en vitrinas. Por fin daba con algo que le sería de utilidad. Eso era lo que él estaba buscando. Objetos mágicos que había usado la Inquisición para controlar a las brujas y objetos que las brujas habían conjurado contra la Inquisición.

Khalevi vio cómo a esa sala entraba el señor Verich con su atractiva hija. No podían verle, así que pensó que, antes de llevar a

cabo su pillería, no perdía nada en escuchar lo que se decían el uno al otro.

—Padre, Lycos ha venido hoy por la mañana a verme. Traía a unos cuantos de los suyos. Quería que los marcara. Al parecer, tienen mucho trabajo que hacer y hay problemas.

—¿Y les has ayudado?

—Claro.

—Tu magia y tu conocimiento de los símbolos nigromantes es muy amplia, Justice. Vas a convertirte en una pieza fundamental para todos nosotros.

La joven se pasó la mano por la trenza derecha y se quedó pensativa mirando un collar del silencio. Lo usaba la Inquisición contra las brujas. Se les hacía apneas con ellos.

—Voy a ayudar en todo lo que pueda. Esos despreciables seres mataron a Billy, lo quemaron. Y a los Rasmussen, con todos los actos benéficos que hacían y la colaboración con Deus Home y Genis, también les hicieron lo mismo —hablaba con mucha tristeza.

Pobre princesita de pelo morado, qué engañada estaba. Khalevi pensó que tenía el prisma muy equivocado.

—Las acechanzas se acercan, hija —respondió Ender—. Tenemos que estar dispuestos a luchar en nombre del bien. No será sencillo.

—Lycos dice que los enemigos de la Legión están en Dundee. Ayer, sus lupis detectaron una presencia en el hotel Índigo. Todos murieron. Por eso he marcado a los suyos, para que no puedan ser afectados por su extraña magia. Y por eso he protegido esta sección del museo de objetos. Después de los saqueos de los Rasmussen y de Harald, debemos procurar mantener a salvo lo nuestro.

—¿Y cómo está tu prima Effie? Parecía muy alterada cuando te ha llamado este mediodía.

—Cree que hoy ha tenido una visita sobrenatural en el local. La marca que coloqué debajo de su camilla se ha vuelto roja. Y eso indica que tiene razón. Algo oscuro y mágico ha entrado en Las tres brujas.

—¿Pero ella está bien? ¿No le han hecho nada?

—Dice que está bien, pero se siente extraña. Tenía sangre en la camiseta y asegura que la ha atacado un gato.

—¿Un gato? ¿A Effie?

—Sí, de esos negros a los que suele darle de comer, y que

transitan su calle —se mordió el interior de la mejilla levemente. Estaba intranquila—. Hoy, Carmail y ella debían estar aquí, porque ambas admiran mucho las obras de *Las Tres Brujas* —lamentó sinceramente—, sin embargo, debido a lo sucedido, han preferido quedarse en casa. No se encuentran del todo bien.

—¿Crees que han sido ellos?

—Lycos dijo que el local olía a ellos. De lo que estoy segura es de que ha habido energía sobrenatural.

—¿Y crees que es por nuestra exposición? ¿Crees que sabían que Effie tenía que ver con el apellido Pupilli? ¿Crees que por eso están en Dundee, querida?

—Puede ser —miró hacia un lado y al otro. La mayor parte de los curiosos estaban en esa sala—. Por eso me he encargado de protegerla con mis símbolos. Billy me enseñó muy bien —reconoció muy abatida.

—Tienes que ser fuerte, hija —la consoló el señor Verich—. Tenemos un legado que proteger. Es por el bien de todos.

—Lo sé… es solo que no tolero tanta violencia contra los nuestros. Me revuelve las tripas.

—Te entiendo. Nuestros enemigos son unos sanguinarios.

«Cuánto cinismo», pensó Khalevi.

El señor Verich y Justice caminaron juntos alrededor de la sala, pasando por cada uno de los expositores transparentes.

—¿Qué más te ha dicho, Lycos?

—Me ha dicho que están buscando a un licántropo —se sujetó del brazo de su padre—. Creen que es un licántropo, de hecho. Dice que es peligroso y puede hacer mucho daño a las personas. Y es un licántropo apareado, o eso intuyen.

—Es decir, ¿hay más de uno?

—Es posible. Por eso, he decidido tomar medidas. Si su objetivo es venir a por lo nuestro, he colocado pequeños aspersores para activar el ansia de apareamiento de su especie. Si, por casualidad, estuviera aquí, mezclado entre nosotros, los lupis que también se encuentran en el museo camuflados, lo detectarían inmediatamente. Lo he activado hace un rato —se miró el reloj digital de vestir que tenía una correa muy cara.

—Eres muy completa, Justice —su padre asintió con admiración —. Eres nuestro mejor baluarte para marcar a nuestros defensores y

protegerlos, y la mejor guardiana de nuestro arte. Estoy muy orgulloso de ti y Billy también lo estaría.

Khalevi no podía dejar de seguir esa conversación. Le parecía fascinante cómo una serie de desencadenantes inesperados los habían llevado ante un miembro de los Pupilli, los Verich y su increíble museo de arte y reliquias de la Inquisición y ante Justice Verich, tatuadora como su primo, el malogrado Billy Verich que Daven y Alba se encargaron de cocinar a la parrilla justo después de descubrir que sabía hacer vacíos con sus símbolos nigromantes. Effie, la mujer que él había mordido esa mañana, era prima de Justice y, además, estaba protegida con sus símbolos. Era evidente que Justice también los hacía y que había ayudado a Lycos y a su ejército de Lupis a marcarse contra el poder de la Orden y de los vailos.

Pero no tenían ni idea de que, además, iban acompañados de una bruja original, y que el vailos, no solo no estaba apareado todavía, además, estaba enamorado de su compañera. Dudaba que Duncan no advirtiera el peligro en cuanto oliese ese activador de su propia libido.

Joder, tenía que ir a buscarlos. Justice había marcado ese salón con un símbolo nigromante de vacío, donde ahí sus sellos originales y su poder no servían. Pero Khalevi no se olvidaba de ningún objeto de los que había visto. Y los tendría en cuenta en un futuro, cuando pudiera sustraerlos.

—Perra lista… —Le había echado el plan a perder. Quería llevarse unas cuantas cosas de ese lugar, y acababa de advertir que su magia no valía y que no podía llevarse nada.

Estaban donde menos les convenía estar, pero era el lugar perfecto para descubrir maravillosas conexiones que servirían de mucho a la Orden.

Tamsin estudiaba la exposición de Las Tres Brujas que tenía frente a ella. El arte de esas mujeres era excepcional.

Artistas sin igual, europeas, que Europa no supo cuidar ni darles su lugar. Una fotógrafa y dos pintoras que encarnaron lo que significaba la palabra sororidad: ellas, unidas, antes que el mundo que no las trataba bien. Es decir: brujas.

Tamsin se emocionó al ver las obras que representaban. Los Verich habían pagado mucho dinero en la exposición, para poder

mostrar esos cuadros en Dundee. Y le estaban tocando el alma.

Hasta que llegó a los cuadros de Remedios Varo. Allí, Tamsin sufrió una revelación. Todos tenían su mensaje y su magia hermética, todos hablaban de algo muy especial, sobre todo el de *Nacer de nuevo*, donde salía una mujer de una grieta de una pared y contemplaba el reflejo de la luna en un cáliz. Pero, uno en particular de toda su obra, la dejó vibrando y temblando de manera excepcional.

—No puede ser… —susurró acercándose más al lienzo en cuestión.

—¿Qué sucede? —Duncan no sabía bien lo que impresionaba tanto a Tamsin. No sabía de arte. De repente, el lobo se tensó. Todo su cuerpo se envaró y miró hacia todos lados, expectantemente—. Tamsin no te muevas.

—No —dijo ella mirando hacia atrás—. No me voy a mover. Creo que estoy aquí por esto —señaló el cuadro—. Esto es mucho más que el cuadro de la práctica de la criptonomancia para enviar mensajes y leerlos. Es muchísimo más. Es toda una declaración de intenciones. Fíjate. Están todos los detalles. Las ánforas con las cenizas de las antiguas que pasan de una a otra como si fuera un ciclo de reencarnación. El espejo y el reflejo de la luna. La música y la vibración de las cuerdas, la energía a través de la cual, las brujas, nos movemos. Y con el reflejo de la luna y una lupa de cristal triangular escribe algo en un papiro. Está dejando un mensaje. ¿No te parece increíble? Fíjate, tiene todos los detalles. Es una locura —Tamsin leyó el nombre del cuadro en voz alta—. Es ciencia, misticismo, esoterismo y magia y arte colisionando. Una bruja con todas las letras —dijo admirada—. Creo… Duncan —susurró aún anonadada con su revelación—. Creo… creo que Remedios Varo era una iniciada de Tesalia.

Pero Duncan ya no escuchaba la explicación de Tamsin. Sus ojos se cambiaron al rojo al percibir el peligro que se aproximaba hacia ellos en forma de hormonas de macho, que le obligaban a exudar las suyas propias para marcar territorio con su compañera.

Y si hacía eso, Tamsin iba a reaccionar ante él.

Se excitaría y dejaría ir las suyas sin control, otra vez.

Tamsin desvió la mirada hacia Duncan porque empezaba a sentirse muy extraña.

—¿Qué estás haciendo? —¿Empezaba a hacer calor ahí adentro o solo era una sensación?

Duncan dejó ir un ronroneo que puso a Tamsin en guardia.

—Duncan, para. —Le advirtió ella. Esos ruidos la afectaban demasiado, y eso que no era una loba—. Has dicho que no ibas a presionar y este no es lugar para…

—No puedo… —contestó muy preocupado—. Algo está pasando. El ambiente está repleto de hormonas de canis lupis y mi lobo se pone a la defensiva y quiere marcarte.

—¿Qué? No…

—Sí. Algo están haciendo… —Duncan buscó los respiraderos del techo y las paredes. Y captó que el aroma salía de allí—. Mierda, creo que saben que estamos aquí.

—¿Cómo? A mí no me pueden ver… —replicó Tamsin alertada por aquel giro.

Khalevi apareció ante ellos y los sacudió con la noticia que traía.

—Duncan, hay un problema. Saben que estamos aquí.

—No te acerques a Tamsin —le ordenó enseñando los colmillos como una fiera.

El vampiro alzó las manos en señal de defensa.

—Eh, tío, que yo no hago nada. Están dispersando hormonas sexuales por el museo porque intuían que podías estar hoy por aquí. Lycos y sus lupis te han seguido el rastro desde el Índigo hasta el local de la tatuadora. Os siguen a ti y a la bruja. Y creo que ellos están aquí. Es una emboscada. Pero no te pueden ver. Ni a mí tampoco, por ahora.

—No me encuentro bien —Tamsin se acuclilló y se tocó el vientre. La sensación era pura agonía. Le empezaba a doler el cuerpo.

—Tenemos que salir de aquí —urgió Duncan—. Las feromonas afectan a Tamsin.

—No —Tamsin se cerró en banda—. Estoy aquí por esto, lo sé. Por este cuadro… es… tan bonito… —lo señaló y gruñó entre dientes al recibir un espasmo en el interior del útero—. ¡Duncan! ¡Tienes que parar de robarme feromonas así!

—¡No soy yo! ¡No lo hago a propósito! ¡Es un automatismo del lobo!

—Se llama territorialidad —Khalevi estaba controlando por el

rabillo del ojo a los hombres que había alrededor, que cada vez estaban más cerca.

Y Duncan los olió y supo que eran lupis que intentaban seguir el rastro de las feromonas de Tamsin. Los estaban rodeando. Pero parecían humanos, no parecían los monstruos que solían aparentar.

—Duncan… Estos huelen a perro. No lo parecen, pero huelen a perro. He oído que la hija de Verich decía que había marcado a los lupis para que la magia no les afectase. Al parecer, han hecho algo para que su aspecto físico se pueda mimetizar y no levantar suspicacias. También ha marcado el museo con sus símbolos.

—Joder, sí lo son —dijo cubriendo a Tamsin con su cuerpo—. Pero no percibo en esta sala ningún símbolo. Oye, brujita —la sujetó del antebrazo—, levántate, tenemos que irnos…

Por las escaleras del interior del museo, Khalevi vio descender a Justice con su padre. Sujetaba su colgante, y se llevaba aquella diminuta flauta a la boca. Aquello no podía ser bueno. Alguien les había avisado de que estaban allí.

—No me encuentro bien… —repitió Tamsin sudando y sin poder moverse.

—Son las feromonas. Levántate, te cojo en brazos y nos largamos.

—No es eso —contestó. ¿Qué le sucedía? Se estaba mareando—. No me puedo mover de verdad. Es como si algo me inmovilizara.

Justice sopló el silbato, y cuando lo hizo, Duncan se hizo visible, aunque no con nitidez. Era como la imagen borrosa de un televisor antiguo.

Los lupis lo vieron. Y no tardaron en mostrar su verdadera forma y en ir a por él.

Duncan supo que no había mejor modo de quitarse la tensión acumulada que peleando contra todos ellos. Iba a defender a Tamsin como el animal que, en el fondo, era.

Tamsin estaba hecha un ovillo, el dolor era subyugante. Solo sentía insatisfacción y deseo, pero, además, estaba la otra sensación. La piel de la espalda le ardía.

¿Qué le estaba sucediendo?

Duncan esquivó al primer lupis, y lo agarró de la cabeza con ambas manos y se la arrancó, con una facilidad pasmosa.

Khalevi lo ayudó, aniquilando a dos más que iban a cortarle el

paso.

A uno le arrancó el corazón sin más, y al otro, le arrancó la tráquea. Los invitados empezaron a gritar despavoridos, porque creían que estaban viendo una película de terror. Corrieron para salir del museo, pero no todos lo lograron. Los lupis atacaban a diestro y siniestro, indistintamente.

—¿Qué hacen los lupis? —dijo Justice atemorizada—. No pueden hacer daño a los civiles así…

Justice soplaba el silbato con más fuerza, para que Duncan se viera más nítido y la silueta no se reflejase como si tuviera mala señal.

Lycos le había dicho que tenía que hacer eso, porque cuando Duncan mejor se viera, antes él actuaría.

Y cuando el general Lycos, ejecutor del Santo Heubert, con su pelo negro largo y ondulado, ojos oscuros, perilla y mirada aguileña hizo acto de presencia en lo alto de la escalera, siempre salvaguardado por una distancia prudencial, Duncan fijó los ojos en él y su rabia se multiplicó. Estaba igual que siempre, con su aspecto de tener un palo por el culo y vestido como un militar, pero sin ropa de camuflaje.

Lycos había matado a muchos de los suyos. Él se había llevado a los niños. Él, él, él… Duncan se cegó.

Los lupis no eran rivales para un Beta cabreado. Era un excelente luchador, una bestia. Le encantaba entrenar al clan, pero nadie podía vencerle. Y pelear contra esos lupis era como un entrenamiento.

Lycos tampoco sería un adversario digno para él. Si había ganado en los anteriores enfrentamientos era por haber tenido la magia de un Santo a mano.

Y ahora también disponía de otro tipo de magia nigromante, con símbolos y con un silbato de una vibración que destrozaba el tímpano del vaélico.

Pero sin eso, Duncan lo destrozaría. Saber que tenía a Lycos tan cerca lo enloqueció y, cuando se dirigió hacia él, cometió el error de no cubrir su espalda, y uno de sus atacantes aprovechó para clavarle algo entre los omóplatos. Eran sus propias garras ponzoñosas. Duncan no gritó, solo lo miro por encima del hombro y le dio un puñetazo en el estómago, tan fuerte, que el puño salió por

la espalda. Cuando lo retiró, sujetó su columna vertebral y tiró de ella hasta partirla y extraerla por delante.

—¡No está solo! —gritaba una nerviosa Justice para advertir a Lycos, unos diez peldaños por encima de ella, justo en la balconada —. ¡Hay alguien más con él! ¡Está matando a los tuyos! —Y no era un vailos, porque el silbato no le afectaba.

—¿No has creado vacíos aquí? —preguntó su padre aterrado con la situación.

—No. Los vacíos están en la planta superior, protegiendo a los objetos. ¡¿Por qué, en una exposición de este calibre, iban a interesarse por el surrealismo?! —se preguntó muy sorprendida—. ¡Y no están usando su magia! ¡Solo usan su fuerza física!

—No me importa quien esté con él, no dejes de silbar, Justice —imperó Lycos—. Solo quiero a ese vaélico. Cuando lo tenga, me llevará hasta la hembra. No sé por dónde se esconde —miró a su alrededor con ojos inquisidores—. La quiero también. Me gusta cómo huele y la quiero para mí.

Duncan oyó eso último y de un salto voló en dirección a la posición de Lycos, sin embargo, el lupis fue más rápido y sacó una pequeña cerbatana metálica de su cinturón y escupió con fuerza un dardo que impactó en el cuello de Duncan.

Tamsin, que se moría de dolor, levantó la cabeza.

Y al ver caer a Duncan, el pecho se le congeló. Sintió el momento exacto en que ese dardo se le clavó en la piel. Alzó la mano y sostuvo a Duncan en el aire, acercándolo de un arreón hasta ella, donde podía cubrirlo con su propio cuerpo.

Khalevi, mientras tanto, iba eliminando a los lupis uno a uno. Hasta que decidió ir a por la del silbato. Empujó al señor Verich para que rodase escaleras abajo, y apareció en la espalda de Justice, que gritaba preocupada por su padre. Khalevi tiró de la cadena de su cuello, para ahogarla con ella y decirle al oído antes de morderla:

—Creo, pelopony, que aún no sabes que la que está con los malos eres tú.

Khalevi mordió su cuello y empezó a beber profundamente de ella, hasta que tuvo que parar, enfermo por lo que acababa de ingerir. Se rio de su mala suerte y murmuró:

—Hija de… verbena…

Justice cayó inconsciente en las escaleras, y Lycos la miró con rabia, frustrado por lo que estaba sucediendo.

Khalevi descendió las escaleras a trompicones y Tamsin, al verlo tan mal, lo acercó a ella con una orden mental.

Tenía a Duncan y a Khalevi a sus pies, y ella estaba arrodillada en el suelo, curvando su cuerpo sobre ellos, a modo protector. Lycos seguía en pie, pero no veía a más lupis cerca.

Duncan abrió los ojos para decirle:

—Vete, Tamsin.

—No —respondió ella. La capucha de la capa cubría su rostro, pero Duncan podía ver su hermoso rostro empapado en sudor de todo lo que estaba sufriendo. El ataque de las feromonas imposibilitaba que pensase con claridad.

—Entonces, sácanos de aquí —le ordenó Khalevi.

Eso intentaba, pero había algo que no la dejaba moverse. En ese momento, la espalda de Tamsin se iluminó con una explosión de luz, y de ella salió otra mujer. Otra mujer, por increíble que fuera, que nadie podía ver.

La bruja de pelo negro, giró la cabeza por encima de su hombro izquierdo, con la adrenalina y las feromonas por las nubes y se quedó de piedra al ver quién acababa de aparecer.

—¿Jadis?

La pelirroja de ojos verdes le sonrió con una disculpa, agarró el cuadro que Tamsin había estado admirando y lo desclavó de la pared. Las alarmas antirrobo se activaron, pero eso daba igual, porque nadie iba a poder capturarla jamás.

Jadis se llevó el cuadro con ella, miró alrededor y antes de meterse de nuevo por la espalda de su hermana, que era de donde había salido, le dijo:

—Ya hablaremos, hermanita. Lo estás haciendo muy bien. —Se calló unos segundos y estudió fijamente a Khalevi, para medio sonreír de un modo muy extraño—. Sigue así, *Tamtam*. Pero, ahora, creo que deberías salir de aquí.

Jadis desapareció de nuevo, como si en realidad, su aparición hubiese sido un espejismo.

Tamsin seguía encontrándose muy mal, y no sabía si lo que acababa de pasar era una alucinación por las feromonas o había sido real, pero ya se podía mover, como si antes no hubiese podido

hacerlo porque Jadis se lo impedía.

Sudando profusamente y con mucho dolor corporal, con Duncan y Khalevi heridos en el suelo y Lycos en pie, intentando localizarlos con sus ojos taimados, decidió que era momento de obedecer a Jadis.

Posó sus manos sobre sus pechos, susurró su lenguaje original, y los tres, desaparecieron del Museo de los horrores.

—¡Justice! ¡Sigue silbando! —bramó Lycos dando órdenes. Pero, cuando advirtió que Justice estaba inconsciente en las escaleras y con un boquete en el cuello, supo que uno de los hijos de los últimos reyes vaélicos que Heubert y él asesinaron, se le acababa de escapar.

Golpeó con el puño la baranda de la escalera y rugió lleno de rabia.

Ese Duncan estaba siendo muy esquivo. Había algo muy poderoso que lo protegía. El silbato debería haber anulado su magia, pero no lo hacía del todo.

Habían provocado un destrozo en el McManus para nada. A Justice la había mordido un vampiro, y juraría que Ender se había roto el cuello al caer por las escaleras.

Lo único positivo que podía sacar de toda esa rocambolesca situación era que ahora, ya sabía que tenía a uno de los Reyes muy cerca de ser cazado.

La próxima vez, no se le escaparía.

Capítulo 17

Edimburgo
Blackford

—¿Qué quieres decir con «aquí»? —Erin miró alrededor sin comprender bien a lo que se refería.

—Pues aquí —aseguró Astrid encogiéndose de hombros.

Y el «aquí» se materializó ante ellos cuando, del tapiz de Ludmila que ahora se encontraba en el museo Blackford, emergió un potente resplandor que obligó a todos a retirar el rostro y cubrirse los ojos.

En décimas de segundo, el fogonazo desapareció, y tras él, apareció la mujer que estaba moviendo los hilos con una locura disparatada de espacio y de tiempo que nadie podía adivinar ni comprender, pero que cuadraba a la perfección con los momentos de cada uno y, sobre todo, daba la razón al códice de Astrid Bonnet.

—Jadis… —La benjamina abrió los ojos y después alzó el puño —. ¡Bien! La actualización va muy bien…

—Ah, no pensaba que iba a tener público —Jadis resopló, sujetando el cuadro con celo.

—La bruja original —Erin se había quedado perpleja—. ¿Ella fue la de la estaca? —le preguntó a Viggo.

—No, fue otra bruja original —aseguró Viggo.

—En realidad, somos todas brujas originales… —Jadis les intentó explicar de qué iba el tema, pero no tenía tiempo.

Viggo y Erin no se lo podían creer, y Eyra, en cambio, solo tenía ojos para el cuadro. Jadis llevaba entre sus manos un lienzo de marco dorado cuya ilustración era demasiado extraña.

—¿Qué haces con un cuadro de Remedios Vera? —preguntó la vikinga.

Astrid se llevó la mano al pecho y sus ojos brillaron al dirigirse a Eyra.

—Ay, que por si fuera poco el envoltorio, además sabe de arte… Bollera, guapa y culta. Bruja —no era un insulto, sino un piropo.

—¿La conoces? —preguntó Jadis sacándose la caperuza de la cabeza.

—Sí. Formaba parte de Las Tres Brujas.

Viggo y Erin seguían impresionados, hasta que Viggo intentó decirle algo y Jadis se lo prohibió alzando un dedo.

—No. No digas ni una palabra ahora, vikingo. Me tengo que ir pitando. ¿Quién era la que tenía el don de Tácita? —achicó sus ojos verdes, y acabó centrándolos en Erin—. Eras tú, ¿verdad? Erin Bonnet.

—Sí.

—Bien —dejó el cuadro apoyado sobre el cofre, que estaba abierto y añadió—: Aquí te dejo esto. Tú tienes la capacidad del lenguaje, de entender… Confío en que harás lo adecuado con este tesoro. Este cuadro tiene su propio lenguaje y vas a tener que traducirlo. Encuentra las claves, Bonnet. Y estad atentos a las señales. Todo vibra —movió los dedos como si tocase un arpa—. Todo es atracción. Todo está conectado.

Erin asintió obedeciéndola sin rechistar. Respetaba mucho a la bruja Jadis, porque era la primera vez que la veía y había oído hablar de ella. Se parecía mucho a Lillith, desde luego.

—Te vi cargando a mi hermano. Y robaste una pócima de las manos de Gregos en la mansión de Harald —señaló Eyra.

La cara de Jadis era de chiste.

—¿A tu hermano? ¿Quién es tu hermano?

—Khalevi. —Su gesto era muy serio—. Pelo rubio, trenzado, muy fuerte y alto…

—¿Khalevi es tu hermano? —Se quedó en *shock*, francamente sorprendida—. ¿Y le he dado una pócima? Pues no he llegado a ese capítulo todavía.

—Sí has llegado a eso —replicó muy segura de sus palabras—. Hace unos días pasó. ¿Cómo sabes quién es Khalevi entonces si dices que no has llegado a eso?

Jadis entornó los ojos y contestó:

—Eso no es trascendente. Soy una bruja del tiempo y del espacio. No hago casi nada de manera cronológica. Lo que para ti ya ha pasado, para mí aún no. Jefe Viggo.

—¿Ya puedo hablar? —dijo sin ánimo de ofenderla.

—No. Solo te diré: Museo McManus, Dundee. Envía allí inmediatamente a la Peython y al matademonios. Y, ahora, me largo con mi hermana. —Se cubrió la cabeza de pelo y rizos rojos con la holgada capucha negra y atravesó el telar, provocando un nuevo fogonazo de luz que cegó parcialmente al grupo.

Cuando la claridad desapareció, el telar permanecía impávido en la pared, nada alterado, nada cambiado. Seguía siendo el mismo.

Astrid se acercó y pasó la mano por el tapiz.

—Joder… esto es pura física cuántica. La transformación de la materia y de la realidad, los agujeros de gusanos, las fugas del sistema del inventor… —murmuró perdida en sus elucubraciones.

Erin y Eyra se acercaron al cuadro y Erin le preguntó:

—¿Cómo se llama este cuadro?

—*La creación de las aves* —mencionó Eyra de memoria, y después la vikinga le preguntó a su *boss*—: ¿Quieres que avise a Daven? ¿Los acompaño a Dundee?

Viggo seguía en silencio, observando el *lasabrjotur* de Ludmila.

Se cruzó de brazos pensando en lo que le había ordenado la bruja. Evidentemente, gracias a Astrid, ya tenían esa parte de la información, pero no la localización exacta. Estaba todo conectado. Debían averiguar todo sobre los Verich y su conexión con los Pupilli.

—No, Eyra. Les enviaré solo a ellos. Jadis debe tener algún motivo para una indicación tan clara.

Avisó mentalmente a Daven y le dio el mensaje con la máxima premura posible.

Mientras tanto, en Blackford también tenían cosas que hacer.

En algún lugar de Escocia

Tamsin estaba en la cama, tumbada.

Seguía sin encontrarse bien por culpa de la cantidad de feromonas que sobrepasaban su cuerpo. Le dolía la piel, los músculos y le ardían los pechos y el vientre. Eso no debía ser nada bueno. Sentía que iba a explotar.

No sabía en qué habitación se encontraba, pero era otra casa distinta a la que se habían hospedado. La estructura de la cama tenía columnas y dosel.

La ventana de la habitación estaba abierta de par en par, porque la piel le ardía y sudaba considerablemente.

No veía a Duncan por ningún lugar, pero lo sentía muy cerca. Con los ojos fijos en ella desde algún rincón de la habitación.

—*Tamtam*… Despierta.

La mano de Jadis la zarandeó por el hombro, y el simple toque en la piel, la molestó. ¿Por qué estaba tan sensible?

—Jadis…

—Aquí estoy —le dijo al oído—. Escúchame bien: he preparado una burbuja del silencio para ti y para mí. Tengo que decirte algunas cosas, que solo debes saber tú.

—Jadis… Has aparecido por mi espalda, puta loca… —murmuró ida por las feromonas.

—Sí —Jadis dejó ir una risita—. Sí, así ha sido. Eres mi puerta móvil. Me ayudarás a seguir con nuestro propósito. Y, de hecho, he vuelto a hacer servir tu tatuaje, para trasladaros a otro lugar. La otra casa en la que estabais está siendo rastreada por los enemigos de tu lobo. Necesitáis ganar un poco de tiempo.

«¿De su lobo?», a Tamsin le encantaba cómo sonaba eso. Se ponía tonta de escuchar algo así. Creer en el amor de ese modo, en la pertenencia sin posesión; pensar en Duncan siempre le había afectado, unas veces para bien y otras para mal, pero siempre, siempre, había pensado en él, porque él… él…

Jadis elevó sus cejas rojas y chasqueó muy divertida por ver la expresión de su hermana, porque era la primera vez que la veía así.

—Mi Tam… Tienes a tu Caín. Estás encainada.

—¿Encainada?

—Sí. Enamorada es de la realidad. Pero, bueno, también lo estás —se encogió de hombros.

—No sé cómo estoy… Solo sé que… ¿dónde está él? ¿Por qué no

le puedo ver?

—Espera, no te pongas nerviosa —posó sus manos sobre los hombros de Tamsin—, cuando me vaya, él será todo para ti. Pero antes, déjame hablarte.

—Entonces, no me distraigas.

—Es inevitable… Nunca te habían brillado tanto los ojos. Y estás tan bonita… Escúchame.

—Sí —asintió como una niña buena. Pero, entonces, advirtió que era la primera vez que veía a su hermana en carne y hueso después de mucho tiempo. Y que la podía abrazar, que la podía tocar. Y, por Lillith… la había echado tanto de menos. A todas. Entonces, la agarró de la capa, la atrajo y la abrazó con fuerza contra ella—. Jadis… ¡Jadis!

Su hermana sonrió y se emocionó al recibir un abrazo así, un abrazo real de las suyas, carne de su carne. Llevaba mucho tiempo deambulando, arreglando lo que unos estropeaban e intentando arreglar lo que ella también estropeaba a su paso. Hacía mucho que no descansaba. Pero si su hermana daba los últimos pasos, pronto, todo, incluso sus saltos cuánticos en el tiempo, podrían moderarse y serían mucho más exactos de lo que eran. No se equivocaría nunca más. Quedaba poco. Quedaba poco para que todas se reunieran, pero Tamsin era el primer eslabón de las brujas originales.

—*Tamtam*… Yo también te he echado de menos.

—Y yo… —le olió el pelo—. ¿Por qué hueles tan bien? ¿Es un perfume?

—No soy yo. Es tu lobo. Estás oliendo continuamente sus feromonas.

—Ah…

—Tamsin —la apartó y la tomó de la barbilla—. Sigue mis instrucciones. Presta atención. No tengo mucho tiempo. Ya lo sabes.

—Sí… —un nuevo escalofrío recorrió su piel, y los calambres atenazaron su vientre. Se incorporó y se quedó sentada para sujetarse las piernas contra el pecho.

—Sigue tu intuición y haz en todo momento lo que tengas pensado hacer. Aunque eso suponga un dolor para tu compañero.

—¿Qué quieres decir?

—Sabrás lo que quiero decir cuando sea el momento de tomar esas decisiones. Y será casi inmediatamente. Disfruta de esta noche

todo lo que puedas. Quiere, sé libre, ama, confía… no temas, hermana. Las mujeres como nosotras no tememos a estas emociones.

Tamsin se llevó la mano al entrecejo y suspiró.

—¿Qué poeta te has comido?

—Ninguno. Atiéndeme —insistió—. Vas a tener que tomar una decisión muy importante: una decisión impopular. Pero tendrás que hacer lo que ella te pida, ¿de acuerdo? No debe temblarte el pulso.

—¿Qué? ¿Ella quién?

—Lo sabrás pronto. Haz lo que tienes pensado hacer. Sigue tu intuición.

Ambas se miraron fijamente, como si así se comunicasen en silencio. Y en cierto modo lo hacían.

—Sabes que a pesar de la burbuja del silencio y de no ser detectables para el inventor, aquí todo tiene vibración. Y, además, la conexión con tu lobo ya es profunda, pero lo será más. Él no puede saber lo que tú y yo hablamos ni lo que vas a hacer…

—No lo sé ni yo… —resopló muy fuerte—. ¿No hace calor? —intentó ventilarse con su mano—. Aquí hace mucho calor…

—Estás caliente, Tamsin. Eres un horno. Y el otro más. Es importante que salgáis de aquí lo antes posible. Los enemigos de Duncan van a ajustar el cerco. Yo os estoy protegiendo, pero mi hechizo desaparecerá en cuanto lo hagáis saltar por los aires. *Tamtam*… tú siempre sabes lo que tienes que hacer. Eres la más decidida de todas y no te tiembla el pulso. Encontraste a tu amor hace siglos, e hiciste lo que tenías que hacer, aunque eso supusiera dejarlo atrás. Has sido la más sacrificada, la que más tiempo ha esperado. Él te marcó y su marca ha sido necesaria para muchas cosas que comprenderás después. Ahora disfrútalo, pero no dudo en que harás lo justo y necesario.

—¿Y qué es lo justo y necesario, Jadis? Me estás poniendo la cabeza como un bombo… —se pasó la mano por la frente.

—Lo sabrás.

—Solo quiero encontrar el foso. Solo eso —reconoció.

—Si haces caso de lo que te he dicho, lo encontrarás. Y serás mi heroína, aunque, sabes que ya lo eres —sonrió, le dio un beso en la frente y habló frente a frente con ella—: te quiero, hermana mía. Brujas hasta el final.

—Brujas hasta el final.

—Nos vemos pronto.

—¿Cuándo?

—Pronto. Y ahora, déjame usar tus servicios.

—¿Qué servicios?

Jadis dio un salto, se colocó sobre la cama, tras su espalda y cuando se iluminó el tatuaje de Tamsin, ella se internó.

Y desapareció, sin más.

Así era Jadis, un soplo de aire fresco, de mensajes ambiguos y de caos. Pero una loca atemporal cariñosa y llena de amor hacia sus hermanas.

Tamsin se quedó con la mirada fija en la pared que tenía en frente, porque el panorama había cambiado de repente, y el horizonte ya no era papel de pared a rayas verticales, blancas y grises.

No. El panorama se había transformado en un apasionante hombre enorme, musculoso, sin camiseta, el pelo rubio suelto, y sus ojos amarillos de lobo, absortos en ella.

Un lobo que solo quería a la mujer que lo había alimentado de feromonas hasta convertirlo en un mástil doloroso e hinchado que buscaba alivio y atención.

—Duncan…

—*Gggrrrrr*.

Capítulo 18

Duncan le mostró los colmillos y ella se estremeció.

—Llevo una eternidad esperando a hacerte el amor, Tamsin —reconoció abiertamente—. Nunca pude hacértelo. Llevo una eternidad sabiendo que eres mi pareja, sin poder tenerte, envenenándome con la furia y la desesperación que me provocaba el creer que eras poco empática. Pero eso se ha ido, y ha dejado espacio a lo que de verdad me transmites ahora. Yo… solo siento admiración y pasión hacia ti. No puedo estar todo el día recogiendo feromonas porque es insano para mí, puedo enloquecer. Pero valorándote y sintiendo lo que siento por ti ahora, jamás haría nada que tú no quieras hacer, aunque eso me reviente las pelotas. Sé que aquí, por ahora, estamos a salvo. Me lo ha dicho Jadis —ella lo escuchaba con mucha atención—. Y no me aguanto más. La Legión se nos echa encima, hoy hemos estado en peligro y no quiero invertir todo mi tiempo en defenderme o en luchar. Llevo toda mi vida huyendo, incluso huyendo de ti y de lo que me hacías sentir, incluso cuando no te quería. Y, maldita sea… Quiero amar —volvió a ronronear—. Amar como un vaélico amarrado. Quiero hacer el amor con mi compañera, y quiero que nos marquemos para siempre, así dejaremos de exudar estas hormonas que nos ponen en el radar de los lupis y de Lycos. Así dejarás de atraer a cualquier macho con genes de lobo que te ronde —ella dibujó una sonrisa soberbia en sus preciosos y rojos labios—. Creo que, después de tantos siglos separados, nos lo merecemos.

Tamsin se colocó de rodillas en la cama y se movió así hasta

apoyarse en una de las columnas. Apoyó la mejilla en la madera y lo miró de arriba abajo, drogada de deseo y de todo lo que él exudaba.

—Quiero a mi corazón. *Mo chridhe* —sentenció temblando de la necesidad que tenía de estar con ella.

—¿Soy yo tu corazón? —preguntó excitada y muy emocionada por oírle hablar así.

—*Tha*.

—Entonces, ven a por mí —le ordenó deseosa de ese contacto con él.

—No.

—¿No? —La decepción ensombreció el rostro de la bruja original. Sus ojos azules se tiñeron de dolor.

—No sin avisarte antes —aclaró—. Lycos hizo algo conmigo. Me inyectó una sustancia que me obligaba a absorber más feromonas tuyas y a que tú creases más para mí. Porque así, nos encontraría a los dos, aunque a ti no te pudiera ver. Tengo esa sustancia en el cuerpo. No pienso con claridad. Tengo el cerebro del lobo totalmente embotado, y mi cuerpo con una sobredosis. No voy a saber parar. Tendrás que pedirme tú que pare.

Tamsin se recuperó de ese «no» justificado que él le había dado, y todavía se alegró más de su sinceridad y de su abierta necesidad de ella.

—Llevo siglos esperando estar contigo. Esperando a este lobo. Un lobo que me admire y sienta cosas bonitas por mí, como las que yo siento por él. Llevamos demasiadas vidas esperando. No me asustan los rasguños. Y en este momento, solo tenemos el ahora. Quedémonos a gusto, *mo bheathach*.

No necesitó nada más.

McManus
Dundee

Daven y Alba habían volado hacia la localización que les había dado la sorprendente bruja Jadis. De Edimburgo a Dundee, volando como ellos hacían, la distancia se acortaba mucho y en menos de veinte minutos estaban ahí.

No sabían por qué debían ir ellos y no Gregos, por ejemplo. O

Vael y Cami. Pero estaba claro que había una razón.

Cuando llegaron al museo, escucharon el sonido de las ambulancias aproximándose hacia su ubicación. Allí, en la sala principal de arte, hacía relativamente muy poco tiempo, había habido una batalla, una contienda entre miembros de la Legión. Los cuerpos de los lupis continuaban en el suelo, desmembrados. Había sangre por todas partes.

La Peython se acercó a los cuerpos de los humanos que yacían moribundos, víctimas colaterales de aquella pelea. Personas que una noche habían ido a ver una exposición sobre arte y brujas, y ya no lo podían contar. Los lupis nunca diferenciaban, mataban a todo aquello que se cruzase en el camino. Eran aberraciones genéticas sin mucho sentido común, solo ganas de destruir, rasgar y desmembrar. Por eso, se sintió orgullosa de lo que les habían hecho a esos engendros. Había como diez cuerpos destrozados en el suelo.

Alba se acuclilló en el suelo y estudió la escena como cuando trabajaba en la policía.

—Aquí ha habido un vaélico y un vampiro. La sangre de los lupis es negra, y hay sangre roja no humana. Es de un vaélico, y el único que siguió a Tamsin al salir del foso, fue Duncan. La sangre es del hermano de Vael. Y allí —señaló un claro en el suelo que había formado un roal impoluto, donde la sangre no había salpicado— había alguien más a la que, claramente, protegían. ¿Estarían protegiendo a la bruja original? Se enfrentaron aquí, en este lugar.

Alba estudió el hueco que había en la pared. Donde antes había habido un cuadro. Y ya sabía qué cuadro faltaba. Era el que había sustraído Jadis de la exposición.

—En la escalera huele a vampiro. Y huele a Khalevi —juró Daven subiendo escalón a escalón—. De aquí se han llevado dos cuerpos. Un hombre mayor, un acólito… huele a mercaptano, a huevo. Y… hay otra esencia que no logro definir.

Alba corrió hasta donde estaba su amado Daven.

El moreno, de pelo largo oscuro, cuello tatuado y ojos increíbles, tenía los ojos fijos en la exposición superior.

—Sí, huele a Khalevi. Pero hay dos olores más.

—Una mujer —aseguró Daven subiendo peldaño a peldaño, casi a cámara lenta.

—Una mujer que huele a *Rouge* de Dior. La sangre de la escalera

es de ella. Y huele a algo más que no sé qué es… Es un olor muy fuerte.

Escucharon un ruido en la planta superior, justo de la exposición de objetos de tortura y brujería a la que se dirigían.

Y cuando llegaron a la sala, Daven se detuvo en seco y no dio un paso más. Detuvo a Alba poniéndole una mano en el vientre, para que ella tampoco se internase.

—No. Hay un vacío aquí. No entres.

Alba fijó los ojos en aquella sala circular, repleta de vitrinas con instrumentos de tortura. El potro de estiramiento, el brete, la garrucha… A Alba se le quedó mal cuerpo al ver todo aquello.

Y lo más inquietante era captar un aroma familiar, que no tenía sentido que se ubicase en ese lugar. Era muy buena identificando perfumes.

—Huele a… *Eros*. Es sutil, pero… Me desconcierta porque…

Detrás de una vitrina, vieron un movimiento extraño. Era un hombre, con una complexión intimidante. No olía a acólito, no olía a lupis, olía a algo distinto… Y a *Eros*. Además, cargaba con una mujer sobre el hombro. Una mujer esbelta y elegante, que tenía un mordisco de vampiro en el cuello, cuyas trenzas moradas caían hacia abajo con dejadez… Era bella y exótica. Y él, él tenía algo muy familiar para Alba.

—Daven… ¿qué…?

El individuo los oyó, y entonces se dio la vuelta hacia ellos para encararlos. Tenía un collar de tortura en una mano que había extraído de un expositor, además de varios artilugios más que se había guardado en el cinturón del pantalón. Sus colmillos estaban ensangrentados, y sus ojos eran completamente rojos, como rubís.

—La ha mordido. Ha mordido a la chica.

—No es un lupis, no es un vaélico, no es un vampiro —enumeró Daven—. Entonces, ¿qué diablos es? Parece un lobo, pero esos ojos bicolores y cambiantes, que parece que contengan fuego, no los he visto jamás.

—No puede ser… —Alba estaba paralizada. El inclinó la cabeza hacia un lado y Alba juraría que le sonrió. Y entonces, se llevó la mano a la parte de atrás del pantalón y le mostró una granada. Una que solo podría usar alguien aficionado a las armas. Y Alba conocía al más aficionado en esos artilugios. Él ser dejó caer la granada a

los pies de Alba y Daven y después de eso, se movió mucho más rápido que un vampiro para hacer un boquete en la pared y salir por la sala contigua.

Alba y Daven esquivaron la explosión, pero la sala de ese museo no, que sufrió varios desperfectos.

Cuando quisieron reaccionar, no había ni rastro de ese hombre ni de la mujer.

Lo habían perdido.

Alba se alisó la chaqueta de piel negra tipo torera que llevaba y se extrajo un cristal del tejano que le había atravesado la piel.

—Nena, ¿estás bien? —Daven corrió a extraerle la pieza cortante.

—Sí.

—No he visto nunca nada así.

—Yo sí. Pero era de otro modo —juró aún impresionada por su descubrimiento—. Antes tenía el pelo rasurado y barba. Ahora lo lleva afeitado al uno, tiene colmillos y no hay ni rastro de pelo en la cara. Antes sus ojos eran oscuros, y ahora parece que tenga una fundición en ellos. Está mucho más fuerte e incomprensiblemente parece que ha ganado más altura. Tiene garras y lleva la misma placa en el cinturón del pantalón.

El vikingo moreno alzó sus ojos claros, al percibir el tono de cariño en la voz de su compañera. Parpadeó un par de veces y le preguntó:

—¿Ese bicho era Muro?

—Sí —estaba tan estupefacta como él.

—¿Qué demonios le ha pasado? ¿En qué se ha transformado?

Alba se encogió de hombros, pero se juró que lo descubriría. Había trabajado con Muro, pero no solo era su compañero y no solo había sido su enamorado. También eran amigos. Y sabía que su mundo había cambiado desde lo sucedido en Inglaterra con los Rasmussen y el Nixe. Pero no imaginaba cuánto. Se sentía un poco responsable de lo que fuera que le había pasado.

—Eso mismo me gustaría saber a mí. Necesitamos las grabaciones de los videos. Quiero asegurarme y saber qué ha pasado aquí exactamente. Y, por qué razón, Muro ya no es humano.

Capítulo 19

Duncan tenía miedo de hacer daño a Tamsin. No quería que ella se sintiese amenazada o sobrepasada por él, pero, había sido sincero y le había dicho la verdad: no iba a saber parar. No en ese estado.

Se abalanzó sobre Tamsin y la cubrió como un alud. Fue directo a su boca. Cuando sus labios se unieron la exigencia de sus besos se volvieron apremiantes, pero notó, orgulloso, como ella lo recibía.

La lengua de la bruja frotaba la suya, y se agarraba con las manos a su pelo. No sabía lo mucho que le gustaba a él que le tirasen de la melena rubia, le encantaba. Él la amarró también de su largo pelo negro y profundizó en el beso hasta probar cada cavidad y cada rincón de ella.

Tamsin temblaba entre sus brazos, porque en esos besos también se intercambiaban hormonas, y Duncan estaba tan duro que podía empezar a eyacular. Y eso que ella ni siquiera le había tocado.

Necesitaba tenerla desnuda. Había fantaseado con su cuerpo y con ella así. El problema era que narcotizado como estaba le costaba pronunciar alguna palabra o un mero pensamiento en orden, porque desde que le había dado las riendas al Lobo, el instinto y la territorialidad se habían apoderado de él. Ansioso como estaba, deslizó las manos por el cuerpo de Tamsin y le rompió la ropa con las garras, echándola a perder y lanzándola al suelo hecha girones.

La había desnudado por completo y al verla desnuda se pasó la lengua por los labios y entrecerró los párpados.

—Qué hermosa… —apenas reconocía su voz.

Tamsin se echó a reír al oírlo tan tenso y haciendo esfuerzos para no asustarla y no perder el control. Quería ser un hombre pero era un Lilim, medio lobo.

Era víctima y esclavo de sus feromonas.

Lo sujetó por la nuca y lo volvió a besar, y así, contra sus labios le dijo:

—No me da miedo nada, Duncan. Quiero que me hagas todo lo que se te pase por la cabeza.

Él le mordió el labio inferior y después lo lamió para que no se le inflamase.

Y entonces la empujó y echó sobre la cama. Duncan se quitó los pantalones con un duro tirón, rompiéndolos por el lateral y después se sacó los calzoncillos.

Tamsin se apoyó en los codos y abrió las piernas para que él la viera. Estaba deseosa, excitada, y lo necesitaba tanto como él a ella.

Duncan la agarró de las piernas abiertas y la arrastró hasta el borde de la cama. Y allí, bajó la cara hasta su sexo. Ella lo miro a los ojos y tomó aire.

Hasta que le pasó la lengua entre los pliegues húmedos y recogió todo su néctar. Los músculos de Duncan se hicieron algo más grandes, todo él creció. La parte superior de las orejas se le volvieron puntiagudas y sus colmillos.

—Duncan… me dejas sin aliento.

Duncan hundió la lengua en su interior. La sacaba, la deslizaba hacia arriba hasta golpear su clítoris, y después hacia abajo hasta penetraría con ella, y repitió la maniobra todas las veces que quiso hasta que Tamsin estaba absolutamente inflamada y resbaladiza.

—Deliciosa —gruñó. Le internó la lengua todo lo profundo que pudo, y la penetró con ella haciéndole el amor con la boca.

Tamsin se sujetó a su pelo y se curvó sobre el colchón, hasta que Duncan se puso sus muslos sobre los hombros y la dejó ahí, inmovilizada y recibiendo sus cuidados.

Se iba a correr si hacía eso. Y quería correrse. Lo necesitaba. Entonces, mientras su lengua la invadía, colocó su mano sobre su monte de Venus y después, con el pulgar, mimó su clítoris acariciándolo en círculos, estimulándola por los dos lados, hasta que empezó a notar las contracciones del útero de la bruja, y sus gemidos fueron música para sus oídos.

Tamsin se corría y lo hacía el hombre más feliz del mundo, pero no el más paciente.

Cuando aún sufría algún temblor por culpa de aquel éxtasis, se tumbó encima de ella, y la aprisionó contra el colchón.

Para entonces, quedaba poco de Duncan en ese hombre. Era un Vaélico, un Lobo y lo quería todo de ella.

—Está bien… —le susurró disfrutando de la sensación—. Haz lo que quieras, Duncan. Esta noche soy toda para ti.

Él se hizo hueco entre sus piernas, y con la mano guio su miembro contra su entrada. Apretaba los dientes con fuerza, porque necesitaba estar dentro de ella ya. Así que, cuando su prepucio se deslizó y superó la primera resistencia, no se lo pensó, y con un gruñido empujó con las caderas hasta el fondo, hasta que se deslizó en ella por completo.

Tamsin dejo ir un grito que mezclaba la sorpresa, el dolor y el placer… Pero no le dejó tiempo para acostumbrarse, ni para valorar cómo estaba.

Duncan iba a arrasarla, y era plenamente consciente de ello. Era su compañero, su Lilim y un ejemplar de Lobo increíble. Y, aunque había aceptado ser un Beta por el equilibrio de la cofradía, él, en realidad, era un maldito Alfa.

Y se lo iba a demostrar.

Sus caderas avanzaban y la sacudían, hasta el límite, estirándola, dilatándola y obligándola a acomodarlo como podía.

No era una Loba, pero sabía que a esos Lilim les salía líquido preseminal, que ayudaban a sus compañeras a aceptarlos en el coito y a excitarse y disfrutar con ellos.

Sentía sus estocadas hondas, y sabía que la estaba humedeciendo con su sustancia, y ella gemía y se agarraba a su espalda como podía.

Lo arañó y con una mano agarró su pelo en un puño.

—Así… —lo animó contra su oído—. Así, lobo, no te dejes nada. Ah…

Eso lo ponía más cachondo, lo excitaba más que su pareja disfrutase de él.

Las embestidas eran tan brutales que la cama se movía y chocaba contra la pared.

Duncan se colocó de rodillas y la tomó de las nalgas para

levantarle el pubis y colocarla en la posición que él quería para la penetración.

Así sus ojos podían mirarla desnuda, entre sus piernas y disfrutar de la vista erótica de ellos dos unidos tan íntimamente.

Tamsin se agarraba a las sábanas mientras bamboleaba las caderas al ritmo de sus estocadas. Hasta que, estupefacta, notó cómo él se hacía más grande y como, había algo ahí que parecía descomunal y que la ensanchaba más.

—Duncan… —sollozó. El primer impulso fue asustarse y apartarlo. Pero después, él la ayudó a relajarse al irrigarla con su sustancia.

Era el nudo. El nudo, la protuberancia en forma de pelota gruesa que les salía a los lobos al aparearse. Y, además, notó que también se alargaba un poco. Y se encajaba en su interior como un cable a un enchufe, como si tuviera algún tipo de lengüeta.

Tamsin extendió el cuello hacia atrás y cerró los ojos con fuerza para aguantar las oleadas de terrible placer que la lamían por dentro y por fuera como si fueran lenguas de fuego.

—Me… me voy a correr… No puedo más.

Duncan la incorporó y clavándole los dedos en el trasero, y con Tamsin agarrada a sus hombros mirándolo a la cara, la obligó a aceptarlo así, moviendo su cuerpo para que cayese por completo, y aceptase todo de él.

Tamsin no iba a negarle nunca nada.

Él le retiró el pelo del cuello y expuso su garganta y su zona más erógena. Pasó la lengua por su piel, le dio una embestida profunda y la mordió.

Ella dejó ir otro grito de placer y comprobó cómo ese nudo se afianzaba en su interior, no solo físicamente para frotarla por dentro. También se afianzaba en su corazón, en su espíritu.

Él se corrió y pronto, todo lo que tenía para darle, también empapó sus cuerpos entre las piernas, como un surtidor, porque era demasiado. Estaba eyaculando en el interior de su mujer, de su compañera eterna, y eso lo hacía tan feliz que aulló echando el cuello también hacia atrás, como Tamsin lo tenía.

Después del orgasmo, ella se dejó caer sobre él, abrazándolo fuertemente, pensando que, después de eso, habría una pausa. Pero Duncan solo acababa de empezar, y el placer de ella y su necesidad

aún no estaba siendo colmada.

Así que, sin mediar palabra la levantó y le dio la vuelta para dejarla bocabajo sobre él colchón.

Se tumbó encima de ella y le abrió las piernas, pero no quería aplastarla, así que alzó sus caderas y la dejó a cuatro patas.

Tamsin tenía los antebrazos y la cara en el colchón e intentaba recuperar el aire, pero quería mucho más de eso.

Sentía que la humedad de ambos les resbalaba por los muslos, pero no era suficiente.

—Duncan… necesito más —confesó sin vergüenza.

—Lo sé, nena —dijo cubriéndola con su cuerpo—. Y yo también.

Después de esas palabras, la volvió a penetrar hasta que los testículos golpearon la parte frontal de la vagina con sus movimientos.

Tamsin mordió la sábana, y la arrugó entre los dedos. En esa posición la posesión era tremenda y encarnizada. La iba a irritar, pero era tan maravilloso. Sentía a Duncan hasta en el nacimiento del pelo. Ese hombre estaba hecho para ella y ella para él.

Era suyo. Duncan le retiró el pelo del cuello con la nariz, le pasó una mano por delante de la cintura hasta alcanzar su clítoris con los dedos, y la poseyó de esa manera.

Sus envites seguían siendo poderosos y sus dientes hacían estragos marcándola con todo tipo de mordiscos entre los hombros, el cuello y la espalda. Pero cada pellizco de sus mordiscos, era afrodisíaco. Y la combinación, el placer era tan exponencial, que Tamsin lloraba en silencio porque no sabía que era posible experimentar aquel gozo y aquella vinculación.

¿Por qué había pasado tanto tiempo en aceptar y admitir que Duncan y ella eran un para siempre? ¿Por qué no habían podido disfrutar de ellos antes? Era una injusticia.

Sin embargo, tenían esa noche, y se tenían el uno al otro en este momento en el ahora.

Por eso, cuando Duncan volvió a hincharse y a encajarse en ella, Tamsin no pensó en lo que aún tenía por hacer ni en cuándo los iban a perseguir de nuevo.

Pensó en Duncan. Y en que querría poder disfrutar de él y de lo que sentían el uno por el otro, para siempre.

Él la mordió y mientras la marcaba por décima vez y le

provocaba un tercer orgasmo más fuerte que los dos anteriores, supo que esa mujer le pertenecería siempre, y que ojalá ella, hiciese lo que tuviese que hacer, contase con él para dejarle estar a su lado, para protegerla y para recordarle, que podía confiar en él y que siempre sería suyo. Y que ella, sería de él.

Como no sabía si Tamsin, como bruja original súperpoderosa entendía que un Lobo era para la eternidad, y que la relación era sagrada y prioritaria, procuró dejárselo claro, con su cuerpo, sus dientes y las palabras que silenció, porque no quería ni presionarla ni ponerle nombre a lo que tenían.

—Vas a ser mía toda la noche —le susurró al oído, volviendo a moverse en su interior mientras la sentaba de espaldas encima de él —. Tú lo has dicho antes —le cubrió los pechos con las manos y le pinzó los pezones—: que eres toda mía, ¿verdad?

—Sí… —ella se mordió el labio inferior y cerró los ojos extasiada.

—Al menos, nos tenemos esta noche. Que sirva por si tenemos que estar en cuarentena cientos de años más.

Ella echó el brazo hacia atrás, le acarició la mejilla y lo besó lánguidamente, entregándose a él como había prometido, sin reservas.

Y volverían a hacer el amor de nuevo.

Tantas veces como la noche les permitiera.

Capítulo 20

Horas después

Tamsin se sentía rodeada por los brazos de Duncan. Él estaba pegado a su espalda, con una de sus enormes piernas entre las de ella.

No dormían. Solo disfrutaban del silencio y de estar en compañía el uno del otro.

Los antebrazos de Duncan rodeaban su pecho y su cuello, en ella los acariciaba con la punta de una de sus uñas de color rojo, mientras pensaba en la de veces que había fantaseado con estar con él. Y la realidad había superado la fantasía con creces.

Se había imprimado de verdad a él. No era una vaélica. Pero la conexión era intensa y real y participaban de lleno los sentimientos que se habían liberado como un frasco de las esencias abierto. Hacer el amor con Duncan hacía que lo conociese. Era como un libro abierto. Como si, de repente, supiera todo lo que debía saber de él. Y lo que más le gustó descubrir fue que, siendo físicamente mucho más fuerte que ella, nunca perdió las riendas ni le hizo daño a propósito. Por eso supo que la pesadilla que tuvo con él donde él era cruel con ella, solo había sido eso, una pesadilla.

Una fantasía oscura cumplida en un mundo astral, como muchas otras se cumplían en el Disney World de las perversiones.

Y, después estaba ese olor… ese olor que desprendía él, la enloquecía. Si por ella fuera, se quedaría así con él toda la vida.

Quería abrazarlo constantemente. Pero había algo más importante por encima de ellos: primero sus hermanas y después el inventor.

—¿En qué piensas? —le preguntó Duncan hundiendo la nariz en su pelo.

—En que está amaneciendo y en que, pronto, tendremos que dejar este paréntesis para volver a la realidad. Lycos y su ejército de chuchos nos están rastreando.

—Créeme, no me he olvidado de él en ningún momento.

—Lo sé.

—Han pasado siglos, y sigo haciendo lo mismo —refutó con algo de rabia.

—¿Lo mismo?

—No quiero huir más —dijo—. Antes lo hacíamos porque no era el momento y porque teníamos niños y ancianos a nuestro cargo. Pero ahora… A ti, ajustado ya el tema de la marca, no te detectarán, y con el inhibidor no me olerán. Tu magia y los sellos del vampiro me darán invisibilidad. Me cansa huir de Lycos. Estás marcada y ya no emites feromonas que puedan olerlas otros. Ahora solo serán para mí y solo las oleré yo. Es lo que tiene tener mi marca —dijo satisfecho.

—No tengo una, me has hecho treinta —le echó en cara.

—Lo siento.

Tamsin sonrió y besó su antebrazo.

—Me encantan. No es un reproche.

—Lo mío si lo es: necesito enfrentarlo y matarlo.

—No. Todavía no —contestó Tamsin—. Tenemos algo importante que hacer.

—Ayer me llevaste al museo. ¿Hoy adónde me llevas? —le acarició un pecho con una mano—. ¿No me lo vas a contar?

—Tengo que hacer una visita a alguien y… después, ya se verá.

Él le dio la vuelta entre sus brazos y se quedaron mirándose cara a cara. A Tamsin cuanto más lo miraba más sexi le parecía. Ese pelo rubio, su mandíbula y su barbilla tan masculina, esa boca tan bien hecha y sus ojos negros de demonio.

Estaba loca por él. Pero no podía hacer locuras por él. No las haría.

—Ya no estás sola, Tamsin. Ahora podemos trabajar en grupo —le recordó.

Ella agradeció sus palabras, pero las brujas originales trabajaban de otro modo, tenían otro funcionamiento. Porque la labor de ellas era haberse sacrificado y trabajar duro para dar oportunidades a los demás. Tenían una gran responsabilidad con sus quehaceres.

—Lo sé —le pasó el índice por la nariz.

—Pero hay algo que no me cuentas.

—Siempre habrá algo que no te cuente.

—Eso no me parece bien.

—Tenemos que guardarnos algo para nosotros y ser fieles a nosotros mismos —sonrió sin darle mucha importancia a la contestación—. Las brujas siempre tenemos una razón para no revelarlo todo.

Eso preocupó a Duncan. No quería que tuviera secretos que la pudieran poner en peligro y él no pudiera protegerla. Eso no se lo perdonaría jamás. Había aceptado ser beta, relegando su naturaleza alfa por el bien del clan.

No aceptaría perder a su compañera por haber sido demasiado permisivo o complaciente. Con ella no.

—Tamsin.

—¿*Hum*? —le Dio un beso en los labios, porque se moría de ganas de hacerlo—. Me gusta tanto besarte…

Él pasó sus dedos por los mechones negros de Tamsin y le sonrió con adoración.

—¿Qué te contó tu hermana? No pude oír nada.

—Ah… Nada importante. Jadis solo me dio consejos para proseguir con mi labor. No me dio ninguna directriz concreta, como siempre —en eso no mentía.

—¿Por qué hace eso?

—Porque dice que ella sabe los cambios que se generan en el tiempo y cómo influyen en el flujo de la vida. Aprendió que lo que creía que iba a pasar, no pasaba, por cambios fluctuantes que afectaban a las decisiones de las personas. Cualquier palabra mal dicha, cualquier indicación mal dada, un futuro demasiado escrito, todo generaba cambios y ansiedades que generaban mas variantes en la realidad. Porque se decían —señaló con evidencia—. Por eso tomó la decisión de no decir abiertamente lo que ella veía en sus viajes. Desde entonces, Jadis orienta, pero ni mucho menos da las indicaciones exactas. Somos nosotras quienes debemos llegar a la

solución correcta.

A Duncan la respuesta lo acalló y lo hizo pensar en el pasado.

—Sabíais lo que iba a pasar y no influisteis en los cambios. ¿Qué hubiese sucedido si nos hubieseis salvado?

—Que el inventor habría descubierto la existencia de las brujas originales, y habría encontrado el modo de capturarnos, como, al final, ha sabido hacer con todos los demás Lilim. Y sin la variante que ofrecemos las brujas, esta realidad estaría vendida y aquí ya no podría haber un despertar de esos pocos que requerimos, ni una salida del sistema. Explicarlo así parece muy obvio, pero es todo mucho más complicado.

—Puedo imaginarlo.

—El único modo de intentar vencer al inventor, es dejar que todo lo que se ha hecho en su nombre siga inalterable, y que todo lo que se siga haciendo, tenga su continuidad. Mientras tanto, nosotros nos movemos entre bambalinas y vamos haciendo nuestras intervenciones sutiles que, a simple vista, no significan nada. Pero que, en conjunto, lo cambian todo —Tamsin le acarició la mejilla y le dio otro beso en los labios—. Tenemos que levantarnos, Duncan. Debemos irnos antes de amanecer. Debo hacer una visita.

—A la orden —le besó la nariz y después se colocó encima de ella, aplastándola contra el colchón—. Pero déjame darte un mordisco más, corazón.

Tamsin sonrió como si no tuviera remedio, y cuando lo escuchó ronronear, se le hinchó el pecho de amor.

Para Duncan, era complicado aceptar esas reglas de las brujas: era un hombre de acción, de cuidados y protector de la manada. Era difícil mantener los tiempos y no ir a la caza, como verdaderamente deseaba.

Lycos era muy fuerte, taimado, y siempre los acababa sorprendiendo con algún tipo de magia o de truco. Como aparecer en el museo, usar a una tatuadora de símbolos nigromantes, soplar un silbato que toca cuerdas vibracionales y anula hechizos de ocultamiento, y como colofón, drogarlo.

No obstante, a pesar de todo eso, esta vez, Duncan tenía un as en la manga, que Lycos no podía ver ni intuir. Y que él, había puesto en peligro al morderla siglos atrás.

Pero eso estaba solucionado, y no quería volver a cometer más

errores.

Por todos los que podrían salir perjudicados, pero sobre todo por ella.

Era un alfa camuflado.

Pero incluso el alfa sabía dar un paso al lado cuando la jefa mandaba.

Le había prometido que estaría allí para ayudarla y para hacer lo que le dijera.

Y eso haría.

Excepto dejar que se pusiera en peligro.

Los vampiros no dormían. Solo se *reseteaban*, pero no dormían.

Por esa razón, no entendía por qué no recordaba nada de la noche anterior o de cómo había llegado hasta esa casa.

Ni recordaba haber oído fornicar a Tamsin y a Duncan, teniéndolos pared con pared. Esa chica que había mordido, la hija de Ender Verich, tenía verbena en la sangre, pero la verbena no los ponía a soñar. Y Khalevi juraría que había soñado con alguien, pero no sabía con quién.

Lo que peor llevaba era darse cuenta de que la maldita Tamsin le había hecho algo, le había embrujado de verdad, y las dos veces que había intentado escapar e irse de esa casa, se había encontrado, mágicamente, dando media vuelta y regresando al mismo lugar.

Las brujas originales eran el peor enemigo que uno podría tener. Khalevi no odiaba a Tamsin, pero sí a una de ellas, el problema era que tenía que encontrarla, y no la encontraría hasta que Tamsin no abriese el maldito foso.

Odiaba sentirse encerrado. Era la peor sensación.

Y esa casa estaba demasiado lejos de Dundee. En Sant Michaels, al otro lado del Río Tay. ¿Cómo habían llegado hasta allí?

Lo único que recordaba era a Duncan en el suelo y a Tamsin poniéndoles a los dos una mano en el pecho.

Duncan y Tamsin llegaron a la cocina, donde él esperaba sentado en la mesita que había para desayunar. Era una casa de campo, sin demasiados lujos, pero con las utilidades básicas.

—¿Sabemos dónde estamos? —preguntó Duncan estirando los brazos por encima de su cabeza.

—En Sant Michaels —contestó el vampiro.

—Joder… ¿qué? —respondió el vaélico—. Eso queda al otro

lado del río.

—Oléis a sexo —contestó Khalevi aburrido de tanto amor y tanta territorialidad en esa pareja—. Sexo del bueno.

—¿Estás celoso, vampiro? —le preguntó Tamsin. Puso en marcha la cafetera con una orden de sus manos.

—Solo si él toma café y yo no.

Tamsin sonrió y preparó tres tazas.

—Somos un trío. Y el café es para todos —contestó Duncan sentando a Tamsin sobre sus piernas—. Pero la chica no.

—Agradeced que estamos lejos de Dundee. La casa huele a apareamiento. En Dundee os habrían encontrado en un suspiro.

—Por eso mi hermana nos ha ubicado tan lejos. Para que Lycos y los suyos no nos molesten.

—¿Tu hermana? —esa revelación tomó a Khalevi por sorpresa —. ¿Cuándo ha venido tu hermana? ¿Qué hermana era?

—Una bruja original —dijo ocultando su sonrisita de listilla.

—Todas sois brujas originales. ¿Por qué no me acuerdo de ella?

—¿No te acuerdas de ella? —Tamsin entrecerró su mirada inquisitiva y se quedó pensativa unos segundos—. Pues no lo sé.

—Venga, no me jodas.

—No. Eso no va a pasar —aseguró Duncan.

—¿Me estáis tomando el pelo? —Khalevi se sentía muy frustrado —. Quítame el maldito hechizo que has hecho sobre mí.

—¿Para que te escapes y vayas a matar a una de las mías? No. Lo siento. Me caes bien, Khalevi, pero no vas a poner un dedo encima a mis brujas. Hasta que no lo entiendas, el hechizo prevalecerá. Se romperá solo cuando, sinceramente, no tengas ganas de hacerles daño —Tamsin se cargó el café de azúcar y dejó los azucarillos en la mesa, por si ellos querían servirse.

—El azúcar es malo —apuntó Khalevi muy malhumorado.

—Somos un vampiro, una bruja original y un vaélico —contestó Tamsin—. No nos vamos a morir por un subidón de tensión o una diabetes.

—Dejadme deciros algo a los dos —se inclinó hacia adelante para asegurarse de que lo tomaban en serio—: Esta, os la tendré jurada siempre.

—Eres un miembro de la Orden —dijo Tamsin, bufando suavemente el café y bebiendo de su taza—. Viggo Bloddox estará

encantado de saber que nos has ayudado a que nuestro objetivo sea un éxito.

—Y también los vaélicos te reconocerán —sentenció Duncan tomándose el café de un sorbo largo—. Hablaremos bien de ti.

—Ya —Khalevi se levantó de la silla, se bebió su taza de golpe y contestó—: pero yo no busco reconocimiento. Solo busco paz.

Entonces, pensó Tamsin, buscaba lo mismo que todos.

Ella buscaba paz. Y solo estaría en paz consigo misma si entendía cómo llegar al foso que ni la bruja Jadis sabía dónde estaba. Confiaban en ella para ser la primera.

Y ella confiaba en su intuición.

Y su intuición le decía que debían ir a ver a Carmail.

A Perth Road, junto a los jardines de los Lemmings.

Capítulo 21

Carmail vivía en unas casas aglomeradas unifamiliares de ladrillo marrón y ventanales blancos. Aquella mañana, Dundee volvía a amanecer nublado. El jardín infantil que había en esa calle, frente a las casas, era muy grande y estaba poblado de estatuas infantiles de Lemmings, personajes de un famoso videojuego de los noventa.

Era temprano y, pronto los padres saldrían con sus hijos para llevarlos a la escuela.

Khalevi los había llevado volando y habían llegado relativamente pronto.

El vampiro agradecía que ya no oliesen a feromonas, pero aun así, tanto Tamsin como él mismo, se habían cubierto con sellos de invisibilidad y con magia original para pasar desapercibidos para la Legión que, con toda probabilidad, continuaban buscándolos por los alrededores.

Las noticias hablaban de una explosión en el museo de origen desconocido, con pérdidas millonarias en arte que los Verich deberían amortizar y pagar y de varios muertos, pero no mencionaban nada sobre Ender ni sobre su hija. No se sabía nada sobre ellos.

Entrarían en la casa Tamsin y Duncan.

Su vaélico había cumplido su palabra y no le había hecho preguntas ni sobre por qué estaban allí ni qué quería saber de Carmail.

Nada. Él estaba allí como su apoyo principal, pero era ella la directora de las operaciones.

—Khalevi, te quedas de guardián —le recordó Duncan.

El rubio vikingo, que estaba harto de todo, se cruzó de brazos y se apoyó en la pared de la fachada a un par de metros de la puerta.

—No puedo ir a ningún otro lugar —masculló—. Vuelvo a Tamsin como un yoyó.

Cuando Tamsin timbró, Duncan se quedó parapetado detrás de ella, como su guardaespaldas.

Ella le tomó la mano, y le sonrió por encima del hombro.

—Por si no te lo he dicho: gracias por no hacer preguntas, confiar en mí y estar a mi lado. Sé que te gusta mandar, y que quieres hacer todo a tu modo. Valoro mucho el esfuerzo que haces por mí.

Duncan estaba enamorado. Era un lobo enamorado, pero el hombre, se había vuelto loco por ella.

Le encantaría que Tamsin le contara todo lo que sabía o no sabía, le gustaría que le dejara llevar la batuta para poder estudiar antes el territorio, para ser el protector vaélico que era. Pero respetaba a Tamsin.

La respetaba con todo el corazón, y por eso, dejaba su inflexibilidad atrás. Por ser inflexible y creer lo que no era, había perdido demasiado tiempo en odiarla, y ahora sabía que tal vez les faltaría tiempo para aprender a amarse y disfrutarse. Así que, el tiempo que tuvieran, la haría feliz. Y sería la pareja que ella se merecía.

Él solo asintió. Besó el dorso de su mano y no dijo ni hizo nada más, pero sus ojos sonreían y también estaba agradecido por saberse reconocido.

Cuando la puerta se abrió, Carmail le sonrió amablemente como si fuera la primera vez que los veía. Pero no lo era.

Ella no los recordaba. No recordaba que le había hecho el lasabrjotur en la espalda ni que le había hablado de su hija.

Una hija a la que Tamsin ansiaba ver.

—Carmail —Tamsin alzó la mano y abrió los cinco dedos para que la mulata de pelo corto y blanco se concentrara en ella.

—Sí, soy yo. ¿Te conozco?

—Mira mi mano.

—¿Qué…?

—Duerme —le ordenó Tamsin.

Duncan se adelantó para sujetar a la joven antes de que cayera en redondo al suelo.

La cogió en brazos y los dos entraron en la casa. No era tiempo para fijarse en ningún detalle, porque la bruja original tenía prisa, pero, sin duda allí había mucho amor, y era una casa solo de mujeres. Una madre y una hija.

Duncan la dejó en el sofá de dos plazas que había en el salón y, cuando se incorporó, miró a Tamsin con curiosidad. Esperando información.

—Carmail tiene una hija. Vamos a verla.

—Bien. Tamsin —la tomó de la muñeca y la detuvo—, solo para asegurarme: ¿cómo de peligroso es que estemos aquí?

La bruja se mordió el labio inferior y contestó:

—No lo sé. Solo sé que tengo que estar aquí. Tengo que ver a esa niña.

Tamsin se adelantó y subió por las escaleras. La pared estaba llena de cuadros de la madre y la hija. La niña era una adorable mulata de pelo muy negro y ojos marrón caramelo.

Era muy graciosa. Pero no tenía más de siete años, le había dicho Carmail.

Llegaron al rellano de la planta de arriba y advirtieron la puerta de la habitación de la pequeña porque ponía su nombre: Alisa.

Tamsin abrió la puerta con cuidado y cuando Duncan y ella entraron en su dormitorio, descubrieron que la niña estaba sentada en la cama, mirando al frente, sonriéndoles, como si se tratase de una vieja amiga.

Iba a ir al colegio, porque llevaba el uniforme, un pichi azul oscuro de faldas con volantes y una blusa blanca con un lazo en el cuello.

Sobre sus piernas morenas, reposaban cuatro relojes de cadena, de bolsillo. Todos iguales, pero cada uno de un distinto color: dorado, plateado, negro y rojo.

Cuando los ojos de color azul de Tamsin los advirtieron, recordó lo que le había dicho su madre. Que la pequeña tenía interés por el funcionamiento mecánico de los relojes. ¿Por qué?

—Justo a tiempo —dijo la cría—. Odio llevar estas ropas, y el colegio me aburre.

La bruja frunció el ceño y se aproximó a ella.

Esa niña no era una niña corriente.

En las paredes rosas de su habitación tenía colgados lienzos y litografías de las obras de Remedios Varo: dos especialmente muy grandes sobre el cabecero de su cama. Se trataba de un hombre en las dos litografías. En una estaba rodeado de relojes, en la otra, intentaba colocar cosas en un pentagrama. Los cuadros eran muchos más complejos que eso, pero la niña se llevaba toda la atención y Tamsin no quería perderse detalle de nada.

—Son *El relojero y Armonía* —dijo la niña a la que le faltaba una paleta.

—Me dijo tu madre que te gustaba mucho el trabajo de las Tres Brujas.

—Gustar… —dijo alzando un dedito—, no es la palabra.

Tamsin abrió los brazos, muy sorprendida por la cría y por aquella situación.

—¿Quién eres? Sabía que tenía que venir aquí, algo me urgía verte, pero me siento más perdida que nunca.

—¿No me recuerdas?

La bruja entornó los ojos.

—¿Debería?

—¿Y tú tampoco, Duncan?

Cuando Alisa pronunció el nombre de Duncan, Tamsin se llevó la mano al pecho, porque tenía una corazonada, pero no estaba segura.

Duncan, en cambio, se lo tomaba todo con más calma, pero estaba igual de ansioso por descubrir lo que pasaba ahí con la muchacha.

—No. Es la primera vez que te veo.

—Yo sí que es la primera vez que te veo —dejó ir una carcajada infantil—. Ven. Te lo mostraré.

Duncan no se lo pensó dos veces. Era una niña, solo eso. ¿Qué poder podría tener?

—¿Qué me quieres enseñar?

—Agáchate un poco que no llego, eres muy alto.

Él le hizo caso y se inclinó hacia adelante, hasta que su apuesta cara quedó a la altura de la de Alisa.

En ese momento, la niña estiró sus manitas y tomó del rostro a Duncan, para tocar sus mejillas, su nariz, sus labios y sus cejas

como si fuera una invidente.

—Te veo, Duncan.

Él abrió los ojos consternados, y, de la impresión, trastabilló hacia atrás y cayó de culo en la moqueta.

Duncan tenía lágrimas en los ojos y decía que no con su rubia cabeza.

Alisa se echó a reír y, después, oteó a Tamsin para añadir:

—¿Sabes ahora quién soy, bruja original?

Tamsin abrió los ojos de par en par y afirmó poco a poco.

—Por Lillith… sí que lo sé. Eres… eres…

—Es mi madrina —sentenció Duncan—. La bruja Leta.

Y después de eso, él se cubrió el rostro y lloró de la emoción, para ir a gatas hasta ella y abrazarla apoyando la cara sobre sus piernas.

Capítulo 22

—Duncan… sé que impresiona, jovencito, y me gustaría poder hablar contigo durante horas, pero no tenemos mucho tiempo —le acarició la cabeza suavemente—. Ven, levántate y siéntate a mi lado, y Tamsin, acércate.

La bruja se echó el pelo negro hacia atrás, ojiplática por la revelación, y se sentó al lado de Alisa.

Y Duncan, emocionalmente destruido, hizo lo mismo. A Tamsin nada la emocionó más que ver a ese hombre tan fuerte, romperse por saber que su madrina, a la que había matado la Legión, seguía ahí.

—Tamsin, lo que hiciste por mí en la cueva, tuvo consecuencias. Y funcionó. Nunca te agradecí que me ayudaras a no sentir dolor en mi muerte. Ahora te lo agradezco…

—No entiendo nada —Duncan apoyó la frente en sus manos y los codos en sus rodillas—. ¿Qué significa esto?

—Tu pareja… porque es tu pareja, ¿verdad?

Que una mocosa de siete años hablase como una señora mayor era inquietante, pero también divertido.

—Sí lo es. *Mo chraidh* —pronunció mirando a Tamsin fijamente.

Ella sonrió y se sonrojó.

—Tu pareja vino a mí cuando más lo necesitaba. Aceleró mi mejunje para que los cazadores de la Legión no me hicieran sufrir. No sentí nada gracias a ella. Pero no solo hizo eso. Me hechizó el espíritu para que recordase en cada encarnación, que había sido

una bruja y que despertase en cada una de mis vidas en la realidad del inventor. Y créeme, Tamsin, lo que hiciste fue verdaderamente mágico y ha cambiado muchas cosas para bien, para nosotras, las brujas.

—¿De verdad? —Tamsin se acongojó, porque llevaba siglos esperando por algo así. Porque no fue fácil para ella actuar como actuó, pero le alegraba saber que su intervención, estaba haciendo bien. Leta, o sea, Alisa, la estaba ayudando a sanar.

—Sí. En todas mis vidas he sido bruja. Las encarnaciones no son lineales, no encarnas en el futuro. Puedes encarnar en el pasado también. Y tú y yo nos volvimos a ver. ¿Quieres saber quién fui?

—Sí, por favor.

—Fui una bruja de Tesalia. Fui Aglaonice —se levantó de la cama con los relojes colgando en la mano y se miró al espejo—. De mí aprendisteis la criptonomancia.

Tamsin abrió la boca de par en par. Lo que estaba diciendo era una auténtica locura. Pero desde luego, hablaba con mucha verdad.

—Fui esenia, cátara. Estuve en Salem… Fui una cartógrafa mística que marcó lugares increíbles en esta realidad, donde el inventor no tiene cabida. Descubrí las fugas de su sistema y morí a manos de Harald, el conquistador y él se llevó ese mapa. Un mapa mágico que, es posible, que ahora tengáis en vuestro poder. Fui una de las mejores amigas de la Madre Shipton, y ayudé a configurar su brújula. En mi última encarnación, antes de ser una niña increíblemente precoz y sabia en brujería avanzada, fui artista. Y en los cuadros legué todos mis mensajes sobre la criptonomancia, y la clave del tiempo. En uno de ellos, en el original, hay mucho más que criptonomancia.

—No me lo digas… ¿el que robó Jadis?

Leta se encogió de hombros, pero sonrió como si supiera la respuesta perfectamente.

—En él, os digo claramente cómo encontrar esos lugares, pero también digo de manera muy obvia, el tipo de mujer que debe usar ese método.

Tamsin se presionó los ojos suavemente, miró al techo de la habitación y cuando volvió a ver a esa cría, podía ver la silueta de su aura con la forma de todas esas mujeres que había encarnado, y entre ellas, esta última artista que mencionaba.

—Fuiste Remedios Varo, y dejaste mensajes para las brujas originales.

Alisa, con su actitud infantil, dio una vuelta sobre sí misma y exclamó un «sí», eufórico.

—No es fácil reencarnar y recordar, y más cuando has sido bruja. El inventor odia eso y no nos trata bien. A muchas las encierra y les prohíbe volver, ocultándolas en una especie de caldero de las almas…

—¿Un caldero? —repitió Tamsin.

—Sí, pero eso te lo contaré después. Con tu hechizo, tú me ayudaste a escapar de ese caldero y de ese influjo. Llevo trabajando en todas mis encarnaciones, para ayudaros de un modo u de otro, a través de mis mensajes, de mi arte, de los espejos… y ahora, en esta vida, solo os puedo ayudar ofreciéndoos la posibilidad de controlar el tiempo en esta realidad. ¿Veis los cuadros del cabecero de mi cama? —preguntó señalándolo con mucha ilusión.

—Sí —contestó Duncan.

—Pues los hice yo. Yo soy ese relojero. Y este es mi regalo para ti, Tamsin, por todo lo que me has ayudado y liberado al hacer lo que hiciste por mí en la cueva.

—¿Qué son esos relojes? —preguntó Tamsin. Por eso su madre Carmail le había dicho que le interesaban los relojes.

—Las encarnaciones conscientes rompen algo en la realidad del inventor, como si cada vez fuera más fácil entender su funcionamiento. A cada vida, más entresijos cuánticos y mágicos descubría. Y en esta, he estado obsesionada con cómo funciona el tiempo en esta realidad y cómo se interpreta realmente. He creado cuatro relojes para cada una de las brujas originales —se acercó a ella y se los dejó los cuatro en el regazo—. Cuando fui bruja de Tesalia comprendí que —se rascó la cabeza un poco—, que no se podía crear un espejo para salir de la realidad si vivíamos en el tiempo de la realidad del inventor. Es decir, estábamos encerrados, hiciésemos lo que hiciésemos. Sin embargo, en mi época como cartógrafa mística, viajé por lugares muy específicos de toda la tierra donde las brújulas y los relojes se detenían. Y se detenían, sin más, porque, por alguna razón, el tiempo allí no tenía lugar. En esta vida llevo intentando, desde que mis manos se coordinan con mi cerebro, crear unos relojes que sean sensibles a los lugares del no

tiempo, y también los momentos en los que el inventor activa el tiempo de nuevo para cercaros. No está mal para tener siete años, ¿eh? El foso de las brujas que buscas está en un lugar atemporal, en esta tierra, pero fuera del sistema del inventor. Y como ese, hay muchos lugares más. La mayoría los detectareis con los relojes y con las reliquias. Pero el de las brujas es el primero, y no se encontrará así. Se consigue con otro procedimiento. Porque es el primero y porque abriendo eso, todos podrán estar accesibles.

Tamsin alzó los relojes y los miró uno a uno, eran muy elegantes y muy bellos.

—¿Los has hechizado?

—Por supuesto. No he dejado de hacerlo desde que empecé a toquetearlos. Mis cuadros hablan de que el tiempo es vibración. Como la música. Mi cuadro de *El relojero* habla de las realidades y de la física cuántica. Los relojes del cuadro marcan todos la misma hora: las doce y cuarto. Hay un tiempo ordinario, que es el de la realidad, y hay un no tiempo que existe más allá de esta realidad, y que tiene que ver con…

—El Origen —Duncan ya estaba recuperado de la impresión inicial.

—Exacto —la aplaudió Alisa—. Pero solo hay una puerta para el origen. Solo una. Y todas las demás son solo fugas, lugares donde las leyes de este universo no rigen igual, y donde el inventor no tiene poder. Es ahí donde hay que trabajar. Y desde ahí desde donde hay que atacar. Porque ya vamos tarde —se miró el reloj de muñeca de color rosa—. Tamsin.

—¿Sí, Leta?

—He tenido más vidas de las que puedo recordar. He disfrutado de entrar en rebeldía en cada una de ellas y de obtener todos estos conocimientos, gracias a ti, pero sé lo que me digo: no quiero más.

Duncan se levantó de la cama y se acercó a la pequeña muchacha.

—¿Qué quiere decir eso? —La bruja también se levantó y se acercó a ella.

—Que no puedo seguir aquí, porque si sigo, el inventor encontrará el modo de hacerme la vida imposible y de acabar conmigo, ya sea a través de su tiempo y la vejez, o a través de otros métodos. Siempre me han perseguido —reconoció—, y siempre lo

harán. Tú me diste un regalo impagable, Tamsin. Tu benevolencia y tu compasión han resultado determinantes para el devenir de los acontecimientos y en mí has tenido una cómplice muy agradecida. Ahora te tengo que pedir otra cosa.

—¿El qué, bruja Leta?

Duncan tragó saliva y esperó pacientemente a su respuesta.

—El único modo de llegar al foso de las brujas que creó Tamsin es del mismo modo que Lillith se presenta en esta realidad y crea un espacio donde el tiempo no existe.

—Pero, mi madre se presenta con la muerte de una Antigua o cuando las cenizas de una de ellas tocan suelo sacro.

Alisa sonrió con su cara de siete años y dijo:

—Te pido que me mates, Tamsin. Tienes que hacerlo tú, antes de que, en cinco minutos, un predador de malas pulgas entre en esta casa y me mate o me lleve con él.

—Leta, ¿de qué estás hablando? —dijo Duncan a la defensiva.

—Bruja, mírame —le insistió Alisa—. Es el único modo. Yo soy el foso de las brujas. Se llega a través de mí. He sido más brujas de las que puedo recordar, he representado a cada una de ellas y me he acordado de todas mis vidas y todos mis hechizos y poderes, gracias a ti. Pero ya es suficiente. Ya ha llegado el momento de abandonar esta realidad. Y ¿quién sabe si, la siguiente, no es en el Origen?

A Tamsin los ojos se le llenaron de lágrimas. Porque saber que tenía que hacer algo así de nuevo era experimentar las mismas sensaciones que cuando tuvo que dejar morir a parte del clan vaélico y encerrarse con el resto, era reabrir viejas heridas. Y también reabrirlas posiblemente con Duncan.

—No, tiene que haber otro modo —dijo ella temblorosa.

—No lo hay, Tamsin. Tienes que ayudarme. La legión ha marcado esta casa con esos símbolos raros nigromantes que anulan la Magia. Pero si me matas, yo seré ese portal, y estarás directamente en esa realidad en la que encontrarás el foso. Una realidad donde solo prevalece tu magia y no la del inventor. Tamsin —se miró el reloj rosa de Barbie de su muñeca—. Quedan tres minutos.

—No me hagas esto… —le suplicó llorando.

Duncan sentía angustia por Tamsin, no quería verla sufrir, pero también sentía una pena terrible por Leta, porque era una cría. Una

cría muy vieja, pero no quería ver morir a más niños sin que él pudiera hacer nada. Eso lo había matado durante demasiado tiempo.

—Tamsin, te lo repito —insistió la niña—. Tienes que hacerlo tú, porque el foso solo se abre si lo abre una bruja original, ¿lo entiendes? No pienses en mí como una niña. Tengo más de cinco mil años, ¡por todas las brujas! Duncan —Alisa sujetó a Duncan por la cara y lo miró fijamente—. Sé lo que estás pensando, querido muchacho: no te pudiste despedir de mí en la cueva. Cierra esa cicatriz y despídete de mí ahora. Venga, despídete.

Duncan no sabía qué hacer. La atrajo a sus brazos y la abrazó con fuerza.

—Gracias por el cariño que me diste en el castro. De verdad te consideré alguien de mi familia.

—Ah… —Alisa sonrió con muchísima paz y le acarició la cabeza como a un perro—. De verdad lo era. Eras un hombre bueno y maravilloso entonces, nunca te olvides de serlo ahora. Te he echado de menos y siempre te quise mucho como el vaélico amable y noble que se preocupaba por todos y nunca dejaba a nadie atrás. Pero, en la realidad, las cosas son así. Mírame, hombre, he tenido una vida increíble. Y solo podré volver a tener la vida que por fin me merezco, si Tamsin me ayuda. Si mi espíritu va al caldero, siempre podréis recuperar ese caldero y sacar todos los espíritus que el inventor ha encerrado para que no vuelvan a encarnar aquí ni a contaminar a la humanidad con sus mensajes.

—¿Y tu madre? —Tamsin se secó los ojos con la manga larga del vestido negro de algodón que llevaba.

—Carmail es una buena madre. Pero, aunque me quiere, no me comprende y yo me he pasado la vida infantilizándome para que ella sea más feliz y se sienta mejor consigo misma. Pero, no sufráis, hoy se viene conmigo.

—¿Hoy muere Carmail? —Tamsin no lo sabía. Pero Alisa sabía todo de la realidad.

—Sí —asintió sin más—. Jamás superará mi pérdida. No intentéis salvarla, le esperaría una vida muy mala y la Legión la apresaría y la torturaría por bruja traidora.

Escuchando a Leta, Duncan comprendió que ella ya no tenía apegos. Había venido a esta realidad a encarnar y a transmitir

cultura para las brujas y conocimientos y revelaciones a las brujas originales.

El amor maternal o el de hija no lo sentía como tal, porque comprendía que aquello era un juego de roles, donde nadie se acordaba de sus vidas pasadas. Pero ella sí. Por eso ya no se vinculaba como al principio. Se había liberado de ese ciclo de reencarnación y olvido.

Tamsin sorbió por la nariz y tomó aire profundamente.

Desesperada miró a Duncan con miedo a que volviera a mirarla como siglos atrás, o a qué creyese que era una insensible y una egoísta.

Pero Duncan no le decía nada. Estaba bloqueado.

—Unos minutos para las doce y cuarto: en mi cuadro el relojero tengo esa hora por algo, Tamsin. Vendrán en tromba, entrarán en esta casa y os verán. Marcaron ayer noche la habitación con uno de esos símbolos oscuros. Effie se lo dijo a la chica del pelo morado, le dijo que se sentía extraña y que algo había pasado pero no sabía el qué. Es su prima y, creyendo que sois malos, me protegió a mí y a Carmail de una posible visita vuestra. Hay un vacío aquí, anula vuestra magia y también la tuya, Tamsin. Date prisa o nos quedaremos todos vendidos. ¿No entiendes que, si no lo haces, nada de lo que hizo Jadis habrá valido la pena? Ni tu sufrimiento al estar encerrada en el foso, ni el sufrimiento de Duncan por vuestra separación… ni la muerte de tantas mujeres brujas. Tienes que hacerlo. Esta es tu hora bruja —le recordó mirando los relojes que sujetaba la hija de Lillith—. O, dicho de otro modo: Esta es tu hora de la verdad, bruja.

Y todo se dio como advirtió Alisa.

La casa entera estaba marcada con un vacío, pero escucharon el silbato que había soplado la hija de Verich en el museo, y Duncan se vio impedido de nuevo.

¿Por qué no había pensado en protegerse? Se quedó hecho un ovillo en el suelo, y cuando se dio cuenta, los tímpanos le sangraban. Este era otro tipo de silbato, más potente.

—¡Tamsin! —le gritó desde el suelo.

Pero Tamsin no sabía si le daba el visto bueno para hacer lo que tenía que hacer con Leta, o si le estaba diciendo que no lo hiciese.

—Veinte segundos —Alisa sujetó la mano de Tamsin y se la

colocó encima del pecho—. ¡Hazlo!

—¡Tamsin! —gritó de nuevo Duncan sin poder soportar el dolor.

—Hazlo, Tamsin. Sabes que es lo mejor. Te estoy eternamente agradecida por todas las vidas que me has permitido tener conscientemente.

Lycos echó la puerta al suelo de una patada, y entró corriendo con, al menos, diez lupis más con él y dos de ellos cargaban con un espejo.

Y cuando Tamsin vio lo que pretendían hacer, todas sus dudas se esfumaron.

Era la misma guerra de siempre. Los mismos enemigos. Las mismas decisiones. Pero ahora sabía por quién debía luchar. No solo por todas las brujas, también por su corazón.

Nadie sacaría a Duncan de su vida así. La Legión trabajaba con los espejos como las brujas de Tesalia, pero su práctica no era tan limpia ni su técnica estaba tan perfeccionada. No tenía ni idea y no iban a poner el reflejo de Duncan en el espejo para que se lo llevaran al otro lado.

—Lo siento —susurró llorando y mirando a Leta con desesperación.

—No lo sientas. Ama a mi muchacho como se merece y deja que él te quiera como te mereces tú. Tres segundos, Tamsin. Hazlo.

La mano de Tamsin se iluminó y dejó ir un grito de tristeza y de furia. El pecho de la pequeña bruja Leta también se iluminó. Y al mismo tiempo, miró el espejo de justo apoyaban los lupis en el suelo, y lo hizo explotar.

Tamsin detuvo el corazón a Leta, y la vieja bruja, una Antigua de vidas, y una niña solo en esta, cerró los ojos para siempre en un segundo.

Al siguiente segundo, una onda expansiva recorrió la casa y las paredes de esa habitación, y el exterior dejó de ser la calle que daba al parque de los Lemmings.

Era otro lugar.

Otra realidad.

Miró los relojes que sujetaba en la otra mano y se dio cuenta de que todos se habían detenido a las 12:15h. El segundero no les funcionaba.

Leta tenía razón.

Estaban en un lugar de No tiempo.
Y allí, el inventor, no tenía influencia alguna.

Capítulo 23

El silbato de Lycos dejó de funcionar. Ya no emitía ningún sonido. El esbirro de la Legión se quedó consternado. Todavía no se había dado cuenta de que el decorado había cambiado.

Pero Duncan sí.

En la habitación de Leta había una nueva puerta de color granate, que antes no estaba. Y esa habitación no era *suite*, así que el vaélico comprendió que esa puerta daba a una salida que antes no existía.

Él miró a Tamsin con consternación y con una expresión que ella no supo descifrar en ese momento. Pero la bruja no pensaba quedarse mirando mientras los lupis querían hacer daño a su Lobo.

—Tamsin —dijo Duncan en voz alta, levantándose poco a poco del suelo. La sangre se le había secado en los oídos y ya no estaba debilitado—. Te dejo a los demás, pero del general Lycos me encargo yo. Llévalo al otro lado —le ordenó inflexible.

Y Tamsin abrió la puerta, y al abrirla, se encontró el claro de un bosque de árboles con formas extrañas, raíces que se retorcían y se movían, y una puerta de madera en arco, insertada en el ancho tronco de un Hamamelis de ocho metros, rodeado de plantas de beleño. Muy simbólico. Porque el beleño era la planta favorita de las brujas.

Antes de internarse en el otro lado, Tamsin no perdió la oportunidad de hacer papilla a esos monstruos. Estaba en un lugar donde su magia, que era original, valía sobre cualquier otra. Podía hacerla servir sin necesidad de ser vista o investigada por ellos.

Así que, decidió que era momento de volarles la cabeza a todos.

Y fue uno a uno. Abría y cerraba el puño, y cuando lo cerraba, una cabeza de lupis explotaba. Quería ser rápida y no recrearse, porque no significaban nada, no valía la pena.

También les había roto el espejo, con lo cual, acababa de joder las vistas al inventor. Nunca entendería lo que había sucedido.

Lycos se hacía cruces de lo que estaba viviendo.

—¡Eso no puede ser! ¡En un vacío vuestra magia no existe!

—Ya, Lycos —Duncan se cernió sobre el, lo sujetó de la pechera de la camiseta militar que llevaba y le dijo—: el problema es que esto ya no es un vacío. Es el mundo de mi chica.

Y con eso, arrastró a Lycos al otro lado y Tasmin entró tras ellos y cerró la puerta.

Lycos se quedó mirando lo que le rodeaba.

Eso no era Dundee.

Aquella no era la casa de Carmail.

Aquel no parecía el mundo real.

—¿Qué está pasando? Habían colocado símbolos nigromantes que provocaban anulación de magia por toda la casa. Los había pintado expresamente con *spray* transparente la hija de Verich antes de asistir a la exposición. Creíamos que, si habías visitado el local, podrías visitar de nuevo a Carmail o a Effie en sus casas. Pero, esto… esto no puede ser…

Duncan le dio un puñetazo tan fuerte que le partió unas cuantas costillas. Como allí, la magia y las creaciones del inventor no tenían peso ni cabida, Lycos no podía cicatrizar. Pero el vaélico no iba a usar su magia, solo los puños.

Cayó de rodillas al suelo, agarrándose el costado como podía. Los ojos se le salían de las cuencas y estaban rojos como un tomate.

—Sí puede ser. Soy un Lilim, una creación de Lillith y Caín. Yo sí puedo estar aquí. Tú no… ¿qué harás ahora sin tu magia, Lycos? ¿Llorarás?

Duncan se recrearía, lo haría encantado. Pero antes quería asegurarse de que, lo que vería Tamsin, no le iba a molestar.

—Necesito desahogarme y pagar con este engendro de la Legión todas las injusticias vividas. Si no lo aguantas, Tamsin —le pidió—, date la vuelta y no mires. Pero no me pienso detener. Este cabrón mato a mis padres con ayuda de Heubert, a mis abuelos, a todos los

Reyes de mi clan. Sus cazadores mataron a mi madrina. Y para colmo se llevaron a los niños para perfeccionar su genética. No voy a tener compasión.

—Está bien, Duncan —aseguró ella emocionada—, no pretendo que la tengas. Haz lo que consideres si eso hace que te liberes de más peso a tus espaldas.

Duncan asintió sin más, y después se centró en Lycos. Como si allí no hubiera un bosque místico y una puerta en un árbol.

Tamsin se sentó y se apoyó en esa puerta, mirando con atención todo lo que su lobo hizo al hombre que más odiaba en toda su existencia. Porque era como compartir con él una parte enorme de todo el dolor que había sentido.

Duncan se vengó de cada muerte y de cada persecución. Y lo hizo a conciencia.

De nada valía describir las atrocidades y las torturas a las que Duncan lo condenó, pero fueron iguales o peores que las de las brujas.

Porque un lupis, por muy perro de Dios que fuera, solo era o intentaba ser una copia barata de los vaélicos.

Y los vaélicos, por ascendencia, si no había magia de por medio y no había tretas ni trampas, siempre eran más fuertes que los lupis.

Le rompió todos y cada uno de los huesos de su deforme cuerpo. Le arrancó la dentadura. Y cuando lo tuvo sin poder moverse ni cicatrizar como solía hacer en su día a día, Duncan, que tenía el rostro manchado de gotas negras y la camiseta gris oscura manchada igual de sangre, buscó los ojos de color azul de Tamsin y le pidió que incinerase a Lycos.

—Haz los honores, por favor.

Él iba a morir allí dentro, y nadie de la Legión podría encontrarlo jamás. Su espíritu iba a perderse en un limbo de olvido y no tiempo.

Tamsin, que no se había perdido un detalle de todo lo que le había hecho a Lupis, dio una palmada, se frotó las manos y, a continuación, empezó a quemar el cuerpo de su enemigo y del enemigo de vida de su compañero.

Y, por primera vez en mucho tiempo, ambos no veían quemar el cuerpo de una bruja.

Quemaban a un perro de Dios.

Al más hijo de puta de todos los tiempos.

Era una victoria que merecían disfrutar.

Pero, antes, Tamsin quería asegurarse de que él, Duncan, estaba bien, y que estaba bien con ella, por lo que había hecho.

—Duncan… —susurró levantándose del suelo. Se alejó de la puerta y del tronco de Hammamelis y se detuvo cuando vio que él acortaba la distancia entre ellos en un momento—. Lo he tenido que hacer… lo siento mucho si te he decepcionado y te he hecho daño con esto, pero, era el plan de Leta, ella era el foso, su magia y su experiencia junto con los secretos de Jadis que me irritan… —Tamsin estaba tan nerviosa que no le salían las palabras. Sujetaba los relojes por sus cadenas y estos se movían por culpa de sus temblores—, y yo… Lo siento. Lo siento de verdad, Duncan…

El vaélico le cubrió la boca porque no quería dejar que ella se viera en la obligación de disculparse o de darle explicaciones.

Caminó con ella hasta el tronco y la apoyó en él.

—No. No quiero oír ni una palabra más… No quiero que te disculpes.

Ella sintió que se le partía el corazón al pensar que, de nuevo, debía sufrir el suplicio de ser objeto de la rabia de ese hombre.

Sus ojos oscuros se clavaban en ella como dagas.

—No tienes por qué disculparte. Soy yo quien te debe mil disculpas. —Los enormes ojos de Tamsin se abrieron con agradecimiento y sorpresa porque no esperaba esa reacción—. No solo ayudaste a Leta en el castro a no sufrir. Además, le diste el regalo de recordar sus vidas. Con tu decisión, no solo la salvaste, le diste la oportunidad de vivir, de ver, de crecer, de aprender, y de ser una bruja maravillosa y clave para todas vosotras. La hiciste parte de vosotras. Ella solita influyó en la historia, y se enfrentó a la Legión y a la Inquisición mil veces, jurando venganza en las siguientes vidas, sabiendo que, a cada reencarnación, sería más sabia y ayudaría a poner piedrecitas para llegar a este momento. Y no solo eso, me has dado la oportunidad de volver a verla y de despedirme de ella. Y ahora, acabas de dejar que me encargue de Lycos, el monstruo que nos martirizó porque tenía a la Legión, a un Santo y ahora a los nigromantes detrás. No sabes las ganas que tengo de decirle a mi hermano que he acabado con él con mis propias manos. No sabes el regalo que me has dado, brujita —

reconoció apoyando todo su cuerpo contra ella—. Llevo una eternidad rabiando por tu culpa, deseándote y necesitándote, y solo me han hecho falta cinco días a tu lado, siguiéndote, oliéndote y conociéndote, para que me enamore de ti a conciencia, porque una cosa son los lazos de nuestra especie, pero la otra, son las necesidades de mi espíritu. Y te elijo, y te elegiría a ti siempre, otra vez, aunque solo tuviéramos dos días para amarnos como queremos.

Tamsin sabía que al amor original no le hace falta tiempo para nacer. Existe y vive más allá del tiempo y del espacio del inventor.

Pero no imaginaba lo increíble y lo bueno que era, hasta que él admitió que estaba enamorado de ella.

Tamsin sujetó su muñeca y retiró la manaza del lobo, húmeda por sus lágrimas, de su boca.

—Duncan… —Tamsin dio un salto y se abrazó a él con mucha fuerza. Temblaba todavía por el miedo a que él la desaprobase y lloró de felicidad al haber sido bendecida por esas palabras—. Nunca me permití admitirlo a mí misma. Pero, yo me enamoré de ti en la cueva de Leta. Y supe que eras mío cuando, a pesar de la capa de invisibilidad que llevaba, me encontraste, como si me vieras sin problemas. Siempre me veías. Siempre.

—Tamsin… Mi amor mágico… Te veo —dijo, parafraseando a Leta.

Ella sonrió contra su cuello y se lo besó, para después, darle un mordisco suave en la piel. Sabía lo mucho que le gustaba al vaélico que le mordieran. No lo hizo a propósito para excitarlo, solo era una muestra de amor.

Pero con esos Lilim, con su especie, todo era sexual y sensual. Y muy pasional.

—¿Este es un lugar de no tiempo? —preguntó él con voz ronca.

—Sí.

—¿Y lo que se haga aquí lo ve o lo sabe alguien?

—No. Pero, ahora no podemos hacer nada porque… —las manos de Duncan le subieron la falda hasta la cintura y se internaron por sus braguitas—. Tengo un foso que abrir y Jadis debería… Oye, Duncan… —gimió al sentir cómo la acarició entre las piernas. Cuando lo miró a la cara, supo que no podría detenerlo, ni ella quería—. Creo que no deberíamos hacerlo aquí porque…

—Este es el lugar perfecto para hacerlo. Porque nadie nos

molesta.

—Mi hermana está encerrada allí —le señaló la puerta roja—. Es obvio que ella lo va a oír todo porq… ¡Duncan! —él le bajo el escote de golpe y expuso sus pechos para llevarse un pezón a la boca y empezar a mamar de él.

El lobo era demandante y la reclamaba. Pero la bruja original también lo era.

Duncan no la dejó hablar más, porque sentir el cuerpo caliente, menudo y tierno de Tamsin contra el suyo, era abrirle las puertas por completo a un lobo que, después de la caza y la victoria, tenía la adrenalina por las nubes y el amor por su compañera a flor de piel.

—Nena… rodéame las caderas con las piernas —le ordenó sin dejar de mordisquear y azotar el pezón con la lengua.

Tamsin obedeció sin rechistar. Duncan se fue a por el otro pecho y, al mismo tiempo internó dos de sus dedos en la vagina de la bruja. Ella ya respondía rápido a él, por las feromonas vaélicas que encontraban respuesta siempre en las de ella.

—Duncan… —gimió cuando percibió que los hundía hasta los nudillos. Era increíble cómo él sabía muy bien lo que tenía que hacerle para que disfrutara y se humedeciera rápidamente.

—Tamsin… Me temo que nunca voy a dejar de querer hacerte esto —Duncan se sacó el miembro y lo dirigió a su entrada—. ¿Estás lista?

Ella lo besó para que su lengua y su química la hicieran dilatar más, y porque, quería ese hombre, ahora y siempre.

—Siempre quise besarte, siempre soñé con besarte así, bien, mientras estuve encerrada en el foso. Siempre quise… —se quedó sin respiración al sentir la penetración implacable de Duncan. Su miembro la ensanchaba, y ella se llevó la mano a la entrepierna, para acariciarse un poco y hacer la invasión más placentera—. Ah… joderrrrr…

Duncan que lo vio, y tuvo que apoyarse en el tronco del árbol para no correrse ahí mismo de la impresión.

—¿Te estás tocando? —parecía que se iba a derretir.

Ella lo volvió a besar y se rio en su boca. Duncan jamás se había tragado una carcajada, y era lo mejor que se había comido en su vida.

—Sí. Claro que sí… —le dijo dejando que él la invadiera.

Se quedaron muy quietos, mirándose, como si él quisiera pedirle permiso para continuar y ella cerciorarse de que estaban juntos y de que eran compañeros de vida, espíritus amarrados.

—Tócate —le suplicó Duncan besándola en los labios tiernamente—. Porque voy a marcarte mil veces, brujita.

Tamsin retiró la boca y le mordió rápidamente el cuello, tirando de su carne.

Él rugió y aulló y, tal y como lo hizo, escucharon cientos de aullidos a su alrededor, con un eco inconfundible. Los dos los oyeron y sabían que no podían ser aullidos de ese foso del no tiempo, porque allí no había lobos. Lo único que eso podía significar era que podían escuchar la respuesta de los lobos del exterior, ante el aullido de un lobo feliz y completo que se sentía en casa.

Duncan empezó a mover las caderas y a introducirse en su interior como un poseído. Le colocó los antebrazos por debajo de las rodillas y le levantó y abrió un poco más las piernas para sentir mejor sus pliegues, su cavidad y llegar todo lo profundo que pudiera.

Agachó la cabeza y apresó su otro pezón para morderlo y martirizarlo como quería, mientras Tamsin se agarraba a su cuello y apoyaba la cabeza en el tronco, para dejar que su lobo tomase de ella todo lo que desease.

Y vaya si lo hizo.

Cuando estaban a punto de correrse, la mordió en el pecho, clavándole los colmillos, y se corrió en su interior, feliz de que Tamsin no rechazase nada de lo suyo, que lo quisiera así, y que le gustase hacer el amor con él.

Ella sabía que Duncan necesitaba unos minutos para desinflamarse y poder salir de su interior, por ese nudo extraño y esa lengüeta que les salía en el coito. Así que lo calmó, encima de él, cuando él ya se había dejado caer de rodillas, sosteniéndola en todo momento.

Tamsin besó su cabeza y peinó su liso pelo rubio, cuyos mechones reflejaban el sol y le dijo:

—Nunca te lo he podido decir. No tenía motivos para decirlo ni posibilidad de hacerlo —le echó la cabeza hacia atrás y le besó la

frente. Él parecía hipnotizado por sus besos y sus arrumacos—. Pero, ahora siento que sí puedo expresarlo, porque tú has llegado a mí y yo a ti: te quiero, Duncan, y me siento muy afortunada de ser tu compañera.

Ella sonrió con sus ojos y sus labios, y Duncan creyó que no le importaría morir siendo ella lo último que viera.

—Para mí, te quiero, no es suficiente, porque no expresa lo que, en realidad, siento. Pero aullaré por ti para toda la eternidad. Tengo una mujer que es propia de dioses, reyes y de alfas, y, sin embargo, se quiere quedar conmigo, con el beta.

—Ambos sabemos que no eres un beta —le corrigió acariciándole la mejilla—. Pero seguiría quedándome contigo fueras lo que fueses… Porque el lobo me provoca y hace que quiera correr con él. Pero estoy enamorada del hombre, del que escucha y me toma de la mano para que confíe en que el camino, siempre lo haremos juntos.

Él atacó a su boca de nuevo, la abrazó fuertemente contra él, y cuando parecía que se calentaban de nuevo, Tamsin volvió a tener esa sensación que hacía que se sintiera un poco mareada y dolorida.

—Ay, Duncan…

—¿Qué, amor? —preguntó preocupado.

—No me *Jadis*…

—¿Que no te *Jadi*? —puso cara de no comprender nada.

La espalda de Tamsin se iluminó, y de su *lasabrjotur* emergió un potente resplandor, como había sucedido otras veces. Jadis apareció tras ellos, con una sonrisa picarona y maravillada por el lugar en el que estaban. Pero, inmediatamente se dio la vuelta para no invadir su intimidad de más.

—Siento interrumpir. —No lo sentía en absoluto.

Duncan ayudó a vestirse rápidamente a Tamsin, y ella a limpiarse los dos rápidamente con un truquito de magia.

—Hermana, nunca imaginé que podrías fornicar en un foso…

—Siempre hay una primera vez para todo.

De repente, *¡flas!* Khalevi también apareció por detrás del árbol de entrada al foso, oteando su alrededor, sin comprender nada, y sujetándose la cabeza con aspecto de mareado.

—¡¿Y ahora qué coño pasa?! ¡¿Qué es esto?!

Jadis se lo encontró casi de cara, y Khalevi se detuvo y la miró

de arriba abajo.

—¿Quién eres tú?

—Soy la bruja original.

Lo sorprendente fue que, al decir eso, el vikingo no se le echó encima ni la intentó atacar. Raro, dado los actuales precedentes en su comportamiento.

—¿Cuál de ellas? —espetó levantando el labio despectivamente.

—La que os sacó del Museo. Jadis —se retiró la capa para que la viese bien.

El vampiro arrugó el ceño y deslizó sus ojos desde la punta de la capa negra que rozaba el musgo verde de las raíces de los árboles, hasta la coronilla de su pelo rojo y rizado.

Tamsin los miró a uno y a otro con suspicacia. Esa actitud y esa reacción no eran para nada normales. Khalevi no quería matar a Jadis, no quería golpearla ni llevársela para hallar a la bruja con la que andaba obsesionado.

—¡¿Qué es este lugar?! ¡Hace un momento estaba en Dundee, custodiando la entrada de una casa frente a un jardín con Lemmings, intentando detener a un ejército de Lycos que entraban por la puerta! Y, de repente… Algo pasó, fue como una onda expansiva, y mi cuerpo se desintegró. ¡Y aquí estoy, con el estómago revuelto!

—¿¡Puedes dejar de gritar!? —le pidió Tamsin ya preparada para enfrentar a su hermana—. No sé qué haces aquí. Es evidente que el hechizo se rompió cuando cruzamos la rasgadura del tiempo y el espacio. No soy yo quien te está reteniendo.

—¡Pues alguien lo está haciendo! ¡Brujas! ¡¿Podéis dejar de hacerme la maldita vida peor de lo que ya es?! —clamó con los brazos abiertos, mirando a una y a otra.

—Khalevi, no tengo tiempo para esto. Lo siento, pero tengo que hacerlo.

¡*Crack*! Le partió el cuello de nuevo y lo dejó inconsciente en el suelo. Jadis se reía de la situación y de Khalevi.

—Un día el vampiro se vengará —advirtió Duncan—. Encontrará el modo, lo sé. Y ese día vamos a tener un problema.

—Mientras ese día llega, yo tengo que saludar por fin a mi hermana.

Cuando ambas se vieron cara a cara, Jadis sonrió abiertamente,

y a Duncan le pareció una chica con un rostro lleno de vida y muy pizpireta.

Jadis abrió los brazos y Tamsin se echó a reír y corrió a abrazarla con el amor y el cariño de unas hermanas muy unidas que habían permanecido muy separadas por el tiempo y el espacio.

—¡Ahora sí! ¡*Tamtam*! ¡Lo has hecho todo tan bien! ¡Estoy tan orgullosa de ti!

Se pusieron a dar saltitos como dos crías.

—¡No estaba segura de nada!

—¡Y yo tampoco!

Tamsin dejó de dar saltitos y se la quedó mirando con cara de pasa.

—¿Me estás diciendo que…?

—¡Ven aquí otra vez! —Jadis la volvió a abrazar y a dar saltitos —. ¡Eres la mejor!

—¿Por qué tengo la sensación de que el plan era que no había plan?

—El plan se lleva cocinando desde hace siglos. Pero es complicado de que todo cuadre —tomó sus manos y las sujetó como si rezara con ellas—. Hemos tenido una vida de mierda todo este tiempo. Pero ahora es nuestro momento.

—¿Por qué los fosos de las brujas están en un lugar de no tiempo y el nuestro estaba en una cueva en el Norte de Asturias? —quiso saber Duncan curioso y algo picado por esa información.

—No es por lo que crees. Es porque para ocultar a las brujas, necesitábamos esconderlas en un lugar que no pudiera ser rastreable por el inventor. El foso de las brujas es muy poderoso, acumula mucha energía y magia. No podíamos esconderlo en su misma realidad, lo detectarían con sus instrumentos. Los vaélicos no poseéis magia. Sí habilidades supernaturales, pero no modificáis la realidad mediante la magia cuántica, que es la nuestra. Así que hice un hechizo para que el foso fuese a parar a una de esas fugas cuánticas de su realidad, donde sus leyes no permanecen porque están en un vacío temporal. En física, estos lugares, se llaman puentes de Einstein-Rosen. Se creen que solo están en el espacio, pero no es así, porque está en todo el escenario del inventor. No hay muchos, pero existen. Leta los descubrió.

—Mi madrina… —susurró admirado—. Era una genia.

—Tuvo muchos papeles en esta realidad, y gracias a la pillería de Tamsin, que nunca debió hacer, según mi madre —parecía que la regañaba, pero en el fondo, la aplaudía—, y que nunca rebeló, se convirtió en una de nuestras mejores aliadas. Pero Tamsin siempre fue la más sufrida y compasiva, y siempre sentía mucho lo que veía en nuestros viajes y se involucraba emocionalmente.

—Pero nunca hice nada —aseguró.

—No. Hasta que supo que Leta era una mujer muy importante para el hombre que iba a ser su amor y espíritu inmortal. Lo hizo por ti —señaló Jadis señalándolo y arqueando una ceja roja—. Y tú le diste un mordisco de regalo que la trastornó durante siglos.

—Eso ya está arreglado… —le recordó Tamsin.

—Está bien, no lo voy a matar.

Duncan se quedó con cara de pasmo al oír eso.

—Porque, incluso eso —continuó Jadis—, tenía sentido y conexión para lo que sucedería en un futuro. Tamsin te mantuvo vivo en el exterior gracias a la marca que ella llevaba de ti. Gracias a eso, la pudiste ayudar y seguir hasta Dundee. Y todo lo que ha pasado después… os ha traído justo hasta este momento. Mamá me dijo que, al cerrar el foso, que lo escondiese en un lugar en el que ni siquiera yo conocía. Que la última encarnación de Leta, ella se convertiría en la entrada al foso que Tamsin debía abrir. Pero, para eso, tú debías ser capaz de encontrar todas las conexiones y reconocerla. Tú has hecho todo el trabajo Tamsin. Yo solo he ido poniendo miguitas de pan. Y, ahora, estamos aquí —torció la cabeza a un lado y divisó los cuatro relojes de cadena—. Esos son los relojes de la relojera, ¿verdad?

—Sí —Tamsin se agachó y cogió los cuatro del suelo—. Leta nos dijo que los necesitábamos para encontrar más fosos y más puntos de no tiempo. El mío es este —tomó el dorado y se lo colgó al cuello—. ¿Sabes tú cuál es el tuyo?

Los ojos de color verde de Jadis, se cubrieron de emoción y se aguaron. Los miraba como si fuesen la respuesta a sus plegarias.

Había estado esperando eso desde que empezó a viajar sola por el tiempo. Con su madre siempre tuvo la seguridad de que llegaba justo a tiempo a todo y que iba al lugar correcto. Pero, hacerlo toda sola, tener esa responsabilidad, había sido muy duro.

El reloj era su salvación. El reloj la ajustaba y ponía su reloj

interno en hora con la hora real de la realidad. El reloj la advertiría de los peligros, de los cambios en el flujo del tiempo, de cuándo el inventor se acercaba… Por fin, todo podía empezar a solucionarse y ella, como todas sus hermanas, podrían cumplir su misión de vida y quién sabe si, como Tamsin, tener la oportunidad de vivir un amor original.

—Jadis… —Tamsin le puso una mano sobre su hombro, cubierto por su capucha de invisibilidad.

Ella no necesitaba decirle a su hermana lo que era aquello, porque todas se conocían perfectamente y sabían cuáles eran sus dolores, sus penas, sus frustraciones y sus miedos. La pequeña Jadis, que tenía la misma edad que ella, era distinta.

Cada una de ellas tenían sus vicisitudes y sus misterios, y aquella aventura en la realidad, ayudaría a descubrir el de cada una.

—Tamsin… —A Jadis se le rompía la voz al ser tan consciente de aquello.

—Lo sé —Tamsin la reconfortó apretujando un poco más su hombro con un gesto de cariño y la animó con un sonrisa tierna y comprensiva—. ¿Cuál es el tuyo, Jad?

Jadis sonrió y sujetó el que tenía la carcasa y la cadena roja.

—Es este.

Tamsin se lo quitó de las manos y ella misma se lo colocó por encima de la cabeza.

—Entonces, yo te nombro, oficialmente —carraspeó y puso voz ceremoniosa—, poseedora de un reloj mágico del no tiempo.

Jadis asintió conforme con el nombramiento.

—Cada reloj tiene un comportamiento especial que se adapta a cada bruja.

—¿Sabes tú cuál es el tuyo?

—El dorado. Estos relojes se detienen en lugares como este.

Jadis estudió el suyo, cuyo símbolo de las estrellas de cinco puntas era igual que el del eesto, y tenía un corazón rubí en el centro.

—Supongo que, a partir de ahora, empezaremos a descubrirlo —convino la pelirroja—. Mientras tanto —sujetó la mano de Tamsin y tiró de ella hasta ubicarla frente a la puerta roja del árbol—, hermana mía, hay muchísimo por hacer: hagamos *Hocus Pocus*.

—¿Y eso quiere decir? —preguntó Duncan muy entretenido por la comunicación emocional que tenían ambas.

Jadis sonrió por encima del hombro y con una mirada verde repleta de inteligencia activa y llena de futuras revelaciones, contestó:

—Eso, querido vaélico pareja de Tamsin de los lobos, significa que el foso de las brujas solo se puede abrir con el poder de dos brujas originales —cuando volvió a mirar a la puerta, su mirada se volvió penetrante y decidida—: Que se prepare el inventor, los que nos esperaban y los que no. Las brujas han vuelto y ahora vamos a por *el poder de tres* —Jadis guiñó el ojo a Tamsin.

—¿Y qué hacemos con el vampiro? —insistió el vaélico—. Está resultando ser un buen compañero para tener al lado cuando hay conflicto.

Jadis entornó la mirada hacia Khalevi, que dormía como un ángel fuerte y enorme con trenzas. Sus ojos verdes titilaron y la comisura de su labio derecha se alzó en una sonrisa de ternura que rápidamente se esforzó en eliminar. Tímidamente contestó:

—El vampiro se viene con nosotras.

Capítulo 24

El mismo día
Blackford

La Orden al completo, con Vael como representante vaélico, y Cami Bonnet como representante de una facción de las brujas, escuchaban las novedades descubiertas esos días con la espectacular aparición en escena de las brujas originales.

Vael sabía que su hermano estaba bien, porque el vínculo entre hermanos era irrompible y sentía que, aunque había estado inquieto días atrás, ahora era un lobo amarrado, como él con su Cami. Intuía que la elegida había sido Tamsin y que la marca en el cuello de la bruja del foso, era la marca de un mordisco de su hermano. Él había sufrido tanto o más que él todo ese tiempo, por marcar a una compañera de la que no podía disfrutar. Los dos lo habían pasado mal. Y, sin embargo, ahora comprobaba que tenían pareja, compañeras de vida, y como Lilims nada les hacía más felices que complementarse así.

Y pronto, tendrían un encuentro con ellos, gracias al *mail* recibido a la web del libro de la Orden de Erin Bonnet que había sido escrito por Khalevi. En él, Khalevi informaba que estaba bien pero que tenía un asunto que arreglar con las brujas y que ellas no le dejaban irse todavía. Duncan se encontraba en ese grupo porque ahí estaba «su mujer», como así llamaba a Tamsin. Que cuando acabasen sus quehaceres, los contactarían para un encuentro entre

todos muy necesario. Mientras tanto, en Blackford, todos tenían cosas que hacer con las reliquias, sobre todo, Erin, que era quien debía comprender el cuadro que Jadis había extraído del Museo McManus. Eso lo podía cambiar todo y les sería de muchísima ayuda.

Eyra se sentía algo más tranquila después de recibir noticias directas de su hermano. Él sabría cuidarse bien, o eso esperaba. Khalevi siempre había tenido una rencilla abierta con las *eks*, en el pasado. Y esperaba que no las cabrease demasiado porque esas mujeres eran mucho más fuertes y poderosas que ellos y, si tenían alguna debilidad, Eyra lo desconocía.

Por su parte, Astrid continuaba detectando anomalías en el códice, y decía haber encontrado algo distinto, una especie de túnel que rompía la matriz del inventor, en un punto donde, además, había desaparecido la puerta móvil.

—Van a pasar muchas cositas —les había explicado con su portátil encima de las piernas.

Pero no había añadido nada más.

Alba y Daven habían informado a Viggo Bloddox sobre lo descubierto en el museo McManus y la conexión entre los Verich, familia acreedora de arte mágico. Y, por boca de Khalevi, que les había informado en el correo, ahora sabían que la mujer de pelo lila que Muro se había llevado, y Billy Verich, estaban relacionados. Alba necesitaba saber qué había sucedido con su amigo y qué tipo de bestia era Muro ahora. ¿Era Lilim o era Legión? ¿Era Orden o era desorden? ¿Por qué se había llevado a esa chica?

Como Alba y Daven estaban en Dundee, a Gregos le iba a tocar hacer de niñera en la casa de acogida en Tweedale Court. Valery, que era la hermosa cuidadora medio gitana que se encargaba de las crías, parecía muy capacitada para cuidarlas. No obstante, había algo en esa mujer, algo inquietante y oscuro que al bogomilo lo ponían en guardia. Como si no pudiera relajarse cerca de ella. Y no lo entendía.

Pensaba en ella mientras jugaba con la punta de su puñal sobre su dedo índice, dando vueltas, aunque sin llegar a hacerse sangre. Debía ser que tenía hambre.

Todos tenían una labor y a Gregos aún no le había llegado la oportunidad de poner sus habilidades al servicio de la Orden. Pero

sabía que, más pronto que tarde, su papel sería revelado.

Mientras tanto, apoyaría y ayudaría en todo lo que pudiera… Al menos, mientras tuviera a su demonio sádico bajo control. Y, desde que Eyra solo jugaba con Astrid, a él se le acababan las alternativas para ser calmado del único modo que a él le servía.

Empezaba a estar jodido, pero, por nada del mundo iba a permitir que Eyra se le ofreciese. Astrid y ella eran el binomio más bonito y sexy que conocía, compañeras, no les iba a hacer pasar por el dolor de verse en una situación parecida con él.

Lo único que podía hacer para no pensar en lo mal que se encontraba, era en concentrarse en todo lo que tenían que hacer en Blackford, y en estar atentos a todo lo que podía venir.

Encontraría el modo de salir adelante. Siempre lo encontraba.

En ese preciso momento de introspección y meditación mientras Erin y Viggo seguían hablando, el *mail* de la Web de la Orden sonó en los dispositivos de Astrid.

Aquello era una sorpresa, desde luego. Pero, hasta la fecha, solo habían recibido tres *mails* de contacto:

El de Vael al contactar con ellos, el de Khalevi y… por fin, el de alguien ajeno a la Orden de alguien llamada «ReinaPotter».

Todos prestaron atención al ver la cara de Astrid.

—¿Qué sucede? —preguntó Erin.

—Han escrito al *mail* de la Orden, Erin. Y creo… creo que es algo.

—Léelo —le pidió Viggo. Todos rodearon a Astrid, y Eyra, que estaba a su lado, le pasó el brazo por encima para ver bien lo que ponía en la pantalla.

La Bonnet sonrió y leyó en voz alta:

> BUENAS TARDES:
>
> SOLO ME PONGO EN CONTACTO PARA CERCIORARME DE QUE ESTO ES REAL Y NO SOLO UN *FAKE*.
> ¿PUEDE SER QUE SU CUBIERTA TENGA UN SÍMBOLO EXTRAÑO QUE SEA COMO UNA HOLOGRAFÍA Y NO TODOS PUEDAN VER? PORQUE EL MÍO LO TIENE.
>
> GRACIAS

FIN

LENA VALENTI. Seudónimo de Lorena Cabo. (Nació en Noviembre de 1979 en Badalona, Provincia de Barcelona, Cataluña, España). Ha trabajado como responsable de Prensa y Comunicación de la Casa del Libro y como diseñadora de webs. Tras publicar *Quan va parlar el Buda* en catalán, ha comenzado a publicar las novelas de su Saga Vanir, romances basados en mitología nórdica.

Lectora profesional y especializada en novela romántica, escribe desde que tiene memoria. Es sin duda alguna la autora que ha revolucionado el género en nuestro país, la más vendida del género romántico en España en lengua castellana. Su Saga Vanir ya va por la friolera cifra de 50000 (cantidades escandalosas para el género en nuestro país) ejemplares vendidos solo en TRADE (Editorial Vanir) en dos años. Random compró los derechos para sacar toda la saga en DeBolsillo *Bestseller* con excelentes resultados. Lena es la autora más reconocida y de proyección más internacional hasta el punto de que otros países fuera de España se han interesado en sus libros.

Este año 2012 la Saga Vanir llega a Italia, Alemania, Bulgaria, Argentina y México, y se están negociando la traducción a otros países más. Su Saga Vanir ha trascendido la barrera de las letras de

tal modo que hasta se hacen fiestas nacionales en su honor. Se ha rodado un DVD documental para explicar el fenómeno, y en setiembre del 2012 sale a la venta en toda España, traducido también al inglés.

Y como colofón, está en curso una guía oficial ilustrada de la Saga a cargo de un importante ilustrador español de MARVEL, Mikel Janín, que va a reventar el estilo hasta ahora vistos tanto en cómics inspirados en novelas románticas como en Guías oficiales de las mismas. Así mismo, el *modus operandi* de la editorial Vanir dirigida por Valen Bailon, ha conseguido ser el espejo en el que ahora muchas otras editoriales se miran.